

SUMA
de letras

M. J. ARLIDGE

TÚ TE
VAS,
TÚ TE
QUEDAS

Solo uno sobrevivirá

M. J. ARLIDGE

**TÚ TE
VAS,
TÚ TE
QUEDAS**



www.megustaleerebooks.com

Índice

[Portadilla](#)
[Índice](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Capítulo 49](#)
[Capítulo 50](#)
[Capítulo 51](#)
[Capítulo 52](#)
[Capítulo 53](#)
[Capítulo 54](#)
[Capítulo 55](#)
[Capítulo 56](#)
[Capítulo 57](#)
[Capítulo 58](#)
[Capítulo 59](#)
[Capítulo 60](#)
[Capítulo 61](#)
[Capítulo 62](#)
[Capítulo 63](#)
[Capítulo 64](#)
[Capítulo 65](#)
[Capítulo 66](#)
[Capítulo 67](#)
[Capítulo 68](#)
[Capítulo 69](#)
[Capítulo 70](#)
[Capítulo 71](#)
[Capítulo 72](#)
[Capítulo 73](#)
[Capítulo 74](#)
[Capítulo 75](#)
[Capítulo 76](#)
[Capítulo 77](#)
[Capítulo 78](#)
[Capítulo 79](#)
[Capítulo 80](#)

[Capítulo 81](#)

[Capítulo 82](#)

[Capítulo 83](#)

[Capítulo 84](#)

[Capítulo 85](#)

[Capítulo 86](#)

[Capítulo 87](#)

[Capítulo 88](#)

[Capítulo 89](#)

[Capítulo 90](#)

[Capítulo 91](#)

[Capítulo 92](#)

[Capítulo 93](#)

[Capítulo 94](#)

[Capítulo 95](#)

[Capítulo 96](#)

[Capítulo 97](#)

[Capítulo 98](#)

[Capítulo 99](#)

[Capítulo 100](#)

[Capítulo 101](#)

[Capítulo 102](#)

[Capítulo 103](#)

[Capítulo 104](#)

[Capítulo 105](#)

[Capítulo 106](#)

[Capítulo 107](#)

[Capítulo 108](#)

[Capítulo 109](#)

[Capítulo 110](#)

[Capítulo 111](#)

[Capítulo 112](#)

[Capítulo 113](#)

[Capítulo 114](#)

[Capítulo 115](#)

[Capítulo 116](#)

[Capítulo 117](#)

[Notas](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)

Sam está dormido. Podría matarle ahora mismo. Está de espaldas, no sería tan difícil. ¿Se moverá si me acerco? ¿Me intentará detener? ¿O se «alegrará» de que esta pesadilla se vaya a acabar?

No puedo pensar estas cosas. Tengo que intentar recordar lo que es bueno, lo que es de verdad. Pero cuando estás prisionera los días parecen infinitos y la esperanza es lo primero que muere.

Me estrujo los sesos buscando recuerdos bonitos para mantener a raya los malos pensamientos, pero cada vez se me hace más difícil evocarlos.

Solo llevamos aquí diez días (¿o son once?), pero mi vida normal ya me parece un recuerdo lejano. Estábamos haciendo autostop después de un concierto en Londres cuando sucedió. Estaba diluviando y demasiados coches habían pasado a nuestro lado sin dignarse ni a mirarnos. Estábamos empapados y a punto de darnos la vuelta cuando finalmente una furgoneta se detuvo. Dentro se estaba calentito y seco. Nos ofrecieron café de un termo. Solo el olor ya nos animó. Beberlo fue todavía mejor. No sabíamos que sería nuestro último trago de libertad.

Cuando recuperé la conciencia, la cabeza me dolía muchísimo. Tenía la boca llena de sangre. Ya no me encontraba en la cómoda furgoneta. Estaba en un lugar frío y oscuro. ¿Estaba soñando? Escuché un ruido detrás de mí y me asusté. Pero tan solo era Sam intentando levantarse.

Nos habían robado. Nos habían robado todo y nos habían dejado tirados allí. Me arrastré hacia él, apoyándome en las paredes que nos rodeaban. Azulejos fríos y sólidos. Me tropecé con Sam y durante un breve instante lo abracé, respirando ese olor que me gusta tanto. El momento pasó y nos dimos cuenta de lo espantoso de nuestra situación.

Nos encontrábamos en una piscina abandonada. Decrépita, en ruinas, le habían quitado los trampolines, los carteles y también las escaleras. Todo lo que se podía arrancar había desaparecido. Habían dejado un acuario enorme del que era imposible salir.

¿Estaba esa hija de puta escuchando nuestros gritos? Probablemente. Porque en cuanto paramos sucedió. Oímos sonar un teléfono móvil y durante un breve y glorioso momento pensamos que sería alguien que venía a rescatarnos. Pero entonces vimos brillar la pantalla del teléfono en el suelo de la piscina, cerca de nosotros. Sam no se movió, así que fui yo la que se apresuró. ¿Por qué tenía que ser yo? ¿Por qué siempre tenía que ser yo?

—Hola, Amy.

La voz al otro lado de la línea sonaba distorsionada, era inhumana. Quería suplicarle clemencia, explicarle que se había cometido un terrible error, pero el hecho de que ya supiera mi nombre pareció quitarme las fuerzas. No dije nada, así que la voz siguió, implacable e imperturbable:

—¿Quieres vivir?

—¿Quién eres? ¿Qué nos has he...?

—¿Quieres vivir?

Durante un minuto no puedo responder. Mi lengua no se mueve. Pero de pronto:

—Sí.

—En el suelo, al lado del teléfono, encontrarás una pistola. Tiene una bala. Para ti o para Sam.

Ese es el precio de la libertad. Tienes que matar para vivir. ¿Quieres vivir, Amy?

No puedo hablar. Quiero vomitar.

—¿Quieres?

Entonces cuelga el teléfono. En ese momento es cuando Sam pregunta:

—¿Qué han dicho?

Sam está dormido a mi lado. Podría hacerlo ahora mismo.

La mujer gritó de dolor. Después, silencio. En su espalda se estaban formando unas líneas de color morado. Jake volvió a levantar el látigo y lo dejó caer con un chasquido. La mujer se estremeció, gritó y a continuación dijo:

—Otra vez.

En pocas ocasiones decía algo distinto. No era de las habladoras. No como algunos de sus clientes. Los administrativos, los contables y los cajeros de banco atrapados en relaciones sin sexo estaban desesperados por hablar, desesperados por gustarle al hombre al que pagaban para que les pegara. Ella era diferente: un libro cerrado. Nunca mencionó dónde había oído hablar de él. Ni las razones por las que venía. Daba sus instrucciones —lo que ella necesitaba— con claridad y firmeza, y después le pedía que se pusiera a ello.

Siempre empezaba atándole las muñecas. Dos pulseras de cuero tachonado bien apretadas, de manera que los brazos quedaban sujetos a la pared. Dos grilletes de hierro le amarraban los pies al suelo. Su ropa se quedaba doblada con pulcritud en la silla dispuesta para tal fin. Así que allí estaba ella de pie, en ropa interior y encadenada, aguardando su castigo.

No había ningún juego previo. Ningún «Por favor, no me pegues, papá» ni un «Soy una chica muy, muy mala». Ella solo quería que le hicieran daño. En cierta manera, era un alivio. Todos los trabajos acaban por convertirse en rutinarios con el paso del tiempo y algunas veces estaba bien no tener que prestarse a seguir las fantasías de gente triste que quería jugar a ser la víctima. Pero al mismo tiempo era muy frustrante que se negara a mantener una relación cordial con él. El elemento más importante de cualquier encuentro sadomasoquista es la confianza. La parte sumisa necesita saber que está en buenas manos, que quien domina conoce su personalidad y sus necesidades, y que le puede proporcionar una experiencia enriquecedora acordando unos términos con los que ambas partes se sientan cómodas. En caso contrario, la relación se convierte rápidamente en una agresión o incluso maltrato, y definitivamente no era eso lo que Jake ofrecía.

Así que intentó escarbar: una pregunta suelta por aquí, un comentario por allá. Y con el paso del tiempo fue averiguando lo básico: que no era de Southampton, que no tenía familia, que se estaba aproximando a los cuarenta y que le daba igual. También sabía, gracias a sus sesiones, que lo suyo era el dolor. El sexo no estaba presente. No quería ser provocada ni excitada; quería ser castigada. Las palizas nunca duraban mucho, pero se daban con fuerza y sin pausas. Tenía cuerpo para aguantarlo —era alta, fibrosa y muy atlética— y los rastros de antiguas cicatrices sugerían que no era nueva en el mundo sadomasoquista.

A pesar de todos sus intentos, de todas sus preguntas cuidadosamente elaboradas, solo había algo de lo que Jake estaba seguro. Una vez, cuando se estaba vistiendo, se le cayó del bolsillo de la chaqueta una tarjeta de identificación. Ella la recogió inmediatamente, sin duda pensaba que no la había visto; pero él se había dado cuenta. Se jactaba de clasificar muy bien a la gente, pero esto le había pillado totalmente por sorpresa. Si no hubiera visto su identificación, jamás hubiera adivinado que ella era policía.

Amy está agachada a unos cuantos pasos de mí. Ya nada nos resulta raro y ella mea en el suelo sin vergüenza alguna. Observo cómo el riachuelo de pis da contra los azulejos, unas pequeñas gotitas rebotan hasta posarse en sus bragas sucias. Hace unas cuantas semanas me hubiera dado la vuelta para no mirarla, pero ahora ya no.

Su orina serpentea lentamente por la cuesta hasta unirse al hediondo montón de desechos que se ha formado en el lado más profundo. Contemplo absorto su viaje, pero al final la última gota desaparece y me quedo sin entretenimiento. Ella se va a su esquina. Sin una palabra de disculpa, sin un reconocimiento. Nos hemos convertido en animales, sin cuidarnos nosotros mismos y sin cuidar al otro.

No siempre ha sido así. Al principio estábamos furiosos, desafiantes. Estábamos convencidos de que no íbamos a morir aquí, de que juntos podríamos sobrevivir. Amy se subió a mis hombros y se rompió las uñas intentando agarrarse a los azulejos, intentando alcanzar el borde de la piscina. Cuando eso no funcionó, intentó saltar. Pero la piscina tiene cinco metros de profundidad, tal vez más, y la salvación siempre parece encontrarse fuera de nuestro alcance.

Intentamos llamar por teléfono, pero estaba bloqueado y después de que probáramos a teclear unas cuantas combinaciones se le acabó la batería. Gritamos y chillamos hasta que nos dolió la garganta. Todo lo que oímos como respuesta fue nuestro eco, burlándose de nosotros. Algunas veces parece que estamos en otro planeta, ni un solo humano alrededor en kilómetros. Las navidades se acercan, debe haber gente buscándonos, pero se me hace muy difícil creer en eso aquí, rodeado de este terrible e insoportable silencio.

Escapar no es una opción, así que simplemente nos dedicamos a sobrevivir. Nos hemos comido las uñas hasta que los dedos nos han sangrado y después hemos bebido la sangre con ansia. Hemos chupado el rocío de los azulejos al amanecer, pero nos seguía doliendo el estómago. Incluso hablamos de comernos nuestra ropa..., pero nos lo hemos pensado mejor. Por las noches hace mucho frío y lo único que nos mantiene a salvo de la hipotermia es nuestro escaso vestuario y el calor que nos proporcionamos el uno al otro.

¿Me lo estoy imaginando yo o nuestros abrazos cada vez son más escasos? ¿Más inseguros? Desde que ocurrió, nos hemos aferrado día y noche, deseando que el otro sobreviva, desesperados por no quedarnos solos en este espantoso lugar. Jugamos a cosas para pasar el tiempo, imaginando lo que haremos después de que nos rescaten: lo que comeremos, lo que les diremos a nuestras familias, lo que compraremos para navidades. Pero estas diversiones han ido desapareciendo lentamente mientras nos damos cuenta de que nos han traído aquí con un objetivo y de que no habrá un final feliz para nosotros.

—¿Amy?

Silencio.

—Amy, por favor, di algo.

No me mira. No me habla. ¿La he perdido para siempre? Intento imaginar lo que está pensando,

pero no soy capaz.

A lo mejor es que no hay nada más que decir. Lo hemos intentado todo, hemos recorrido cada centímetro de nuestra celda buscando una manera de salir. Lo único que no hemos tocado es la pistola. Ahí está todavía, llamándonos.

Levanto la cabeza y veo que Amy está mirándola. Sus ojos se encuentran con los míos y baja la vista. ¿Va a cogerla? Hace quince días te hubiera dicho que ni en broma. Pero ¿ahora? La confianza es algo frágil, difícil de conseguir y fácil de perder. Ya no estoy seguro de nada.

Lo único que sé es que uno de nosotros va a morir.

Fuera, con el aire fresco de la tarde, Helen Grace se sintió relajada y feliz. A paso lento, saboreó ese momento de paz, mirando con aire burlón a las hordas de gente que la rodeaban, empeñadas en comprar.

Se dirigía al mercadillo de Navidad de Southampton. Situado en el extremo sur del centro comercial WestQuay, el mercadillo se organizaba todos los años, era una oportunidad para comprar regalos originales hechos a mano, ninguno de los cuales aparecería en una lista de Amazon. Helen odiaba las navidades, pero todos los años compraba algo para Anna y para Marie. Era su único capricho navideño y siempre lo aprovechaba al máximo. Compró bisutería, velas perfumadas y algunas cosas más, pero tampoco escatimó en la zona de alimentación, donde compró dátiles, bombones, un pudín de Navidad espantosamente caro y un paquete grande de caramelos cremosos de menta; a Marie le gustaban esos en particular.

Sacó su Kawasaki del aparcamiento de WestQuay, atravesó el tráfico del centro de la ciudad y se dirigió al sureste por Weston. Se alejaba de la riqueza y el entusiasmo y se adentraba en la miseria y la desesperación, atraídas sin remedio por las cinco torres monolíticas que allí dominaban el paisaje. Durante años habían saludado a quienes se acercaban a Southampton en barco y en un tiempo lejano habían sido merecedoras de tal honor, porque habían sido futuristas, optimistas e imponentes. Pero ahora era una historia muy distinta.

La torre Melbourne era la que se encontraba más deteriorada con diferencia. Hacía cuatro años que un laboratorio ilegal de drogas había explotado en la sexta planta. Ocasionó unos daños tremendos y destrozó la parte central del edificio. El Ayuntamiento prometió reconstruirlo, pero la crisis puso freno a esos planes. En teoría todavía estaban esperando para iniciar las reformas, pero nadie creía que lo fueran a hacer. Así que el edificio se quedó como estaba, abandonado por la inmensa mayoría de las familias que vivían allí. Ahora era el territorio de los yonquis, de los okupas y de aquellos que no tenían ningún lugar al que ir. Era un sitio olvidado y desagradable.

Helen aparcó la moto a una distancia segura de las torres y continuó a pie. Las mujeres no solían caminar solas por ese barrio cuando era de noche, pero Helen no se sentía preocupada por su seguridad. Aquí ya la conocían y la gente generalmente se apartaba, con eso se conformaba. Todo estaba en silencio esa noche, a excepción de unos cuantos perros olfateando un coche medio quemado, así que Helen siguió su camino entre jeringuillas y condones, y entró en la torre Melbourne.

En la cuarta planta, se detuvo frente al piso 408. Lo que en otro tiempo había sido un bonito piso de protección oficial, ahora mismo recordaba a Fort Knox. La puerta estaba llena de cerrojos, pero lo más llamativo eran las verjas metálicas —firmemente cerradas— que reforzaban la entrada. Unos grafitis malévolos en el exterior —«subnormal», «retrasada», «mongola»— daban pistas de por qué la vivienda estaba tan protegida.

Era la casa de Marie y Anna Storey. Anna era minusválida, incapaz de hablar, alimentarse o ir al baño ella sola. Anna (que ahora tenía catorce años) necesitaba que su madre, de mediana edad,

hiciera todo por ella, así que su madre lo hacía mejor que podía. Vivían de las prestaciones sociales y de lo que la gente les daba, compraban la comida en el Lidl y racionaban la calefacción. Se hubieran conformado con eso —esas eran las cartas que les había tocado jugar y Marie no era de las que se amargan—, si no hubiese sido por los gamberros del barrio. El hecho de que vinieran de familias desestructuradas y que no tuvieran nada que hacer no era una excusa. Esos chavales eran unos abusones que disfrutaban insultando, acosando y atacando a una mujer y una niña muy vulnerables.

Helen sabía todo esto porque se había tomado un interés muy especial por todos ellos. Uno de esos cabroncetes —un chaval violento y lleno de granos llamado Steven Green que había abandonado el instituto— había intentado incendiarles la casa. Los bomberos habían llegado a tiempo y habían limitado los daños a la entrada y al salón, pero el efecto que había tenido el incendio en Marie y Anna había sido devastador. Estaban completamente aterradas cuando Helen las interrogó. Eso había sido un intento de asesinato y se merecían que alguien rindiera cuentas por ello. Hizo lo que pudo, pero el caso nunca llegó a juicio por falta de testigos. Helen les sugirió que se mudaran, pero Marie era muy terca. Ese piso era su casa y había sido adaptado especialmente para las limitaciones de Anna. ¿Por qué tenían que mudarse ellas? Marie vendió todos los objetos de valor que poseía para poder atrincherar el piso. Cuatro años más tarde, el laboratorio de drogas estalló. Antes de eso, el ascensor funcionaba perfectamente y el piso 408 era un hogar feliz. Ahora era una cárcel.

Se suponía que los Servicios Sociales iban de vez en cuando por allí para echarles una ojeada, pero evitaban ese sitio como si se fuesen a contagiar de algo y las visitas eran fugaces en el mejor de los casos. Por eso Helen, que no tenía mucho que la retuviera en su casa por las noches, comenzó a ir. De modo que era ella quien estaba haciéndoles compañía cuando Steven Green y su banda volvieron para finalizar el trabajo que habían dejado a medias. Estaba tan drogado como siempre y agarraba una lata de gasolina que estaba intentando encender con un detonador casero. No tuvo oportunidad de hacerlo. La porra de Helen le golpeó en el codo y después en el cuello, tirándole al suelo. A los otros les pilló desprevenidos la súbita aparición de una policía y dejaron caer sus bombas caseras al suelo para poder escapar. Algunos lo consiguieron, otros no. Helen había sido muy bien entrenada para derribar a los sospechosos que intentaban huir. Frustró el plan de ataque y no mucho tiempo después tuvo el placer de observar cómo Steven Green y tres de sus mejores amigos eran condenados a ingresar en la cárcel. Algunos días su trabajo tenía recompensa.

Helen contuvo un escalofrío. Los sórdidos pasillos, las vidas rotas, los grafitis y la mugre le recordaban demasiado a su propia infancia como para no provocar una reacción. Evocaban recuerdos que se había esforzado por eliminar y que ahora apartó de su mente. Estaba allí por Marie y por Anna; se negaba a que nada ensombreciera su ánimo ese día.

Llamó a la puerta tres veces —su código secreto— y después de descorrerse muchos cerrojos la puerta quedó abierta.

—¿Comida a domicilio? —preguntó Helen.

—Que te den por saco —fue la predecible respuesta.

Helen sonrió mientras Marie abría la verja para que entrara. Ya estaban desapareciendo sus pensamientos sombríos; la «cálida» bienvenida de Marie siempre tenía ese efecto sobre ella. Una vez dentro, Helen entregó los regalos, recibió los suyos y se sintió completamente a gusto. Durante un instante, el piso 408 fue su refugio en un mundo oscuro y violento.

La lluvia caía sobre ella, disimulando sus lágrimas. Debería haberse sentido limpia, pero no fue así; ya era demasiado tarde para eso. Se sumergió en la espesura del bosque, sin prestar atención a por dónde iba. Lo único que necesitaba era seguir alejándose. Más lejos. Más lejos. Más lejos.

Las espinas le rasgaban la cara, las piedras le herían los pies. Pero ella siguió andando. Sus ojos buscaban desesperadamente a alguien o algo, pero lo único que podía ver eran árboles. Por un momento se le ocurrió una idea espantosa: ¿podía ser que ya no estuviera en Inglaterra? Gritó pidiendo ayuda, pero su voz era débil y su garganta estaba demasiado ronca como para que sirviera de algo.

En la feria navideña del centro comercial Sampson, las familias estaban formando cola delante de Santa Claus. En realidad se trataba tan solo de unas cuantas carpas construidas apresuradamente en un terreno lleno de barro, pero parecía que a los críos les gustaba. Freddie Williams, padre de cuatro de ellos, acababa de darle un bocado a la primera tartaleta de frutas de la temporada cuando la vio. A través de la lluvia, que no dejaba de caer, parecía un fantasma. La tartaleta de Freddie se quedó a medio camino mientras ella cojeaba, lenta pero decididamente, sus ojos fijos en él. Al verla más de cerca, concluyó que no era un fantasma, sino que estaba en un estado lamentable, llena de barro, sangrando y mortalmente pálida. Freddie no quería tener nada que ver con ella —parecía que estaba loca—, pero no se podía apartar, inmóvil bajo la fuerza de su mirada. Cubrió los metros que les separaban más rápido de lo que Freddie había previsto y de repente se echó sobre él, haciendo que se cayeran los dos. Su tartaleta voló por el aire y aterrizó con un sonoro «plas» en un charco.

Ya en la garita de la feria, envuelta en una manta, no parecía menos desequilibrada. Se negó a decirles de dónde era y qué hacía allí. Ni siquiera parecía saber qué día era. De hecho, lo único que le pudieron sacar fue que se llamaba Amy y que esa misma mañana había asesinado a su novio.

Helen pisó el freno y se detuvo frente a la comisaría central de la policía de Southampton. El edificio futurista que se erguía ante ella, construido con vidrio y piedra caliza, contaba con unas fantásticas vistas tanto sobre la ciudad como sobre el puerto. Se había inaugurado hacía uno o dos años y, en todos los aspectos, era una comisaría imponente. Unas instalaciones a la última, una oficina de la Fiscalía del Estado integrada, un sistema de vanguardia para identificar objetos robados, todo lo que un policía de hoy en día pudiera necesitar. Aparcó la moto y entró en la comisaría.

—¿Te estás durmiendo, Jerry?

El sargento dejó de soñar despierto e intentó aparentar que estaba lo más ocupado posible. Todos se enderezaban un poco cuando Helen entraba por la puerta. No era solo porque se trataba de una inspectora de policía, más bien tenía que ver con la manera en la que se comportaba. Se presentaba como un metro ochenta de ambición y energía, vestida con cazadora de cuero. Nunca llegaba tarde, nunca tenía resaca, nunca estaba enferma. Vivía para su trabajo con una intensidad a la que los demás solo podían aspirar.

Helen se dirigió directamente a las oficinas de incidencias. El edificio insignia de la policía de Southampton podía suponer un gran cambio, pero la ciudad que cuidaba permanecía invariable. Mientras hojeaba los casos, Helen se deprimió un poco por lo predecibles que eran. Una disputa doméstica que había terminado en asesinato: dos vidas arruinadas y un bebé en Servicios Sociales. Un intento de homicidio de un seguidor de los Saints por parte de un grupo de fanáticos del Leeds y, lo más reciente, la brutal muerte de un hombre de ochenta y dos años en un atraco chapucero. El ladrón había dejado caer la cartera robada mientras huía, proporcionando a la policía una huella dactilar muy clara y por consiguiente una rápida identificación. El delincuente era un viejo conocido de la policía de Southampton; solo era otro indeseable que había destrozado a una familia inocente en los días previos a la Navidad. Helen tenía que informar a la Fiscalía de los detalles de cada caso esa misma mañana. Abrió el expediente esperando que las pruebas contra ese criminal fueran de una evidencia innegable.

—No te pongas demasiado cómoda. Tenemos trabajo.

Mark Fuller, su sargento, se acercó a ella. Mark era un policía atractivo y con talento que había trabajado mano a mano con Helen los últimos cinco años. Asesinatos, secuestros de menores, violaciones, trata de blancas... La había ayudado a resolver numerosos casos muy desagradables y ella había acabado confiando en su intuición, su dedicación y su valentía. Aunque un divorcio problemático le había pasado factura y últimamente se había vuelto errático y poco fiable. Helen se entristeció al darse cuenta de que, un día más, apestaba a alcohol.

—Una chica que dice que ha matado a su novio.

Mark sacó una foto de la carpeta que llevaba consigo y se la tendió a Helen. Tenía el sello característico de los casos de Personas Desaparecidas en la esquina superior derecha.

—El nombre de la víctima es Sam Fisher.

Helen miró la fotografía del joven. De aspecto cuidado, optimista, quizás un poco ingenuo. Mark hizo una pausa, dejando que Helen examinara la foto antes de tenderle otra.

—Y nuestra sospechosa. Amy Anderson.

Helen no consiguió contener la sorpresa al observar la imagen. Una chica con aspecto bohemio, muy guapa, como mucho de unos veintiún años. Con el pelo largo y suelto, unos ojos impresionantes azul cobalto y unos labios finos, era la viva definición de la juventud y la inocencia. Helen cogió la cazadora.

—Vayamos pues.

—¿Quieres conducir o...?

—Ya lo hago yo.

Fueron hacia el aparcamiento en silencio. Por el camino, Helen reclutó a su oficial adjunta, que había estado cooperando con la oficina de Personas Desaparecidas. La siempre alegre Charlene «Charlie» Brooks era una buena agente de policía, diligente y animosa, que se negaba a vestirse de forma adecuada para el trabajo. La oferta de ese día incluía unos pantalones ajustados de cuero. Pedirle que moderara su estilo estaba fuera de las competencias de Helen, aunque de todas formas sintió la tentación de hacerlo.

Ya dentro del coche, el olor a alcohol que emanaba del aliento de Mark era todavía más fuerte. Helen le miró de reojo antes de bajar la ventanilla.

—¿Qué es lo que tenemos? —preguntó.

Charlie ya había abierto la carpeta.

—Amy Anderson. Se denunció su desaparición hace poco más de dos semanas. La última vez que se la vio fue en un concierto en Londres. Le mandó un correo electrónico a su madre la tarde del 2 de diciembre diciendo que volvería a casa con Sam y que llegaría antes de medianoche. Desde entonces no se volvió a saber nada más. La madre dio la alerta.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Ha aparecido en Sampson esta mañana. Ha dicho que había matado a su novio y después se ha cerrado en banda. Ahora resulta que no quiere hablar con nadie.

—¿Y dónde ha estado todo este tiempo?

Mark y Charlie se miraron, y finalmente Mark contestó:

—Sabes tanto como nosotros.

Dejaron el coche en el aparcamiento de la feria navideña y se dirigieron hacia la garita. Nada más entrar en la caseta prefabricada, Helen se quedó asombrada por lo que estaba viendo. La joven que se acurrucaba en una manta raída parecía una salvaje, una desquiciada espantosamente flaca.

—Hola, Amy. Soy la inspectora de policía Helen Grace; me puedes llamar Helen. ¿Te importa si me siento?

No hubo respuesta. Helen se sentó muy despacio en la silla enfrente de Amy.

—Me gustaría hablarte de Sam. ¿Te parece bien?

La chica la miró a los ojos, una expresión de horror profundo en su cara deteriorada. Helen estudió sus rasgos y los comparó mentalmente con la foto que había visto antes. Si no hubiese sido por sus ojos azul profundo y la cicatriz de la barbilla, habría tenido que esforzarse para identificarla. Su pelo, antes lustroso, ahora estaba lacio, grasiento y lleno de nudos. Sus uñas estaban sucias y demasiado largas. Su cara, sus brazos y sus piernas parecían haber pasado por un frenesí de autolesiones. Y además ese olor. Dulce. Acre. Nauseabundo.

—Necesito encontrar a Sam. ¿Me puedes decir dónde está?

Amy cerró los ojos. Se le escapó una lágrima que rodó por su mejilla.

—¿Dónde está, Amy?

Un silencio y finalmente susurró:

—En el bosque.

Amy se negó categóricamente a abandonar el refugio de la caseta que hacía de oficina portátil, así que Helen tuvo que utilizar a los perros. Dejó a Charlie al cuidado de Amy y se llevó a Mark con ella. Simpson, un golden retriever, metió el hocico en los harapos cubiertos de sangre que habían sido la ropa de Amy y comenzó a correr hacia el bosque.

No era difícil averiguar por dónde había venido Amy. Su recorrido atravesando el bosque había sido tan a ciegas, tan accidentado, que había dejado rastros visibles en el follaje. Trozos de tela y manchas de sus heridas decoraban el camino que había seguido. Simpson los husmeó todos y se adentró cada vez más. Helen iba justo detrás de él y Mark estaba decidido a no dejar que una mujer le adelantara. Pero le estaba costando esfuerzo, teniendo en cuenta que sudaba alcohol.

El edificio en ruinas quedó a la vista. Unas piscinas municipales que hacía tiempo se había decidido demoler, un triste recordatorio de que ya se había acabado la época de divertirse. Simpson arañó la puerta cerrada sin conseguir nada y después rodeó el edificio hasta que se detuvo al lado de una ventana rota. Sangre fresca decoraba los restos del cristal. Habían encontrado la cueva de Amy.

Conseguir entrar fue duro. A pesar de que el edificio estaba abandonado, se habían tomado muchas molestias para reforzar todos los posibles accesos. ¿Para qué? Nadie vivía por allí cerca. Finalmente, forzaron el cerrojo y empezaron con el conocido ballet, los zapatos cubiertos con fundas estériles patinando por el suelo.

Allí estaba. En la piscina, cinco metros por debajo de ellos. Una pausa temporal mientras buscaban una escalera lo suficientemente larga y Helen se encontró en la piscina cara a cara con el «Sam» de Amy. Era un chaval tradicional, destinado a acabar trabajando en un bufete de abogados, pero no lo hubieras podido adivinar a simple vista. Parecía el cadáver de cualquier vagabundo que te pudieras encontrar por la calle. Sus ropas estaban manchadas de orina y heces, sus uñas rotas y sucias. Y su cara. Su demacrada cara se había quedado fija en una mueca horrible: miedo, agonía y terror marcados en sus facciones retorcidas. En vida había sido atractivo y un triunfador. Al morir, era repulsivo.

Cuándo dejarían de torturarla?

Amy pensaba que estaría a salvo en el hospital de Southampton. Que la dejarían a solas para curarse y sobreponerse al duelo. Pero estaban decididos a atormentarla. Se negaban a dejar que comiera o bebiera, a pesar de que se lo había suplicado. Dijeron que tenía la lengua hinchada y el estómago demasiado tenso, que se le podían rasgar los intestinos si ingería algo sólido. Así que le habían puesto una vía intravenosa. A lo mejor era lo adecuado, pero eso no era lo que ella quería. ¿Cuándo les habían tenido sin comer durante dos semanas? ¿Qué sabían ellos?

También tenía un gotero de morfina, que la ayudaba un poco, aunque tenían muchísimo cuidado para no pasarse con la dosis. Se la podía administrar con la mano izquierda, dándole al botón cuando no podía más del dolor. Su mano derecha estaba esposada a la cama. A las enfermeras les encantaba ese detalle y se preguntaban entre susurros qué era lo que había hecho para estar esposada. ¿Habría matado a su hijo? ¿A su marido? Lo cierto era que se lo estaban pasando en grande.

Entonces —por el amor de Dios— dejaron entrar a su madre. Se volvió loca y comenzó a gritar y a chillar hasta que su madre, desconcertada, tuvo que irse obedeciendo las órdenes del médico. ¿En qué coño estaban pensando? No podía ver a su madre, en ese momento no. No de esa manera.

Solo quería que la dejaran sola. Se concentraba con rabia en todo lo que tenía alrededor, observando el intrincado bordado de su almohada, estudiando durante horas el hipnótico filamento de la bombilla de la lámpara de su mesilla. De ese modo podía abstraerse, mantener sus pensamientos a raya. Y cuando se le *aparecía* una visión de Sam, le daba al botón de la morfina y por unos instantes se dejaba llevar a un sitio feliz.

Pero en el fondo de su corazón sabía que no la dejarían permanecer en paz mucho más tiempo. Los demonios la estaban arrinconando, arrastrándola a la superficie de la muerte en vida que había dejado atrás. Podía ver a la policía merodeando fuera de la habitación, esperando para entrar y hacerle preguntas. ¿Acaso no comprendían que ella no iba a querer contestarles nunca? ¿No había sufrido ya lo suficiente?

—Diles que no puedo atenderles.

La enfermera que estaba estudiando su historial médico alzó la vista.

—Diles que tengo fiebre —continuó Amy—, que estoy dormida...

—No puedo decirles que no, cariño —contestó la enfermera, imparcial—. Es mejor quitárselo de encima cuanto antes, ¿no?

No había sufrido lo suficiente. Amy ya sabía eso. Había matado al hombre al que amaba y no había vuelta atrás.

Dime cómo saliste de la piscina, Amy.

—Una escalera.

—Allí no vi que hubiera ninguna escalera.

Amy frunció el ceño y miró hacia otro lado. Se tapó con las mantas del hospital hasta la barbilla y se volvió a meter en su caparazón. Helen la examinó, intrigada. Si estaba mintiendo, sin duda era una actriz buenísima. Le lanzó una mirada a Mark e insistió:

—¿Qué clase de escalera?

—Una de cuerda. Me la lanzaron justo después de que...

Las lágrimas brotaron de los ojos de Amy y dejó caer la cabeza. Era cierto que había marcas en las palmas de las manos de Amy. ¿Quizás correspondían a las de alguien que había subido por una escalera de cuerda? Helen se dio una bofetada mental, ¿por qué estaba considerando siquiera esa posibilidad? La historia de Amy no tenía ni pies ni cabeza. Según ella, les habían recogido en la carretera, les habían drogado, les habían secuestrado y les habían dejado sin comer, y todo eso para obligarles a cometer un asesinato. ¿Por qué iba a hacer nadie algo así? A primera vista, Amy y Sam parecían buenos chicos, pero la explicación de este crimen debía hallarse en la vida que llevaban.

—Describeme la relación que tenías con Sam.

Amy se echó a llorar.

—Quizás este sería un buen momento para hacer una pausa, inspectora. —La madre de Amy había insistido para que se encontrara presente un abogado.

—Todavía no hemos terminado —le cortó Helen.

—Pero, como puede ver, ella está agotada. Seguro que podemos...

—Lo que puedo ver es a un chico muerto que se llamaba Sam Fisher. Al que le han disparado por la espalda. Desde muy cerca. Y lo ha hecho su cliente.

—Mi cliente no niega haber apretado el gatillo...

—Pero no nos dice la razón por la cual lo hizo.

—Sí que he dicho la razón —soltó Amy, desafiante.

—Sí, y es una gran historia, Amy. Pero no tiene ningún sentido.

Helen dejó que sus palabras flotaran en la habitación. Sin que le tuviera que decir nada, Mark aprovechó para aumentar la presión:

—Nadie os vio. Ni tampoco a la furgoneta, Amy. No os vieron los camioneros que pasaban por allí. Ni los guardias de tráfico. Ni los otros chicos que también estaban haciendo autostop en el mismo lugar. Así que ¿por qué no te dejas de tonterías y nos cuentas la verdadera razón por la que has matado a tu novio? ¿Te pegaba? ¿Te amenazaba? ¿Por qué te llevó a ese lugar tan horrible?

Amy no dijo nada e incluso se negó a mirarlos. Se comportaba como si Mark no hubiese hablado. Helen cogió el relevo y suavizó el tono:

—No creas que eres la primera mujer a la que le pasa, Amy. Te enamoraste de un buen chico que resultó ser un sádico violento. No es tu culpa, nadie te está juzgando y si me cuentas lo que sucedió,

en qué momento se estropeó todo, entonces te prometo que te ayudaré. ¿Te atacó? ¿Había más gente involucrada? ¿Por qué te llevó allí?

Silencio todavía. Por primera vez, la voz de Helen se tiñó de impaciencia:

—Hace dos horas le he tenido que contar a la madre de Sam que su hijo no solo estaba muerto, sino que le habían asesinado de un disparo. Lo que necesita ahora, lo que necesitan sus hermanos pequeños, es que alguien pague por lo que ha hecho. Y ahora mismo tú eres la única sospechosa. Así que, por tu propio bien y por el suyo, déjate de mentiras y cuéntanos la verdad. ¿Por qué lo hiciste, Amy? ¿Por qué?

Hubo otro silencio y entonces Amy alzó la vista. Su enfado era claramente visible a través de las lágrimas.

—Ella me obligó a hacerlo.

Qué opinas, jefa?

Por primera vez en la vida, Helen no tenía una respuesta. Sí o no, culpable o inocente, Helen Grace siempre había sabido cómo responder. Pero no en este caso. Era algo totalmente diferente. Toda su experiencia anterior la invitaba a pensar que Amy estaba mintiendo. La historia del secuestro ya era lo suficientemente esperpéntica, pero el hecho de que dijera que quien lo había llevado a cabo había sido una mujer sola fue el factor definitivo. Las mujeres que mataban a alguien solían escoger a sus maridos, a sus hijos o a alguna persona que estuviera a su cargo. No salían a secuestrar a desconocidos ni buscaban un escenario de alto riesgo como el que Amy había descrito, en el que el número de víctimas las superaran. Incluso si lo hubiera hecho por alguna razón, ¿cómo iba a tener la fuerza suficiente para sacar a dos adultos de una furgoneta y llevarlos hasta una piscina vacía? A Helen le estaban entrando ganas de restregarle algo a Amy por la cara. A lo mejor cuando se enfrentara a una acusación de asesinato acabaría confesando la verdad.

Pero, aun así, ¿por qué se iba a inventar una historia como esa a no ser que fuera verdad? Amy era una chica lista, organizada, sin un historial médico de enfermedades mentales. Durante todo ese tiempo, su testimonio había sido preciso y coherente. La descripción de su «secuestradora» había sido muy concreta —el pelo corto y rubio, con gafas de sol, las uñas cortas y llenas de mugre— y no se había desviado en lo más mínimo. Incluso el minúsculo detalle de que revolucionaba el motor de la furgoneta porque conducía con marchas cortas. Además estaba muy claro que amaba a Sam —que le amaba de verdad— y que estaba desolada a causa de su muerte. Todo el mundo les describía como inseparables, las dos mitades de un todo. Se habían conocido en la universidad de Bristol y los dos habían solicitado hacer un máster en Warwick para poder seguir juntos, aplazando el momento en el que tuvieran que ponerse a trabajar y una posible separación. No tenían mucho dinero, pero durante el tiempo que habían estado juntos habían hecho autostop por todo el país y muy raras veces habían incluido a alguien más en esos viajes.

El departamento forense la había vinculado con el arma, así que no había ninguna duda de que ella lo había hecho, pero también había confirmado su historia de cautiverio. Su estado físico —el pelo, las uñas— y todos los desechos humanos que había en la piscina sugerían que habían pasado allí dentro dos semanas antes de que ella le matara. ¿Habían perdido toda esperanza y se lo habían echado a suertes? ¿Habían hecho un pacto?

—¿Por qué él y no tú?

Amy se volvió a derrumbar, pero Helen repitió la pregunta. Al final Amy consiguió decir:

—Porque me lo pidió.

Una prueba de amor, entonces. Un acto de altruismo. El lastre de llevar eso en tu conciencia..., si fuera cierto. Eso era lo que le chirriaba, el hecho de que Amy estuviera destrozada por lo que le había ocurrido. No solo traumatizada. Estaba desolada, aplastada por el peso de la culpa. Era una emoción que Helen conocía muy bien y, a pesar de todo, se encontró a sí misma sintiendo pena por Amy. Puede que hubiera sido demasiado dura con esa chiquilla tan vulnerable.

No podía ser cierto. Porque ¿qué razón tendría nadie para hacerlo? ¿Qué ganarían ellos, o «ella»? Según Amy, ni siquiera había estado presente para observarlos, así que ¿cuál era su objetivo? No podía ser cierto y, con todo, cuando Helen contestó a la pregunta de Mark, tan directa como siempre, se encontró a sí misma comentando:

—Creo que nos está diciendo la verdad.

Ben Holland odiaba su viaje semanal a Bournemouth. No tenía ningún sentido, era un día desperdiciado para él. Pero su empresa le daba mucha importancia al hecho de que hubiera comunicación en persona entre sus oficinas, así que una vez por semana Ben y Peter (de Portsmouth) compartían bocadillos y café con Malcolm y Eleanor (de Bournemouth) y con Hellie y Sarah (de Londres). Discutían acerca de los pormenores de las leyes marítimas, los pleitos entre bancos y la legitimación internacional antes de que surgieran las quejas sobre sus respectivos clientes. Algunas veces era bastante instructivo, incluso divertido, pero en cuanto metías en la ecuación las horas que tardabas en ir y venir de Portsmouth te dabas cuenta de que todo aquello era una colosal pérdida de tiempo.

Esta vez estaba siendo incluso peor de lo habitual. Como de costumbre, Ben era el que llevaba y traía a Peter a Bournemouth, así el socio de mayor edad podía beber alcohol a la hora de comer. Peter era un abogado con un cerebro ágil y un historial de casos ganados. También era maleducado y monótono, y olía mal. Ya era malo estar en una sala de conferencias con él. Pero ahora iba a estar atrapado en el coche con Peter durante dos horas. O al menos habría sido así si no se les hubiera acabado la gasolina.

Ben sacó el teléfono maldiciendo en voz baja. Sus ojos reflejaron consternación.

—No hay cobertura.

—¿Qué? —se extrañó Peter.

—Que no tengo cobertura. ¿Y tú?

Peter miró su teléfono.

—Tampoco.

Silencio.

Ben intentó contener su ira. ¿Cuántas dificultades había tenido que superar para terminar aquí, en mitad del bosque, con Peter, mientras caía la noche? Ben había llenado el depósito en la gasolinera Esso a las afueras de Bournemouth —la gasolina estaba más barata allí— y una hora después ya se había acabado. No se había creído la advertencia cuando se encendió la luz del indicador del nivel de combustible, pero en cualquier caso había pensado que tenía suficiente como para llegar a Southampton. Sin embargo, segundos después de que saltase la alarma, el coche se había detenido bruscamente. Algunas veces la vida no te daba ni un solo respiro. ¿Iba a tener que caminar hasta una gasolinera? O peor aún, ¡pasar la noche juntos!

—Un seguro a todo riesgo ¿y de qué te sirve? —fue la aportación de Peter.

Ben examinó la vacía carretera secundaria por donde iban. Peter no decía nada, pero había sido idea de Ben atravesar el bosque. Siempre lo hacía, porque así evitaba la autopista que rodeaba Southampton y aprovechaba un atajo que los dejaba en Calmore, pero hoy les había salido mal el truco. Ben tenía la sensación de que eso saldría a relucir, pero solo después de que todo hubiera acabado. Peter le sacaría todo el provecho posible. Solo estaba esperando el momento adecuado.

—¿Vas a ir tú o voy yo? —preguntó Peter.

Era una pregunta retórica. A los mayores se les debía un respeto y, además, Peter tenía «las rodillas mal». Así que la responsabilidad recaía sobre Ben. Observó el mapa y vio que había un par de casas de veraneo a dos o tres kilómetros. A lo mejor si se daba prisa podía llegar antes de que fuese noche cerrada. Se subió el cuello del abrigo, le hizo un gesto a Peter y empezó a caminar por la carretera.

—Nos encontraremos otra vez... —canturreó Peter.

«Cabrón», pensó Ben.

Y de repente un golpe de suerte. A la luz del atardecer, Ben pudo divisar dos luces. Entrecerró los ojos para ver mejor. Sí, no había duda, eran faros. Por primera vez en todo el día, Ben se relajó. Dios existía, después de todo. Alzó los brazos para hacer señales, pero la furgoneta ya estaba frenando para ayudarles.

«Gracias al cielo —pensó Ben—. Nos han salvado».

Diane Anderson no había visto a su hija desde hacía tres semanas. Y tampoco la estaba viendo ahora, aunque Amy estaba aferrada a su pecho en un abrazo interminable. Le habían quitado la mugre en el hospital —la habían dejado ducharse y lavarse el pelo—, pero seguía sin parecerse a Amy.

Esa policía tan guapa —Charlie— las había acompañado a casa. Había explicado que era para ayudar a Amy, para que se sintiera segura mientras se incorporaba de nuevo al mundo exterior, pero en realidad venía para espiarla. Diane estaba segura de eso. De que estaba allí para esperar, observar e informar. Su hija no había dejado de ser sospechosa. Los dos policías con uniforme que custodiaban la puerta de su casa lo estaban dejando muy claro. ¿Estaban allí para protegerla o para impedir que se escapara? A pesar de todo, habían conseguido esquivar a la prensa. Una reportera de un periódico local incluso había llegado a gritarles a través de la ranura para las cartas de la puerta principal. Había preguntado a gritos, con las palabras más desagradables posibles, por qué Amy había matado a su novio. El hecho de que la periodista fuese una mujer joven lo hacía todo aún peor. ¿Qué le pasaba a esa gente?

—Amy ha disparado a Sam. —Así era como la mujer sería, la inspectora Grace, lo había descrito.

No tenía ningún sentido. Amy jamás dispararía a nadie y mucho menos a Sam. Ni siquiera había tenido una pistola en sus manos antes. Esto no era Estados Unidos.

Se había dado la vuelta hacia su marido, Richard, esperando que corrigiera a la policía, que lo aclarara todo, pero su cara reflejaba lo mismo: una total conmoción. Por un instante la ira la había cegado —Richard nunca estaba cuando se le necesitaba—, pero se recompuso y una vez más afrontó el amargo presente. Amy amaba a Sam. En más de una ocasión, Diane se había preguntado cómo sería todo si —cuando— se casaran. Siempre había dado por sentado que Amy haría lo normal en esos tiempos y se irían a vivir juntos antes de casarse. Pero Amy la había sorprendido confesándole que quería casarse cuando llegara el momento adecuado. Como era típico en Amy, lo haría sin seguir las convenciones. Ni se planteaba vestir de blanco y había decidido que sería Diane quien la llevaría al altar en vez de su padre. ¿Estaría Richard de acuerdo con eso? ¿Le parecería bien a la gente o pensarían que era muy extraño? Diane se sobresaltó y se dio cuenta de que estaba fantaseando otra vez. Además con una boda que ya no iba a celebrarse.

Nada tenía el más mínimo sentido. Sam no era agresivo ni violento, así que no podía haber sido en defensa propia. La inspectora Grace había sido muy parca en los detalles: «Mejor que se lo cuente Amy con sus propias palabras». Pero Amy no había explicado nada. Se había quedado muda. Diane había intentado que se sintiera a gusto preparándole batidos, comprándole los pastelitos que le gustaban desde niña, adornando la habitación que ambas compartían ahora con sus peluches y sus cosas. Pero no había funcionado nada. Así que estaban allí sentadas, un trío forzado a entenderse. Charlie en el sofá intentando no derramar el té, Diane repartiendo más pastelitos que se quedaban en el plato sin que nadie los cogiera y Amy mirando al vacío, la sombra de la alegre chica que había sido antes.

Era una emboscada. La mujer la estaba esperando y en cuanto Helen salió del coche fue a por ella.

—¿Tiene un par de minutos, inspectora?

El corazón de Helen dio un vuelco. Ya habían empezado.

—Me alegro de verte, Emilia, pero, como puedes observar, estoy muy ocupada.

Helen se puso en movimiento, pero un brazo alzado le impidió seguir andando. Helen le lanzó una mirada —«¿Me vas a cortar el paso?»— y su contrincante captó la indirecta y retiró el brazo lentamente. Con descaro, Emilia Garanita le dedicó una amplia sonrisa. Era un personaje llamativo: joven y esbelta, pero también desfigurada y con una vida rota. De adolescente había roto corazones por doquier, pero cuando solo tenía dieciocho años había sido víctima de un ataque con ácido. Si mirabas su perfil izquierdo, era muy atractiva. Si mirabas el derecho, solo sentías pena: sus rasgos deformados, un ojo postizo inmóvil. La llamaban «la bella y la bestia» y era la redactora jefe de Sucesos del *Southampton Evening News*.

—El caso Amy Anderson. Sabemos que le mató, pero no sabemos por qué. ¿Qué le había hecho él?

Helen intentó que no se le notara el desprecio que sentía. Estaba segura de que había sido Emilia la que había estado gritando a través de la puerta de los Anderson, pero no era sensato ponerse a la prensa en contra cuando acababan de empezar a investigar.

—¿Fue alguna agresión sexual? ¿Él le pegaba? ¿Hay más sospechosos? —continuó preguntando.

—Ya conoces el procedimiento, Emilia, tan pronto como tengamos algo que decir al respecto habrá un comunicado de prensa y se pondrán en contacto con vosotros. Ahora, si me lo permites...

—Es que tengo curiosidad por saber por qué la ha dejado en libertad tan rápido. Ni siquiera ha tenido que pagar una fianza. Normalmente les hace esperar un poco más, ¿no?

—No hacemos «esperar» a nadie, Emilia. Yo suelo cumplir las normas, eso ya lo sabes. Por eso es por lo que cualquier comunicación con la prensa se hará por los canales oficiales. ¿De acuerdo?

Helen le dedicó su mejor sonrisa y siguió caminando. Había ganado la primera batalla de lo que sin duda sería un largo enfrentamiento. El crimen corría por las venas de Emilia. Era la mayor de seis hermanos y se había hecho famosa cuando su padre, un narcotraficante, había sido sentenciado a dieciocho años de cárcel por usar a sus hijos de mulas. Desde muy pequeños, Emilia y sus cinco hermanos habían sido obligados a tragarse condones rellenos de cocaína cuando volvían a casa, al puerto de Southampton, procedentes de uno de los múltiples cruceros por el Caribe a los que iban. Cuando el padre, de origen portugués, fue a la cárcel, sus jefes intentaron que Emilia siguiera ejerciendo de mula para compensar las pérdidas. Se negó a ello, así que la castigaron: le rompieron los tobillos y le echaron medio litro de ácido sulfúrico en la cara. Había escrito un libro contándolo, lo que finalmente la llevó a ser periodista. A pesar de que seguía cojeando, no le tenía miedo a nada ni a nadie y no cejaba cuando se trataba de perseguir una buena historia.

—¡No se haga la tonta! —gritó Emilia mientras Helen llamaba al timbre de la morgue.

Helen sabía que la vida se le acababa de complicar un poquito. Pero no tenía tiempo de ponerse a pensar en ello.

Helen tenía una cita con un cadáver.

Parecía un fantasma. La cara atractiva y libre de preocupaciones que se podía contemplar en sus fotos de Facebook no se parecía en nada a la máscara demacrada a la que ahora se enfrentaba Helen. El cuerpo enjuto de Sam yacía frente a ella en la camilla del depósito de cadáveres burlándose del chico alegre y optimista que había sido. Era una imagen muy perturbadora.

Helen se dio la vuelta y se distrajo observando cómo llegaba el patólogo Jim Grieves. A pesar de que Jim ya llevaba treinta años trabajando en ese mismo puesto, tardaba una eternidad en prepararse para una autopsia. Se lavaba las manos tan concienzudamente que parecía una moderna lady Macbeth (aunque algo pasada de peso). Cuando contemplabas sus torpes intentos de meter las manos en los guantes estériles, sentías el impulso de acercarte y ponérselos tú mismo. Algunos habían llegado a eso. Otros se conformaban con pensar que ya estaba un poco viejo, pero Helen lo conocía bien y no le metió prisa. Merecía la pena esperarle, porque había algo milagroso en la lenta transformación de ese torpe y tatuado barrigón que, con la bata blanca, se convertía en un forense muy analítico y había ayudado a Helen a resolver más de un caso.

—Lo que estoy a punto de decir incluye todas las advertencias habituales, porque me están volviendo a meter prisa...

Helen sonrió —ya estaba acostumbrada a que Jim refunfuñara— y le dejó seguir. Le estaba metiendo prisa, pero es que lo necesitaba. Contarle a la madre de Sam que su hijo estaba muerto había sido horrible y más porque había podido aclararle muy poco de las circunstancias. Olivia Taylor se había quedado viuda hacía ya algunos años, así que no tenía a nadie en quien apoyarse. De algún modo, ella sola tendría que ayudar a sus hijos a aceptar y superar la muerte de su querido hermano mayor y Helen le tenía que proporcionar las herramientas para que pudiera hacerlo. Así que necesitaba corroborar la versión de Amy o descartarla cuanto antes.

Jim había terminado de quejarse. Se volvió hacia el cuerpo de Sam y empezó con el resumen:

—Una sola herida de bala en la espalda. La bala entró por el omoplato derecho y se alojó en la caja torácica. Voy a utilizar tecnicismos, así que, si hay algo que no entiendas, me lo dices, ¿vale?

Helen lo dejó pasar. El sarcasmo era una característica que había acompañado a Jim en todas las autopsias que ella había presenciado. Siguió hablando sin esperar una respuesta:

—Causa de la muerte: paro cardíaco. Probablemente motivado por la pérdida de sangre, aunque también es posible que se deba al shock del impacto. Ya estaba muy mal antes de que le dispararan. Evidencia de desnutrición en el torso, extremidades y cara; fijate en las cuencas de los ojos hundidas, la sangre en las encías y la pérdida de cabello. La vejiga y los intestinos están prácticamente vacíos, el estómago contiene restos de ropa, pelo, fragmentos de azulejo y también carne humana.

Jim rodeó la mesa para levantar el brazo derecho de Sam.

—La carne humana era suya, procedía de su brazo derecho. Al parecer, diría que consiguió darse tres o cuatro mordiscos antes de rendirse.

Helen cerró los ojos asimilando el horror de los últimos días de Sam y después se obligó a

abrirlos otra vez. Jim sostuvo en el aire el brazo destrozado de Sam para que ella lo viera bien y después lo volvió a colocar cuidadosamente en su sitio.

—En mi opinión, no había comido ni bebido nada durante dos semanas, tal vez un poco más. Su cuerpo estuvo todo ese tiempo tirando de las reservas de grasa que tenía y, cuando estas se acabaron, empezó a obtener nutrientes de sus órganos internos. Estaba a punto de tener un fallo multiorgánico cuando le mataron. Por lo que me han contado de su estado, la chica seguía el mismo camino. Unos cuantos días más y los dos hubieran muerto por causas naturales.

Jim se detuvo de nuevo, esta vez para consultar los papeles.

—El análisis de sangre. Lo que te esperas de alguien que sufre una deshidratación severa y que está a punto de sufrir un colapso. Lo único raro es un leve rastro de benzodiazepinas. Supongo que también lo habréis visto en la sangre de ella y que quedará más claro en los análisis de las heces de ambos.

Helen asintió, los forenses habían confirmado vestigios del sedante en los restos que habían recuperado de la piscina. Helen intentó calmar su ansiedad, pero todo se estaba encaminando hacia el mismo sitio. Jim siguió otros diez minutos, pero Helen le pidió que parara. Ya tenía todo lo que necesitaba.

Contra todo pronóstico, la versión de Amy estaba empezando a corroborarse. Los forenses habían encontrado partículas de cuerda en una de las esquinas de la piscina, lo que confirmaba la posibilidad de que Amy hubiese usado una escalera de cuerda para escapar de allí. Y había más datos que lo confirmaban: la ropa que habían llevado Amy y Sam estaba manchada de barro, lo que sugería que podrían haber sido arrastrados desde el vehículo hasta la piscina abandonada. ¿Podría una mujer haber arrastrado ella sola a Sam, que pesaba setenta y cinco kilos, o quizás había necesitado un cómplice?

Mientras volvía a la comisaría central, Helen supo que el caso la iba a obsesionar a partir de ese momento. No descansaría hasta que no hubiese resuelto un crimen tan extraño. Cuando entró en la oficina, se alegró al ver que Mark ya se había puesto manos a la obra. Ya había bastantes problemas de orden práctico o burocrático que podían entorpecer una investigación tan importante como esa y Helen necesitaba que todo funcionara perfectamente. Mark era un sargento a la manera clásica —desabrido pero eficiente—, experto en colaborar para que todo el mundo remara en la misma dirección. Había reunido un buen equipo: los oficiales adjuntos Bridges, Grounds, Sanderson y McAndrew, además del personal de apoyo; la investigación estaba tomando forma ante sus propios ojos. Mark se apresuró a acercarse cuando la vio entrar.

—¿Qué le vamos a decir a la prensa, jefa?

Era una buena pregunta y Helen lo había estado rumiando desde que se despidiera de Jim Grieves. Emilia Garanita no se iba a ir a ninguna parte y otros aparecerían tras ella. Una chica joven había disparado a su novio en un lugar aislado. Era horrible, así que se vendería bien.

—Lo menos que podamos. Hasta que no lo tengamos todo bajo control, no se nos puede escapar que hay otra persona implicada. Así que diremos que fue un caso de violencia de género, pero no daremos detalles. La prensa se inventará todo tipo de cosas acerca de Sam y de las razones por las que Amy le ha matado...

—Pero no queremos que ensucien su nombre más de lo necesario.

—Exacto. Su madre y él se merecen algo mejor.

—Vale, pues mantengámoslo en secreto por ahora.

Él volvió al trabajo. Mark tenía un aspecto muy desaliñado —larguirucho, sin afeitarse, tosco—, pero cuando estaba en forma era un buen policía con el que contar. Helen esperaba que le durara el impulso.

Satisfecha de que ya se estuvieran encargando del tema, se permitió cinco minutos para tomarse una taza de té. Estaba cansada, la entrevista con Amy había sido agotadora y la visita a la morgue todavía peor. Quería desconectar unos instantes, pero su cerebro no se lo permitía. La espantosa muerte de Sam le había llegado al alma y no podía borrar de su mente la imagen de su cara desfigurada sin vida. ¡Qué horrible lo que tendría que ver su madre!

Estaba tan abstraída en sus pensamientos que no se fijó en Charlie hasta que prácticamente la tuvo encima.

—Jefa, seguro que querrás ver esto.

El día ya había estado lleno de sorpresas desagradables, pero Helen tuvo el presentimiento de que se avecinaba otra.

Charlie le tendió un par de fotografías: dos tipos de negocios vestidos con traje, uno de unos treinta años y el otro bastante más viejo.

—Ben Holland y Peter Brightston. Denunciaron su desaparición hace tres días. Volvían de una reunión sobre asuntos legales en Bournemouth. Ninguno de los dos volvió a casa.

Una corazonada deprimente planeó sobre Helen.

—Encontraron su coche en el bosque. La policía local y los guardabosques han rastreado cada centímetro del área. Sin rastro alguno.

—¿Y? —Helen tenía la impresión de que había algo más.

—Dejaron los abrigo, las carpetas y las carteras en el coche. Los teléfonos se encontraron cerca; alguien había destruido intencionadamente las tarjetas SIM.

Otro secuestro entonces. Y este todavía más raro que el primero. Dos hombres adultos, listos, fuertes y totalmente capaces de cuidarse por sí mismos se habían volatilizado.

Cómo te despiertas cuando estás soñando? Cuando estás en mitad de una pesadilla, ¿cómo logras salir del abismo?

Ben Holland rumiaba esas ideas una y otra vez. Tenía que estar soñado. Estaba soñando. ¿A lo mejor Jennie y él habían ido a la licorería después del trabajo y habían comprado una botella de Bison Grass? ¿Quizás estaba teniendo un delirio causado por el vodka? En cualquier momento se levantaría con la cabeza retumbando y una estúpida sonrisa en la cara...

Ben abrió los ojos. En realidad ya lo sabía, porque el hedor allí abajo era mareante. ¿Cómo podía haberse imaginado que estaba en cualquier otro sitio? Aunque hubiera podido, los constantes sollozos de Peter le habrían traído de vuelta. Desde su secuestro, Ben había estado alterado, oscilando entre la ira y la incredulidad. En cambio Peter se había dejado llevar por la desesperación.

—Peter, ¿podrías callarte, por el amor de Dios?

—Que te den —fue la respuesta que le escupió.

«Dónde están ahora tus cualidades de líder», pensó Ben con maldad.

Estaban atrapados. No tenía sentido, pero era cierto. Habían pasado de estar en la furgoneta, felices y aliviados, a despertarse allí. Mareados, magullados y cubiertos con una capa espesa de polvo. Ben había conseguido ponerse de pie. Incrédulo, había entrecerrado los ojos para vencer a la oscuridad intentando averiguar dónde estaban. Se encontraban en una especie de almacén gigante o un silo y el suelo estaba cubierto de carbón. Eso era lo que les impregnaba, el polvillo del carbón que se les metía por los ojos y los oídos, ensuciando sus lenguas. Intuitivamente, Ben se arrastró hacia los laterales. Resultó bastante duro, porque la superficie se movía y cambiaba bajo sus pies, pero al final lo consiguió. Acero frío pulido. Usando la pared como guía, empezó a recorrerla, esperando contra todo pronóstico que existiera una puerta, una escotilla, alguna manera de escapar. Pero las paredes eran lisas y se rindió después de dar un par de vueltas. Alzó los ojos y pudo ver la luz filtrándose a través de la rendija de una trampilla gigante. Así que por ahí había sido por donde habían caído a ese singular infierno.

Fue entonces cuando Ben se dio cuenta de los cortes y hematomas que cubrían su cara y su torso. Habría unos seis metros desde la trampilla y el carbón no era un colchón muy blando para amortiguar esa caída. De repente le dolía todo. El estado de shock se estaba desvaneciendo y su cuerpo, cubierto de moratones, se quejaba. Un ruido hizo que se girara. Peter se estaba arrastrando hacia él; su estúpida cara reflejaba un torpe desconcierto. Estaba buscando una explicación a todo aquello, pero no iba a conseguir ninguna de Ben. Y cuando estaban allí de pie, agotados y sin esperanza, sonó el teléfono. Los dos se quedaron congelados durante un instante y después se apresuraron a cogerlo, aunque Ben llegó primero.

Después de que les hubieran dado el ultimátum mortal, ambos se pusieron a reír como dos perturbados, como si todo eso fuera una broma de mal gusto. Pero, lentamente, su risa empezó a apagarse.

—Llamemos a la oficina. —Ben necesitaba salir de esa cueva urgentemente.

—Buena idea. Llama a Carol, ella sabrá lo que hay que hacer —afirmó Peter dejándose arrastrar por la energía de Ben.

Ben se dispuso a teclear el número, que se sabía de memoria. Pero el teléfono estaba protegido con una contraseña. Cuatro pequeños dígitos les separaban de la libertad.

—¿Qué ponemos?

Los ojos de Ben ya se habían fijado en el indicador de la batería de la parte superior de la pantalla, que anunciaba que estaba en las últimas.

—Solo nos va a dar para un par de intentos. ¿Qué ponemos? —La tensión se reflejaba en la voz de Ben, empezaba a darse cuenta de que les iba a resultar imposible.

—No lo sé. Uno, dos, tres, cuatro.

La mirada que le lanzó Ben fue fulminante.

—Bueno, es que no tengo ni puta idea —se quejó Peter enfadado—. El año en el que naciste.

Era un intento desesperado, pero no tenían nada mejor. Ben intentó meter el año de nacimiento de Peter y después el suyo. Iba por la tercera combinación cuando el teléfono se murió en sus manos.

—¡Mierda!

La palabra resonó por todo el almacén.

—¿Y ahora qué?

Los dos se quedaron quietos mirando con tristeza la trampilla cerrada que tenían encima. La luz se colaba por las rendijas dejando ver la pistola que había en el suelo frente a ellos.

—Nada. No hay nada...

Las palabras de Ben se fueron extinguendo a medida que se daba la vuelta y se refugiaba en la oscuridad. Dejándose caer en una pila de carbón, se vio invadido por una angustia existencial. ¿Por qué les estaba sucediendo esto? ¿Qué habían hecho?

Miró a Peter, que paseaba de un lado a otro mascullando para sí mismo. A Ben nunca le había caído bien Peter, pero no quería matarlo, ¡por el amor de Dios! A lo mejor la pistola era de juguete. Se levantó para comprobarlo, pero la mirada que le lanzó Peter hizo que se volviera a sentar.

Ben se quedó en su propio infierno privado. Nunca se le habían dado muy bien los espacios cerrados. Siempre le había gustado planear una ruta de escape para cualquier situación en la que se encontrara. Pero ahora estaba atrapado y, lo que era todavía peor, enterrado vivo. Bajo tierra. Sus manos ya estaban empezando a temblar. Se sentía mareado y sudoroso, unas lucecitas bailaban frente a sus ojos. No había tenido un ataque de ansiedad desde hacía años, pero podía sentir cómo se le estaba desencadenando uno en ese preciso instante. El mundo se le estaba viniendo encima.

—Tengo que salir. —Ben se puso de pie. Peter se giró hacia él, sorprendido y nervioso—. Por favor, Peter, tengo que salir. ¡Socorro! ¡Que alguien nos ayude, por favor!

Gritó y chilló intentando escapar del pánico, pero al final se quedó sin fuerzas y tuvo que callarse. Seguro que alguien les encontraría y les rescataría. Tenían que hacerlo. La alternativa era inimaginable.

Mark Fuller se fue de la comisaría poco después de que Charlie hubiese dado la noticia bomba. Se había abierto una línea de investigación completamente nueva, pero por ahora los que se encargarían de eso serían los procesadores de datos y los policías uniformados. Estaban contrastando la información dos y tres veces, y en cuanto se confirmara que la desaparición de esos dos hombres tenía aspectos turbios, solo entonces, el caso pasaría a manos del Departamento de Investigación Criminal. El día siguiente iba a ser un día muy largo para Mark, Charlie y el resto del equipo, así que Helen les había mandado a casa para que descansaran algo. Pero Mark no tenía intención de dormir.

En vez de eso, se fue al barrio de Shirley, en las afueras, y aparcó en una tranquila calle residencial. Nunca utilizaba su propio coche para que no lo reconocieran. El viejo Golf hecho polvo con las ventanillas oscuras estaba diseñado para pasar inadvertido y cumplía con su función: la gente que pasaba por la calle pensaba que era propiedad de un adolescente que había intentado tunear un montón de chatarra. Era un puesto perfecto desde el que vigilar lo que pasaba.

Una niña de siete años apareció en la ventana y Mark se irguió en el asiento sin despegar los ojos de ella. La niña miró la calle y corrió las cortinas después, cerrando la habitación al mundo. Mark maldijo su suerte; algunos días Elsie se quedaba en esa ventana veinte minutos o más. Sus ojos miraban de un lado a otro de la calle y con el tiempo Mark se había convencido de que le buscaba a él. Solo era una fantasía, pero le hacía sentirse bien.

El ruido de unos tacones avanzando por la acera hizo que se hundiera en el asiento. Una estupidez, puesto que no le podía ver nadie. Pero la vergüenza te obliga a hacer cosas extrañas. No podía dejar que ella le descubriera así. Se quedó mirando mientras la delgada mujer de treinta y dos años entraba en la casa. Antes de que pudiera meter la llave en el cerrojo, la puerta se abrió y le recibieron los brazos abiertos de un hombre alto y fuerte. Se dieron un beso profundo y largo.

Ese era el resumen de todo. Su exmujer le había sido arrebatada por otro hombre y a Mark le habían dejado en la cuneta. Una oleada de ira recorrió todo su cuerpo. Le había dado todo a esa mujer y ella le había pisoteado el corazón. ¿Qué había dicho cuando dio por terminado su breve matrimonio? Que no le amaba lo suficiente. Era la más humillante de las injurias. No era que él hubiera hecho nada mal. Simplemente, no era suficiente para ella.

Se habían casado demasiado jóvenes. Habían tenido una hija muy rápido. Durante un tiempo, el caos y la emoción de ser padres por primera vez les habían mantenido unidos. El miedo compartido a que su niña dejara de respirar si la dejaban sola, la continua falta de sueño —que era la causante de la paranoia de que estaba desempeñando mal su función de padre—, pero también la alegría inmensa de ver a su hija crecer y hacer cada vez más cosas. Pero Christina se había ido cansando poco a poco de las dificultades de la paternidad —la soporífera rutina, las penurias— y se había sumergido en su carrera profesional. Eso hizo que sus peleas para quedarse con la custodia fuesen todavía más patéticas. Jugó la carta de madre hasta el final, comparando su carácter dulce, su vida ordenada y su empleo bien pagado con el trabajo peligroso e impredecible de Mark como policía de Southampton,

sin que se le olvidara añadir algunas anécdotas relacionadas con su afición a la bebida. ¿Y qué había hecho cuando consiguió la custodia de Elsie? Había vuelto a trabajar a jornada completa y había dejado el cuidado de la niña en manos de su amante, que ya estaba viviendo con ellas. La mujer que una vez había asegurado que amaba a Mark con todo su corazón había resultado ser una zorra mentirosa y vengativa.

Christina y Stephen ya se habían metido en casa y todo estaba en silencio. Elsie ya se habría bañado y tendría puesto el pijama, preparada para irse a la cama. Calentita con su camisón de Hello Kitty y las zapatillas que Mark le había comprado, acurrucada viendo los dibujos de antes de acostarse. Ya estaba un poco mayor para eso, pero tenía debilidad por esa serie y nunca se la perdía. Mark se dio cuenta de que el cabreo amainaba y que era reemplazado por una terrible tristeza. Él también había pensado que la paternidad era muy dura —el repetitivo ciclo de baño, cama, cuentos, quedar a jugar con los amiguitos de su hija y todo eso—, pero en ese momento hubiera dado cualquier cosa por volver a estar en medio de esa vorágine.

Había sido una estupidez ir allí. Mark puso en marcha el coche y se alejó de la casa, esperando dejar sus problemas atrás, en esa misma calle. Pero mientras conducía se le subieron a la cabeza como pequeños monos, atormentándole con todo lo que había hecho mal, lo solo que estaba, lo poco que le importaba a nadie. Se dirigía a su casa, pero cambió de dirección repentinamente y bajó por Castle Way. Había un bar cerca del puerto que se quedaba abierto más tarde de la hora legal de cierre. Siempre y cuando estuvieras allí antes de medianoche, la hora a la que bajaban la persiana metálica, te podías quedar bebiendo toda la noche. Que era exactamente lo que pensaba hacer.

La casa de los Brightston era un semiadosado de estilo victoriano en el pudiente barrio de Eastleigh. Helen estaba caminando de un lado a otro en la acera, furiosa y frustrada. Había quedado allí con Mark a las nueve y media de la mañana. Ya eran las diez y no sabía nada de él. Le dejó el tercer mensaje en el buzón de voz y, dándose por vencida, llamó al timbre. ¿Por qué Mark tenía que cagarla siempre?

Al otro lado de la puerta estaba Sarah Brightston, una atractiva mujer de cuarenta y pico años. Vestida con prendas caras y un maquillaje impoluto, no mostró emoción alguna por ver a la policía en su casa cuando invitó a Helen a pasar.

—¿Cuándo denunció la desaparición de su marido?

Ya habían cumplido con el protocolo de presentarse, así que Helen había ido directamente al grano.

—Hace dos días.

—Pero la noche anterior tampoco había venido a casa.

—Peter disfruta de la vida. Demasiado a veces. Esos viajes a Bournemouth son como una pequeña excursión y es muy típico de Peter emborracharse junto con todo su equipo y después dormir la resaca en alguna pensión. Pero no es un insensible, me habría llamado a la mañana siguiente para hablar conmigo y con nuestros hijos.

—¿Y tiene alguna idea de dónde podría estar?

—El muy tonto probablemente se haya perdido. Deben de haber tenido una avería en el coche y habrán intentado llegar andando a un taller. A lo mejor ha bebido demasiado y se ha torcido un tobillo o algo así, eso sería muy típico de él. Siempre ha sido un poco patoso.

Lo relató con serenidad, en su mente no había duda alguna de que su marido se encontraba vivo y bien. Helen admiraba su estoicismo, pero también despertaba su curiosidad.

—¿Cuántas personas les están buscando? —preguntó Sarah.

—Todos los policías disponibles.

No es que fuera mentira. La investigación iba a toda marcha, pero no habían encontrado nada y según pasaban las horas Helen temía más por sus vidas. La carretera en la que habían desaparecido los dos hombres atravesaba el bosque y terminaba en Calmore; era una caminata larga, pero sin ningún peligro. Hacía frío, pero no demasiado, así que...

Helen intuía que la desaparición de Peter estaba relacionada con lo que le había pasado a Amy, pero había prohibido a los demás que lo sugirieran; oficialmente, esto todavía era una entrevista para localizar a una persona desaparecida. Helen no le había contado a Sarah que ella normalmente se ocupaba de casos de asesinato. Ya habría tiempo para eso más adelante.

—¿Estaba Peter preocupado por algo? ¿Intranquilo? —siguió preguntando Helen.

Sarah negó con la cabeza. Los ojos de Helen se fijaron en la cuidada decoración de la casa. El sueldo de Peter era bastante sustancioso y Sarah se dedicaba al mercado de antigüedades, así que no les faltaba el dinero.

—¿Le ha pedido alguien un préstamo hace poco? ¿Ha notado algún cambio en sus movimientos bancarios? ¿La cuenta tiene más dinero? ¿O menos?

—No, todo es... normal. Vamos bien de dinero. Como siempre.

—¿Y cómo describiría su matrimonio?

—Nos queremos. Somos fieles. Es un matrimonio sólido.

Enfatizó la última frase, como si estuviera ligeramente ofendida por la pregunta.

—¿Algún problema en el trabajo? —preguntó Helen, cambiando de registro.

Peter y Ben trabajaban para un bufete de abogados muy prestigioso especializado en derecho marítimo. Había mucho dinero invertido en los casos más complicados, que se podían alargar durante años, especialmente si había navieras involucradas. Era posible que la desaparición de los dos abogados beneficiara a alguien.

—¿Estaba estresado por algún caso en especial?

—No, que me haya dicho.

—¿Últimamente trabajaba horas extra?

Sarah negó con un leve gesto.

—¿Hablaba con usted de los casos que llevaba? ¿Le daba detalles?

Sarah dijo que no sabía nada específico del trabajo de Peter, así que Helen se recordó mentalmente que tendría que hablar con el bufete. Pero todo ese tiempo había tenido la desagradable sensación de estarse agarrando a un clavo ardiendo. Examinó las paredes por si le llegaba la inspiración y su mirada se posó en una fotografía enmarcada de Peter en la playa, un padre sonriente rodeado por su familia. Sarah siguió sus ojos y le empezó a relatar lo que había ocurrido aquel día y siguió detallándole sus planes para el futuro: un viaje a Boston en Semana Santa toda la familia junta. Sarah creía firmemente que Peter regresaría en cualquier momento y que todo volvería a la normalidad. Helen quería creerlo también, pero no podía. En lo más hondo de su alma, pensaba que Sarah nunca volvería a ver a su marido.

Era de noche y Peter Brightston estaba totalmente congelado. Siempre llevaba trajes de tela ligera, incluso en invierno, porque tenía tendencia a sudar, una costumbre de la que se estaba arrepintiendo en ese mismo momento. En algún lugar del bosque se encontraría el coche de Ben y dentro de él estaba el abrigo con forro que Sarah le había regalado por su cumpleaños. Maldiciendo con furia, intentó taparse un poco más con la chaqueta del traje.

Mientras respiraba hondo, el vaho de su aliento danzaba frente a él. Era prácticamente lo único que podía ver, porque todo estaba a oscuras. Sabía que Ben estaba cerca, pero no podía verle. ¿Qué estaría haciendo? Ben era un tío majo, pero no llevaba muy bien lo de estar atrapado. Antes casi se había desmayado, había estado a punto de dejarse llevar por un ataque de pánico; además gritaba cuando se quedaba dormido. Sus terrores nocturnos hacían eco en las paredes de acero que les rodeaban, de modo que todo parecía salido de una pesadilla y como consecuencia llenaba de angustia a Peter. ¿Al final les encontraría alguien? ¿O morirían en esa mierda de agujero?

Peter miró hacia donde suponía que estaba Ben y, arropado por la oscuridad, se metió la mano en el bolsillo. Nunca iba a ningún lado sin un paquete de caramelos de menta —no era correcto presentarse en casa apestando a alcohol— y poco a poco, cuidadosamente, sacó el último caramelo del envoltorio, ya vacío. Se lo metió en la boca rápidamente. El paquete estaba a medias cuando se despertaron allí dentro. Se lo había acabado sin contárselo a Ben. Estaba seguro de que Ben habría hecho lo mismo en su situación, así que ¿por qué no? Cualquier remordimiento que pudiera tener se había visto aplacado por las punzadas de hambre de su estómago. Jugueteó con el caramelo en la boca, dejando que el azúcar se disolviera lentamente y se deslizara por su garganta. Era agradable y dulce, le consolaba.

¿Qué iba a hacer ahora? Había terminado sus escasas provisiones. Y no podía dormir, lo que le hacía sentir todavía más hambre. ¿Qué coño iba —iban— a comer ahora? ¿Carbón? Se rio con amargura y se detuvo inmediatamente. El eco de su risa era muy extraño y ya estaba lo suficientemente nervioso. Tenía que permanecer tranquilo. Había tenido dos infartos en los últimos cinco años y no necesitaba otro; no allí abajo.

Al principio había caído en un estado de shock emocional, pero después se había puesto en marcha, animado por la desesperación, y había intentado encontrar alguna vía de escape. Las paredes del almacén estaban algo oxidadas y después de un montón de tirones había conseguido arrancar una lámina de unos cinco centímetros. Por lo menos era algo con lo que trabajar. Con eso había golpeado las paredes, había intentado hacer un agujero, incluso se había propuesto utilizarlo como crampón para escalar hacia la libertad. Pero todo fue inútil y se había dejado caer en el suelo, derrotado.

De repente se le escaparon las lágrimas. La idea de terminar muriendo en ese agujero, lejos de sus hijos, le llenaba de una tristeza incontenible. Había llevado una buena vida. Había hecho el bien. O lo había intentado. No se merecía eso. Nadie se lo merecía. Peter empujó el carbón con furia hacia un lado, se hizo un hueco y se preparó para pasar la noche. ¿Ben estaba todavía dormido? Se había

callado hacía un rato y Peter no estaba seguro del todo. ¿Debería haber consolado a Ben durante sus pesadillas? ¿Le echaría en cara Ben no haberlo hecho? A lo mejor le influía, ahora que estaban... Peter dejó que la idea se desvaneciera, no quería ponerse a pensar en eso. Pero lo cierto era que no tenía ni idea de lo que Ben estaba sintiendo o suponiendo. Le conocía como compañero de trabajo, pero no como persona. Ben siempre había sido receloso a la hora de contar cosas de su pasado. ¿Por qué sería? ¿Acaso él era la razón por la que se encontraban allí? Espoleado por esa idea, Peter estuvo a punto de echarle la culpa a Ben, pero se mordió la lengua. Era mejor no acusarle de nada, porque no sabía cómo iba a reaccionar.

Mientras se tumbaba sobre ese gélido simulacro de colchón, Peter se empezó a arrepentir de no haberse tomado la molestia de conocer mejor a Ben. Pero la verdad es que nunca puedes llegar a conocer realmente a otra persona.

Y ese pensamiento fue el que hizo que Peter permaneciera despierto toda la noche.

Las oficinas de la comisaría estaban a pleno rendimiento. Las fotos de Amy y Sam estaban clavadas en el tablero; al lado, los mapas en los que estaba trazada la ruta que habían seguido desde Londres a Hampshire, diagramas e imágenes que representaban la piscina abandonada, listas de amigos y parientes y todo lo demás. Sanderson, McAndrew y Bridges estaban llamando por teléfono a posibles testigos, mientras los informáticos metían todos los datos del caso en el HOLMES 2, cruzando referencias de los detalles de este secuestro con las decenas de miles de crímenes que ya existían en los archivos de la policía. Grounds supervisaba y escaneaba los resultados rápidamente.

Mark se quedó rondando por la puerta, incapaz de entrar. Le retumbaba la cabeza, sufría un ataque de náuseas tras otro; toda aquella actividad le estaba mareando. Le entraron ganas de darse la vuelta e irse, pero sabía que tenía que afrontar las consecuencias de sus actos. Entró en el despacho y se dirigió directamente a la mesa de Charlie.

—Justo a tiempo —dijo ella—. El resumen de lo que tenemos hasta ahora va a empezar en diez minutos. Iba a saltármelo, pero ya que estás aquí...

Mark apreciaba mucho a Charlie y más en días como ese. A pesar de su falta de profesionalidad y de lo mal que se había comportado, Charlie no le juzgaba. Siempre confiaba en él y le era leal. Mark sintió remordimientos por haberla dejado en la estacada.

—¿Voy a por un café? Así te puedes refrescar un poco en el baño y prepararte para que se nos ocurran algunas ideas —continuó.

Charlie se estaba levantando para hacer lo que había sugerido, cuando la voz de Helen se oyó alta y clara:

—Sargento Fuller, me alegro de que haya decidido unirse a nosotros.

A Mark se le cayó el alma a los pies. La prórroga había durado poco. Se dio la vuelta y se dirigió avergonzado al despacho de Helen. El resto del equipo fingió estar ocupado, pero todo el mundo miró de reojo al hombre al que acababan de condenar.

Mark cerró la puerta tras él y se enfrentó a Helen. Esta no le invitó a sentarse, así que se quedó de pie. Estaba claro que quería que los demás le pudieran ver. El bochorno de Mark aumentó de grado.

—Lo siento, jefa.

Helen alzó la vista.

—¿Por?

—Por no haber ido esta mañana. Por mi falta de profesionalidad. Por...

Mark se había preparado un discurso de camino a la comisaría, pero se le había olvidado. Rebuscó en su cerebro, pero no conseguía encontrar las palabras. Su corazón se puso a latir más rápido, su mareo aumentaba; solo quería estar en otra parte, lejos de allí.

Helen le estaba mirando, pero su rostro era indescifrable. ¿Estaba enfadada? ¿Decepcionada? ¿O

quizás aburrida?

Silencio. Al final ella habló.

—Bueno.

Mark se quedó mirándola; no estaba seguro de lo que quería de él.

—¿Me vas a contar lo que te está pasando? Llegas tarde. Estás borracho. Para ser tan joven, tienes un aspecto de mierda.

Mark no se lo podía negar, así que siguió callado. Sabía por experiencia que no tenía que interrumpir a Helen cuando estaba en pleno discurso.

—Sé que has pasado una época muy mala, Mark, pero te estoy diciendo que estás a punto de perder tu trabajo. A Whittaker le encantaría tener un motivo de verdad para deshacerse de ti, créeme. No quiero que eso suceda, así que cuéntame qué está pasando. No sabemos a qué nos vamos a enfrentar en este caso y necesito que los policías a mi cargo se entreguen en cuerpo y alma.

—Salí ayer y me tomé un par de copas.

—Intenta explicarlo otra vez.

La cabeza volvió a retumbarle, más fuerte, más rápido.

—Vale, muchas copas, pero es que había quedado con unos colegas y...

—Otra vez. Y si me vuelves a mentir, voy a descolgar el teléfono y llamar a Whittaker yo misma.

Mark se quedó mirando al suelo. Odiaba que solo hablara del alcohol que había bebido, podía percibir su desaprobación. Todos sabían que Helen no bebía nunca, así que ¿cómo iba a admitir que acababa borracho todas las noches sin parecerle completamente patético?

—¿Adónde fuiste?

—Al Unicorn.

—Joder. ¿Y?

—Me pasé bebiendo desde las ocho de la tarde hasta las ocho de la mañana. Cerveza, whisky, vodka.

Ahí estaba el resumen, todas las cartas sobre la mesa.

—¿Cuánto tiempo llevas así?

—Dos meses. Tres a lo mejor.

—¿Todas las noches?

Mark se encogió de hombros. No se podía permitir el lujo de decir que sí, aunque era obvio que esa era la respuesta correcta. Estaba muy claro ya —para Helen y también para Mark— que había emprendido un viaje cuyo destino era el alcoholismo. Observó de refilón su reflejo en la cristalera que había detrás de Helen. La imagen que tenía de sí mismo era la del tipo atractivo que había sido hacía un año —alto y flaco, con el pelo rizado—, pero en ese momento se encontraba visiblemente hecho una pena. La piel apagada, los ojos sin vida. Un desastre sin afeitarse.

—Creo que no puedo seguir con esto.

Le salió del alma. No había planeado decirlo. No quería decirlo. Pero necesitaba hablarlo con alguien. Helen siempre se había mostrado equitativa con él. Le debía sinceridad.

—No creo que sea justo para ti ni para el equipo tener que soportarlo...

Helen le observó. Por primera vez ese día. Mark se dio cuenta de que su expresión se suavizaba.

—Sé cómo te sientes, Mark, y, si quieres tomarte unos días libres, estoy de acuerdo. Pero no me vas a abandonar.

Su voz mostraba una resolución de acero.

—Eres demasiado bueno como para tirarlo todo a la basura. Eres el mejor sargento con el que he trabajado.

Mark no sabía qué decir. Había estado temiendo que se burlara de él, pero su voz era amable y su oferta de ayudarlo parecía auténtica. Era cierto que habían superado juntos muchas situaciones difíciles —resolver los asesinatos de la calle Paget el último año había sido el punto álgido de la carrera de Mark— y con el tiempo el vínculo profesional que les unía se había fortalecido. En muchos aspectos, su amabilidad era peor que cualquier reproche.

—Quiero ayudarte, Mark —continuó—. Pero tendrás que trabajar conmigo en esto. Estamos en la mitad de una investigación por asesinato, así que cuando te digo que estés en un sitio a las nueve y media de la mañana más te vale estar. Si no puedes hacerlo, o no quieres, tendré que trasladarte a otro departamento o suspenderte de empleo y sueldo. ¿Comprendido?

Mark asintió.

—No puedes seguir desayunando vodka —continuó Helen—. No te vayas a beber a la hora de la comida. No más mentiras. Si confías en mí, te ayudaré y podremos superarlo; pero necesito que confíes en mí. ¿Confías en mí?

Mark alzó la mirada para encontrarse con la de ella.

—Por supuesto que sí.

—Bien, entonces pongámonos manos a la obra. Reunión del equipo en cinco minutos.

Nada más acabar de hablar, continuó con su trabajo. Mark abandonó su despacho, humillado pero también aliviado. Helen Grace siempre conseguía sorprenderle.

De camino a su piso en el centro de la ciudad, Helen repasó mentalmente la conversación que había mantenido con Mark. ¿Se había mostrado demasiado dura? ¿Demasiado blanda? ¿Estaba volviendo a repetir los mismos errores? Cuando cerró la puerta de su casa después de entrar, todavía se encontraba dándole vueltas a esa idea en la cabeza. Echó el cerrojo y se dirigió directa al baño. Llevaba levantada cuarenta y ocho horas seguidas y necesitaba sentirse limpia otra vez.

Se encaró con la ducha y el agua le golpeó con fuerza el cuello y los pechos antes de girarse. El agua hirviendo se deslizó por su espalda y una oleada de dolor le recorrió todo el cuerpo. Al principio era casi insoportable, pero poco a poco el escozor fue desapareciendo y Helen se volvió a sentir relajada.

Se tapó con una toalla y fue hacia el dormitorio. Ya seca, dejó caer la toalla al suelo y se contempló en el espejo de cuerpo entero. Era bastante atractiva sin ropa, pero muy pocas personas la habían llegado a ver así. Celosa de su intimidad y temerosa por las inevitables preguntas, sus escauceos tendían a ser cortos y casuales. No es que a los hombres que había escogido les hubiese importado, porque a la inmensa mayoría le había alegrado encontrar a una mujer que se acostara con ellos y después se fuera.

Helen abrió su armario y descartó los vaqueros y las camisas y eligió directamente un pantalón de chándal y una camiseta deportiva; tenía una clase de boxeo más tarde y cambiarse dos veces no parecía tener mucho sentido. Se detuvo un instante para observar su uniforme de policía, cuidadosamente guardado en una funda para traje. Era el que solía llevar antes, cuando patrullaba. Aquella época la había convertido en lo que era ahora. El primer día que se había recogido el pelo en una coleta, se había colocado el chaleco protector y había salido a la calle había sido uno de los más felices de su vida. Por primera vez sentía que formaba parte de algo. Que importaba. Le encantaba la manera en la que cambiaban su aspecto y su actitud —el anonimato asexual del uniforme unido a la seguridad y a la fuerza que proporcionaba—. Era como un disfraz, pero uno que todo el mundo reconocía y apreciaba. Una pequeña parte de ella deseaba volver a aquello, pero era demasiado ambiciosa e inquieta como para haber seguido siendo policía rasa durante mucho tiempo.

Hizo caso omiso de la nostalgia, se preparó una taza de té y se dirigió al salón. Era una habitación grande y austera. No había fotos en las paredes ni revistas olvidadas por los rincones. Limpio y ordenado, todo estaba en su sitio.

Helen escogió un libro y se puso a leer. Las estanterías estaban repletas de libros. Ensayos sobre conducta criminal, asesinos en serie, la historia de la base militar de Quantico; todos ellos leídos y releídos. No le gustaban mucho las novelas —Helen no creía en los finales felices—, prefería aumentar sus conocimientos. Mientras hojeaba uno de sus libros favoritos sobre psicología criminal, se encendió un cigarrillo. Había intentado dejarlo muchas veces, pero siempre volvía a caer, así que había dejado de proponérselo. Podía soportar la autocrítica a la que se sometía a cambio del placer que todavía le proporcionaba el tabaco. Se decía a sí misma que todo el mundo tiene un vicio o

incluso dos.

De repente pensó en Mark. ¿Habría tenido efecto su discurso? ¿O estaría otra vez ahogando sus penas en el Unicorn? Ese vicio podría terminar costándole el trabajo o incluso la vida. Deseaba con todas sus fuerzas que se pudiera alejar del abismo, porque no quería perderle.

Helen intentó concentrarse en el libro, pero estaba leyendo por encima, sin entender el significado, y tuvo que volver atrás para retomar el hilo. Nunca se le había dado bien el estar ociosa; era una de las razones por las que se implicaba tanto en el trabajo. Helen aspiró con ansia el cigarrillo, ya sentía aproximarse esa sensación tan desagradable y familiar al mismo tiempo. Lo apagó, dejó el libro en la mesita, cogió la bolsa del gimnasio y salió a por su moto. Pensó en pasarse por la comisaría, que le pillaba de camino; a lo mejor habían averiguado algo más. De todos modos se mantendría ocupada un par de horas y de esa manera vencería la oscuridad que se cernía sobre ella.

No recuerdo la primera vez que vi a mi padre pegando a mi madre. Aunque en realidad no recuerdo bien todo lo que veo. Son los ruidos lo que recuerdo con más claridad. El sonido que produce un puñetazo en un rostro. El de un cuerpo empujado contra la mesa de la cocina. Una cabeza golpeándose contra una pared. Sollozos. Gritos. El maltrato que no cesa.

Nunca llegas a acostumbrarte. Pero terminas esperándolo. Y cada vez que pasa te cabreas un poco más. Y te sientes un poco más indefensa.

Ella nunca se defendió. Eso es lo que me jodía. Simplemente lo aguantaba. Como si se lo mereciera. ¿De verdad lo pensaba? Bueno, pues si ella no se iba a enfrentar a él, yo sí. La próxima vez que empezara a pegarla, me iba a meter de por medio.

No tuve que esperar mucho. El mejor amigo de mi padre, Johnno, murió a causa de una sobredosis de heroína y después del funeral mi padre bebió durante treinta y seis horas seguidas. Cuando mi madre le pidió que parara, le dio un cabezazo; le rompió la puta nariz. No iba a aguantarlo más. Así que le di una patada en los huevos a ese cabronazo.

Me rompió el brazo, me saltó los dientes y estuvo a punto de asfixiarme con su cinturón. De verdad pensé que iba a matarme.

Una psicóloga me sugirió una vez que esa era la raíz de mi incapacidad para tener una relación de cualquier tipo con un hombre. Asentí, pero todo lo que quería hacer era escupirle en la cara.

Es posible morir de pánico? Peter no se había movido desde hacía un buen rato.

—¿Peter?

Nada. En lo más hondo de Ben surgió la esperanza. A lo mejor su corazón no había aguantado más, abrumado por un exceso de autocompasión. Sí, eso sonaba bien. Estaría genial. La solución perfecta. La supervivencia del más fuerte.

Ben se sintió fatal inmediatamente. Desear la muerte de alguien. Solo pensarlo ya era algo espantoso, teniendo en cuenta por todo lo que había pasado. En cualquier caso, si se moría por causas naturales, ¿eso contaba? ¿Le liberaría? Al fin y al cabo, él no le había matado.

El cerebro de Ben volvió a concentrarse en la persona que les había secuestrado. No la había reconocido —una mujer impresionante con un pelo largo y oscuro, y unos labios rosas—; entonces, ¿por qué les había escogido a ellos? ¿Acaso estaban participando en un programa de bromas macabras de la televisión? ¿Vendría alguien a buscarles y les explicaría que la pistola tenía balas de fogeo? A juzgar por la voz que había oído por teléfono, no lo parecía. Quería sangre.

Ben empezó a llorar. Ya había tenido bastante violencia a lo largo de su vida y terminar así le parecía de un sadismo brutal.

«Ahora. ¿Por qué no? Solo para ver si Peter está muerto o no. Parece muerto, así que... ¿cuál es el problema?».

—Peter... Peter.

Ben se puso de pie. Era imposible levantarse silenciosamente, así que, deliberadamente, intentó hacer más ruido del normal. Se estiró, bostezó y dijo:

—Tengo que cagar, Peter. Lo siento.

Silencio.

Ben dio un paso hacia donde estaba la pistola. Después dio otro.

—¿Me oyes, Peter?

Ben se agachó lentamente. Le crujieron los tobillos —mierda, el ruido resonó por todo el almacén— y se detuvo. Después, despacio, con cautela, cogió la pistola. Miró de reojo a Peter esperando que se moviera, pero no lo hizo. Habría deseado que reaccionara. Así por lo menos habría sido una pelea justa.

Era fácil localizar el seguro, así que lo desbloqueó. Después apuntó con el arma a la espalda de Peter. No, así no. Podía fallar. O herirle pero no matarle. A saber cómo coño rebotaría la bala en esa cárcel de metal. A lo mejor terminaba matándoles a los dos. Sí, tendría una gracia tremenda.

«Deja de perder el tiempo». Ben se acercó un paso más.

—¿Peter?

Estaba muerto de verdad. Bueno, pues casi era mejor asegurarse. Para poder salir de allí. En ese

momento se le apareció el recuerdo de Jennie. Su prometida. Que en ese momento estaría destrozada. A quien vería pronto. Que le perdonaría lo que había hecho. Por supuesto que le perdonaría. Solo estaba haciendo lo que tenía que hacer. Lo que cualquiera en la misma situación habría hecho.

Otro paso más.

Ben bajó la pistola hasta que rozó la nuca de Peter. «Aquí acaba todo», pensó y empezó a apretar el gatillo. Justo en ese momento Peter se levantó y atravesó el ojo izquierdo de Ben con una barra de metal.

Helen no llegó al gimnasio. Cuando se pasó por la comisaría, Charlie la retuvo. Normalmente estaba muy alegre, pero esta vez traía cara de circunstancias. Después de una breve conversación en voz baja, se marcharon las dos juntas.

—Toca noche de lesbianas en el gimnasio —saltó Bridges, fallando en el intento de ocultar que en realidad le habría gustado bajarle las bragas a la muy heterosexual Charlie.

Helen y Charlie atravesaron el tráfico del centro de la ciudad para llegar a la Unidad Forense. Esos cinco minutos podían convertirse en veinticinco en hora punta y con todas las compras de Navidad y los borrachos inundando Southampton, porque iba a ser uno de esos días. La época de las cenas de trabajo navideñas estaba en pleno apogeo. Helen gruñó frustrada delante de los autocares que bloqueaban el carril bus. Puso la sirena y las luces de emergencia y poco a poco consiguió abrirse paso. Aceleró pasando por encima de un charco de vómito reciente y salpicando al causante del desaguisado. Charlie logró ocultar una sonrisa.

El Silver Lexus de Ben Holland estaba sobre una plataforma esperando a que lo examinaran cuando Helen y Charlie entraron en la Unidad Forense. Sally Stewart, trabajadora infatigable, las estaba esperando.

—Ya te lo ha resumido Charlie, pero suponía que querrías verlo por ti misma.

Pasaron por debajo del coche y miraron hacia arriba. Sally encendió una linterna y alumbró uno de los guardabarros de la parte trasera.

—Está sucio, como cabría esperar dada la cantidad de kilómetros que su dueño hacía todas las semanas. Pero este guardabarros está (y huele) peor que todos los demás. ¿Por qué? Porque está empapado de gasolina.

Les hizo una señal para que se apartaran y, cuando las tres estuvieron a un lado, bajó el coche hasta que estuvo al nivel de sus ojos.

—Y aquí está la razón.

Junto con su ayudante, Sally quitó con cuidado la carrocería de la parte derecha del vehículo. Las entrañas del lujoso coche quedaron a la vista y la linterna de Sally se dirigió al depósito de gasolina. Helen se quedó atónita.

—Han hecho un agujero en el depósito de gasolina. No es muy grande, pero, como está en la parte inferior, se vació fácilmente. Por la cantidad que he encontrado en el guardabarros, yo diría que estaba totalmente lleno cuando vuestra parejita salió de Bournemouth. Se fue agotando gradualmente (calculo que un litro y medio por minuto), lo que significa que se les acabaría la gasolina en mitad de la carretera del bosque. Aunque no tengo ni idea de por qué fueron por ese camino.

Helen no dijo nada. Su cerebro trabajaba a pleno rendimiento intentando procesar la nueva información.

—Lo siguiente que preguntaréis será si se ha podido romper de forma accidental. Todo es posible, pero yo diría que no. El agujero es demasiado limpio, completamente redondo, como si alguien

hubiera metido un clavo por la parte de abajo. Si realmente alguien quería manipular el coche, este es un método sencillo y eficiente.

Dichas esas palabras, se fue. Ella no trabajaba adivinando las razones que tenía la gente, solo ofrecía los datos. Helen y Charlie se miraron, era obvio que las dos estaban pensando lo mismo. Como acababa de echar gasolina, Ben no debió de estar atento al indicador y para cuando se quiso dar cuenta ya era demasiado tarde. Es más, aunque la luz de aviso se hubiera encendido, Ben solo debió de tener un minuto o dos antes de que se le agotara el combustible.

—Tenía que saberlo —pensó Helen en voz alta—. Tenía que saber que Ben y Peter hacían ese viaje todas las semanas. Y que Ben siempre repostaba en la gasolinera Esso. Tenía que haberse enterado de todo: el tamaño del depósito, lo que consume este coche, el tamaño del clavo que necesitaría...

—Así se aseguró de que se quedarían tirados exactamente donde ella quería —añadió Charlie para completar la frase de Helen.

—Les estaba vigilando. Empezaremos por ahí. Habla con la familia de Amy. Averigua cualquier cosa sospechosa, si les han robado recientemente, todo. Lo mismo con los Holland y los Brightston.

Ese era el movimiento que habían elegido para la apertura. Helen confiaba en que les diera resultados, pero intuía que la partida iba a ser larga, reñida y a muerte. Estaba claro que se enfrentaban a alguien eficaz, inteligente y meticulado. El motivo de los crímenes seguía siendo un misterio, pero la índole del asesino no estaba en duda. La pregunta ahora era dónde estaban Ben y Peter. ¿Volverían a ver a alguno de los dos con vida?

Unas horas después de que sucediera, la adrenalina le seguía corriendo por las venas. La furia todavía no había dado paso a la culpa, así que Peter Brightston caminaba de un lado a otro lanzando improperios contra su víctima. Ese tipo le iba a disparar, iba a meterle una bala en la nuca. ¿Qué coño se esperaba?

Se rio con amargura al recordar cuando le había ofrecido un puesto en su empresa a Ben, aunque había candidatos más cualificados. Se había decidido porque le gustaban su valentía y su ambición. ¿Y así era como se lo pagaba? El chaval no se lo había pensado dos veces, directamente le iba a volar la cabeza. Capullo. Pero había recibido lo que se merecía: aullar agonizante cuando Peter le clavó la barra de metal.

Peter agarraba la barra con fuerza mientras la sangre de Ben que quedaba en ella se iba secando lentamente. A pesar de que lo peor ya había pasado, Peter no quería —no podía— soltarla.

Había sido en defensa propia. Por supuesto que sí. Tenía que seguir repitiéndoselo. Sin embargo, se había procurado un arma silenciosamente, a escondidas. ¿No se estaría engañando al decirse a sí mismo que no lo había planeado? Ya sabía que no le caía muy bien a Ben. Le faltaba al respeto. Le gastaba bromas a su espalda. ¿En algún momento había puesto en duda que Ben pensaría solo en él? Peter lo había adivinado y había actuado en consecuencia. Era lo más sensato. Tenía mujer e hijos. ¿Qué tenía Ben? Una prometida a la que todo el mundo consideraba tonta y mezquina. La boda prometía ser un despliegue de horteradas: un carruaje rosa, vestidos pomposos, ponis y pajes, una caricatura de un reportaje del *¡Hola!* del que se hablaría...

Ben está muerto. La sangre brota del agujero que tiene en la cabeza. No habrá boda.

Silencio. El silencio más terrible y solitario que Peter había experimentado nunca. Un asesino a solas con su víctima. «Ay, Dios».

Entonces, una luz cegadora. La trampilla del techo se abrió, la luz del mediodía inundándolo todo, cegándole. Algo pesado le rozó la cabeza.

Una escalera de cuerda.

Sus pulmones estaban llenos de aire fresco, ahítos de oxígeno, y todo su cuerpo temblaba eufórico. Estaba libre, estaba vivo. Había sobrevivido.

Cojeó por la desierta carretera secundaria. No pasaba nadie. Entonces, ¿qué oportunidades tenía de que alguien le rescatara? Aunque se había ganado la libertad, todavía sospechaba que se trataba de un truco. Que se estaba riendo de él mientras le veía arrastrar su maltrecho cuerpo. Que iba a ser cazado. Peter ya se había hecho a la idea de morir en ese agujero, ¿de verdad iba a cumplir el trato que habían hecho? En el horizonte, Peter comenzó a ver signos de vida y se puso a andar más deprisa.

Se rio cuando lo vio. «Bienvenido» en letras alegres sobre la puerta de una tienda. Tenía un

aspecto tan acogedor que se echó a llorar. Cruzó la puerta de entrada y se encontró con caras alarmadas: jubilados y niños en edad escolar espantados por esa imagen tan horrible. Con la cara cubierta de sangre y apestando a orines, Peter se tambaleó hacia la caja registradora. Se desmayó antes de llegar, tirando al suelo un mostrador promocional de Doritos. Nadie se acercó a ayudarlo. Parecía un cadáver.

La central eléctrica de Dunston se erigía orgullosa al oeste de Southampton. En su día la central térmica de carbón había provisto de energía a la costa suroeste y sus alrededores. Pero había sido cerrada en 2012, víctima de una decisión del Gobierno del Reino Unido para actualizar el suministro de energía. Dunston ya era vieja, no era muy eficiente y no podía competir con las alternativas que se estaban construyendo en el resto del país, con menos emisiones de carbono. Los empleados habían sido trasladados a otros puestos y la central se había clausurado. No iba a ser desmantelada hasta dentro de otros dos años, así que por ahora solo era un monumento vacío que recordaba el pasado. La gran chimenea central tapaba la escena del crimen con su sombra y consiguió que Helen se estremeciera mientras atravesaba la cinta del cordón policial, que ondeaba violentamente con la brisa marina.

Los pasos de Mark se acomodaron al ritmo de los de Helen apresurándose para llegar cuanto antes. Había insistido en ser él quien la fuera a buscar en coche a la estación de tren. No había bebido y parecía estar un poco más descansado. A lo mejor el discurso de Helen sí que había marcado una diferencia. Mientras caminaban, los ojos de Helen se fijaban en lo que había a su alrededor, valorando diferentes posibilidades.

La central disponía de un sistema de alarma, pero después de que los ladrones de cobre la hubieran estropeado por enésima vez se había tomado la decisión de no molestarse en volver a ponerla. Ya se habían llevado todo lo que tenía algún valor. Eso significaba que todo lo que había tenido que hacer «ella» había sido quitar la cadena de la puerta principal y entrar con la furgoneta. ¿Habría huellas de neumáticos? ¿O de pasos? La trampilla del almacén subterráneo de carbón era bastante accesible una vez que te encontrabas dentro y, aunque era demasiado pesada para que la levantara una sola persona, muy bien podría haber utilizado una furgoneta enganchándole una cadena. Unas marcas de neumáticos cerca de la carbonera sugerían que eso era exactamente lo que había ocurrido. Lo cual dejaba en el aire la pregunta de cómo había transportado a sus víctimas.

—¿Cómo conseguiría llevarlas desde la furgoneta a la trampilla del almacén? —se preguntó Mark leyéndole la mente.

—Ben mide casi uno ochenta, pero es delgado. ¿Cuánto calculas? ¿Unos setenta y cinco kilos?

—Sí. Es posible que una mujer pueda arrastrar ese peso ella sola, pero Peter...

—Debe de pesar unos noventa kilos. Tal vez más.

Helen se agachó para poder observar mejor. La tierra que rodeaba la trampilla abierta estaba muy removida, pero no sabía si ese era el resultado de haber metido a los dos hombres dentro o del aterrorizado Peter cuando había escapado de allí.

Algo iba mal. Un buen policía sabe que nunca debe llegar a conclusiones acerca de la naturaleza del crimen o de la identidad del asesino guiado demasiado rápidamente por la intuición. Pero Helen sabía que este era el segundo asesinato de la mujer a la que estaban persiguiendo. Aunque dejaran a un lado el sabotaje del depósito de gasolina del coche de Ben, la historia de Peter Brightston se

parecía tanto a la de Amy que el vínculo era innegable. El dolor, la culpa y el miedo grabados en la cara de Peter cuando le vieron eran iguales que los de Amy. Los supervivientes eran su tarjeta de visita, un testimonio en carne y hueso del sadismo de otra persona. ¿Cuál era el objetivo de todo esto?

Era obvio que estaban lidiando con una asesina en serie. Helen había asistido a cursos específicos y había leído informes de otros casos, pero nada la había preparado para esta situación. Normalmente el motivo, la conexión con la víctima, era fácil de identificar, pero no en este caso. No iba dirigido específicamente contra las mujeres, no había nada sexual en este asunto, y no parecía que hubiera ninguna relación entre las víctimas en cuanto a la edad, el género ni la clase social. Helen tuvo la sensación de caer por un túnel largo y oscuro. Una oleada de depresión intentó embestir contra ella, y tuvo que concentrarse para poder esquivarla. Encontraría a la responsable de todo esto. Por supuesto que lo conseguiría.

Helen y Mark se aproximaron a la entrada del almacén subterráneo. Helen pidió que le trajeran una escalera; tenía prisa por bajar y sentía ansiedad por saber lo peor. La trampilla ya estaba abierta, así que echó un vistazo. Allí, en la penumbra, yacía el cuerpo. El hombre al que Peter había asesinado. Ben Holland.

—¿Quieres bajar tú o lo hago yo?

La pregunta de Mark no era ofensiva y estaba intentando no mostrarse protector con ella, pero Helen tenía que verlo con sus propios ojos.

—Estoy bien. No tardaré mucho.

Con cuidado, bajó por la escalera hacia el interior del silo. El hedor era espantoso. Los vapores mezclados con el polvillo del carbón y el olor de las heces. El equipo forense había encontrado rastros de benzodiacepina, un sedante muy potente, en las heces de Sam y Amy. Probablemente aquí también encontrarían lo mismo. Helen puso toda su atención en el cadáver. Estaba boca abajo y un charco de sangre coagulada rodeaba su cabeza. Con mucho cuidado de no tocarle, Helen se agachó y estiró el cuello para poder ver la cara de la víctima.

Asco y también sorpresa. El asco por la cuenca vacía y sangrienta donde habría debido estar el ojo izquierdo. Y la sorpresa al darse cuenta de que ese hombre no era Ben Holland.

A Jake le sorprendió verla volver tan pronto. Hasta ese momento, había sido muy predecible: una sesión de una hora una vez al mes. Había estado a punto de no contestar al portero automático cuando sonó, porque ya eran las once de la noche y todas las citas eran con reserva previa, por seguridad. Pero cuando había visto su cara en la pantalla se había preocupado. Preocupado e intrigado.

Había pasado algo. No le miró a los ojos cuando entró en el apartamento ni se disculpó por lo tarde que era. Normalmente le dedicaba una sonrisa breve o por lo menos le saludaba. Dejó el dinero en la mesa y se quitó la ropa sin dedicarle ni una mirada. Después se quitó el sujetador y las bragas, y se quedó desnuda frente a él. Esto no entraba en los planes, este tipo de situaciones solía desembocar en proposiciones sexuales. Él ofrecía una experiencia de dominación, no era un gigoló. No ofrecía ese tipo de servicios.

Ya tenía el discurso preparado cuando ella se acercó, pero le sorteó y se dirigió directamente al armario donde guardaba sus utensilios de trabajo. Así rompía otra regla: solo él podía escoger el método de castigo. Era parte de la puesta en escena, los sumisos no debían saber exactamente con qué iban a ser castigados. Pero Jake no dijo nada, había algo en su actitud aquella noche que no invitaba a la discusión. Jake sintió una pequeña chispa de miedo y emoción. Fue como si se hubieran vuelto las tornas y esta vez él no estuviera al mando.

Pasó de largo ante los látigos y se fue directa a por las fustas tachonadas de metal. Las rozó una por una antes de elegir la más grande. Esa solo era para los masoquistas más intensos, no le pegaba nada, pero ella se la puso en las manos y se dirigió a la pared. Él le puso los grilletes. Todavía no habían cruzado ni una sola palabra.

Él vaciló, como si no supiera a qué estaban jugando. Así que su primer golpe fue suave.

—Más fuerte.

Obedeció, pero seguía sin ser suficiente.

—¡Más fuerte!

Entonces la complació. Y esta vez le hizo sangre. Su cuerpo se arqueó por el dolor y después pareció relajarse, mientras un reguero de sangre le recorría la espalda.

—Otra vez.

¿Dónde iba a acabar esto? No tenía ni idea. De lo único que estaba seguro era de que aquella mujer quería sangrar.

Cuéntame otra vez lo que sucedió.

Amy cerró los ojos y dejó caer la cabeza. Charlie parecía una buena persona y la estaba tratando muy bien, pero ¿por qué tenía que hacer esto? Desde que ya no estaba bajo custodia policial, había intentado de todas las maneras dejar de pensar en eso. Al principio, su madre la había seguido como un perrito, pero la dejó en paz en cuanto Amy se cabreó. Libre por fin de su sombra, había buscado por toda la casa los restos que quedaban en las botellas de alcohol y el alijo «secreto» de Valium que su madre escondía. Como no funcionaron, probó con los somníferos de su padre. Fue un error. En sus sueños —más bien pesadillas—, Sam estaba en todas partes. Sonriendo. Riéndose. Era insoportable y se había despertado gritando frente a la puerta, intentando quitar la cadena, deseando desesperadamente huir. En ese momento había decidido permanecer despierta el resto de su vida —sin dormir nunca— y evitar todo contacto humano. Pero aquí estaba la policía otra vez recordándole la horrible traición que había cometido.

—Estabais haciendo autostop. Estaba lloviendo. Una furgoneta se detuvo.

Amy asintió.

—Describeme la furgoneta.

—Ya hice una declaración, yo...

—Por favor.

Un suspiro hondo. Sensación de agobio. Y de repente las lágrimas estaban brotando otra vez. Amy intentó contenerlas.

—La furgoneta era una Transit.

—¿Qué marca?

—¿Ford? ¿Vauxhall? Una de esas. Era blanca.

—¿Qué fue lo que os dijo? Sus palabras exactas, por favor.

Amy hizo una pausa y buscó entre sus recuerdos, contra su voluntad.

—«¿Necesitáis que os rescate?». Eso fue lo que dijo: «¿Necesitáis que os rescate?». Después abrió la puerta del copiloto. En la cabina había espacio para los tres, así que subimos. Ojalá no lo hubiésemos hecho.

Y esta vez sí que lloró. Charlie la dejó en paz un momento antes de ofrecerle un pañuelo de papel.

—¿Tenía algún tipo de acento?

—Del sur.

—¿Algo un poco más concreto?

Amy negó con la cabeza.

—¿Y qué dijo después?

Amy lo volvió a repetir palabra por palabra. Esa mujer les había dicho que reparaba calderas y calefacciones, y que estaba volviendo a casa después de haber atendido una emergencia. Amy no recordaba haber visto ningún logo de empresa ni un nombre en la furgoneta; a lo mejor sí que lo

había, pero ella no se había fijado. Les habló de su marido, que al parecer era un poco inútil, y de sus hijos —tenía dos—. Les preguntó adónde iban una noche tan fría de invierno y les ofreció una bebida.

—¿Qué palabras utilizó?

—Se dio cuenta de que yo estaba temblando y dijo: «Tienes pinta de necesitar algo calentito». Eso fue todo. Después nos ofreció su termo.

—¿Estaba caliente? ¿A qué olía?

—Olía a lo que era: café.

—¿Y cómo sabía?

—Bien.

—¿Cómo era ella físicamente?

Por Dios, ¿cuándo iba a terminar todo esto?

—Era rubia, con el pelo corto. Llevaba unas gafas de sol en la cabeza, de esas de espejo. Llevaba un mono puesto. Creo que tenía pendientes. Las uñas, cortas y sucias. Me fijé porque tenía las manos sobre el volante. También las tenía sucias. Solo le vi la cara de perfil. Nariz grande, labios gruesos. Sin maquillaje. Altura normal. Parecía normal. Parecía puñeteramente normal, ¿vale?

En ese momento Amy salió del salón y subió a la planta de arriba atragantándose con las lágrimas, respirando forzosamente. Inundada por una espantosa sensación de culpa, se permitió una ráfaga de ira. Para Sam todo era muy fácil. Estaba muerto. Ya se había acabado su sufrimiento. Pero el de ella continuaría. Nunca le permitirían olvidar lo que había hecho. Miró el empedrado de la acera desde la ventana de su dormitorio. Amy se preguntó si Sam se alegraría de verla cuando ella se decidiera a reunirse con él. Esa idea se apoderó de su mente e intentó abrir la ventana, pero le habían puesto una cerradura de seguridad y la llave no estaba por ninguna parte. Hasta su familia la torturaba.

Cómo era ella físicamente?

Peter Brightston tembló. No había parado de temblar desde que le habían recogido. Todo su cuerpo se sacudía al compás de su trauma, intentando expulsarlo de un modo extraño, primario. Helen estaba segura de que le iba a dar un síncope en cualquier momento. Pero los médicos les habían dado permiso para hablar con él, así que...

No la estaba mirando. Se limitaba a fijar la vista en sus propias manos, que tiraban de las vías intravenosas que surgían de él como si fueran tentáculos.

—¿Cómo era, Peter?

Una pausa larga y después, a regañadientes:

—Estaba buenísima.

Helen no se esperaba eso.

—Describala.

Un suspiro, y después:

—Alta, fibrosa..., con el pelo oscuro..., negro. Largo. Por debajo de los hombros. Camiseta blanca y ajustada. Un par de buenas tetas.

—¿Su cara?

—Maquillada. Labios gruesos. No le vi los ojos. Llevaba gafas de sol, unas Prada.

—¿Está seguro de que eran Prada?

—Me gustaron, por eso me fijé. Pensé que podía regalarle unas así a Sarah por nuestro aniver...

Entonces empezó a llorar.

Al final consiguieron sacarle algunos datos más. La mujer conducía una Vauxhall Movano roja que dijo que era de su marido. Vivía con él y sus tres hijos en Thornhill. Se iban a vivir a Bournemouth y estaban ahorrando algo de dinero haciendo ellos mismos la mudanza, de ahí la furgoneta. Era habladora, despreocupada y provocadora, por eso sacó la petaca de su marido, que estaba medio escondida en la guantera debajo de un mapa. Peter había aceptado, por supuesto, y después se la había pasado a Ben. En ese punto de la narración, Peter no pudo continuar.

Helen dejó a Charlie con él. A Charlie se le daban bien los hombres. Su belleza era más convencional que la de Helen y su actitud era relajada e inofensiva; no era de extrañar que los hombres fueran en manada tras ella. En sus momentos más mezquinos, Helen pensaba que era un poco sosa, pero eso también tenía su utilidad y llegaría a ser una buena policía con el tiempo. Pero Mark era el que le ofrecía los mejores consejos y eso era lo que necesitaba en ese momento.

El White Bear estaba escondido en un callejón detrás del hospital. Helen lo había escogido a propósito para ponerle una prueba a Mark. Por ahora la estaba superando, puesto que solo estaba bebiendo tónica. Era extraño hacer una reunión en un bar, parecía más bien una cita y los dos se

encontraban incómodos. Pero había asuntos más graves que discutir.

—¿A qué nos estamos enfrentando? —empezó preguntando Mark.

Podía adivinar que la mente de Helen iba a todo trapo, intentando analizar y relacionar los últimos descubrimientos.

—Ben Holland no es Ben Holland. Su verdadero nombre es James Hawker.

Cada vez que Helen pensaba en James se le aparecía la misma imagen: un joven empapado de sangre con pinta de estar absolutamente perdido. Catatónico por el estado de shock emocional.

—Su padre se dedicaba a los negocios. También era un tímido y un mentiroso compulsivo. Joel Hawker perdió todo en un asunto que le salió mal y, en vez de enfrentarse a ello, decidió que su tiempo en la tierra se había acabado, igual que el de su familia... Primero mató a los caballos, después al perro e incendió los establos. Los vecinos llamaron a Emergencias, pero yo llegué antes.

La voz de Helen se quebró ligeramente mientras recordaba la escena. Mark la observaba atentamente.

—Yo patrullaba en un coche policía por aquel entonces. Vi el humo y oí gritos dentro de la casa, así que entré sin dudar. La mujer estaba muerta, la hija mayor y su novio también, y estaba atacando a James con un cuchillo cuando yo llegué. —Helen hizo una pausa antes de continuar—. Le derribé. Le pegué más de lo que era necesario. Conseguí una mención por aquello, pero también una advertencia para mi futura conducta.

Helen sonrió con tristeza y Mark le devolvió la sonrisa.

—Pero no me importaba. Ojalá le hubiese zurrado más.

—¿O sea que James se cambió el nombre?

—¿Tú no lo hubieras hecho? No quería tener ese tipo de fama persiguiéndole el resto de su vida. Se sometió a terapia durante algún tiempo, intentó lidiar con ello, pero lo que en realidad deseaba era aparentar que nunca había sucedido. Mantuve el contacto con él durante algún tiempo, pero al cabo de uno o dos años dejó de hablarme. No quería que nada se lo recordara. Me quedé un poco triste, pero lo entendí perfectamente y le deseé lo mejor. Y le fue bien.

Era verdad. James había conseguido estudiar una carrera, había logrado un buen trabajo y al final hasta a una chica —bondadosa e inofensiva— que quería casarse con él. Con esos comienzos tan jodidos y horribles, había conseguido labrarse una buena vida. Hasta que alguien había obligado a su compañero de trabajo a apuñalarle en un ojo. Claro que era en defensa propia, pero eso lo hacía todavía peor. James/Ben odiaba la violencia, ¿a qué extremo había llegado para intentar matar a Peter?

Era muy desafortunado, demasiado retorcido para explicarlo con palabras. Y a eso era a lo que se estaban enfrentando.

—¿Crees que hay alguna conexión? ¿Entre los asesinatos de Joel Hawker y la muerte de Ben..., de James? —preguntó Mark interrumpiendo los pensamientos de Helen.

—Quizás. Pero Amy y Sam no formaban parte de todo aquello. ¿Qué pintan ahí?

El silencio reinó entre los dos. A lo mejor sí que había algún tipo de conexión, pero no la podían ver en ese momento.

¿Y qué era lo que tenían? Dos asesinatos atroces sin motivo que parecían no tener relación alguna, cuya autora podía ser tanto una rubia desaliñada que trabajaba reparando calderas como una pícara ama de casa con grandes pechos y el pelo largo y negro. Lo que tenían de momento era desastroso y los dos lo sabían.

Mark se puso a mirar al resto del bar y notó que su ansiedad por tomar alcohol aumentaba. A su alrededor, hombres y mujeres estaban riéndose, bromeando y bebiendo. Vino, cerveza, licores, cócteles, chupitos, todos ellos engullidos sin freno.

—Lo estás haciendo muy bien, Mark.

Las palabras de Helen le despertaron de su ensoñación. Le dirigió una mirada suspicaz. Lo último que quería era que se compadecieran de él.

—Sé que es duro, pero este es el principio del fin. Vamos a conseguir que te encuentres mejor. Y lo vamos a hacer juntos. ¿Vale?

Mark asintió, agradecido.

—Me puedes decir que me vaya a la mierda y dirigirte por tu cuenta a Alcohólicos Anónimos o algo parecido, y lo comprenderé. Pero no creo que te vayan a entender. No saben por lo que pasamos día tras día. Lo que eso nos afecta. Por eso voy a ayudarte. Cuando necesites compañía, cuando necesites ayuda, estaré ahí para ti. Habrá veces, muchas, en las que realmente quieras beber. Y está bien, porque va a ocurrir tanto si te gusta como si no. Pero este es el trato: solo puedes beber en mi presencia. Y cuando te diga que lo dejes, lo dejas. ¿De acuerdo?

Mark no dijo que no.

—Así es como lo venceremos. Pero si me entero de que has roto esta regla, de que me has mentado, entonces te dejaré solo. ¿Vale? Bien.

Fue hacia la barra y volvió con una botella de cerveza en la mano. La empujó sobre la mesa hasta dejarla frente a él. La mano de Mark estaba temblando ligeramente cuando la agarró. Se la llevó a los labios. La cerveza fría bajó por su garganta. Pero ella le estaba quitando la botella de las manos. Por un momento tuvo ganas de pegar a Helen. Pero después el alcohol llegó a su estómago. Y por un instante todo fue mejor. Se dio cuenta de que ella todavía tenía su mano sujeta. Instintivamente, empezó a acariciársela con el pulgar. Ella apartó la mano.

—Voy a dejar una cosa clara, Mark: esto no es un «nosotros»; esto es por ti.

Había malinterpretado la situación. Y ahora se sentía como un tonto. Acariciarle la mano a su jefa. Qué gilipollas. Después de eso, se fueron. Helen le observó mientras él se iba, supuestamente para asegurarse de que no volvía al bar. La cálida alegría de la cerveza de por la tarde se fue desvaneciendo y Mark se sentía ahora solo y vacío.

Al anoecer, Mark aparcó su Golf en la calle de la que había sido su casa. Elsie ya estaría en su dormitorio, agarrada a su ovejita de peluche, con la luz que le dejaban encendida para que no tuviera miedo mientras se dormía. No podía verla, pero sabía que estaba allí y eso le llenaba de ternura. No era suficiente, pero tendría que valer; de momento.

El superintendente Michael Whittaker estaba esperando a Helen cuando esta llegó a la comisaría. Era un hombre de cuarenta y cinco años muy carismático —deportista, fibroso, bronceado—, el favorito de todas las mujeres de su trabajo, que soñaban con atrapar a este soltero poderoso y con éxito. También era sagaz, con habilidad para distinguir a los que le podían ayudar o entorpecer en su carrera. En su día había sido un excelente policía especializado en atrapar a ladrones, hasta que en un intento fallido de atracar un banco le metieron una bala en el cuerpo que le había arrancado medio pulmón. A partir de entonces pasó a labores administrativas. Como ya no podía entrar en acción, solía aparecer cuando creía que las cosas estaban yendo demasiado lentas o si pensaba que se estaban descontrolando. Había sobrevivido —e incluso prosperado— durante tanto tiempo por prestar muchísima atención a los detalles.

—¿Cómo actúa? —le vociferó a Helen—. ¿En solitario o con ayuda?

—No lo sabemos todavía —contestó Helen—. Pasa inadvertida y no deja ningún rastro, lo que sugiere que trabaja sola. Es cuidadosa, meticulosa y sospecho que no involucraría a nadie más en esas operaciones planeadas hasta el último detalle. Utiliza drogas para someter a sus víctimas, no la fuerza bruta, así que eso también nos indica que no quiere ni necesita ayuda. La pregunta obvia es cómo logra transportarlos. Los lleva en una furgoneta Transit, donde los puede ocultar fácilmente mientras están drogados, hasta que llegan a su destino. Escoge lugares remotos y olvidados para encerrarles, así que es muy poco probable que nadie la vea acarreándolos. ¿Necesita ayuda para eso? Es probable, aunque sus cuatro víctimas tienen marcas de rozaduras en los tobillos. Eso podría sugerir que les ataron y luego les remolcaron. Tienen heridas en las piernas, el torso y la cabeza que concuerdan con que les hayan arrastrado por el suelo, pero eso sería muy trabajoso. Aunque le pasaras una cuerda por los tobillos a, por ejemplo, Peter Brightston, pesa unos noventa kilos de peso muerto que hay que arrastrar. Es posible, pero no es fácil.

—¿Y qué pasa con las furgonetas?—siguió Whittaker sin dejar a Helen tiempo para respirar.

—Por ahora nada. Amy no tiene claro la marca de la suya y no hay grabaciones de tráfico que nos puedan ayudar. Peter está seguro de que les secuestraron en una Vauxhall Movano, pero solamente en Hampshire se roban docenas de esas al mes. Era roja, lo que ayuda un poco, pero la puede haber pintado de nuevo. Como les recogió en la carretera del bosque y fue por una vía secundaria hasta la central de Dunston, tampoco tenemos cámaras de circulación que nos puedan ayudar.

Whittaker suspiró.

—Espero no haberte ascendido por encima de tus capacidades, Helen.

Su tono era neutro.

—Esperaba que pudieras sustituirme algún día..., pero casos así son los que tuercen una trayectoria. Necesitamos un arresto, Helen.

—Entendido, señor.

—La puta esa de Garanita ha acampado en el vestíbulo y está jaleando al resto de periodistas de

su calaña. Un par de corresponsales de periódicos nacionales han llegado esta mañana. A los idiotas que tenemos en el departamento de prensa les da un ataque al corazón cada vez que les llama *The Times* y vienen corriendo a preguntarme. ¿Qué les estamos contando?

—Estamos tratando la muerte de Sam como violencia de género. No estamos buscando a nadie más y todo eso. La muerte de Ben se está vendiendo como un accidente. La versión es que Peter Brightston y él estaban en Dunston por asuntos relacionados con su empresa, que hubo un trágico accidente y todo lo demás. Parece que por ahora la prensa se lo está creyendo.

Whittaker se quedó callado. Nunca admitiría que sus jefes le estaban tocando los cojones con este asunto, pero Helen ya sabía cómo funcionaba aquello. En casos como ese, la mierda iba hacia arriba y después hacia abajo.

—Puede que lo averigüen en algún momento, así que podríamos hacer un comunicado si creemos que eso es lo mejor. Le diríamos a la prensa que hay alguien más involucrado, pediríamos la colaboración ciudadana...

—Demasiado pronto —la interrumpió Whittaker—. No tenemos suficiente. Quedaríamos como unos imbéciles.

—Sí, señor.

Helen podía percibir su ansiedad y su disgusto, y se sorprendió. Normalmente se lo tomaba con más calma. Quería aliviar su preocupación —en el pasado siempre lo había conseguido—, pero no tenía nada que ofrecerle. Whittaker tenía tendencia a reaccionar de manera visceral cuando le presionaban. Y eso no era lo que Helen necesitaba en ese momento. Así que se esforzó por apaciguarle contándole todos los esfuerzos que se estaban haciendo para localizar a la asesina, hasta que poco a poco se empezó a relajar. Siempre había confiado en Helen y, si alguien podía ir por buen camino, esa era ella. Aunque alguien como Whittaker nunca lo admitiría, Helen era exactamente el tipo de policía que los jefazos adoraban. Mujer, abstemia, adicta al trabajo, sin ningún interés por tener niños. Con Helen no se corría ningún peligro de alcoholismo, baja por maternidad ni de que aceptara sobornos, ni cualquier otro asunto desagradable. Trabajaba con energía y ella sola había conseguido aumentar el número de casos resueltos. Así que si les toreaba de vez en cuando, se lo aguantaban, porque era de las mejores.

Le puso tanto ímpetu que por un instante Helen se animó con sus propias palabras. Pero cuando estaba volviendo en moto a casa esa falsa seguridad se empezó a desvanecer. Al día siguiente era Nochebuena y todo Southampton estaba pletórico de espíritu navideño. Era como si hubieran tomado en grupo la decisión de ignorar los escabrosos titulares del *Evening News* y seguir adelante con la fiesta. Las bandas de música del Ejército de Salvación tocaban villancicos, luces alegres brillaban en las tiendas y por todas partes se veían niños sonrientes. Pero Helen no sentía ningún entusiasmo por la Navidad. Todo eso le parecía una puesta en escena hortera e inapropiada. En algún lugar había una asesina sin conciencia que no dejaba rastro alguno. ¿Estaría ocupada en ese momento vigilando a sus próximas víctimas? ¿Ya estarían prisioneros y suplicando clemencia? Helen nunca se había sentido tan desconcertada. No parecía haber ningún sitio por el que empezar, ni se le ocurrían conjeturas válidas. Se derramaría todavía más sangre y por el momento todo lo que Helen podía hacer era esperar a ver quién era el siguiente.

Son curiosas las cosas que recuerdas, ¿verdad? ¿Por qué se ha quedado ese reno en mi mente? Ya estaba un poco roñoso en esa época, un peluche desgastado con los ojos colgando. Parecía estar muerto. Pero no podía dejar de mirarlo mientras esperábamos en la cola. A lo mejor me atrae la desesperación. O quizás no. A veces se analizan demasiado las cosas.

Era Navidad y, por una vez, la vida me iba bien. Papá se había ido unos días, ¿tenía otra familia con la que estaba en navidades? Nunca lo supe. Así que estábamos solo las chicas. Mamá estaba bebiendo, pero yo tenía un plan para evitar que se emborrachara demasiado. Para que no se tuviera que mover, le ofrecía ir yo a por el alcohol. Bajaba a la tienda de la esquina y cogía unas cuantas latas, pero también compraba algo de comer. Patatas fritas, pan, lo que fuera. Cuando volvía me sentaba al lado de mamá mientras ella bebía. Creo que se sentía un poco culpable por beber delante de mí y, como no estaba papá allí para animarla, dejó el alcohol poco a poco, hasta que ya casi ni bebía. Nunca me sentí muy cercana a ella, pero esas navidades lo pasamos bien. Y por eso nos llevó al centro comercial.

Música ambiental, decoración barata y el olor del miedo. Todo lo que podías ver era padres con un ataque de pánico, atrapados en una esquina por unas fiestas que habían vuelto demasiado rápido, antes de que se dieran cuenta. Nuestra lista de la compra era corta —muy corta—, pero, con todo, nos llevó bastante tiempo. Nos aseguramos de que el guardia de seguridad estaba distraído con otra cosa antes de que mamá nos metiera ropa y bisutería cutre dentro de nuestros jerséis. Nuestro «regalo» fue ir a ver a Santa Claus después. Como el tipo que lo representaba era profesor en una escuela católica, probablemente quien estaba recibiendo un regalo era él.

Recuerdo su cara muy claramente. Me sentó en sus rodillas y con su mejor «jo, jo, jo» me preguntó qué era lo que más quería para Navidad. Le sonreí, le miré a los ojos y le dije:

—Quiero que mi padre se muera.

Después de eso, nos fuimos muy rápido. Santa Claus se puso a cotillear con todas las madres ultrajadas, unas zorras a las que les encantaba insultarnos y repetir que éramos gentuza. Mientras nos íbamos, le di un puñetazo a aquel reno roñoso. No llegué a ver lo que le había hecho, porque salimos por la puerta antes de que el guardia de seguridad pudiera detenernos.

Pensaba que mamá me pegaría o que como mínimo me gritaría. Pero no lo hizo. Solo lloró. Se sentó en la parada del autobús y lloró. Qué pena; es uno de mis recuerdos más felices.

Su visita fue un placer inesperado. Apenas tenían invitados —¿a quién se le iba a ocurrir ir allí?— y aquellos que iban no solían tener buenas intenciones. Ladrones o gamberros. Era raro ver a la policía por ahí y ya te podías ir olvidando de los Servicios Sociales. Eran de risa.

Su madre se había sobresaltado cuando sonó el timbre. Marie estaba tan concentrada en el concurso de baile que no había oído el ruido en el pasillo. Pero Anna sí. Cada vez que Anna oía un sonido fuera de la casa, su corazón latía un poco más rápido. Ningún otro piso estaba ocupado, así que, si no eran yonquis buscando un sitio vacío o gitanos para drogarse, solo podía significar que venían por ellas. Las pisadas fueron cada vez más lentas y se detuvieron enfrente de su puerta. Quería alertar a su madre y gruñó lo mejor que pudo, pero estaban bailando un foxtrot y Marie estaba absorta. Entonces sonó el timbre, alto y claro. Marie miró a Anna, dudó un momento y decidió no hacerle caso.

A Anna le pareció bien. No le gustaban las visitas. No le gustaban las sorpresas. Pero tenía curiosidad. Porque los pasos que se oían en el pasillo eran ligeros y resonaban. Como de alguien que llevara tacones. Anna se rio por dentro. No había oído nada parecido desde que las putas se habían marchado del edificio.

El timbre volvió a sonar. Solo una vez más, educado pero insistente. Y entonces oyeron una voz llamándolas por su nombre, preguntaba si podía hablar con ellas. Marie apagó la televisión; a lo mejor, si no las podía oír, pensaría que no estaban y se largaría. Un poco inútil, la verdad: el ruido y la luz de su piso eran como un faro en la oscuridad. El timbre sonó por tercera vez y Marie se levantó y fue hacia la puerta. Anna observó cómo se iba; odiaba que la dejaran sola. ¿Qué pasaría si sucedía algo?

Pero entonces Marie volvió seguida por una mujer muy guapa cargada de bolsas de plástico. Parecía una trabajadora social, salvo que no estaba deprimida y vestía con estilo. Observó la habitación y después se acercó a Anna y se agachó a su lado.

—Hola, Anna. Me llamo Ella.

Tenía una sonrisa muy agradable. A Anna le cayó bien desde el primer momento.

—Le estaba contando a tu madre que trabajo para una organización llamada Estrellas Fugaces. Puede que hayas visto anuncios nuestros en el periódico local. Sé que a tu madre le gusta leértelo en voz alta.

Olía muy bien. Como a rosas.

—Todos los años llevamos cestas de Navidad a familias que, como la tuya, tienen un poco más difícil salir a comprar. ¿Qué te parece? ¿Bien?

—No aceptamos la caridad de nadie —la cortó Marie con brusquedad.

—No es caridad, Marie —replicó Ella levantándose—. Se trata de echar una mano. Aunque no tienes que aceptarlo. Hay un montón de personas a las que les apetecería comerse estas delicias, créeme.

La palabra «delicias» pareció arreglarlo todo. Marie se sentó mientras Ella sacaba los paquetes y las latas de las bolsas de plástico. Parecía una cueva del tesoro: pastelitos turcos y chocolate con jengibre, aparte de alimentos más normales, como sopas, batidos y sorbetes líquidos para Anna. Lo habían hecho con mucho cariño; Anna se sorprendió de que se hubieran tomado tantas molestias. Ella no pudo mostrarse más solícita y le preguntó a Marie un montón de cosas sobre Anna. ¿Qué le gustaba que le leyeran? ¿Era seguidora de Tracy Beaker? ¿Qué programas de televisión veía? Anna estaba disfrutando con la atención que recibía.

Este año habían sido afortunadas. Este año alguien estaba pensando en ellas. Marie estaba encantada y la atmósfera festiva descendió ligeramente cuando se fue a la cocina a buscar la botella de jerez. Anna miró a la invitada. Estaba sonriendo y asintiendo, pero parecía nerviosa. Anna pensó que a lo mejor era porque tenía prisa por irse a otro sitio, pero no podía ser eso, porque cuando Marie volvió Ella insistió en que abrieran las tartaletas de fruta. Ella no comió ninguna, pero animó a Marie a que las probara. Estaban recién hechas, una pastelería de Saint Mary las había hecho gratis en un arrebató de espíritu navideño.

Ella pareció relajarse en cuanto Marie se comió una tartaleta. Y ahí fue cuando todo se volvió extraño. Marie empezó a encontrarse mal, mareada y con náuseas. Intentó levantarse, pero no podía. Ella se apresuró a ayudarla, pero de repente la empujó al suelo. ¿Qué estaba haciendo? Anna quería chillar y hacerle frente, pero solo podía gruñir y llorar. Ahora Ella estaba sujetando a su madre contra el suelo. Le estaba atando las manos con una especie de alambre. «Para, por favor, para». Le estaba metiendo algo en la boca, le estaba gritando. ¿Por qué? ¿Qué había hecho? Entonces «Ella» miró a Anna. Era como si fuese una persona totalmente diferente. Su mirada era gélida, su sonrisa todavía más. Se acercó a Anna. Esta intentó resistirse, pero su inútil cuerpo estaba paralizado e indefenso. Entonces la mujer colocó una bolsa sobre la cabeza de la joven y todo se fundió a negro.

Sandra Lawton. Edad: 33. Acosadora».

Helen examinó el informe. Sandra era una obsesiva romántica que se volvía de lo más ruin cuando la rechazaban. Ya tenía tres condenas por acoso y amenazas. Estaba claro que el tratamiento psicológico no estaba funcionando y su convencimiento de que todos los hombres con cierta autoridad querían acostarse con ella en secreto seguía tan vigente como siempre.

Helen pasó a la siguiente. Sandra estaba loca, pero no era violenta.

«Isobel Screed. Edad: 18. Acosadora cibernética». Y de nuevo Helen tuvo que descartarla. Esta chica era poquita cosa y se pasaba la vida insultando a actrices de televisión mediante mensajes de teléfono y Twitter. Amenazaba con rajarles la vagina y cosas así, pero, al parecer, nunca salía de su casa, así que la podía eliminar de la lista. Era la clásica cobarde virtual.

«Alison Stedwell. Edad: 37. Posesión de armas. Agresiones. Imputada múltiples veces por acoso». Esto parecía más prometedor. Una delincuente reincidente con experiencia que había intentado disparar con un arco y unas flechas a un compañero de trabajo al que previamente había acosado, antes de que la detuvieran e internaran en un psiquiátrico. Había salido de allí, por lo que parecía bajo supervisión, y no había vuelto a reincidir en mucho tiempo. ¿Sería capaz de organizar algo así? Helen se recostó en el sillón. ¿A quién estaba engañando? Alison podía ser todo un personaje, pero no era nada sutil en sus ataques —sus acosos habían tenido lugar a la luz del día de una manera deliberada— y tampoco era una belleza. Peter Brightston la había descrito como una tía que estaba muy buena con el pelo negro y eso no se correspondía de ninguna de las maneras con la amorfa desdentada que miraba a Helen desde la pantalla. Otra más para tachar de la lista.

Había estado utilizando el programa HOLMES 2 durante horas y había examinado a todas las acosadoras británicas declaradas culpables en los últimos diez años. Pero no había obtenido ningún resultado. La mujer a la que querían atrapar era excepcional, muy alejada de las torpes acosadoras que Helen estaba revisando en ese momento. Tenía que haberles estado vigilando durante semanas enteras para descubrir que Amy y Sam solían hacer autostop y conocer todos los detalles de los viajes semanales de Ben y Peter a Bournemouth. Había planeado su secuestro de tal manera que pudiera llevarlo a cabo en carreteras secundarias, en sitios donde no había cobertura; era impresionante. Pero además había encontrado lugares para retenerlos donde nadie les pudiera ver ni oír, donde pudieran perder la cabeza lentamente a causa del hambre y del miedo. Eso ya era otro asunto. Alguien así no podía estar clasificada en el HOLMES 2, porque ya se habría convertido en una leyenda, en una asignatura fija de los seminarios policiales y de la literatura.

Después de lo que habían descubierto en el coche de Ben, Helen y Charlie habían vuelto a interrogar a Amy, a Peter y a sus familias, buscando cualquier pista de que les hubieran estado vigilando previamente. Amy y Sam eran jóvenes confiados, para nada observadores, y vivían en un campus universitario lleno de gente. Peter Brightston declaró que se habría dado cuenta si una mujer atractiva le hubiera estado siguiendo, pero parecía estar fanfarroneando; no tenía ninguna razón para

haberse mostrado suspicaz. Ben pertenecía a otra especie; por naturaleza era cauteloso, pero ya no le podían preguntar y su prometida insistió en que no se había mostrado preocupado por nada en especial antes de su secuestro.

El único golpe de suerte que tuvieron fue al examinar el coche de Ben. La asesina había contado con un margen muy breve de tiempo para sabotear el depósito de gasolina. Unas tres o cuatro horas como máximo, puesto que la reunión en la oficina de Bournemouth había sido más corta de lo normal aquel día. Ben solía dejar el coche en el aparcamiento de la oficina, pero ese día estaba lleno, así que lo había metido en un aparcamiento privado que se encontraba doblando la esquina. El instinto sugirió a Helen que todo lo que se saliera de la rutina de Ben habría supuesto un problema para su asesina y que merecía la pena investigarlo un poco. Las cámaras de seguridad mostraban a Ben y a Peter dejando el coche en la cuarta planta, cerca de los ascensores. Se fueron, pero cinco minutos después se veía cómo una mujer con un anorak verde lima y una gorra blanca pasaba por ahí. ¿Estaba inspeccionando el lugar? Probablemente, porque unos momentos después una mano enguantada aparecía frente a la cámara de seguridad y la rociaba con pintura, inutilizándola. Helen había pedido que se analizara el metraje, que se ampliara si era posible, y le había encargado a Sanderson que observara el resto de cintas de las cámaras de seguridad que estaban cerca del aparcamiento, por si podían averiguar cómo había entrado la mujer en el edificio; pero por el momento solo podían trabajar con lo que tenían. No era mucho, pero era una imagen fugaz de la asesina y parecía confirmar todo lo que Amy y Peter habían contado sobre ella. Sobre todo el hecho de que fuera una mujer. En efecto, algunas personas de su equipo —concretamente Grounds y Bridges— habían puesto en duda que una mujer se pudiera encontrar tras todo aquello. Pues ya tenían su respuesta.

Helen cerró el HOLMES 2 y salió a la calle, al bar de la esquina. Ese era el día que celebraban la Navidad en la comisaría y, a pesar de que Helen consideraba que esa fiesta era inapropiada en esas circunstancias, tenía que ir. No estaba bien visto que los jefes eludieran la fiesta, lo cual era un poco absurdo, puesto que lo último que deseaban los policías de rangos inferiores era que sus jefes estuvieran presentes cuando se desmelenaban.

Helen divisó a su equipo y atravesó la aglomeración para reunirse con ellos. Todos se sentían un poco incómodos por no estar trabajando en la investigación cuando todavía quedaban tantas cosas por hacer, pero se estaban esforzando por pasárselo bien. Especialmente Mark estaba de buen humor y paseaba con orgullo su tónica como estandarte de la sobriedad. Pero parecía sentarle bien: su enjuta cara tenía más color, sus ojos más brillo. Saludó a Helen con amabilidad y parecía muy interesado por incluirla en la conversación del grupo acerca de la pesadilla que suponía Año Nuevo y todo lo que implicaba. Ella pensaba que se estaba pasando un poco, y en más de una ocasión Helen captó miradas cómplices por parte de Charlie.

—¿A quién le apetece un beso bajo el muérdago?

Whittaker. Fuera de la oficina era un hombre muy diferente. Dejaba fuera la ansiedad y el politiquero, dando paso a un trato campechano.

—Tantas chicas guapas y tan poco tiempo —dijo echándoles miradas lascivas en broma a las mujeres que se encontraban allí.

—Ya he pasado por eso —replicó Helen cortante—. Tampoco es que sea nada del otro mundo.

—Charlie entonces —insistió Whittaker—. Haz que mis navidades sean felices.

Charlie se sonrojó sin saber cómo encajar las proposiciones que le estaba haciendo el superintendente, aunque fuese en broma.

—Está casada, señor. O casi —le interrumpió Helen.

—Por lo que he oído, está viviendo en pecado, así que todavía hay una oportunidad —siguió Whittaker, imperturbable.

—Yo que usted no lo intentaría, señor. Hay más peces en el mar.

—Qué pena. Pero hay veces que tienes que saber perder. —Su mirada se posó en la joven y atractiva McAndrew.

—Si está tan desesperado, me ofrezco voluntario —intervino Mark.

Helen se rio, igual que el resto, pero a Whittaker no pareció hacerle gracia. No era tan simpático con los hombres, eran las mujeres quienes le interesaban.

—Creo que paso. Si me perdonáis...

Y se fue a buscar a otras personas a las que molestar. La conversación volvió a su apogeo y Sanderson le preguntaba a todo el mundo dónde iban a pasar las navidades. Helen pensó que ese era el momento adecuado para irse.

Se sorprendió al darse cuenta de que había estado en el bar durante más de una hora. La verdad es que había sido agradable —durante un rato al menos no había tenido que utilizar el cerebro—, pero, mientras volvía a la comisaría, con el frío de la noche su mente se volvió a concentrar en el caso. Quería seguir el rastro de la benzodiacepina. ¿Dónde conseguiría el suministro? ¿Podrían localizarla de ese modo?

Helen volvió a la oficina vacía y una vez más continuó la persecución de aquella asesina que no se dejaba atrapar.

Su furia estaba llegando a niveles desesperantes y quería gritar hasta que le reventaran los pulmones. Los últimos días habían sido terroríficos y confusos para Anna, pero que su madre se negara a hablar con ella solo empeoraba la situación.

Cuando Ella le había puesto la bolsa en la cabeza, lo primero que pensó Anna fue que se iba a ahogar: no podía mover la cabeza y, si le tapaban las vías respiratorias, moriría lenta pero inevitablemente. Pero la bolsa era amplia y estaba hecha de tela, así que podía respirar. Indultada por un rato, se había esforzado en escuchar, para adivinar lo que estaba sucediendo. ¿Les estaban robando? ¿Estaban asesinando a su madre? Pero no se oía nada, aparte del sonido de la puerta al cerrarse y, más tarde, la verja. ¿Se había ido Ella? ¿Se había ido su madre? «Por favor, Dios, no me dejes aquí sola», rezó Anna. Pero nadie contestó a sus oraciones y se quedó allí sentada, una niña sola rodeada de una espantosa oscuridad.

Se quedó así durante horas; luego, de repente, una luz cegadora cuando le quitaron la bolsa de la cabeza. Cerró los ojos doloridos y los abrió lentamente, intentando acostumbrarse a esa nueva libertad. Mientras había permanecido allí sentada se había imaginado todo tipo de horribles escenarios —el piso patas arriba, su madre muerta—, pero, ahora que podía ver, todo parecía bastante... normal. No se habían llevado nada y, una vez más, en el piso solo estaban su madre y ella. Al principio Anna se sintió aliviada, esperaba que Marie le explicara que esa mujer estaba loca y que les había robado algo y se había ido, pero que ya estaban bien otra vez. En cambio su madre no dijo nada. Anna gruñó y suspiró para atraer su atención mientras giraba los ojos de un lado a otro, intentando desesperadamente establecer contacto visual. Pero su madre no la miraba. ¿Por qué no? ¿Qué le había ocurrido para que se sintiera tan avergonzada que ni siquiera podía mirar a su propia hija?

Anna empezó a llorar otra vez. Solo tenía catorce años y no sabía de qué iba todo aquello. A pesar de todo, su madre no la miró ni intentó consolarla. En vez de eso se fue de la habitación. Habían pasado tres o a lo mejor cuatro días desde que Ella hubiera aparecido en sus vidas y en todo ese tiempo su madre no le había dicho absolutamente nada significativo. Le había leído, la había llevado al baño, le había dicho que se durmiera, pero no había hablado de verdad con ella. Anna nunca se había sentido tan poco querida. Ni tan ajena a todo. Siempre había sido una carga, eso ya lo sabía ella, y por esa razón había querido a su madre por la paciencia, el amor y la ternura que le demostraba. Pero ahora la odiaba. La odiaba con todo su corazón por la frialdad cruel con la que la estaba tratando.

Estaba muerta de hambre. Su estómago no dejaba de hacer ruidos, se sentía mareada, tenía la boca tan seca que podía notar el sabor de la sangre. Sin embargo, su madre se negaba a darle comida. ¿Por qué? ¿Y por qué ella tampoco comía? ¿Qué estaba pasando?

Ruidos en el recibidor. Unos chillidos terribles y el sonido de golpes. Puños aporreando, su madre gimiendo. De repente Marie estaba de nuevo en el salón. Parecía trastornada y hecha polvo, y pasó al

lado de Anna sin mirarla.

Estaba abriendo la ventana. Como vivían en un piso de una torre, las ventanas tenían las bisagras en medio y solo se abrían un poco, de forma que no podías tirarte por ellas —muy inteligente, dada la desesperación de sus inquilinos—. Pero podías obtener un poco de brisa, si eso era lo que querías.

Ahora Marie estaba chillando, pidiendo ayuda. Gritaba para que alguien —cualquiera— viniera y las rescatara. Entonces fue cuando Anna se enteró. Eran rehenes. Eso era lo que no le estaba contando su madre. Ella las había encerrado, las había encarcelado. Estaban atrapadas.

Por eso su madre gritaba por las noches, porque esperaba, aunque no fuera probable, que alguien pasara por allí y la oyera. Esperaba que a alguien le importara. Pero Anna sabía por experiencia que más valía no contar con las buenas intenciones de los extraños. Mientras su madre se dejaba caer en el suelo, derrotada, Anna se dio cuenta de que su casa se había convertido en su futura tumba.

Deberían suspender las fiestas? Esa había sido la primera pregunta que le había hecho Sarah a Peter cuando le trajo a casa desde el hospital. No le preguntó por su salud —ella ya veía que estaba haciendo progresos, lentos pero seguros— ni tampoco quería hablar acerca de lo que le había ocurrido. Nadie quería hablar de eso. Pero sí quería saber qué iban a hacer por navidades. ¿Quería Peter celebrarlas en su casa, como de costumbre, con la reunión de primos y los padres? Una especie de fiesta de «la vida sigue», «estamos contentos de que estés vivo» y todo eso. ¿O querían reconocer que la vida podía ser espantosa y que, por tanto, no había motivo para celebrar nada?

Al final habían decidido seguir como si nada. Peter, con cada célula de su cuerpo, deseaba evitar a los amigos y a los parientes. No podía soportar sus solícitos consuelos ni las preguntas no verbalizadas que sabía que llenaban sus mentes. Sin embargo, la idea de quedarse a solas con Sarah todas las navidades era todavía más espantosa. Cada instante en el que le dejaban solo era un momento en el que los pensamientos sombríos y los tenebrosos recuerdos empezaban a multiplicarse. Tenía que mantener la mente ocupada, concentrarse en las cosas buenas, aunque todo a su alrededor fuera hipocresía, aburrimiento y ansiedad.

Al principio se había sentido tentado de odiar a su esposa. Estaba muy desconcertada, no sabía cómo tratar a su marido, el asesino. No podía asimilar lo que le había ocurrido, así que revoloteaba por ahí haciendo un millón de pequeñas cosas inútiles para demostrarle su cariño; todas ellas carecían de sentido. A pesar de todo, según los días iban pasando, Peter se dio cuenta de que la amaba por todas aquellas pequeñas muestras de amabilidad y porque claramente no le culpaba de lo que había ocurrido. Sonrió cuando se dio cuenta de que ella había prohibido los petardos ese año. No tenía una idea muy clara de qué le había pasado a su marido en ese infierno, pero supuso que no le apetecería escuchar ruidos estruendosos ese año. Tenía razón y por eso —y por más cosas— Peter le estaba muy agradecido.

La pandilla llegó como de costumbre, y vive Dios que estaban contentos. Pasaron junto al policía de uniforme que custodiaba la entrada sin mirarle, como si no estuviera allí. Rezumaban espíritu navideño de una manera un poco forzada, casi maniaca. Se regalaron y recibieron un montón de botellas, como si de repente todo el mundo hubiera decidido que necesitaba un trago. Los regalos seguían llegando, como si detenerse un instante en todo ese proceso fuera a resultar mortal. Las pilas de regalos abiertos seguían creciendo, hasta que amenazaron con ocupar toda la habitación.

De repente Peter sintió claustrofobia. Se levantó bruscamente y salió del salón. Se fue a la cocina e intentó abrir la puerta trasera, pero se movía con torpeza. Al final lo consiguió, después de maldecir un rato, y salió al jardín cubierto de escarcha. El aire frío le tranquilizó y decidió fumarse un cigarrillo. Desde que había vuelto del hospital había reanudado la costumbre que había conseguido vencer hacía tantos años y por supuesto nadie se había atrevido a comentar nada en contra. Una pequeña victoria.

De pronto Ash apareció a su lado. Era el mayor de sus sobrinos.

—Necesitaba un descanso. Supongo que no me darás uno de esos, ¿verdad? —dijo señalando los cigarrillos de Peter.

—Claro, Ash. Sírvete tú mismo —contestó Peter y le ofreció el paquete y el mechero.

Peter le observó mientras encendía torpemente el cigarro. Ash no valía mucho como fumador, pero como actor era aún peor. Peter sabía sin ninguna duda que habían enviado a Ash para que le echara un vistazo. En el hospital los médicos habían estado hablando una hora con Sarah sobre el estado mental de su marido, y habían llenado su mente, ya de por sí ansiosa, con un exceso de escenarios de pesadilla. Eso significaba que Peter estaba prácticamente bajo observación por riesgo de suicidio, aunque nadie lo decía con esas palabras. Una verdadera memez, no tenía energía para hacer nada parecido en ese momento, aunque solo Dios sabía cuántas veces se le había pasado por la cabeza. Ash siguió hablando y Peter gruñía y sonreía, aunque lo mismo habría dado que le hubiera estado hablando en chino. A Peter no le importaba una mierda lo que estaba diciendo.

—¿Volvemos?

Ash no parecía estar disfrutando del cigarro, así que Peter acabó con su sufrimiento. Entraron para juntarse con los que seguían la fiesta. Ya habían retirado los platos y el mantel y habían sacado los juegos de mesa. No había manera de escapar, así que Peter se sentó para que le torturaran lentamente. Intentó con todas sus fuerzas mostrarse alegre, pero su mente estaba en otra parte. En algún lugar de la ciudad la prometida de Ben Holland estaba pasando unas navidades lúgubres, odiando la vida —odiando al hombre— que le había arrebatado a su amor unas semanas antes de la boda. ¿Cómo podía aguantarlo? ¿Cómo podía aguantarlo nadie?

Peter sonrió y tiró los dados, pero se estaba muriendo por dentro. Era difícil disfrutar de las navidades cuando tenía las manos llenas de sangre.

El olor de las especias era embriagador y Helen lo aspiró con deleite. Lo único que Helen disfrutaba de la Navidad era la sensación de ir a contracorriente. Nunca le había gustado el pavo y pensaba que el pudín de Navidad era uno de los platos más asquerosos que había probado. Era de la opinión de que, si no te gustaban las fiestas, deberías reconocerlo y pasarte al otro lado. Así que, mientras otras personas se peleaban en las jugueterías y se gastaban ochenta libras en un ave de corral, Helen escogía el camino menos transitado y se alejaba tanto como podía en la dirección opuesta. La comida para llevar del Tandoori Mumraj constituía la cúspide de su rebelión anual.

—Pollo al curry, pan naan, aloo gobi, arroz basmati y dos papadams con extra de cilantro por un lado —recitó Zameer Khan mientras empaquetaba el pedido de Helen. Era un personaje muy conocido en el barrio; llevaba dirigiendo ese restaurante desde hacía más de veinte años.

—Perfecto.

—Te voy a decir algo: como es Navidad y todo eso, te voy a poner además un par de chocolatinas. ¿Qué te parece?

—Eres mi héroe —dijo Helen mientras recogía su pedido y sonreía para agradecerse.

Era bastante comida y Helen siempre terminaba comiéndose las sobras al día siguiente, pero uno de los placeres del día de Navidad era distribuir este festín indio en la mesa de la cocina y, poco a poco, llenar su plato hasta rebosar. Agarró su botín y se dirigió a su piso. Dentro no había tarjetas navideñas ni ninguna decoración, lo único nuevo en su piso eran los expedientes de los secuestros de Amy y Peter, porque Helen se los había llevado a casa para revisarlos. Se había pasado la mayor parte de la noche examinándolos sin descanso y de repente se dio cuenta de que se estaba muriendo de hambre. Encendió el horno y se dio la vuelta para coger un plato. Al mover el brazo golpeó la bolsa de la comida, que se encontraba sobre la encimera. Se cayó al suelo, las cajas de cartón se abrieron y su contenido se desparramó por la cocina.

—Mierda, mierda, mierda.

Helen había limpiado esa misma mañana y el olor a limón del fregasuelos mezclado con el aroma a comida india producía un hedor espantoso. Helen se quedó observando el desastre un momento y las lágrimas asomaron a sus ojos. Estaba furiosa y cabreada, y quería darle patadas a todo, pero consiguió dominar su ira y se refugió en el baño.

Helen se encendió un cigarrillo y se sentó en el borde de la bañera. Se enfadó consigo misma por su forma de reaccionar y aspiró con ansiedad el cigarrillo. Normalmente la nicotina conseguía calmarla, pero ese día el tabaco le sabía amargo. Disgustada, tiró la colilla al retrete y observó cómo se apagaba en cuanto entraba en contacto con el agua. Era la imagen que mejor reflejaba su estado de ánimo. Todos los años se burlaba de las navidades y todos los años las navidades le devolvían el golpe. Remolinos de pensamientos sombríos la rodeaban como si fuesen copos de nieve malignos recordándole que nadie la quería y que no tenía ningún valor. Lentamente esas ideas empezaron a apoderarse de ella y, mientras la depresión comenzaba a devorar su cerebro, echó un vistazo de

rejojo al pequeño armario del baño y recordó las cuchillas que se ocultaban en su interior.

El cuchillo se hundió en el pavo, dejando que el jugo del ave se derramara. Charlie, con aquel sombrero de papel, estaba en su elemento. Le gustaba todo lo navideño. Cada año, cuando las hojas de los árboles empezaban a caer, la emoción de Charlie comenzaba a crecer. Siempre era muy planificadora y compraba los regalos en octubre y encargaba el pavo en noviembre, de manera que cuando llegaba diciembre podía disfrutar cada segundo. Las fiestas, los villancicos, envolver regalos a la luz de una chimenea, acurrucarse mientras veían una película navideña; era el momento culminante del año.

—¿Podemos abrir ya los regalos?

Mimi, la sobrina de Charlie. Tan impaciente como siempre.

—No hasta después de comer. Ya te sabes las normas.

—Pero para eso falta mucho.

—Pues así será más divertido cuando llegue la hora. —Charlie no iba a ceder en eso, todas aquellas costumbres familiares formaban parte de lo que era la Navidad.

—¿A quién quieres engañar? —preguntó Steve—. Solo estás retrasando el momento de la decepción.

—Habla por ti mismo —dijo Charlie abrazando a su novio—. Me he esmerado mucho en mis regalos de Navidad. Si tú no has hecho lo mismo, ese es tu problema.

—Te vas a tragar tus palabras. Ya verás —fue la petulante respuesta de Steve.

Charlie ya sabía lo que iba a recibir por parte de Steve: lencería. Le había estado dejando bastantes pistas y, además, su vida sexual era muy activa en aquel momento. Más que nada en el mundo, Charlie quería tener un bebé. Sentía que ya le había llegado la hora y ese era el único regalo que deseaba. Todavía no había sucedido a pesar de que lo habían estado intentando durante un tiempo, y por primera vez Charlie se había empezado a poner nerviosa. ¿Y si le pasaba algo? La posibilidad de no poder formar una familia era espantosa, siempre había querido tener dos o tres niños.

En cualquier caso, era Navidad y no era una fecha para tener malos pensamientos, así que Charlie arrinconó esas ideas en el fondo de su mente. Era 25 de diciembre, el mejor día del año, así que sirvió el pavo, puso su mejor sonrisa y se esforzó tanto como pudo en repartir la máxima alegría navideña que le era posible.

Ya no tendría que esperar mucho. El humor de Mark estaba empezando a cambiar ante la idea de volver a ver a Elsie. Este año Christina le había cedido el día de después de Navidad, y lo primero que iba a hacer al día siguiente era recoger a su niña para pasar un día repleto de diversión. Había sido un año de mierda, pero al menos iba a terminar bien. Tenía hora para patinar sobre hielo, había comprado unas entradas para ir al cine y había reservado una mesa en Byron para comer hamburguesas con queso; iba a ser la madre de todas las salidas.

La perspectiva de pasar un día con Elsie era lo que le había mantenido entero las últimas treinta y seis horas. Como de costumbre, el día de Nochebuena había dejado sus regalos para ella en casa de Christina. Elsie no estaba —había ido a la iglesia con su madre—, así que fue Stephen quien le abrió

la puerta. Cogió los regalos y educadamente le preguntó a Mark si quería tomar algo. Mark habría querido darle un puñetazo, ¿cómo se atrevía a invitarle a tomar algo en su propia casa? ¿De qué iban a hablar? ¿De lo que les iba a traer Santa Claus? No sabía si Stephen lo había hecho a propósito — parecía sincero, aunque a lo mejor solo era que actuaba muy bien—, pero Mark no se quedó para averiguar la respuesta. Cuando la ira le nublaba, sabía por experiencia que lo mejor era alejarse. Desde entonces, su sangre había estado hirviendo y más de una vez había echado la bronca a las agujas del reloj por no moverse lo suficientemente rápido, pero... por fin llegaba su hora. Las cosas buenas llegan para los que saben esperar.

Las navidades se habían acabado otro año más.

Marie se quedó en la cama mirando al techo. ¿Sería eso lo último que viera? Ese techo descolorido y agrietado. Nunca le había molestado hasta ese momento, pero ya llevaba una semana contemplándolo y en ella despertaba una cólera tan feroz como absurda. Ni siquiera tendría que estar ahí, debería estar en el salón con Anna. Desde el mismo momento en el que había sucedido, sabía que le tenía que contar la verdad, pero ¿cómo encontrar las palabras adecuadas? Era tan espantoso, tan increíble... ¿Qué le podía decir? Así que había guardado silencio. Un día horrible tras otro. Su hija no sabía nada del ultimátum mortal que había recibido ni de la pistola escondida en la mesilla. Anna ya estaba confusa y se sentía miserable, pero se tendría que quedar así, porque Marie no le iba a decir —no podía— la verdad.

Era una mala madre. Una mala persona. Tenía que serlo para haber atraído tanta desgracia sobre ellas. Había escogido al hombre equivocado para casarse y había concebido una hija que apenas podía moverse. Sin que ella diera motivos, la habían maltratado numerosas veces. Y ahora esto. El golpe más cruel, el que terminaría de una vez por todas con su patética historia. Había dejado de preguntarse por qué les sucedía todo esto a ellas; las cosas eran como eran. También había dejado de luchar. La línea telefónica no funcionaba desde que Ella se había ido, las puertas estaban cerradas por fuera y nadie oía sus gritos. Una vez pensó que había visto a alguien —quizás a un niño— cuando estaba gritando por la ventana. Pero se había ido corriendo. A lo mejor se lo había imaginado. Cuando estás dentro de una pesadilla infinita, es difícil saber lo que es real y lo que no.

Anna estaba llorando otra vez. Era una de las pocas cosas que podía hacer por sí misma, y sacó a Marie de su ensueño. Su hija se sentía sola y asustada, algo que Marie se había jurado a sí misma que no ocurriría nunca.

Marie se levantó. Se detuvo de camino a la puerta. «No lo hagas». Pero tenía que hacerlo. En realidad lo sabía. Lo único que podía defenderlas del mundo era el amor y la solidaridad entre ellas, y Marie lo había desvirtuado con su propia cobardía y su miedo. Daba pena, era patética. Había decidido no contarle a Anna la verdad sobre su encierro, pero sabía que debía hacerlo. Era su única defensa. Su única esperanza.

A pesar de todo, Marie se detuvo. Intentaba encontrar las palabras adecuadas para disculparse por su crueldad, por su silencio. Pero era imposible, así que reunió todo su valor, salió del dormitorio y entró en el salón. Esperaba que la recibiera una mirada recriminatoria de Anna, pero de forma milagrosa la chica estaba dormida. El llanto había agotado a la adolescente y por un breve momento había escapado de ese infierno. Anna se encontraba en paz.

¿Y si nunca volvía a despertar? Marie se animó de repente ante esa posibilidad. Sabía que no iba a disparar a su propia hija, eso era imposible. Pero había otras maneras. En los años que habían pasado desde que diagnosticaron a Anna, Marie había leído muchas noticias de madres que no habían podido lidiar con las discapacidades de sus hijos y les habían quitado la vida. Decían que era para terminar con el sufrimiento de los niños, pero también para acabar con su propio padecimiento. La

sociedad las miraba con compasión, así que ¿por qué a ella no? Cualquiera cosa sería mejor que morir de hambre poco a poco. Pronto sus cuerpos no aguantarían ¿y qué otra opción quedaba?

Marie estaba otra vez en su habitación. Fue hacia la cama, cogió una almohada y la sostuvo entre las manos. Su mente funcionaba a toda velocidad. ¿Tendría suficiente valor para hacerlo? ¿O le fallarían los nervios en el último momento? Una oleada de vómito le subió por la garganta; se arrodilló y lo echó todo en la papelera. Levantándose, se dio cuenta de que todavía agarraba con fuerza la almohada.

Era mejor no titubear. Mejor no cambiar de idea. Así que Marie salió de su habitación y se dirigió hacia el salón, donde estaba su hija durmiendo plácidamente.

No debería haberlo hecho, pero no pude resistirme. Había buscado en vano maneras de hacerle daño. Nunca había sido capaz. Y de repente lo tenía entre mis manos...

Mi madre lo había encontrado rebuscando en los cubos de basura del barrio. Un perrito sin raza con una mancha blanca alrededor del ojo. Desgreñado, pero mono. Se lo había dado a mi padre como regalo de cumpleaños. Creo que pensó que se quedaría más en casa si tenía algo a lo que cuidar. Un plan sencillo, pero funcionó. Bueno, todavía seguía desapareciendo durante días enteros, bebiendo, peleándose y follando con las putillas del barrio, pero adoraba a aquel chucho. Siempre lo estaba acariciando, mientras las demás le observábamos, ignoradas.

Es gracioso, pero, una vez que sabes que vas a hacer algo malo, de repente todo empieza a ir mejor. Te sientes mareada, eufórica, libre. Nadie más sabe lo que estás planeando. Nadie te puede detener. Es tu pequeño y sucio secreto. Los días anteriores a que lo hiciera son algunos de los más felices de mi vida.

Al final opté por el veneno. El conserje de nuestro edificio no dejaba de quejarse de las ratas: por mucho veneno en polvo que esparciera, no conseguía librarse de ellas. Así que no me resultó muy difícil reunir una buena cantidad. Pensé que ese era el mejor método. El chucho siempre estaba hambriento, nunca rechazaba nada de comer. Así que le preparé un plato muy especial. Aderecé la lata de comida de perro más barata con raticida. Se la devoró entera.

Más tarde me reí cuando vi el desastre que había causado: la mierda y el vómito del perro esparcidos por todo el suelo de la cocina. La vida se le fue escapando por los extremos del cuerpo, y dos horas más tarde estaba muerto. Mi madre estaba aterrada, quería tirarlo a la basura antes de que mi padre volviera e inventarse que el perro se había escapado o algo parecido. Pero llegó antes que otros días y la pilló con las manos en la masa.

Se volvió loco, le dio una paliza, le gritó. Pero ella no sabía nada, le pasaba lo mismo que a él. Al final él encontró el envoltorio del raticida en nuestra bolsa de basura. Fue un error estúpido, pero yo era muy pequeña. Volvió a entrar en la cocina furioso con el paquete de veneno en la mano y, como yo era una gilipollas, sonreí. Eso fue mi perdición.

Me golpeó en la cabeza, me dio patadas en el estómago, me hundió las botas entre las piernas. Entonces me cogió del cuello y me sujetó la cabeza contra el radiador encendido. Una vez y otra, y otra, y otra. No sé cuánto tiempo se estuvo así. Yo me desmayé a los veinte minutos.

Estaban quitando las luces de colores y la vida volvía a la normalidad. Hay algo particularmente triste y deprimente en una oficina que conserva los adornos de Navidad cuando ya han pasado las fiestas. A algunas personas les gustaba tenerlas hasta bien entrado enero, pero Helen no era una de ellas y le había encargado a un policía que retirara las guirnaldas y los espumillones. Helen quería que su despacho recuperara su aspecto anterior. Quería que se volvieran a concentrar.

Probablemente Whittaker querría que le pusiesen al día, así que Helen se dirigió a su despacho. La prensa parecía haberse calmado después del asesinato de Sam —habían embargado una gran cantidad de cocaína en el puerto de Portsmouth y eso había bastado para distraer a los periodistas— y Whittaker estaba contento, así que el resumen por una vez fue breve.

Cuando volvió a la oficina, Helen adivinó inmediatamente que había pasado algo: el ambiente estaba tenso y nadie se atrevía a mirarla a la cara. Charlie se acercó y se detuvo frente a ella sin saber cómo empezar. Era la primera vez que Helen veía que se quedaba sin palabras.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Helen.

—Sanderson ha recibido una llamada de la patrulla.

—¿Y?

—Están en la torre Melbourne.

«Ay, Dios, no».

—Han encontrado a una madre y a una hija muertas en su casa. Marie y Anna Storey. Lo siento mucho.

Helen la miró como si estuviera loca, como si le estuviera gastando una broma de muy mal gusto, pero la cara de Charlie estaba tan seria y reflejaba tanto dolor que Helen supo que le estaba diciendo la verdad.

—¿Cuándo?

—Han llamado hace media hora. Pero estabas con el jefe y...

—Deberías haberme avisado. Por el amor de Dios, Charlie, ¿por qué no has venido a contármelo?

—Quería enterarme de más detalles.

—¿De más detalles? ¿A qué te refieres?

—Creo..., creo que este puede ser el tercer secuestro.

Con las miradas de todo el equipo fijadas sobre ella, Helen intentó con todas sus fuerzas mantener el control. Les ordenó que empezaran con el protocolo, pero su mente ya estaba al otro lado de la ciudad. Tenía que ir allí y ver por sí misma si eso era posible. De camino a la torre Melbourne pensó en todas las cosas —buenas y malas— por las que habían pasado juntas. ¿Era este el final que les estaba aguardando todo el tiempo? ¿Era esta su recompensa por todos los años que habían aguantado?

Algunos días la vida te daba un puñetazo en la garganta. Helen se había puesto enferma en cuanto Charlie le había dado la noticia. Quería que todo eso fuera un error y deseaba con todo su corazón

poder volver atrás en el tiempo y «deshacerlo» de algún modo. Pero no podía: Marie y Anna estaban muertas. Un equipo de demolición que estaba haciendo un reconocimiento del terreno se había encontrado con un mensaje de socorro muy raro pintarrajeado en una sábana y colgado de la ventana de un cuarto piso. Fueron a investigar, pero nadie les abrió la puerta, a pesar de que las luces y la televisión estaban encendidas; así que llamaron a la policía. A la patrulla que les atendió no le había hecho mucha gracia; les había costado mucho tiempo abrir la verja de hierro y la puerta tenía tantos cerrojos que hicieron falta muchos intentos hasta que consiguieron derribarla. Estaban convencidos de que todo eso era una pérdida de tiempo, que los que vivían allí se estaban escondiendo a propósito o estaban drogados o algo así. Pero al entrar se encontraron los cadáveres de una madre y su hija tirados en el suelo del salón.

En lo primero que pensaron fue en un suicidio. Que se habían encerrado para llevarlo a cabo sin que las molestaran. Sin embargo, se habían puesto a buscar y no habían encontrado las llaves; para ninguno de los cerrojos y tampoco para los candados de la verja. Más raro aún era que poseían una pistola cargada. Estaba en el suelo a su lado, sin usar. No había cuerdas ni cajas vacías de pastillas ni lejía, no había signos visibles de un suicidio. Cuando examinaron el exterior, no había señales de que hubieran forzado la puerta y tampoco de que se hubieran llevado nada. Todo era muy raro, solo que estaban... muertas. Las moscas que revoloteaban sobre sus cuerpos invitaban a pensar que llevaban muertas varios días.

Helen mandó a la patrulla a inspeccionar el edificio y los alrededores —«Estamos buscando un teléfono móvil»— mientras ella acompañaba a los forenses en el reconocimiento de los cuerpos. Nunca había perdido la compostura delante de sus compañeros de trabajo, pero en ese momento la perdió. Era demasiado horrible verlas a las dos así. Habían pasado por tantas cosas, habían sufrido tanto..., y, sin embargo, el amor entre ellas siempre había estado presente. Siempre había habido sonrisas y alegría, incluso en medio del maltrato diario. Helen estaba convencida de que no había sido un suicidio, aunque solo fuera por eso, y ver la pistola disipó cualquier duda.

Helen se fue a la diminuta cocina para tranquilizarse. Para distraerse, se puso a abrir los armarios y la nevera. No había comida. Tampoco precocinada ni latas. La cocina había sido vaciada de cualquier cosa comestible y a pesar de eso... no había nada en la basura. No había envoltorios ni botellas por ningún lado. Mientras una idea comenzaba a tomar forma en su cerebro, Helen sintió ganas de vomitar. Se forzó a contenerse y se dirigió al fregadero. Abrió el grifo. Nada. Tal como esperaba. Descolgó el teléfono. Desconectado. Helen se dejó caer en la silla más cercana.

—¿Crees que lo ha hecho ella? —Mark acababa de entrar en la habitación.

Helen asintió y después dijo:

—Las encerró dentro. Se llevó la comida, cortó el agua, desconectó el teléfono, les dejó la pistola. No encontraremos ninguna llave porque se las llevó consigo...

Madre e hija atrapadas en su propia casa, sin poder escapar, sin poder avisar a nadie que pudiera haberse preocupado por ellas. Era la manera más solitaria de morir. Si suponía algún consuelo el hecho de que «ella» no hubiera vencido, de que no hubiera conseguido que Marie matara a su propia hija, Helen todavía no podía sentirlo.

Había sido el día más sombrío. El peor de todos desde que había sucedido eso. Ese día era el funeral de Ben. Al principio, Peter Brightston había eludido a su víctima como si fuera la peste negra, no quería saber lo que estaba sufriendo su prometida ni lo que pensaban sus amigos. Pero, según transcurrieron los días, se había encontrado a sí mismo conectado más tiempo en internet mirando la página de homenaje a Ben, los mensajes de su muro de Facebook, y adentrándose en la vida con la que él había acabado.

Hacía tres días, había visto la fecha y el lugar del funeral en un mensaje que había colgado el mejor amigo de Ben. No parecía que fuera a congregarse a mucha gente y Peter empezó a preguntarse quién asistiría de la empresa. Los socios irían y la mayoría del departamento de Ben, por supuesto. ¿Acudirían también las secretarías? ¿Sería Peter la única persona que no iba a estar allí? En un momento de locura se preguntó si debía ir, pero luego lo descartó. Si los amigos de Ben le veían, le partirían la cara. ¿Quién podría culparles? De todas formas, había una parte de Peter que deseaba estar presente. Para despedirse. Para decirle que lo sentía.

Había pensado en escribir a la prometida de Ben, pero Sarah le había convencido de que no lo hiciera. Tenía razón, por supuesto. En un momento de rebelión, se había sentado a escribirle a Jennie, pero no había conseguido encontrar ni una sola palabra. Todo lo que deseaba decirle —que no había querido hacerlo, que ojalá pudiese volver atrás en el tiempo— sonaba completamente vacío y carente de sentido. Lo que él quería, lo que él sentía no tenía ninguna importancia para ella. Lo que le importaba era el hecho de que hubiera apuñalado a su prometido para salvarse él.

¿Había merecido la pena? Peter ya no estaba tan seguro. Después de que el estado de shock emocional y la adrenalina se desvaneciesen, no había sentido nada excepto el vacío, como si hubiese perdido los sentidos del gusto, el olfato y el tacto, y ahora solo existiera en vez de vivir.

¿Qué iba a hacer con su vida? ¿Podría volver al trabajo? ¿Le aceptarían? Cualquier cosa sería mejor que volverse loco lentamente en su casa.

Si Ben simplemente hubiera apretado el gatillo... Podría haberlo hecho. Había tenido tiempo. ¿Dudó por cobardía o por ética? Si Ben hubiera apretado el gatillo, sería él quien se estaría hundiendo en el abismo de la culpa y Peter, en cambio, se encontraría a salvo bajo tierra.

Cabrón egoísta.

Todo el mundo llega a su límite en algún momento. Para Jake ese momento había llegado. Esto ya no era divertido ni agradable, ni siquiera era profesional; era una situación rara que se estaba descontrolando. Estaba con un cliente cuando llegó ella, pero eso no pareció importarle. Se había sentado fuera del apartamento, mirando al suelo, mientras Jake terminaba con su sesión. Pero el ambiente ya se había estropeado y había tenido que prometerle a su cliente insatisfecho otra sesión gratis para que se marchara. Este tipo de incidentes no eran buenos para el negocio: el ambiente sadomasoquista de la costa sur era un mundo muy pequeño y la gente hablaba.

Se disculpó, pero no parecía que le diera mucha importancia. Parecía estar muy sensible y no hablaba de forma coherente. Jake le preguntó si había estado bebiendo. No le hizo mucha gracia y le recordó que era su dominante, no su médico. Él lo dejó pasar, no quería provocarla, y sugirió una sesión corta y suave para que la situación se tranquilizase. Después podrían hablar.

Pero no era eso lo que ella quería. Quería una hora completa, sin límites. Quería experimentar todo el dolor que él pudiera proporcionarle. Todavía más, quería que la maltratara, quería que le dijera que era mala, que era fea, que era una mierda, que merecía que la mataran o que le hicieran cosas peores. *Quería que la destruyera.*

Cuando él se negó, ella se enfadó, pero Jake tenía que ser honesto con ella. Con otras personas lo hubiera hecho sin problemas —lo que más les apeteciera—, pero con ella no. No era solo que le cayera bien, sino que intuía que no era eso lo que necesitaba. A menudo se preguntaba si seguía algún otro tipo de terapia, porque, en caso contrario, tenía ganas de sugerírselo. Así que en vez de subir la intensidad y el nivel de las sesiones, Jake pensó que había llegado el momento de comentar la posibilidad de que explorara otras salidas.

—¿Me estás tomando el pelo? —explotó Helen—. ¿Cómo te atreves a decirme lo que tengo que hacer?

Jake se quedó atónito ante su furia.

—Solo era una sugerencia, aunque si no quieres hacerlo no pasa nada. Pero no me siento cómodo yendo en esta dirección...

—¿Que no te sientes cómodo? Esto es prostitución, por el amor de Dios. Te sentirás cómodo con cualquier cosa siempre que te pague por ello.

Se estaba acercando a él y, por un momento, Jake pensó que le iba a pegar. Estaba sumamente enfadada. Tenía una pistola eléctrica escondida en el apartamento, pero nunca había tenido que usarla. Sería irónico que la tuviese que emplear contra ella. Pero, gracias a Dios, justo cuando Jake ya se había empezado a mover, se dio la vuelta y se marchó del piso dando un portazo.

Jake reprimió el impulso de salir tras ella. No eran amigos, solo se trataba de una clienta. Ya había cruzado esa frontera antes y se había arrepentido. Era mejor dejar que se marchara ahora. Le caía bien, pero no tenía por qué tratarle así. Ya era demasiado mayor como para aguantar ciertas cosas. Con un suspiro, bajó las persianas y la apartó de su vida para siempre.

Helen aceleró la moto y se metió por la vía rápida. Ya era tarde y la autopista estaba prácticamente vacía. Disfrutó de la libertad que le proporcionaba dándole cada vez más gas. La velocidad la tranquilizaba, por un momento los espantosos acontecimientos de los días anteriores desaparecieron de su mente.

Solo quedaban un par de kilómetros. Se concentró en lo que se le venía encima. Tenía un trabajo que hacer. Y tenía que hacerlo bien: había vidas que dependían de ello. A tres de las víctimas, Ben, Marie y Anna, las conocía personalmente. Era demasiada coincidencia. ¿Era un dato importante que les conociera? ¿O había algo en el pasado de ellos que les había hecho merecedores del interés de la asesina?

Amy era quien no encajaba en esa hipótesis. Helen no la conocía de antes y, por lo que tenía entendido, Amy no contaba con un pasado delictivo. Ni Sam. Si la conexión con Helen fuera tan importante, ¿por qué les habría elegido a ellos? Ya era tarde y a la madre de Amy no le haría gracia que fuera a su casa a hacer más preguntas, pero no veía otra salida.

Fue el padre el que abrió la puerta, dispuesto a insultar a quien hubiera venido a molestarles. Emilia Garanita y sus colegas habían mantenido una presencia constante en sus vidas desde que Amy había vuelto a casa y los Anderson estaban a punto de estallar. Al ver que era Helen, se contuvo y la dejó pasar.

La hicieron pasar al salón y le pidieron que esperara mientras Diane Anderson iba a buscar a su hija al dormitorio. Helen observó las paredes buscando alguna pista. Las numerosas fotos de una familia feliz —la madre, el padre y su adorada hija— le devolvieron la mirada burlándose de su ineptitud.

Amy era la viva imagen de la hostilidad, estaba claro que no le apetecía nada revivir su pesadilla. Lo cierto es que estaba dormida —lo cual no era frecuente— y Helen tuvo que esforzarse para conseguir que respondiera. Poco a poco, a medida que Amy se daba cuenta de que no le estaba echando la culpa, comenzó a animarse y a responder a las preguntas de Helen abierta y sinceramente. Amy jamás había tenido un encontronazo con la policía antes de eso y estaba segura de que no había visto a Helen en su vida. ¿Que si Sam se había metido en líos? No, que ella supiera. Quería ser abogado y tenía muy claro que cualquier comportamiento delictivo podía acabar con su carrera. Algunas personas pensaban que era un poco soso por eso, pero Amy valoraba que fuera alguien cabal y responsable. Él siempre había estado a su lado, hasta que ella le disparó por la espalda.

Amy se estaba volviendo a encerrar en su caparazón otra vez, el sentimiento de culpa dominaba su conciencia haciendo que descendiera de nuevo al abismo. Su madre quería acompañarla a la cama, pero Helen insistió en que ella y su marido se quedaran para aclararle unas dudas. Diane Anderson le respondió bruscamente y, por una vez, la paciencia de Helen se agotó. Amenazó con arrestarla a no ser que se sentara e hiciera lo que se le decía. Obedeció y durante los siguientes treinta minutos Helen bombardeó a la familia con preguntas sobre sus vidas. ¿Habían tenido problemas con la

policía alguna vez? ¿Habían visto a Helen antes, aunque fuera de casualidad? Pero aparte de una multa de Richard por conducir bebido hacía tres años, no había nada. ¿Y alguna conexión con Ben? ¿O con Anna y Marie? Helen lo intentó, pero ya sabía que era inútil: venían de círculos muy diferentes y sus mundos no se habían mezclado.

Richard Anderson la acompañó hasta la puerta. Se volvía a su casa a una hora tardía y había llenado su cuaderno de notas ilegibles para al final no conseguir nada. Tenía que haber algo que les uniera —Helen estaba segura de ello—, pero por ahora no lo encontraba.

Estaba dejando la moto en el aparcamiento de la comisaría cuando oyó pasos detrás de ella. Dio un respingo cuando le tocaron el hombro, pero no había motivo, ya sabía quién era.

Mark le había dejado varios mensajes de voz. Estaba preocupado.

—¿Estás bien?

Era una pregunta difícil de responder, así que Helen se limitó a asentir.

—Te fuiste muy rápido del piso de Marie. No tuve tiempo de hablar contigo.

—Estoy bien, Mark. Me afectó, claro, pero ahora estoy bien. Necesitaba estar a solas un rato.

—Claro, claro.

Pero no lo tenía tan claro. Era tan frágil y tan lejana a la vez... Se había puesto a llorar en la casa, lo que había sorprendido a todo el mundo, pero ahora volvía a mostrarse esquiva. No pensaba que fuera de las que chillaban, nunca la había visto en el gimnasio, no tenía novio, ni marido, ni niños, así que ¿cómo liberaba la tensión? Por lo menos lo de él era fácil de averiguar: se refugiaba en el alcohol. Era un puñetero misterio, se negaba a proporcionar información sobre sí misma. Eso le frustraba muchísimo.

—Gracias, Mark.

Le colocó la mano en el brazo y se lo apretó ligeramente. Después entró en la comisaría. Por un momento, Mark se volvió a sentir como un adolescente, de lo más eufórico por algo nimio.

—Vamos a ver qué tenemos.

Helen había reunido a todo el equipo en la oficina para volver a evaluar las pruebas que tenían.

—¿Testigos?

—Por ahora no —respondió Bridges—. Todavía estamos vigilando la zona a ver si alguien sabe algo, pero la mayoría son yonquis que buscan una recompensa o gente que quiere llamar la atención. Alguien vio un coche negro, otros vieron una moto, uno jura que vio un ovni... Hemos recibido muchas llamadas telefónicas, pero la mayoría son de viejas y chavales que quieren gastar una broma.

¿Qué podía esperar Helen? Anna y Marie debían llevar allí dos semanas, ¿por qué iba nadie a recordar algo que había pasado hacía tanto tiempo?

—Bueno, ¿y el informe de patología?

Charlie fue directamente al grano, no tenía mucho sentido andarse con rodeos:

—Las dos víctimas estaban famélicas y con una severa deshidratación. Anna Storey murió por asfixia. Cerca de su cuerpo se encontró una almohada con restos de su saliva y sus mocos.

Helen intentó controlar su reacción. Así que Marie, después de todo, había matado a su hija; aunque por amor. De algún modo, eso hacía que fuese peor. Charlie continuó:

—Marie Storey murió por un infarto a consecuencia de un fallo multiorgánico debido a la inanición y a los efectos de la deshidratación.

Mark comprobó el efecto que esas palabras tenían sobre Helen —y el resto del equipo—, de modo que quiso aportar las buenas noticias.

—No hay cámaras de seguridad en el barrio, las estropearon hace tiempo. Los forenses han examinado el piso de arriba abajo sin encontrar nada, pero sí se ha hallado una huella parcial en uno de los parterres de flores al lado de la entrada. Un zapato de tacón de la talla cuarenta. Las patrullas están haciendo las rondas con una foto de la mujer del anorak verde y la gorra para ver si alguien la reconoce.

—Bien. ¿Qué pasa con la pistola? —continuó Helen.

—Todavía estaba cargada cuando la encontramos. No parece que la hayan usado —dijo McAndrew, recogiendo el testigo—. Es una Smith and Wesson de principios de los noventa. La de Ben Holland era una Glock y la que mató a Sam Taylor era una Taurus modificada.

—¿Dónde las consigues? —preguntó Helen—. ¿Ha pertenecido al ejército? ¿A la policía? Comprobemos si alguna de las armas del depósito ha desaparecido.

McAndrew se apresuró a cumplir la orden de Helen. Sin pruebas físicas —los calmantes que había utilizado se vendían sin receta, los móviles eran de tarjeta y pagados por adelantado— y sin declaraciones de testigos que pudieran identificar a la asesina camaleón, todo lo que podían averiguar era el patrón que seguía y sus posibles motivos. ¿Por qué estaba haciendo eso? Obligaba a sus víctimas a jugar una variación siniestra del «pinto, pinto, gorgorito», sabiendo que al final quien matara sufriría tanto o más que quien muriera. ¿Era el trauma del superviviente su objetivo, su fuente de placer? Helen compartió esa duda con su equipo. Si era así, ¿volvería ella a vigilarles para disfrutar de su victoria? A lo mejor deberían poner a Amy y Peter bajo custodia. El coste se dispararía, pero quizás valiera la pena.

—¿Cómo podía saber de antemano quién acabaría muerto? —intervino Charlie.

—Buena pregunta. ¿Realmente les conoce tan bien que puede predecir lo que harán? —contestó Helen.

—No puede predecirlo, ¿verdad? —dijo Sanderson.

Helen le dio la razón:

—No parece probable. No puede saber con exactitud cómo va a reaccionar la gente sometida a ese tipo de presión. Lo que nos lleva a la cuestión de si escoge a sus víctimas al azar.

Eso era lo más plausible. Algunos asesinos en serie acosaban y escogían cuidadosamente, pero la mayoría seleccionaba a sus víctimas basándose en la oportunidad más que en la identidad. Fred West recogía a autostopistas, Ian Brady secuestraba a niños que faltaban a clase, el Destripador de Yorkshire seguía un patrón aleatorio...

Excepto que Helen conocía personalmente a las víctimas de dos de los casos. Helen lo compartió con su equipo, pero no hubo reacción alguna. ¿Qué se esperaba? O una teoría irrefutable que la culpaba a ella sin que hubiera ninguna duda o la negativa igualmente fundamentada de que eso tuviera importancia. No consiguió nada, pues, como Mark apuntó, Helen no había conocido antes a Amy. Tenía razón, por supuesto; era una observación interesante, pero no se sostenía. Amy era la que no encajaba, no había patrón.

—¿Y si les escogió porque eran fáciles de engañar? —volvió a intervenir Charlie—. ¿Porque estaban aislados y eran vulnerables?

El resto se mostró de acuerdo con esa idea.

—Amy y Sam eran una pareja muy discreta. Ella no es muy sociable y él tampoco lo era. Les

gustaba llevar sus asuntos en privado, tenían pocos amigos. Ben Holland también se guardaba las cosas. Su autoestima había crecido con el tiempo y estaba a punto de casarse, pero todavía vivía solo, a pesar de que la boda se iba a celebrar en unas cuantas semanas. Anna y Marie estaban solas en el mundo. Quizás las escogió porque podía hacerlo.

Helen asintió como respuesta, pero tampoco era una suposición infalible. No se trataba de que nadie fuera a echarles de menos. Amy y Sam tenían una relación muy estrecha con sus padres. Ben se iba a casar, de modo que por supuesto que denunciarían su desaparición. Anna y Marie no tenían un círculo tan íntimo, pero Servicios Sociales las habría terminado encontrando.

La clave era hallar el vínculo entre las víctimas. O algo que demostrara que les habían secuestrado porque iban en pareja.

Helen dio por terminada la reunión. Ya se habían asignado las tareas —revisar las bases de datos para encontrar a alguien con antecedentes que pudiera guardarle un rencor objetivo a Helen o asesinos cuya firma personal estuviera relacionada con el sadismo o los juegos de rol—, aunque Helen no esperaba que fueran a encontrar nada útil.

Era un acertijo, simple y llanamente.

Todo el mundo se sorprendió cuando Peter Brightston dijo que iba a volver al trabajo. Sus socios le habían rogado que se tomara tres meses de baja —seis si lo prefería—, preocupados en parte por él pero también porque no sabían cómo se lo iba a tomar el resto del personal. Peter era un poco zafio, pero le apreciaban, aunque solo fuera porque se conocía la legislación al dedillo.

Pero había apuñalado a Ben. Había matado a un compañero de trabajo. Y no había nada en el manual de recursos humanos que les ayudara con esa situación. Se rumoreaba que no iban a presentar cargos: la policía no había dicho mucho, pero había dejado entrever que se trataba de un horrible accidente. Y Peter había repetido lo mismo sin darle a nadie los detalles que estaban deseando oír pero al mismo tiempo temían.

Cuando volvió, después de unas semanas de descanso y recuperación, fue en contra de los consejos de sus médicos y terapeutas. Pero Peter ya lo había decidido, porque en enero siempre tenían mucho trabajo. ¿Qué podían hacer? ¿Despedirle cuando no se le había acusado de nada? ¿Acabar después de veinte años echándole a la calle a causa de un accidente? Lo cierto era que nadie sabía cómo actuar, así que terminaron por no hacer nada.

El lunes por la mañana llegó de los primeros. Tan pronto como siempre. La oficina se mantuvo en un extraño silencio ese día mientras Peter mandaba algunos correos electrónicos y se servía una taza de café. Pero nadie había fijado una reunión con él —«Tómalo con tranquilidad, Peter»— y sus socios enseguida habían encontrado excusas para salir disparados hacia la oficina de Bournemouth o para invitar a algún cliente a una comida con sobremesa. Después de tanta expectación por su llegada, las preguntas por educación sobre su estado de salud no habían durado más de media hora y luego todo había vuelto a la normalidad.

Excepto por la silla vacía. El puesto de Ben todavía no se había cubierto —después de todo, el funeral se acababa de celebrar—, así que su mesa y su silla seguían vacantes. Todos sus objetos personales se los habían entregado a su prometida, de modo que el cubículo parecía desnudo. Un agujero donde antes había habido una vida.

Estaba a la vista de Peter. Estaba a la vista de todos. Un recordatorio de lo que había ocurrido. Todo el mundo —desde los directivos hasta los que trabajaban en la cafetería— había supuesto que sería duro para Peter. Lo que nadie se esperaba era que a las tres y media de la tarde Peter, el mismo día que había regresado al trabajo, se dirigiera a la azotea de la oficina, gritara el nombre de su mujer y saltara por encima de la barandilla para ir a encontrarse con la muerte.

Japón? ¿Australia? ¿México?

De pequeños, teníamos un globo terráqueo. Uno que se iluminaba. A saber de dónde lo sacamos o cómo lo conseguimos. No es que nuestra familia fuese muy culta y lo más lejos que había llegado mi madre era a la licorería más cercana. Pero me encantaba esa esfera. Era el punto de partida de todas mis fantasías. Si pasabas la mano por su suave superficie, saltando de continente en continente, era fácil imaginarse que eras libre.

Soñaba con que conseguía llegar al puerto con una mochila llena de comida —que no me faltaran las galletas con mermelada— preparada para un largo viaje. Treparía por la resbaladiza cadena del ancla, con unos eslabones más grandes que yo, y una vez a bordo me escondería en el bote salvavidas. Mi cuerpo se estremecería cuando sintiera que el barco se adentraba en el mar y, conforme se alejara de la ciudad, me sentiría sana y salva en mi pequeño escondite.

Al final llegaríamos a algún destino lejano y exótico. Me deslizaría otra vez por la cadena y plantaría los pies en una tierra nueva. Mi nuevo país. El principio de una nueva aventura, algo totalmente diferente.

Algunas veces la fantasía se aproximaba peligrosamente a la realidad. Cogía un par de bolsas de plástico y las llenaba de aperitivos de queso, chocolatinas y un saco de dormir enmohecido.

Entonces salía por la puerta y la cerraba muy despacio detrás de mí. Recorría el camino lleno de meados hacia la calle. La libertad.

Pero siempre algo —o alguien— me traía de vuelta a casa antes de que lograra salir del barrio. Tú siempre me traías de vuelta.

Los que se paran a mirar un accidente son un objetivo fácil, ¿verdad? Son unos morbosos, alimentándose de las desgracias ajenas. A pesar de todo, ¿quién de nosotros podría asegurar que no echaría un vistazo? Que no hemos curioseado cuando pasábamos al lado de un accidente en la autopista o que no nos hemos entretenido tras la cinta de un cordón policial. ¿Qué estamos buscando? ¿Señales de vida? ¿O de muerte?

Peter Brightston había atraído una multitud ansiosa que contemplaba cómo se quedaban noventa kilos de carne después de chocarse contra la acera. Helen y su equipo llegaron unos minutos después de que apareciera la primera ambulancia. Pero, a diferencia de los desgraciados cuyo trabajo era retirar los restos del pavimento, Helen, Charlie y Mark no estaban interesados por Peter. Sus compañeros le habían visto saltar —no había ninguna posibilidad de que alguien le hubiera obligado—, era un caso muy claro de suicidio. No, lo que le importaba a Helen eran los mirones. Los que habían venido a disfrutar de la carnicería.

Algo le decía a Helen que la asesina no abandonaba a sus víctimas una vez que las había puesto en marcha. Seguro que el suicidio de Peter era el clímax de sus sueños. Su tarjeta de visita viviente, incapaz de lidiar con la culpa de haber hecho lo que quería su secuestradora. La asesina ni siquiera tenía que hacer nada esta vez. Solo sentarse y disfrutar de su talento. Seguro que querría verlo.

Por eso habían traído cámaras. Desde varios lugares discretos —algunos en las alturas, otros a nivel de calle— enfocaban a la gente congregada, grabando el interés morboso del público por la desgracia de un hombre de mediana edad.

Tener que observar las grabaciones más tarde fue algo deprimente. Había quedado registrado el momento en el que Sarah, la esposa, había aparecido. Estaba delirando, frenética. Todavía no había asimilado del todo el secuestro de Peter y su posterior reaparición. No había sido capaz de quebrar la melancolía de su marido desde entonces; había pedido ayuda a los psicólogos, pero la coraza de él había sido demasiado fuerte. Y ahora esto. Su mundo —o el lugar que ocupaba en él— había sido completamente destruido en cuestión de semanas. Antes de eso había sido una burbuja cómoda, con educación privada, escapadas a esquiar y una sensación de serenidad y satisfacción. Ahora el mundo le parecía un lugar oscuro, lleno de maldad, violencia y peligro.

—Pásalo un poco más rápido —sugirió Helen y todos se mostraron de acuerdo.

Las imágenes se aceleraron durante unos segundos y después volvieron a la velocidad normal. Un desfile infinito de médicos y curiosos.

—Estamos buscando a una mujer de entre uno sesenta y uno setenta de altura, delgada. Nariz grande, boca grande. Busto prominente. Con agujeros en las orejas.

Mark le recordaba al grupo lo que tenían que encontrar. Pero según lo decía se estaba preguntando si estarían perdiendo el tiempo. Aun en el caso de que vieran a la asesina, ¿sabrían que era ella? Ya tenían los retratos digitales basados en los testimonios de Amy y Peter, pero eran más bien esbozos, y en ambos el pelo era de diferente color, etcétera. ¿Era posible que la vieran y no la identificaran?

Justo entonces la cinta se acabó.

—¿Qué quieres hacer ahora, jefa? —le preguntó Charlie.

La habían pasado dos veces sin que nadie hubiese visto nada interesante. Pero era difícil examinar a todo el mundo —había mucha gente en la pantalla—, así que, tras un instante de duda, Helen contestó:

—Vamos a ponerla una vez más.

Se sentaron para ver otro pase. Mark ofreció sus galletas; todos necesitaban un chute de azúcar y le agradecieron la oferta. Clavaron los ojos en la pantalla una vez más e intentaron concentrarse.

—Ahí.

Charlie lo dijo tan alto que Helen y Mark se sobresaltaron. Charlie rebobinó la cinta antes de volver a ponerla en marcha. De repente la detuvo.

—Mirad ahí.

Apuntaba a una mujer entre la multitud que estaba contemplando cómo los médicos subían la bolsa que contenía el cuerpo a una camilla.

—Si lo amplió un poco, podremos conseguir una imagen mejor...

—¿Quién es? —la interrumpió Helen.

—La he visto antes. En el funeral de Ben Holland. Estaba sola y se fue tan pronto como acabó el servicio. En ese momento no le di importancia, pero no creo que hablara con nadie cuando estuvo allí.

La cara de la mujer aparecía en primer plano en ese momento. ¿Era esa la primera imagen de la asesina en serie? Examinaron su rostro. Era delgada, con una nariz prominente, el pelo rubio y corto, bien vestida, respetable. Podría ser la mujer de los retratos robot. Era difícil asegurarlo, deseabas tanto que encajaran que algunas veces te engañaban tus propios ojos.

Cuando iban en coche hacia la casa de los Anderson, Helen sentía un profundo alivio. Y algo más: esperanza. Por fin tenía algo con lo que trabajar. Miró la foto de la sospechosa aprovechando que Mark conducía. ¿Quién era esa mujer?

Les dejaron entrar en la casa sin abandonar su suspicacia habitual. Era irónico ver cómo las víctimas se ofendían por la presencia de la policía, a pesar de que necesitaran de su ayuda. Ya en el salón, Helen no perdió el tiempo:

—Tenemos una imagen de una posible sospechosa, Amy. Queremos que la veas.

Ahora sí que mostraban interés por su visita. Helen se dio cuenta de que los padres de Amy cruzaban una mirada. ¿Acaso ellos también empezaban a sentir esperanza? Tendió a Amy la foto. Ella la observó y cerró los ojos, recreando las facciones de la secuestradora en su mente. Silencio. Abrió los ojos. Volvió a contemplar la foto.

Un largo silencio y entonces:

—Podría ser ella.

«¿Podría?».

—¿Estás segura, Amy?

—Es difícil decirlo. Tendría que verla para estar segura, pero podría serlo. El pelo, la nariz... Sí, podría ser ella.

No era perfecto, pero sí suficiente. Amy les pasó la foto a sus padres, que estaban ansiosos por ver

a la zorra que había secuestrado a su hija. Helen deseaba arrebatársela, no tenían tiempo para jugar a pasarse la pelota.

—La conozco. —La voz de Diane Anderson sonó alta y clara.

Durante un instante nadie dijo nada. Entonces Helen preguntó:

—¿Está diciendo que ya la ha visto antes?

—Me he encontrado con ella. He hablado con ella. Sé quién es.

Helen miró a Mark, por fin un vínculo entre las víctimas. Les había costado tiempo —mucho tiempo— llegar a ese punto. Pero ahora ya tenían a una sospechosa. Helen sintió la adrenalina correr por sus venas y por un momento recordó el motivo principal por el que se había hecho policía.

Su emoción no duró mucho tiempo. Cuando abandonaba la casa de los Anderson, Helen vio el Fiat rojo de Emilia Garanita aparcado en la acera de enfrente bloqueándole el paso. Y ahí estaba Emilia acercándose a ella con una sonrisa falsa en los labios.

—¿Sabes lo que te puede caer por obstaculizar el trabajo de la policía, Emilia?

—Pero no puedo conseguir hablar con usted de otra manera, ¿no es cierto? —replicó inocentemente—. Nunca me devuelve las llamadas y su departamento de prensa sabe menos del caso que yo. Entonces, ¿qué puedo hacer?

—Mueve el coche —se impacientó Mark, pero lo único que obtuvo fue una mirada de desprecio infinito.

—Quiero que hablemos acerca de Peter Brightston —replicó Emilia.

—Una tragedia.

—Qué raro que se suicide justo después del accidente con Ben. Porque fue un accidente, ¿verdad?

—Eso es lo que creemos.

—Sin embargo, algunos compañeros del bufete están difundiendo el rumor de que él asesinó a Ben. ¿Quiere hacer algún comentario, inspectora?

—La gente siempre hace suposiciones, Emilia, ya lo sabes. —Helen se negaba a que otra persona le impusiera las reglas del juego—. Si averiguamos algo más, te lo haré saber, pero nada en el curso de la investigación...

—¿Por qué se pelearon? ¿Por amor? ¿Dinero? ¿Eran homosexuales?

Helen la apartó.

—Me estás haciendo perder el tiempo, Emilia. Y la última vez que lo consulté eso sí que era un delito.

Helen y Mark se subieron al coche. Mark hizo ademán de poner el coche en marcha y miró a Emilia fijamente. Ella le devolvió la mirada con desprecio y se apartó lentamente. Helen se sentía aliviada y agradecida por que Anna y Marie no hubieran salido en la conversación. Su muerte se había atribuido a causas naturales y nadie parecía estar rebatiéndolo; todavía.

Mientras se alejaban, Helen miró por el espejo retrovisor para asegurarse de que no les estuviera siguiendo. Por una vez, Emilia había decidido que la discreción era la mejor táctica a seguir y había abandonado la caza. Helen suspiró. No quería que nadie presenciara lo que estaba a punto de hacer.

Hannah Mickery estaba preparando la cena para un grupo de amigos cuando Helen llamó a su puerta. Era tan atractiva y profesional como sugería su página web. Un buen ejemplo de lo que puede conseguir el dinero. Había descorchado una cara botella de vino para que se aireara antes de que llegaran sus invitados, lo que reforzaba la imagen de opulencia.

Tenía tantas cosas que Helen pensó que era un buen partido. Sin embargo, vivía sola. Eso fue una de las primeras cosas que sorprendieron a Helen. Más tarde, en la sala de interrogatorios, Hannah Mickery insistió en que era a causa de su trabajo. Que se entregaba tanto a sus clientes que apenas tenía tiempo de quedar con sus amigos y menos de conocer a gente nueva. La cena que Helen había arruinado ya se había pospuesto dos veces a causa de lo impredecible de su trabajo. El rencor que albergaba contra Helen por la intrusión flotaba en el ambiente.

Tenía a su abogado sentado al lado. También debía de ser caro. Mickery esperaba a que él contestara y solo si no lo hacía respondía ella a la pregunta. Formaban una pareja creíble y educada. Si conseguían llevarles a juicio, sería muy difícil desacreditarles.

Insistió en que solo había estado en el lugar del fallecimiento de Peter debido a su vínculo con Ben. Era la psicóloga que le había atendido a causa de las situaciones espantosas que había vivido en su infancia. El asesinato era lo peor que podía pasar, peor incluso que el suicidio; este por lo menos tenía una dimensión trágica dentro de su desesperación e inutilidad. Pero ¿cómo tratas a un joven cuyo padre había destruido a toda su familia? ¿Cómo afrontas el hecho de que alguien a quien querías te haya destrozado la vida y te haya dejado solo en este mundo?

Hannah pensaba que había hecho progresos con Ben —o James, que era como se llamaba antes—. Y cuando la había dejado de visitar, hacía tres años, ya estaba en el buen camino. Funcionaba con normalidad.

—¿Mantuvieron el contacto? —la interrumpió Helen, ya cansada del tono afectuoso con el que lo relataba Hannah.

—No, pero sí que estaba al tanto de lo que sucedía en su vida. Por Facebook y esas cosas.

—¿Por qué?

—Porque me caía bien. Quería que lo superara. Me hizo ilusión cuando me enteré de que se iba a casar.

—¿Y cómo se sintió cuando «se enteró» de que le habían asesinado?

—Destrozada. Por supuesto.

Helen pensó que lo había dicho sin entonación alguna.

—Y cuando me enteré por un amigo de que su asesino se había suicidado, yo..., bueno, no me lo podía creer.

—Así que tenía que ir a comprobarlo con sus propios ojos.

—Sí, supongo que sí. No es que sea muy bonito, no es algo de lo que sentirse orgullosa, pero quería verlo.

—¿Es cierto que le ofreció sus servicios a Peter Brightston después de que consiguiera escapar?

Una pausa. Una mirada de reojo a su abogado, y después un sí.

—¿A pesar de que había matado a su amigo Ben?

—Estaba claro que Peter estaba muy mal. Y no se habían presentado cargos...

—¿Cómo sabía usted que estaba mal? ¿Le vio alguna vez después de que le secuestraran?

Una pausa más larga. Larga de verdad y después:

—Fui a su casa una vez. Llamé al timbre y pregunté por él. Le ofrecí mis servicios, pero no estaba interesado.

—¿Cómo sabía su dirección?

—No fue difícil averiguarla. Por todo lo que habían dicho en los periódicos.

—¿Así que le acosó en su propia casa?

—No estoy seguro de que esa palabra sea apropiada, inspectora —intervino su abogado.

—Mis disculpas, Sandy. No tenía ni idea de que fuera tan sensible. ¿Cuánto tiempo estuvo viendo a Diane Sanderson?

—Un par de meses. Una compañera me había recomendado. Su mejor amiga se había muerto de repente y necesitaba ayuda. Pero lo cierto es que no estaba muy centrada. Creo que pensaba que acudir a una psicóloga era propio de «personas débiles».

—¿Conoció a Amy en esa época?

—No. Aunque sabía quién era, claro.

—Así que no hay ningún motivo para que Amy la reconozca, ¿verdad?

—Inspectora... —intervino su abogado. Sospechaba adónde quería llegar.

Pero Helen le hizo contestar la pregunta de todos modos.

—No, nunca nos hemos visto.

Siguieron con las coartadas. Hannah había estado en su casa la noche en la que secuestraron a Amy. No había testigos, puesto que estaba sola repasando unos papeles, pero aseguraba que había estado reunida con un cliente la noche en la que Ben desapareció. No tenía secretaria ni ayudante, así que tendría que confirmarlo el cliente.

—Cuénteme lo de Marie Storey.

Eso no se lo esperaban.

—Estuvo en su consulta hace unos años, a raíz del suicidio de su marido.

Mark era quien lo había descubierto. Era gracioso ver cómo todo el equipo estaba aportando datos al caso. Discutieron un poco más con el abogado y después:

—Servicios Sociales me asignaron su caso. Su marido se había suicidado con lejía, si mal no recuerdo. No podía aguantar la vida que le había tocado en suerte. La madre, Marie, era más fuerte. Tenía que serlo, por Anna.

—Recuerda muy bien sus nombres.

—Tengo buena memoria.

Helen se guardó eso para después.

—¿Las ha visto recientemente?

—No.

—¿Ha hablado con ellas?

—No. Leí algo de su muerte, eso sí. Supongo que al final también fue demasiado para Marie. Los periódicos no han dado muchos detalles.

—¿Por qué dejó de tratarla?

—Recortes en Sanidad. No fue decisión mía.

—¿Cómo considera a sus clientes? ¿Son clientes? ¿Pacientes? ¿Amigos?

—Los veo como clientes. Gente a la que puedo ayudar.

—¿Alguna vez se encuentra con alguien que le caiga mal?

—Nunca. Pueden ser frustrantes, pero eso es lógico.

—¿Nunca se ha sorprendido a sí misma despreciando su debilidad, su autocompasión, su victimismo?

—Jamás.

Se defendía muy bien con las preguntas —como una profesional— y poco después su abogado dijo que era hora de finalizar la entrevista. Tenían que dejarla ir. No tenían cargos contra ella. Pero a Helen no le importaba. En el tiempo que había durado el interrogatorio a Hannah, Mark había conseguido una orden de registro de su casa y su oficina. Había más de una manera de conseguir lo que querían.

Una sospechosa. Vinculada a las tres víctimas. Alguien que las conocía muy bien, y que conocía su vulnerabilidad. Ahora todo lo que necesitaban era una prueba. Por primera vez desde que había empezado la investigación, Helen pensó que estaba llegando a algún sitio.

Era una celebración un tanto extraña. Ella con un zumo y él mareando una tónica entre las manos. Nada muy salvaje. Pero estaba bien, a pesar de todo. No se habían enfrentado a un caso así antes. No era habitual que hubiera asesinatos múltiples y, cuando ocurría, solía ser una oleada repentina. Una explosión de ira que arrasaba todo a su paso, pero que desaparecía rápidamente. La atención a todos los detalles y la cuidadosa planificación de estos asesinatos eran algo diferente. Aunque ningún policía sería capaz de admitirlo, este tipo de crímenes eran perturbadores. Te hacían sentir que tu experiencia no contaba para nada, que tu instinto se equivocaba, que tu entrenamiento no te había preparado para esta situación. Este tipo de crímenes resquebrajaba el sistema que mantenía tu fe intacta.

Pero ahora tenían una pista. No muy concreta, pero un policía siempre se siente feliz si está tras el rastro de algo. Algo —o alguien— que perseguir. Mark observó a su jefa mientras hablaba emocionada del caso. Siempre había sido atractiva, pero ahora había algo más en ella. Mostraba amabilidad, optimismo y un poco de esperanza, algo que habitualmente escondía. Su sonrisa fue la revelación que le iluminó. La había visto raras veces, pero no era fácil olvidarse de ella.

Se daba cuenta de que cada vez se sentía más atraído por ella, pero estaba dispuesto a resistirlo. Nunca volvería a dejar que otra mujer ejerciera ese tipo de poder sobre él. Pero quería atravesar su coraza y saber más cosas acerca de ella. ¿Con qué soñaba cuando era pequeña? ¿Había tenido muchos amigos? ¿Era rica? ¿Les gustaba a los chicos?

—¿Creciste por aquí?

No era una frase muy buena, pero a Mark nunca se le había dado bien charlar. Ella negó con la cabeza.

—Soy del sur de Londres. ¿No lo notas?

¿Estaba coqueteando con él?

—No tienes acento.

—Lo pulí. Un buen amigo mío me dijo al principio de mi carrera que cuanto más pija pareciera más ascendería. Solo es un prejuicio, claro, pero lo cierto es que todo el mundo piensa que eres más inteligente.

—En eso debe de ser donde me equivoqué.

—No estás tan mal.

Realmente estaba coqueteando con él.

—No tenía ni idea de que fueras tan mala.

—Bueno, tampoco me conoces tanto, ¿no?

¿Le estaba animando o le estaba rechazando? «Estoy desentrenado», pensó Mark. Ella se fue a la barra y regresó con una jarra de cerveza. Mark la observó excitado, cachondo, dividido —el deseo que sentía por ella mezclado con el deseo de beber—. Ella le pasó la jarra.

—Hemos tenido un buen día. Así que tómate algo. Ya conoces las reglas: mientras yo esté

presente, está bien.

Cogió la jarra. Y bebió. Pero poco, quería mostrarle que controlaba, que no era débil. Había odiado su vida durante mucho tiempo. Ahora que estaba saliendo del abismo, iba a demostrar la fuerza que tenía. Apartó el vaso. Ella le sonrió, animándole.

—¿Por qué te hiciste policía, Mark?

Le tocaba a ella preguntar.

—Porque nadie más me iba a dar trabajo.

Ella se rio del chiste.

—En serio, la escuela se me daba muy mal. Era un buen colegio, enseñanza selectiva y todo eso, pero no me interesaba. No podía prestar atención. Solo quería estar fuera de esa clase.

—¿Para perseguir a las chicas?

—Y todo lo demás. Después de dos años de esnifar pegamento e incendiar cabinas de teléfono, mi padre se hartó y me echó de casa. Me pasé tres noches durmiendo en el suelo de la casa de mi hermana y después pensé: «¡Que les den!». Y me apunté.

—Un héroe.

—A mi padre casi le da un infarto. Pensó que estaba de broma. Pero sorprendí a todo el mundo. Me gustaba. Me gustaba porque todos los días eran diferentes. Nunca sabías lo que te iba a pasar. Y me gustaba echarme unas risas con los chicos. En esa época no teníamos jefas.

Ella alzó una ceja. Después se fue a la barra a por otra ronda. Así que no se trataba de una cerveza rápida después del trabajo, entonces. Mark se preguntó cómo debía actuar, pero seguía sin tener ni idea para cuando ella volvió. Sus pechos le saltaron a la vista cuando se agachó para dejar las bebidas en la mesa. Era imposible saber si había sido por casualidad o deliberado.

—¿Y tú? ¿Por qué te metiste a poli?

Una breve pausa y después:

—Para ayudar a la gente.

Muy conciso. ¿Eso era todo? Entonces:

—Cuando entré en la casa de Ben. Vi la carnicería. Y ayudé a ese niño a que no sufriera el mismo destino. Eso fue lo que me decidió. Luego ya no podía parar. No podía irme después de eso.

—Se te da bien. Salvar a la gente, me refiero.

Ella le miró intrigada. Mark dudó, pero continuó:

—Ya hubiera dimitido si no hubiera sido por ti. No te lo dije en su momento, pero ya había escrito la carta de renuncia. Estaba a punto de entregártela. De abandonarlo todo. Pero me salvaste. Me salvaste de mí mismo.

Mark lo dijo con voz afectada y apasionada, y por un momento se sintió avergonzado de su franqueza, de su vulnerabilidad. Pero era cierto, a saber dónde estaría sin ella. Helen le miró muy seria. ¿Lo había estropeado todo? Entonces ella se inclinó sobre la mesa y le besó.

Ya fuera, él sonrió mientras le ofrecía la frase más manida que se le ocurrió:

—¿En tu casa o en la...?

—En la tuya.

El piso de Mark estaba hecho una pocilga. No había planeado seducir a su jefa ese día y los restos de la última comida todavía estaban a la vista. Pero sí había hecho la cama esa mañana y las sábanas estaban limpias y tersas cuando se tumbaron encima.

Ella nunca había sido partidaria de la charla insustancial. Y se podía decir lo mismo en el aspecto amoroso. Normalmente es el hombre el que impone el ritmo —o lo intenta—, pero ese no fue el caso. Mark estaba al mismo tiempo sorprendido y excitado por lo rápido que su jefa asumió el mando.

—Te ofrecería algo de beber, pero...

Ella no se molestó en contestar. Cruzó el apartamento y le besó. Después dejó caer el abrigo en el suelo y le preguntó dónde estaba el dormitorio. Una vez allí, le echó sobre la cama y fue directa a por su cinturón.

Mark había hecho el amor muchas veces, pero se dio cuenta de que esta era la primera vez que le hacían el amor a él. Molesto porque le obligara a someterse, intentó ponerse encima. Ahora que estaba cachondo quería dominarla, follarla, poseerla; pero ella le sujetó donde estaba, firmemente.

¿Le estaba haciendo el amor o solo estaba obteniendo lo que quería? Mark se dio cuenta de que le importaba la respuesta. Que, incluso cuando ella estaba descendiendo por su cuerpo y un escalofrío les recorría a los dos, quería que esto significara algo para ella más allá de un poco de diversión. Se suponía que los hombres separaban el sexo del amor. Que eran capaces de apagar sus emociones y pensar con la polla. Pero Mark nunca había sido así.

Intentó maniobrar otra vez para ponerse encima, pero ella le volvió a empujar, agresiva. Estaba claro que no se iba a dejar, así que Mark decidió someterse. La batalla había acabado y su polvo se convirtió en algo más relajado, más tierno. Helen bajó el ritmo y finalmente sus cuerpos se movieron al compás. Para sorpresa de Mark, ella parecía estar disfrutándolo. Disfrutando de él. Helen acercó sus pezones a los labios de Mark y se deslizó una mano entre las piernas, dándose placer mientras se movía hacia delante y hacia atrás, siempre encima de él.

Mark luchaba desesperadamente por contener su orgasmo. Una cosa era tirarse a su jefa. Otra muy diferente era echarle un mal polvo. O durar muy poco. Así que se resistió imaginándose todo tipo de situaciones aburridas para contener su excitación, pero cuando Helen volvió a acelerar el ritmo (porque se había dado cuenta de que él estaba a punto) la cosa solo podía acabar de una manera.

Quería pedir disculpas. Pero no sabía si era necesario. Ella le echó un cable:

—Ha estado bien.

Mark volvió a sentir que todas sus dudas desaparecían. La abrazó y le sorprendió darse cuenta de que ella no se resistía. Se tumbó a su lado para sumergirse en la felicidad poscoital.

Mientras estaban allí acostados, con la sábana cubriéndoles apenas, Mark paseó la mirada por el cuerpo de ella. En el arrebatado de la pasión, había sentido las cicatrices de su espalda, pero no les había prestado atención. Ahora, menos distraído y más curioso, se fijó en ellas. Se quedó atónito. El resto de su cuerpo era tan suave, tan limpio, tan... perfecto...

Ella debió de darse cuenta de su mirada, porque se tapó con la sábana. El tema se había acabado antes de surgir. Se quedaron en silencio un rato. Entonces se giró hacia él y le dijo:

—Esto queda solo entre nosotros, ¿vale?

No era una orden y tampoco lo había dicho con miedo. No, era un ruego, casi dudando. Mark volvió a sorprenderse, era el día más desconcertante de su vida.

—Por supuesto. Claro.

Ella fue a ducharse y dejó a Mark lleno de preguntas.

Helen cruzó la calle para llegar a donde tenía aparcada la moto. Sabía que Mark la estaba observando desde la ventana, pero no le saludó. No estaba jugando a nada, era que todavía no estaba preparada para hacerle un gesto con la mano o mandarle un beso. Pero se sentía bien sabiendo que sus ojos la seguían y aminoró el ritmo para disfrutarlo unos segundos más.

Se subió a su Kawasaki y la puso en marcha. La cazadora de cuero y el casco eran otra armadura para Helen, un espacio donde podía sentirse tranquila y a solas. Pero ese día, por primera vez en años, pensó que no lo necesitaba. Que no tenía por qué esconderse del mundo. Lo que había sucedido con Mark era inesperado y no lo había planeado, lo que probablemente fuera la razón por la que parecía funcionar. Cuando Helen se ponía a pensar, las cosas se complicaban o no llegaban a suceder nunca. Pero ese día todo parecía encajar. Se preguntó en qué estaría pensando Mark. Quizás en que era rara; no sería el primero en pensarlo. O acaso creía que era misteriosa. Eso era lo mejor que podía esperar a esas alturas, así que se conformaría con eso.

Era hora de marcharse. El muy tonto seguía mirándola, con la cortina escondiendo su desnudez. Por su bien y por el de ella, tenía que irse. Así que aceleró y bajó la calle. Mientras el viento azotaba su cuerpo, se dio cuenta de que ese día se sentía muy rara.

Se sentía feliz.

Martina se quitó el sujetador y meneó los pechos delante de la otra chica. Caroline —¿era ese su nombre?— respondió lamiéndole los pezones con un deseo ardiente y fingido. Martina echó la cabeza hacia atrás con un jadeo y sus ojos se fijaron inmediatamente en una abolladura en el techo de la furgoneta. ¿Con qué la habrían hecho?

Había hecho esto tantas veces que era imposible concentrar la mente en el trabajo. Mientras tu cuerpo se estaba meciendo para proporcionarle placer a otra persona, el cerebro se desconectaba y te encontrabas a ti misma preguntándote si te daría tiempo a llegar al bar antes de que cerraran o si te podrías ir a Egipto de vacaciones o cuánto habría pagado la otra chica por aumentarse los pechos. Era increíble la de asuntos rutinarios que se te podían ocurrir, sobre todo cuando la otra chica —a lo mejor era Carol y no Caroline— te lo estaba comiendo. Martina gimió en el momento exacto. Los clientes nunca se enteraban, por supuesto. Estaban tan obsesionados por lo que estaban viendo —dos chicas con unas tetas enormes devorándose entre ellas— que nunca notaban las señales del aburrimiento. Y aunque lo notaran tampoco les importaría.

Pero este trabajo era ligeramente diferente. Normalmente lo representaban delante de algún solitario hombre de negocios que se masturbaba ante la fantasía de las lesbianas hecha carne o, lo que era más provechoso, delante de dos tipos ricos impacientes por unirse a ellas. La parte lésbica era solo el aperitivo para ellos; estaban deseando penetrar a las chicas, poseerlas a la vez, felicitándose y celebrando en silencio su dinero, su imaginación y su inmoralidad. Eran unos capullos, pero pagaban bien, así que ese tipo de peticiones siempre eran bien recibidas.

Era mucho más raro que una mujer contratara a las dos chicas. Especialmente una tan bien vestida como Cyn. Y aún muchísimo más raro que la mujer no quisiera involucrarse. La mayoría de las mujeres que contrataban prostitutas estaban felizmente casadas, pero se sentían sexualmente insatisfechas. Eran mujeres que querían disfrutar el estatus y los beneficios de una familia normal, pero que deseaban que otra mujer las tocara. Para ellas el espectáculo no era importante, pero el contacto sí. Sin embargo, Cyn era diferente. Esta era la cuarta vez que lo hacían para ella y todavía no les había puesto un dedo encima. Tampoco se tocaba ella. En cada encuentro hacían lo mismo: las recogía en la furgoneta, las llevaba al bosque y después observaba a las chicas retozar entre ellas con los arneses puestos y toda la parafernalia. Al principio se habían mostrado cautas —¿las estaba llevando a una orgía al aire libre o algo así?—, pero lo cierto es que era inofensiva. Martina a veces se preguntaba qué se le estaría pasando por la cabeza. ¿Qué era lo que sacaba de todo eso?

Y lo más extraño de todo era lo que les pagaba. Al principio se dio cuenta de que a Martina le gustaba la fiesta. Y desde entonces nunca le había vuelto a pagar en metálico. En vez de eso, pagaba a Martina con drogas. Debía de conseguir las con facilidad, porque el valor de lo que les daba superaba con creces lo que costaban sus servicios. Debían de dejárselas baratas, o gratis; qué zorra con suerte.

Terminaron —en un frenesí de orgasmos fingidos— y unos instantes después estaban volviéndose

a poner la ropa. El cuerpo de Martina era atlético y fibroso —era alta para ser una chica— y Cyn lo repasó con la mirada antes de decirle:

—Hoy tengo algo especial para ti.

Cyn sostuvo en el aire una bolsa transparente llena de pastillas. Martina la cogió y la examinó. Las pastillas eran grandes y blancas, con un águila grabada.

—Directamente desde Dinamarca. Creo que te gustarán. No necesitas anfetas con estas pequeñas, créeme.

Martina echó la mitad en las palmas abiertas de Caroline y las dos se tragaron una sin dudar. Un sabor raro —dulce, a almendras— y Caroline le preguntó dónde iban a ir esa noche.

Martina estaba a punto de mandarla a paseo —ella iba a visitar a su hermana por la noche—, pero no encontraba las palabras. Sintió que se mareaba. Se balanceó como si se hubiera levantado demasiado deprisa y perdió el equilibrio y la coherencia. Se rio y se enderezó. Cyn le estaba diciendo algo —asegurándose de que estaba bien—, pero su voz sonaba lejana y amortiguada. Una mano en su brazo y parecía tan pesada..., de hecho sentía que se caía. ¿Qué coño estaba pasando? Y ahí estaba Caroline tirada en el suelo de la furgoneta. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Qué pa...?

Y todo se volvió negro.

Helen se aseguró de ser la primera en llegar a la oficina. Dado que se había extralimitado con Mark el día anterior, las dudas habían empezado a carcomerla por dentro. La postura por defecto de Helen —el círculo de cautela— la estaba agobiando otra vez. Luchó contra esa sensación —por una vez no iba a rendirse—, pero no estaba segura de cómo reaccionaría cuando le viera, así que llegó pronto para tener tiempo de prepararse.

Mark llegó a su hora y se fue directo a trabajar. A esa hora, la mayoría del equipo ya estaba allí. Helen le echó una mirada de reojo a Mark y se preguntó si alguien más se había dado cuenta de lo mucho que había parecido mejorar esos días. Había perdido peso, había recuperado un poco de color en la cara y ese aire de angustia que le acompañaba había desaparecido. Helen se preguntó si sería una jornada de ignorar educadamente el cambio en su relación, pero Charlie pronto se encargó de distraerla. Había venido temprano para poner a Helen al día de los últimos acontecimientos.

Helen había utilizado un viejo truco —mantener al sospechoso bajo custodia el tiempo suficiente como para organizar un registro—, así que Hannah Mickery no había tenido tiempo de preparar su defensa ni de deshacerse de ninguna prueba. Se habían llevado su ordenador —se había puesto hecha una furia por eso— y la mayoría de sus agendas, sus diarios, etcétera. Por supuesto, no podían tocar sus expedientes —eran confidenciales—, pero había maneras de sacar información sobre los pacientes si era necesario. Eso, en todo caso, se haría más tarde.

Una cosa estaba muy clara: sabía demasiado acerca de los asesinatos. Tenía todos los artículos de la muerte de Sam, de la de Ben, de la de Marie y Anna, y también fotos. Y no solamente las que había recortado de los periódicos (que a su vez las habían sacado de Facebook, fotos del colegio y sitios parecidos). No, además tenía fotos de Peter y Amy que se habían tomado *después* de los hechos. Helen también encontró el número del teléfono móvil de Amy escrito en uno de los diarios. ¿Por qué tenía ese número si había dejado claro que no conocía a Amy y, de acuerdo con su testimonio, ni siquiera le habían permitido hablar con ella?

Tenía apuntados muchos detalles del trabajo de Peter, las direcciones de e-mail del bufete y, lo más raro, el horario de trabajo de Peter, aunque era el de cuando había vuelto a trabajar, así que no lo podían relacionar con su secuestro.

El ordenador fue lo más difícil de todo. Le habían pedido a Hannah que les diera su contraseña, pero se había negado, así que habían tenido que hacerlo por las malas. La gente pensaba que esas cosas eran seguras, pero no era cierto y, aunque hubieran debido esperar a que se arreglara el papeleo, Helen decidió presionar un poco y los chicos del departamento informático consiguieron acceder al sistema.

Charlie había hecho la mayoría del trabajo, así que se sentó a su lado mientras Helen examinaba los archivos del portátil de Hannah. La mayoría no era nada importante —temas del negocio y de la casa—, pero un tesoro enterrado les estaba esperando. Había un archivo escondido y con contraseña llamado «B». Era tentador... No les costó mucho abrirlo.

Helen se enderezó en el asiento cuando vio lo que contenía. Una transcripción palabra por palabra de la declaración jurada de Amy, tal como se había producido en la sala de interrogatorios en presencia de Helen. Esta frunció el entrecejo, no se lo podía creer. Pinchó en el icono de vídeo que también estaba en el archivo «B» y su mayor miedo se hizo realidad. Allí, con una definición perfecta, se encontraba la grabación de Amy declarando ante Helen. Quienquiera que fuera —lo que quiera que fuera—, era evidente que Hannah gozaba de los favores de al menos un policía. Un policía que le había pasado esa información. Pero ¿quién?

Charlie dejó escapar el aliento. La investigación había avanzado un paso, aunque fuera devastador. ¿Era un caso de corrupción? ¿Una conspiración? ¿O había un policía involucrado en esos asesinatos? —Cierra esto. Y que no se entere nadie.

Charlie asintió. Helen se levantó y, silenciosa y discretamente, se fue a hablar con su jefe.

Le pesaba la cabeza. Se tambaleó cuando intentó ponerse de pie y después sintió un escalofrío. Su visión todavía estaba borrosa, pero podía oler la humedad y sentir el frío atravesando su cuerpo. ¿Dónde estaba?

Poco a poco unas imágenes sueltas fueron apareciendo en su mente, pero cada una de ellas venía acompañada de una resaca brutal y tuvo que volver a sentarse. El suelo estaba congelado. Recordaba la furgoneta, a Cyn, a Caroline... Miró su reloj y no se lo pudo creer. ¿De verdad había dormido veinticuatro horas seguidas?

El ruido de unas arcadas hizo que levantara la vista. Y allí estaba Caroline. Se había puesto mala y ahora estaba llorando en su propio vómito.

«Cálmate». «Despierta». Pero esto no era un sueño. Esto era demasiado extraño para estarlo soñando. ¿Les había traído Cyn aquí? ¿Dónde estaba Cyn? Martina gritó, pero solo le contestó un débil eco. Estaban en una especie de bodega, un sótano abovedado de ladrillos iluminado con un candil. Pequeño y medio en ruinas; el trastero abandonado de una mansión, quizás. No tenía ningún sentido. Nada de esto tenía sentido.

La puerta estaba cerrada por fuera. Era de metal, pero de todas formas llamó. Golpeó hasta que le dolieron las manos y su dolor de cabeza arrasó con todo. Entonces volvió a tumbarse, derrotada.

—¿Caroline?

La llamó, pero no obtuvo respuesta. Así que reunió fuerzas y se acercó a ella. Pasara lo que pasara, por lo menos estaban juntas. Mientras se acercaba a ella, el pie de Martina golpeó contra algo que se deslizó por el suelo. Gritó dolorida, hasta que se dio cuenta de que estaba pisando algo: un teléfono móvil.

Martina lo cogió. No era suyo y dudaba que fuera de Caroline. Presionó una tecla y un brillo verde inundó la pantalla:

Tiene 1 mensaje nuevo.

Instintivamente, Martina le dio al OK.

Al lado de este móvil hay una pistola. Tiene una bala. Para Martina o para Caroline. Entre las dos decidiréis quién vive y quién muere. Solo a través de la muerte conseguiréis la libertad. No existe la victoria sin el sacrificio.

Y eso era todo. Los ojos de Martina se dirigieron al objeto al que había dado una patada sin querer. Una pistola. Una puta pistola.

—¿Esto es cosa tuya? —le gritó a Caroline—. ¿Esta es tu idea de una broma?

Pero Caroline solo gimió y negó con la cabeza.

—¿A qué te refieres? No sé a qué...

En ese momento Martina le tiró el teléfono a las manos.

—A esto.

Nerviosa, Caroline cogió el móvil. Sus manos temblaron cuando leyó el mensaje. Entonces se le cayó el teléfono y se estampó contra el suelo. Dejó caer la cabeza y se puso a llorar. Martina se sintió mal, estaba claro que no sabía nada.

Martina vio que su aliento formaba una niebla frente a ella. ¿Podía llegar a hacer más frío en esa tumba? ¿Se congelarían antes de que alguien las encontrara?

Se suponía que su vida no iba a acabar así. Había pasado por demasiadas cosas como para acabar muriendo en ese agujero.

Lentamente, en la penumbra, los ojos de Martina empezaron a fijarse en la pistola.

La estaban vigilando.

Una furgoneta llevaba varios días aparcada en el mismo sitio. Pero nadie se había acercado a ella. Tenía el logotipo de unos fontaneros en un lateral, pero no había ningún fontanero por allí y, además, había buscado en internet el nombre de la empresa y no existía. Había tenido que mirarlo en el móvil, puesto que la policía todavía tenía su ordenador.

Hannah Mickery observó la furgoneta desde detrás de las cortinas. ¿Estarían viéndola ahora mismo a través de las ventanas ahumadas? ¿Estarían sacándole fotos? ¿O era solo una paranoia?

Habían entrado tantas personas en la casa durante el registro que le fue imposible controlar a todas. ¿Habrían tenido tiempo para colocar micrófonos en cualquier sitio? Después de que se fueran, Hannah había inspeccionado todos los rincones. No había encontrado nada. Quizás no utilizaban tácticas de la Guerra Fría en un registro rutinario.

Pero merecía la pena actuar con cautela cuando había tanto en juego.

Para entonces esa zorra de Grace ya habría entrado en su ordenador, probablemente. Les debería haber dado la contraseña, pero ¿por qué no hacerles trabajar un poco más? En cualquier caso, ya se habrían enterado. Sería muy difícil hacerlo pasar por un interés puramente profesional o incluso disculparse por lo macabro de sus aficiones. ¿Podían acusarla de algo? Por supuesto que no.

Pero debía tener cuidado. Las apuestas estaban muy altas y un solo error en ese instante podía estropearlo todo. Tantos planes y horas de trabajo se le habían ido en esto... Sería un crimen joderlo en ese momento.

Se estaba haciendo de noche. Ya no quedaba mucho. ¿Controlaban sus llamadas de teléfono? Si *News of the World* podía, entonces...

Esperaba que hubieran estado escuchando. Sería más fácil para ella. Más fácil para escapar. Hannah sintió una punzada de entusiasmo; cuando el juego pendía de un hilo, cada movimiento era emocionante.

Caroline se llevó las rodillas al pecho para protegerse del frío, pero no podía dejar de temblar. ¿Era eso lo que la hacía estremecerse? ¿O era el miedo? Caroline ya no lo sabía. Ya no entendía nada. No sabía si era de día o de noche. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban atrapadas. No sabía qué habían hecho mal ni por qué estaban allí. Solo sabía que estaba sufriendo.

Su estómago le dolía por la falta de comida, tenía la garganta seca, los huesos congelados hasta la médula. Cuando cerraba los ojos, unas sombras extrañas bailaban en la oscuridad —chispas multicolores que se convertían en mariposas, en pájaros, incluso en arcoíris—. Estaba empezando a alucinar. ¿Es que su cuerpo estaba muriéndose? Si tenía suerte, sí. A lo mejor estaba perdiendo la cabeza, el principio del descenso hacia la locura y la paranoia. «Por favor, Señor, eso no».

Al principio habían intentado mantener el hambre a raya comiendo hormigas. A Caroline le había venido la regla, su sangre menstrual se acumulaba en el suelo, en una esquina de la habitación. Su dulzura pegajosa había atraído a los insectos y Martina y ella se habían peleado por engullirlos. Un día después, más o menos, Caroline había encontrado una cucaracha y se había emocionado con el crujido cuando se la metió en la boca. Pero ya no había más comida. Todo lo que quedaba era un olor espantoso. Un frío terrible. Y la soledad.

¿Estaba buscando alguien? Nadie echaría de menos a un par de prostitutas. Martina era una chica reservada y tenía muy pocos amigos, si es que tenía alguno. Caroline vivía con una compañera de piso —una chica llamada Sharon que era de Macclesfield—, aunque no la describiría como una amiga. ¿Habría llamado a la policía o se habría limitado a poner un anuncio para buscar una nueva compañera de piso? Probablemente lo último; a Sharon no le parecía bien lo que hacía Caroline para ganarse la vida y se alegraría de tener una oportunidad de librarse de ella. Posiblemente ya estaría vaciando su habitación. Puta.

Martina tenía una hermana, pero Caroline no sabía si se llevaban bien. Por primera vez en años, se encontró echando de menos a su familia. Había tenido una buena razón para escapar de casa, aunque nadie se lo había reconocido, pero en ese momento se arrepentía de haberlo hecho. Su madre era una inútil, pero no era mala persona, y su padre..., bueno, no es que fuera muy apropiado para el papel de padre, ni para el de marido, la verdad, pero no deseaba que lo pasara mal. ¿Por qué no se había puesto en contacto con ellos en todos estos años? Cuando cumplieron sesenta años, en navidades, en Semana Santa, había tenido múltiples oportunidades para cruzar ese puente y reconciliarse, pero nunca había dado ese paso. ¿Le pedirían que explicara por qué se había escapado en mitad de la noche? ¿Se disgustarían por el rumbo que había tomado su vida?

La ira le recorrió el cuerpo y Caroline supo exactamente por qué nunca se había puesto en contacto con ellos. Porque les culpaba a ellos. Por no darse cuenta. Por no protegerla. Todavía estaba furiosa por su falta de atención y por eso se encontraba sola en este mundo. Por eso no había nadie buscándola ahora mismo. ¿Tenían Martina o ella algo —o alguien— por lo que vivir? ¿Martina se llevaba bien con su hermana? Iba a preguntárselo, pero ¿para qué? No era un concurso.

¿O sí?

Como era de esperar, el superintendente Whittaker no se había tomado muy bien las noticias.

—¿Qué coño me estás contando? ¿Que un policía le ha pasado esto?

Lo macabro de los asesinatos había supuesto que todos los detalles se guardaran bajo llave. El *Evening News* y un par de periódicos de tirada nacional se habían hecho eco de las muertes y andaban husmeando para averiguar más, pero por ahora nadie sabía que había una asesina que manejaba a sus víctimas como marionetas, orquestando esas horribles muertes. Los forenses y el resto de departamentos auxiliares no sabían que a los secuestrados se les daba un ultimátum mortal. El acceso a esa información —los teléfonos, las entrevistas y las transcripciones— había sido restringido. Por supuesto, Whittaker y Helen tenían acceso, así como Mark, Charlie y otro par de agentes del equipo, pero eso era todo. A no ser que a un policía de los que procesaban los datos le hubieran informado de su contenido o se lo hubiera encontrado por casualidad, tendrían que buscar muy cerca para encontrar la fuente que lo había filtrado. Whittaker no se fue por las ramas. Todos los miembros del equipo tendrían que ser investigados para descartar un posible caso de corrupción o un conflicto de intereses. Tenía que realizarse de manera objetiva y debía ser rápido.

Helen avanzó mucho en poco tiempo. Ya no existían las cintas de vídeo ni los minidiscos, ya se habían librado de la tecnología obsoleta. Las entrevistas se grababan en una red digital protegida. Una vez que se daban por finalizadas, el archivo digital era encriptado y subido al servidor. Solo se daba acceso a las grabaciones y a las transcripciones a los usuarios autorizados. Había un solo sitio de donde sacarlas —el servidor— y quien entrara dejaría un rastro.

El testimonio de Amy se había visionado innumerables veces en el transcurso de la investigación y Helen encontró el listado de todas ellas buscando en el historial. Pero en tres ocasiones había sido grabada en un disco o en una tarjeta de memoria. En dos de ellas, Helen había estado presente; de hecho, todavía las tenía ella. Lo que dejaba una descarga que no había sido autorizada. Era imposible borrar el rastro en ese sistema sin bloquear todo el servidor y allí estaba, negro sobre blanco: «Miércoles 11 de febrero, a las 16:15».

Era poco probable que hubieran sido los policías que se encargaban de la grabación de datos, puesto que ese día estaban de huelga, pero quizás por ese motivo el ladrón había escogido ese día en particular. Whittaker se había tomado el día libre y Helen se había pasado en el laboratorio forense toda la tarde. Los más jóvenes del equipo habían estado visitando los domicilios (Helen tendría que volver a comprobarlo), así que eso solo dejaba dos policías que estuvieran en el edificio y supieran dónde encontrar la información: Mark y Charlie.

Helen se estaba dando de cabezazos contra la pared. Debería haber anulado su cena con Mark y haberse inventado alguna excusa, pero la había pillado desprevenida. No podía decir que no sin ofenderle y tampoco podía comportarse de tal manera que empezara a sospechar, así que accedió. Él

empezó a bromear con ella acerca del esfuerzo que había hecho para causarle una buena impresión y por eso ahora se estaban comiendo la pasta con gambas en un silencio total. Helen se daba cuenta de lo decepcionado que se sentía Mark y de lo raro que era todo —su fantasía de pasar la noche haciendo el amor se había roto en mil pedazos—, pero le resultaba imposible dejar de pensar en la filtración. A no ser que Helen estuviera completamente equivocada, era probable que Charlie o Mark hubieran traicionado al equipo pasando información sobre la investigación a alguien ajeno. Si un policía corrupto quería dinero, filtraba información a la prensa. Así que esto tenía que suponer algo más. Chantaje. Sexo. O algo todavía más siniestro.

Helen se enfrentaba a un dilema. Quería ser sincera con él, pero si lo era estaría arriesgando su propio cuello. Este asunto se había convertido en una investigación interna y, si compartía información con un «sospechoso», entonces ella también sería tachada de corrupta. Así que se mordió la lengua y habló de temas sin importancia.

Acabaron de comer rápidamente y pasaron al salón. Helen se acercó a la repisa que había sobre la chimenea. Las fotos de la familia feliz y de la exmujer ya no estaban allí. Todo lo que quedaba eran numerosas fotos de una niña con el pelo rubio y una gran sonrisa.

—Es Elsie.

—¿Cuántos años tiene?

—Siete. Vive con su madre, no muy lejos.

Pero sí demasiado lejos para lo que a Mark le hubiese gustado. Helen le preguntó con interés y Mark respondió como solo podía hacer un padre orgulloso. Le contó lo que le gustaba a Elsie y lo que se le daba bien. Anécdotas de sus rarezas y lo que se le daba mal. Costaba escucharle, era evidente su desolación por vivir apartado de su hija. Hacía un año él era un buen policía, con una esposa que le quería y un ángel que solo tenía ojos para él. Ahora lo había perdido todo a manos de otro hombre, el amante de su mujer: Stephen. Esa había sido la causa por la que se había acabado su matrimonio y, sin embargo, era Mark quien había acabado en la calle. Le había hecho daño —mucho, mucho daño— que no se hubiera tomado en serio los compromisos matrimoniales. Y, sin embargo, ella lo había conseguido todo. Él tenía un piso alquilado y la custodia solo cada dos fines de semana.

Helen hizo lo que pudo para consolarle, pero todo el rato oía una voz en su interior que le aconsejaba que se marchara. Que se alejara de ese hombre que se estaba enamorando de ella. Al final Mark se tranquilizó. Le agradeció que escuchara sus penas y le acarició la mejilla, un gesto tierno sin palabras. Después intentó besarla.

Helen se encontró dirigiéndose hacia la puerta. Mark fue tras ella, disculpándose. Cuando ella se intentaba marchar, él la agarró del brazo. Helen dio un respingo, como si se hubiera quemado.

—Por favor, Helen, si te he ofendido... —tartamudeó Mark.

—No supliques, Mark. Te mereces algo mejor.

—No entiendo lo que está pasando.

—No está pasando nada.

—Pensaba que tú y yo..., que nosotros...

—Estás equivocado. Follamos un día. Ya está.

—¿Estás rompiendo conmigo?

—No me seas crío.

—Bueno, entonces ¿qué pasa? Pensaba que te gustaba.

Helen hizo una pausa para escoger sus palabras cuidadosamente.

—Mark, solo voy a decir esto una vez, así que escúchame, por favor. No te enamores de mí, ¿vale? No es eso lo que quiero y tú tampoco.

—Pero ¿por qué?

—No lo hagas.

Y acto seguido Helen se fue. Al bajar las escaleras, se culpó por haber sido tan tonta. Tendría que haber obedecido a su instinto, no debería haber ido a cenar.

Charlie Brooks bostezó y estiró los brazos. Se oyó el crujido de sus articulaciones, había estado sentada demasiado rato en la misma posición. Tomó la decisión de moverse más, estirarse, hacer ejercicio... y se dio un golpe en la cabeza contra el techo de la furgoneta.

Charlie odiaba estar de vigilancia. El reducido espacio, la comida basura y el estar tan cerca de policías que le querían echar los tejos o apestaban a sudor o las dos cosas. Algunas veces conseguían algo, pero siempre tenías la sensación de que la diversión, el ser un policía de verdad, estaba ocurriendo en otra parte. ¿No podía Helen haber encontrado a otra persona para este trabajo? Su humor empeoró cuando miró a Grounds, que se estaba toqueteando un grano inconscientemente.

Charlie tenía la sensación de que la estaban castigando, pero no habría sabido decir por qué. Helen había estado «rara» con ella últimamente. En muchas ocasiones Charlie había estado a punto de preguntarle directamente qué era lo que pasaba, pero se acobardaba en el último momento, preocupada por si la tachaban de paranoica. Sin embargo, esa sensación permanecía. Había enfadado a Helen de algún modo y a lo mejor su castigo era estar vigilando la casa de Mickery.

Hannah Mickery casi no había salido de su casa desde que había vuelto de la comisaría. Un par de veces a comprar comida y la prensa, pero poco más. No había usado el teléfono fijo y las llamadas de su móvil habían sido breves y para hablar de asuntos cotidianos. Estaba claro que no iba a permitir que las sospechas de otras personas entorpecieran su trabajo y de ahí que le fuera a visitar una paciente. Las dos llevaban juntas casi una hora. Charlie no podía evitar preguntarse de qué trauma o inseguridad estarían hablando.

De repente hubo un movimiento. Charlie se enderezó en el asiento y colocó la cámara en posición. Pero fue decepcionante. Era la paciente, que ya había terminado la sesión y se protegía de la lluvia con un «vistoso» paraguas amarillo. Charlie se volvió a sentar desanimada y observó cómo se marchaba.

Había que estar un poco mal de la cabeza para vestirse de esa manera, pensó Charlie malévolamente. Un gorro violeta y un impermeable rojo, ¿acaso se creía que acababa de salir de un vídeo de Prince? Y los tacones. Eran tacones de *stripper*, simple y llanamente...

Y en ese momento fue cuando Charlie se dio cuenta de que la mujer que acababa de salir de la casa no llevaba tacones. Llevaba zapatos planos.

Charlie salió de la furgoneta inmediatamente y le dijo a Grounds que fuera a la casa mientras ella seguía a la mujer. Estaba a punto de alcanzarla, ya solo le quedaban unos cuantos metros, cuando la mujer miró hacia atrás. Solo fue un vistazo de refilón, pero suficiente para que Charlie no tuviera ninguna duda de que era Mickery vestida con la ropa de su paciente. Mickery echó a correr inmediatamente y Charlie empezó a perseguirla; solo pensar en lo que le diría Helen si la perdía de vista le hizo ir más veloz.

Charlie pensaba que sería fácil, pero Mickery era rápida. Cruzaba las calles llenas de gente sin dudar y encontraba un camino entre los coches que circulaban. Charlie se apresuró, decidida a no

permitir que la dejara atrás, pero cada vez que doblaba una esquina los coches le bloqueaban el paso.

Se metieron por una calle secundaria. La distancia que las separaba era de unos cien metros y como no había gente en esa calle Charlie empezó a ganar terreno. Setenta metros, cincuenta, treinta. Más cerca, más cerca.

El callejón desembocaba en otra calle ancha llena de tiendas. Hannah Mickery llegó antes y se metió por ella. Ya se le había caído el gorro violeta y su pelo castaño flotaba a su espalda. Cruzó a la acera de enfrente y entró en el centro comercial. Charlie tardó un par de segundos más.

Adolescentes que salían del instituto, aburridos, coqueteando entre ellos. Un guardia de seguridad hurgándose entre los dientes. Un par de chavales con camisetas de un equipo de fútbol. Pero ni rastro de Mickery.

De pronto su pelo castaño. En las escaleras mecánicas. Charlie se puso en marcha una vez más, esquivando niños pequeños y parterres de flores mientras aumentaba su velocidad. Subió corriendo, le dolían los pulmones. Charlie apartó a un señor de mediana edad de su camino y llegó a la entreplanta del centro comercial.

El abrigo rojo. Entrando en una tienda de ropa. No tenía otra salida. Charlie entró corriendo, la placa de policía en la mano mientras los guardias de seguridad le abrían paso. Por fin Charlie iba a redimirse ante Helen, tendría algo que entregarle.

Excepto que no era ese abrigo rojo. El tono era el mismo, pero lo llevaba otra persona. Una chica joven que había ido a comprar ropa para estrenarla en una cita y que se asustó al verse asaltada por una sudorosa policía.

—Pero ¿qué está haciendo?

—¡Mierda! —Charlie ya se había alejado de la mujer equivocada. Se dirigió a un guardia de seguridad y le preguntó:

—¿Ha visto a una mujer con un abrigo rojo entrar aquí? ¿Ha visto alguien a una mujer con un abrigo rojo?

Charlie miró a toda aquella gente sabiendo ya que sería inútil.

Mickery se había escapado.

No se habían movido en días. Estaban hechas polvo y desesperadas. Morirse de hambre sería su única escapatoria, estaba claro que no habría otra.

Caroline ya era muy delgada de por sí. Ahora parecía víctima de una hambruna, sus costillas amenazaban con perforarle la piel a poco que hiciera algún movimiento. Martina era la más fuerte de las dos y, a pesar del tiempo que llevaban sin comer nada, consiguió ponerse de pie.

—Volvamos a intentarlo.

Martina inyectó algo de energía en su voz, pero Caroline se limitó a gruñir.

—Por favor, Caroline, tenemos que volver a intentarlo.

Caroline levantó la cabeza para ver si Martina estaba hablando en serio. No tenía sentido, así que ¿para qué torturarse? La puerta no se había movido ni un milímetro a pesar de golpearla. Tenían los hombros amoratados, las uñas rotas. No había nada que pudieran hacer.

—Puede que alguien nos oiga.

—No hay nadie ahí fuera.

—Tenemos que intentarlo. Por favor, Caroline. No puedo morir todavía.

Un silencio y después, sin ganas, Caroline se incorporó. La desesperación era más fácil que la esperanza. La esperanza era cruel, prometía a Caroline las cosas que temía que no volvería a tener: amor, calor, comodidad, felicidad. Ninguna de estas cosas era posible —eran sueños— mientras estuviera encerrada en esa tumba. Todo lo que quería Caroline era que la dejaran a solas con su desesperación y, si con golpear la puerta inútilmente unos minutos iba a conseguir que Martina se callase, entonces lo haría.

Se abalanzó hacia la puerta con todas sus fuerzas, estrellándose contra ella. El dolor fue intenso, una quemazón en el hombro que se iba transformando en punzadas sordas. Se giró enfadada.

—¿Pero no me vas a ayu...?

Se le quebró la voz cuando vio a Martina apuntándola con la pistola. La había engañado. Esa puta zorra la había engañado.

—Lo siento muchísimo —masculló Martina y apretó el gatillo, cerrando los ojos para no verlo. El eco del disparo resonó por toda la bodega.

Pero no hubo gritos. No se oyó un desgarró. Solo el sonido sordo de la bala al incrustarse en la puerta. Había errado el disparo.

Volvió a apretar el gatillo una y otra vez, pero sabía que solo tenía una bala dentro. Una oportunidad de salvarse.

Caroline saltó sobre Martina y la tiró al suelo. Lucharon con furia, pero Martina estaba en el suelo y Caroline encima de ella. Con las rodillas presionaba el pecho de Martina y cuando las abrió pudo sujetarle los brazos. Los dedos sangrientos y en carne viva de Caroline se estaban cerrando sobre la garganta de Martina.

Estaba desatada, salvaje. Pero también triunfante. Y gritó de alegría mientras le arrebatava la vida

a la joven prostituta.
Había ganado.

Dónde está? —gritó Charlie.

Martha Reeves estaba sentada tranquilamente en el sofá del salón vestida con una de las batas de Mickery. A pesar de que la habían amenazado con una denuncia si entorpecía la labor de la policía, no parecía estar muy arrepentida. Según parecía, su punto de vista era que la policía se había equivocado y estaba acusando a una mujer inocente, así que, si podía ayudarla en algo, ¿por qué no lo iba a hacer?

—La estamos investigando porque es sospechosa de asesinato. Y lo que usted ha hecho la convierte en cómplice. ¿Sabe cuánto le puede caer por eso? Diez años. Diez años compartiendo celda con las presas de Holloway.

Miró desafiante.

—¿Cuál es el motivo de que venga aquí?

—Oh, vamos, no esperará que...

—¿Qué le pasa? ¿Adicta? ¿Pervertida? ¿Qué es lo que necesita tanta ayuda en su vida para que le pague trescientas libras por hora a esa curandera?

Grounds escogió ese preciso momento para salir de la casa. No le gustaban las escenitas y Brooks parecía estar fuera de sí. No estaba seguro de que le estuviera sirviendo de nada. Se tratara de lo que se tratara, no les estaba llevando a ninguna parte, así que aprovechó la oportunidad para hablar por radio y ver si alguien había tenido más suerte.

Habían solicitado refuerzos, todas las unidades disponibles se habían dirigido a ese lugar, pero no habían encontrado ni rastro de Mickery. Uno de los voluntarios, que tenía vista de lince, había descubierto un abrigo rojo en un contenedor de basura fuera del centro comercial, pero eso era todo. Había desaparecido. Maldiciendo, Grounds volvió a entrar en la casa.

—¿Puede hacer esto? —gritó Martha a Grounds cuando le vio.

Charlie estaba muy ocupada registrándole el bolso.

—Sí, señora. Cuando se pone así, lo mejor es no interponerse en su camino.

Las dos mujeres le miraron furiosas. Teléfono móvil, pintalabios, agenda electrónica, condones, pañuelos de papel, un llavero con la foto de una familia feliz, caramelos, otro condón...

—¿Está casada?

La primera sombra de duda en el rostro de Martha. Pero Charlie ya estaba mirando los contactos en el móvil.

—¿Adam? ¿No? ¿Chris, entonces? ¿Colin? ¿David? ¿Graham? Intentémoslo con Graham...

Presionó el botón de llamada.

—Tom. Su nombre es... Tom.

Charlie colgó.

—Sabe que está aquí, ¿no?

Martha fijó la vista en sus zapatos.

—Ya suponía que no. Bueno, pues vamos a llamarle para que la recoja...

—Ya basta.

—Está sonando.

—¡He dicho que ya basta!

—Vamos, Tom, ¡cógelo!

—El Valley.

—¿Perdón?

—Dijo que iba... al Valley.

Al otro lado se podía oír por fin la voz desconcertada de Tom, pero Charlie apagó el teléfono.

—Continúe.

—No sé adónde exactamente, pero dijo que iba a Bevois Valley y que volvería inmediatamente.

Que no iba a tardar más de una hora.

Charlie ya estaba corriendo hacia su coche. A Grounds quizás no le agradaran sus métodos, pero nadie podía decir que no le dieran resultado. La persecución se había vuelto a poner en marcha y estaba a punto de llegar al final. Mickery había ido a Bevois Valley, el barrio de Southampton famoso por la prostitución.

Caroline se estaba hundiendo cada vez más en el infierno. Y el cadáver de Martina era su guía personal, le señalaba el camino. Por mucho que Caroline cerrara los ojos, se diera la vuelta, gritara, chillara, llorara y gimiera, la acusación silenciosa de Martina era imposible de ignorar.

Lo que era peor era el sonido de su risa. Las carcajadas de la zorra que había organizado todo esto. Se lo había prometido. Había dicho que si una de ellas... Caroline lloró un poco más, pero ya no le quedaban lágrimas. Ya no le quedaba nada.

Todo había sido un engaño. La mujer ya se habría ido de allí. ¿Y Caroline? Caroline había matado a una chica. Una chica inocente. ¿Y cuál era su recompensa? La muerte.

¿Debería suicidarse? Sintió una extraña euforia. Recorrió el sótano buscando algo que le sirviera. Se podía ahorcar con la ropa de Martina, excepto que... no había ningún lugar del que colgarse. El techo era liso y no había muebles. No había ningún canto afilado ni nada que se pudiera utilizar como arma. Como una loca, intentó sacar la bala de la puerta —¡venga, joder!— antes de darse por vencida y sucumbir una vez más a la desesperación.

Sin previo aviso, se oyó una llave en el cerrojo y la puerta se abrió.

—Bien hecho, Caroline.

Podía oírla, pero no verla. Por un instante, Caroline se quedó rígida. Su secuestradora había aparecido y el miedo la volvió a invadir.

Pero no sucedió nada. ¿Estaría la mujer ahí todavía? Parecía que no, y no se oía nada. De repente Caroline se puso en pie y se lanzó hacia la puerta. Si la mujer seguía allí, le retorcería el jodido pescuezo. ¡Venga! Pero mientras salía hacia la libertad, Caroline se detuvo. Y se dio la vuelta.

Martina. Ahí estaba, quieta y muerta. Habían estado dos y ahora solo se iba una. Caroline se quedó apoyada en el marco de la puerta. Mientras se quedara dentro sería una víctima. En cuanto saliera sería una asesina.

Pero ¿qué opción le quedaba? Para vivir, tendría que aceptar su crimen. Así que salió tambaleándose.

Estaba al final de un tramo de escaleras. Se filtraba algo de luz —como si hubiera una trampilla— que fue suficiente para cegarla. Una vez más, dudó. ¿Estaría la secuestradora esperando fuera? Poco a poco, fue subiendo las escaleras, que crujían a cada peldaño. Salió a un mundo deslumbrante.

Estaba sola. Sola entre las ruinas de una mansión. Una enorme. Una que nadie quería, al igual que a Caroline. Y en ese instante sintió una oleada de amor por esa casa. La luz, el vacío, la libertad. Podía caminar en cualquier dirección sin miedo, sin que nadie la obligara. Una vez más, era dueña de su destino.

Empezó a reírse. Enseguida ya se estaba doblando de risa, unas carcajadas salvajes y lunáticas. ¡Había sobrevivido!

Todavía riéndose, se dirigió hacia la puerta. La abrió, salió al pequeño jardín y cruzó la verja, para volver a las animadas calles de la ciudad.

Charlie llegó a Bevois Valley en quince minutos. Podría haberlo hecho en diez si hubiera puesto las luces y la sirena, pero eso estaba fuera de lugar. No quería alertar a Mickery. Grounds se había quedado para vigilar a una cabreada Martha Reeves, no podían descartar la posibilidad de que Mickery se volviera a poner en contacto con ella.

Habían mandado su descripción a las patrullas del barrio y Charlie se puso inmediatamente a coordinar la búsqueda. Bevois Valley es una amalgama de supermercados baratos, suelo industrial y almacenes. Es un sitio pequeño donde muchos de los policías locales se llevan bien con las putas y los yonquis. Estos han hecho de esa zona su hogar, aprovechando las numerosas casas okupas y casas abandonadas que abundan en sus calles. Las noticias vuelan en esa comunidad tan pequeña y ya había saltado la liebre. Un soplo podría estropearlo todo. ¿Atraparían a Mickery? Charlie sintió que el pulso se le aceleraba, la emoción de la búsqueda no fallaba nunca. Pero esta vez había algo más. Esto ya era personal, no iba a dejar que Mickery se le escapara una segunda vez.

Cinco minutos. Diez. Quince. Y ni una señal todavía. Examinaron los garajes y las fábricas. Los supermercados y las oficinas de taxis. Pero en todos los sitios lo mismo: miraban la foto y negaban con la cabeza.

Una pelea en la calle. Gritos de socorro. Una mujer tirada en el suelo. Charlie recorrió la calle rápidamente y se encontró con una chica que estaba muy mal. La mirada perdida, la sangre corriendo por las heridas de su cara. Pero no tenía nada que ver con el caso. Una chica del barrio borracha que salía mal parada por el enfado de su violento novio. Mientras un policía local se llevaba a la comisaría al autor de la paliza, Charlie reanudó su búsqueda.

Veinte minutos. Treinta minutos. Y la radio seguía en silencio. Charlie maldijo su suerte. ¿Cómo podía haber desaparecido esa mujer? Estaba segura de que Reeves no le había mentado —había tenido que arrancarle la información—, así que ¿dónde coño estaba? Le daría otros treinta minutos, a lo mejor más. *Tenía que pasar algo.*

Empezó a llover. Levemente al principio, con más fuerza luego, después un granizo repentino. Con el granizo golpeando su pelo empapado, Charlie volvió a maldecir su suerte. Pero la situación estaba a punto de empeorar.

—Da por terminada la búsqueda.

Charlie se dio la vuelta. Helen había llegado. Y no parecía muy contenta.

No hablaron en el camino de vuelta a la comisaría. Ni una explicación acerca de por qué habían abandonado la búsqueda ni la esperada regañina por perder a su principal sospechosa (dos veces). Charlie no sabía qué era lo que estaba pasando, pero no le gustaba. Por primera vez en su vida se imaginó lo que tendría que ser que te detuviera la policía. Ser sospechosa. Charlie quería hablar, para tranquilizar sus nervios y enterarse de lo que pasaba. Pero estaba claro que no era una opción.

Así que se quedó callada y sufrió imaginándose un millón de posibilidades horribles.

Entraron en la comisaría en silencio. Helen señaló una sala de interrogatorios y apagó su móvil. Las dos mujeres se miraron.

—¿Por qué te hiciste policía, Charlie?

Mierda, esto era malo. Si esa era la primera pregunta, la situación era peor de lo que pensaba.

—Para aportar algo. Para coger a los malos.

—¿Y te consideras una buena agente?

—Por supuesto.

Una pausa y entonces:

—Cuéntame lo de Hannah Mickery. Y cómo la has dejado escapar.

Charlie no iba a perder los estribos por eso. Aunque la acusaran, tenía que permanecer tranquila. Todo dependía de eso. Así que Charlie le contó cómo la había engañado Hannah. La forma en la que la habían perdido. No iba a suavizar la situación cuando ya estaba metida en un problema muy serio.

—¿Cuánto hace que conoces a Hannah Mickery?

—¿Conocerla?

—¿Cuánto tiempo?

—No la conocía. La detuvimos, la interrogamos, investigamos en su ordenador..., eso es todo. La conozco lo mismo que tú.

Silencio.

—¿Admiras los asesinatos que ha cometido?

Esto se estaba volviendo cada vez más raro.

—Por supuesto que no. Son crímenes horribles. Espantosos. Si Mickery es la culpable, deberían encerrarla y tirar la llave al mar.

—Para eso antes tendríamos que encontrarla.

Un golpe bajo. Pero se lo merecía. Charlie la había cagado con Mickery, no cabía duda. ¿Habría más muertes? ¿Se echaría la culpa a sí misma si eso pasara?

—¿Qué sentiste cuando te enteraste de que Peter Brightston se había suicidado?

—¿Que qué es lo que «sentí»?

—¿Pensaste que era un hombre débil?

—No. Por supuesto que no. Sentí pena por él. Deberíamos haber hecho más...

—¿Y qué pasa con Anna y Marie? ¿Sentiste pena por ellas? O quizás se lo merecían. Eran débiles. ¿Qué era lo que las llamaban los chavales del barrio? ¿Retrasadas?

—¡No! Por supuesto que no. Nadie merece morir así. Perdona, pero, con el mayor de los respetos...

—¿Necesitas dinero, Charlie? ¿Tienes deudas?

—No.

—¿Quieres una casa más grande? ¿Un coche mejor?

—No. No necesito más dinero.

—Todo el mundo necesita dinero, Charlie. ¿Qué te hace diferente? ¿Apuestas? ¿Bebes? ¿Pides prestado dinero a la gente equivocada?

—¡No! Cien veces no.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Destrozada, Charlie alzó la vista.

—¿Hacer qué?

—Si me lo dices, puedo ayudarte.

—Por favor, no sé qué quieres que diga...

—No pretendo entender por qué le has dejado usar te de esa manera. En el mejor de los casos, te estaba chantajeando. En el peor, eres tan retorcida como ella. Pero quiero que comprendas, Charlie, que, si no me dices la verdad (hasta el más mínimo detalle), irás a la cárcel para el resto de tu vida. ¿Sabes lo que les sucede a los policías corruptos en la cárcel?

De pronto todo empezó a encajar.

—Yo no lo hice.

Silencio.

—Sé que crees que alguien la está ayudando. Alguien de esta comisaría. Alguien de nuestro equipo. Pero no soy yo.

—Sin embargo, yo ya sé que eres tú.

—No puedes saberlo. Tengo una coartada. Sabes que la tengo. Sí, estaba en la comisaría aquella tarde, pero estuve todo el rato en la oficina de Personas Desaparecidas hablando con Jackie Tyler. Me pasé por lo menos cuarenta minutos buscando parejas que hubieran desaparecido...

—Ella no dice lo mismo.

—No, no es cierto. Hizo una declaración jurando...

—Se ha retractado. Dice que se equivocó al poner la hora.

Un silencio de perplejidad. Por primera vez, las lágrimas brotaron de los ojos de Charlie. Helen continuó:

—Al principio pensaba que no era importante, pero ahora recuerda que fue a mediodía cuando te acercaste a ella y...

—No, no, está mintiendo. Estuve allí, pasé esas horas con ella, te puedo repetir el nombre de las personas que miramos...

—Me has decepcionado, Charlie. Y nos has traicionado a todos. Si te quedara una pizca de honestidad o de decencia, te podría haber ayudado, pero este caso ya está en manos de Anticorrupción. Estarán aquí en cinco minutos, así que te sugiero que empieces a preparar tu versión...

Charlie agarró a Helen de la mano.

—No he sido yo.

Un silencio.

—Sé que no te caigo bien. Sé que no me tienes en cuenta. Pero te juro que no he sido yo. Yo...

Las lágrimas le caían por la cara.

—Nunca..., no podría. ¿Cómo puedes pensar que sería capaz de hacer algo así?

Lo dijo apasionadamente. Después se derrumbó y comenzó a sollozar profundamente.

—No soy yo.

Helen la observó y entonces:

—Está bien, Charlie. Te creo.

Charlie alzó la mirada, incrédula.

—Pero...

—Anticorrupción no está de camino. Y Jackie no se ha retractado, ha vuelto a confirmar tu coartada. Siento tener que haberlo hecho de esta forma, pero no tenía otra opción. Necesitaba saber

quién lo estaba haciendo.

—¿Y?

—Quedas fuera de dudas, Charlie. Nadie tiene por qué saber que hemos tenido esta conversación y no se reflejará en tu historial. Lávate la cara y volvamos al trabajo.

Después de decir esto, se fue. Charlie enterró la cara en las manos. El alivio y el cansancio se mezclaban con la indignación; nunca le había caído tan mal Helen Grace como en ese momento.

Ya fuera, Helen respiró hondo. Se sentía enferma. No por lo que le había hecho pasar a Charlie, sino por lo que implicaba que fuera inocente. Solo quedaba un posible culpable: Mark.

El cuerpo de Caroline estaba inmóvil, sus oídos alerta en busca de alguna señal de movimiento. Habían transcurrido cuatro días desde que la liberaran y apenas había podido dormir desde entonces. Imágenes de Martina pasaban por su cabeza —cómo había luchado para respirar, sus ojos fuera de las órbitas—, pero era el miedo lo que realmente le impedía dormir. La euforia por haber sobrevivido había dejado paso a un terror constante. ¿Por qué la habían liberado? ¿Qué terrible destino la aguardaba ahora que se había convertido en una asesina?

Caroline había abandonado el hospital tan pronto como se lo permitieron y se había refugiado en su casa. Necesitaba estar en algún sitio seguro con un ambiente familiar. Sin embargo, Sharon le había echado una ojeada y había decidido marcharse a casa de sus padres, a pesar de que Caroline le suplicó que se quedara. Esta, al mirarse más tarde en el espejo, entendió por qué su compañera de piso había huido. Parecía una salvaje, una trastornada, una muerta viviente. Le había sido extraída toda señal de vida, estaba pálida, esquelética y hablaba de forma incoherente. No había sido capaz de encontrar las palabras adecuadas para relatar su odisea; el caudal de obscenidades e incongruencias que había soltado no había tenido ningún sentido.

Como estaba sola, sus dudas y sus miedos empezaron a reproducirse. Devanándose los sesos, logró recordar que había un tío que le podía proporcionar lo que quisiera y se apresuró a acercarse a la vivienda okupada en la que vivía; todo el camino fue mirando a su espalda cada cinco segundos, por si alguien la estaba siguiendo. Le temblaban las manos cuando sacó dinero de un cajero, pero ya tenía lo que necesitaba. Quinientas libras eran suficiente para una pistola y seis balas. Cuando volvió a su casa con un arma en el bolso se sintió aliviada. Por lo menos estaría preparada si —cuando— pasara lo peor.

Los días se sucedieron lentamente sin que surgiera ninguna novedad y al final se encontraba tan perturbada por su propia compañía que intentó volver a trabajar. Sus clientes habituales se alarmaron al verla y querían saber dónde había estado, por qué estaba tan flaca y parecía tan distraída, pero ella les mintió. Les contó una bola e intentó concentrarse en lo que tenía entre manos. Y bebía todo el rato. Vodka, whisky, cerveza, lo que fuera. Es difícil hacerle una buena paja a alguien cuando te están temblando las manos.

Ya no sentía mucha culpa, solo miedo. Cyn todavía estaba por ahí, en algún lugar. Cyn, como una diosa que había jugado con su vida, la que la había convertido en una asesina, todavía estaba en algún sitio. Los crujidos del suelo, las puertas cerrándose, todo sobresaltaba a Caroline. La noche anterior se había asustado tanto al oír un petardo que se había puesto a llorar cuando estaba con un cliente. Ver la confusión reflejada en su cara mientras se marchaba apresuradamente fue lo que convenció a Caroline de volver a su casa; había sido un error regresar al trabajo tan pronto.

Y por eso estaba de nuevo en el piso. Con las sábanas se estaba tapando la cabeza y con la mano acariciaba la pistola, que estaba en la mesilla junto a ella. Alguien estaba intentando entrar en el piso. Eran las cinco de la mañana, en mitad de la noche. ¿Ese era el plan de Cyn? ¿Venir a por ella

cuando todo estuviese a oscuras? Caroline salió de la cama, quedarse quieta le daba más miedo que hacer algo. Abrió la puerta de la habitación casi esperando que Cyn estuviera aguardándola, pero no había nadie en el pasillo.

Avanzó lentamente mientras maldecía los crujidos de la tarima. En el salón no había nadie, en la entrada tampoco..., pero ahí estaba otra vez. Un suave rasguño, como si alguien estuviera manipulando la cerradura para entrar. Caroline empuñó la pistola con más firmeza. El ruido provenía de la cocina. Reunió las fuerzas que le quedaban, fue hacia allí de puntillas y empujó la puerta con un pie.

Estaba vacía, pero se oyó un ruido en la ventana. ¡Bang! Caroline disparó sin dudar. Una, dos, tres veces. Después se apresuró a acercarse a la ventana rota. Miró hacia la calle, dispuesta a acabar de una vez por todas con la persona que la estaba torturando..., pero todo lo que vio fue al gato del vecino escapando como alma que lleva el diablo. Había sido un gato. Un puto gato.

Caroline se dejó caer al suelo. Respiraba con dificultad dándose cuenta de a qué extremos había llegado su desesperación. Solo estaba viva formalmente, en realidad su vida ya no le pertenecía. La dominaba un pánico constante que hacía que su victoria contra Martina no tuviese ningún valor. Tiró el arma a la basura, llamó a la policía y confesó su crimen.

Helen examinó a Caroline mientras tartamudeaba su confesión. Caroline esperaba que la castigaran. *Quería* que la castigaran. Así que pareció decepcionada cuando Helen le aseguró que era probable que no hubiese cargos, por supuesto si la historia se sostenía y si prometía no contarle a nadie lo que le había sucedido.

Les llevó a la casa donde había sucedido todo. Había sido adquirida por un empresario que se había arruinado con la crisis y la había dejado pudrirse. Como Martina, que ya había llamado la atención de ratas y moscas. El hedor —un cuerpo descomponiéndose en un sótano húmedo— hacía que te entraran ganas de vomitar, pero Helen tenía que ver el cuerpo.

¿Qué esperaba? ¿Una revelación? Esperaba y temía al mismo tiempo conocer a la víctima, por si la ayudaba en la investigación, pero no había visto antes a aquella chica. Lo cierto era que se parecía a cualquiera de las prostitutas con las tetas de silicona que acababan tiradas en una zanja. ¿Por qué la habría escogido a ella la asesina?

Caroline les habló de Cyn. Al parecer ahora era pelirroja. Caroline les explicó con detalles muy gráficos todo lo que Martina y ella habían hecho para proporcionarle placer a Cyn. En ningún momento hubo contacto físico y sus citas siempre eran en la furgoneta de la asesina.

—¿Cómo sabía de vosotras?

—Por internet. Martina tenía una página web. Le mandó un correo electrónico.

Lo mirarían, a ver si se podía averiguar la dirección IP. Pero Helen no tenía muchas esperanzas. La coraza de esa mujer era demasiado impenetrable como para dejar pasar un fallo así. Así que volvió su atención hacia las víctimas.

Caroline no era nada extraordinario. Había escapado de casa con dieciséis años para huir de las caricias de su abuelo, que no aceptaba un no por respuesta. Había empezado por engañar a potenciales clientes y sacarles el dinero prometiéndoles cosas que no iba a hacer, hasta que se encontró con alguien que corría más rápido que ella. Después de eso, no pudo caminar en varios días, pero cuando lo hizo salió de Manchester y se dirigió al sur. Primero Birmingham, después

Londres. Y finalmente Southampton. Era triste decirlo, pero era una prostituta corriente. Dejada a un lado por su familia, golpeada por la vida, sobrevivió gracias a su ingenio. Una historia deprimente, pero sin mayor interés.

¿Era Martina entonces la que era importante? ¿O las había escogido al azar? De las dos, Martina era la más interesante. O por lo menos lo habría sido si hubieran podido saber algo de ella. Había llegado a Southampton hacía tan solo dos meses. No tenía amigos, no tenía familia, no tenía número de la seguridad social. Era una hoja en blanco. Lo que en sí mismo era interesante.

Helen realizó los interrogatorios sola. El reglamento establecía que era necesario alguien más, pero estaba saltándose. No podía permitir más filtraciones. Pero cuando estaba terminando llegó una noticia que lo cambió todo. Por fin una oportunidad para saber quién les había traicionado.

Mickery había vuelto a aparecer.

Necesitaba beber algo. Los últimos días habían sido una tortura y su cuerpo, su cerebro y su alma reclamaban el consuelo del alcohol. El primer trago siempre era el mejor —no tienes que ser alcohólico para saberlo— y estaba necesitando de todas sus fuerzas para resistirse al impulso de ir a la tienda a comprar bebida.

Le habían dejado y no tenía ni idea del por qué. ¿Era porque se había mostrado débil? En su momento, llorar delante de Helen le había parecido de lo más normal —abierto, sincero, real—, pero a lo mejor le despreciaba por haber mostrado su vulnerabilidad. ¿Se arrepentía de haberse acostado con él? ¿O era por otro motivo?

Hacía unos días que no veía a Charlie ni a Helen. Habían estado fuera de la comisaría o juntas en la sala de interrogatorios. La tensión entre ellas se notaba más de lo habitual —Helen era seca con Charlie hasta en el mejor de los días—, algo pasaba. Pero por lo menos Charlie existía para Helen, lo que ya era algo más que con Mark.

Ya era tarde, pero Mark sabía que Charlie nunca se perdía su clase de boxeo en el gimnasio de la policía. Lloviera o nevara, allí estaba, y por eso él se encontraba ahora en el aparcamiento del gimnasio despertando miradas curiosas entre quienes pasaban por allí.

Y allí estaba. Mark se acercó apresuradamente a ella llamándola por su nombre. Charlie —que en ese momento se dirigía a la puerta del gimnasio— pareció aminorar el paso. ¿Estaba acojonándose, aprovechando esos segundos para decidir la mejor manera de lidiar con él? «¿A quién le importa?», pensó Mark y se lanzó a por ella.

—No quiero ponerte en una situación incómoda, Charlie, pero tengo que saber qué está pasando. ¿Qué he hecho?

Una breve pausa y entonces:

—No lo sé, Mark. Se está portando como una cabrona con todos nosotros. Si lo supiera, te lo diría; te lo prometo.

Siguió explicándose; hablaba mucho, pero decía poco. Mark sabía que le estaba mintiendo. Nunca había sido muy buena actriz. Pero ¿por qué? Siempre se habían llevado bien, eran colegas. ¿Qué le había dicho Helen?

—Por favor, Charlie. Aunque te dé vergüenza o aunque sea horrible, tengo que saber qué es lo que he hecho. Este trabajo es todo lo que tengo. Si lo pierdo, ya me puedo despedir de seguir viendo a Elsie, de todo lo bueno que hay en mi vida, así que si sabes algo...

Ella le volvió a mentir y le aseguró que no sabía nada esquivando su mirada incrédula. Mark dejó que se fuera, decidió que era mejor no dar rienda suelta a su enfado. Regresó a la comisaría apenado. Fuera donde fuera, le seguía el desánimo, pero la comisaría era el lugar más seguro. Había menos tentaciones. Estaba sentado en su mesa, revisando mentalmente su currículum, cuando le llamaron por teléfono. Era Jim Grieves.

—Pensaba que os interesaría saber que ella era él.

—¿Perdón?

—Martina, la prostituta. Puede que estuviera muy dotada, pero no hay ninguna duda de que era un hombre. Probablemente se operó hace un par de años y, por lo que he visto de su culo, puede que ya trabajara de esto antes, aunque con otros clientes. Si yo fuera tú, empezaría buscando por ahí.

Así que Martina había nacido varón. Mark sintió que su energía resucitaba; solo un poco, pero, si al final descubría algo, podría ser que Helen volviera a confiar en él. De repente Mark volvió a la batalla.

Un paquete de Marlboro Gold, por favor.

Helen estaba fumando demasiado, ya lo sabía. Pero quería armarse de fuerzas antes de sentarse frente a Mickery y fumar siempre la tranquilizaba. Así que se había escapado a la tienda de periódicos más cercana. El dueño se giró y sacó un reconfortante paquete blanco y dorado. Lo echó sobre el mostrador y con toda su caradura le dijo un precio escandaloso.

—Deje que se lo pague yo.

Emilia Garanita. Otra emboscada. «Tengo que permanecer más alerta —pensó Helen—, porque el hecho de que lo esté consiguiendo tantas veces solo la anima a continuar haciéndolo».

—No hace falta —dijo Helen tendiendo un billete de diez libras a la mano que ya estaba extendida.

El dueño se había quedado mirando a Emilia. ¿Era porque la reconocía del periódico o por su cara desfigurada? Por un momento, Helen sintió una pizca de compasión por su adversaria.

—¿Cómo estás, Emilia? Parece que bien.

—No estoy mal. Aunque preocupada por usted. ¿Cómo lleva lo de estar investigando *tres asesinatos*?

—Como ya te he dicho antes, la muerte de Ben Holland fue un acci...

—Sam Fisher, Ben Holland, Martina Robins. Todos ellos asesinados. Esto no tiene precedentes en la historia de Southampton. Todos ellos en lugares remotos, todos cometidos por personas de las que no te lo esperarías. ¿A qué nos estamos enfrentando exactamente?

La mano de Emilia sostenía la grabadora de manera ostensible, estaba claro que esperaba grabar algo que mostrara la incomodidad de Helen. ¿O su humillación? Helen la miró y disfrutó de la tensión antes de contestar.

—Solo son especulaciones, Emilia. Pero espero tener algo más muy pronto. Ahora mismo tenemos a alguien en comisaría que nos está ayudando en nuestra búsqueda. Puedes escribir eso si quieres. Eso no es una especulación. Es un hecho. Seguíis publicando los hechos, ¿verdad?

Una vez dicho esto, se fue. Al volver a la comisaría, Helen andaba más ligera. Estaba bien llevar ventaja, aunque solo fuera por una vez. Dio una calada profunda saboreando lo que estaba por llegar.

Mickery no soltaba prenda. Helen y ella llevaban sentadas una hora frente a frente, pero no quería decir dónde había estado.

—Todo ha sido muy inocente —dijo Mickery reprimiendo una sonrisa.

—Entonces, ¿por qué disfrazarse? ¿Por qué huir? Un agente le ordenó que se detuviese y no lo hizo. Solo por eso ya la debería meter en la cárcel.

—Fui a ver a un cliente —replicó Mickery— y pensé que no era apropiado llevarle a todo el cuerpo de policía a su casa. Ya tiene suficientes problemas, créame.

—Pues esa es la cuestión, que no la creo.

Mickery se limitó a encogerse de hombros, le importaba una mierda lo que pensara Helen. Su abogado estaba a su lado y parecía igual de arrogante. El reloj seguía avanzando. Un minuto en silencio. Dos minutos. Después:

—Volvamos a empezar desde el principio. ¿Dónde estuvo ayer por la tarde? ¿Con quién se encontró y por qué? —gruñó Helen.

—Ya he revelado todo lo que estoy dispuesta a decir. Ni quiero ni puedo romper el secreto profesional.

Helen ya estaba exasperada.

—¿Tiene idea de lo serio que es esto?

Las dos mujeres se sostuvieron la mirada.

—Usted es la principal sospechosa en un caso de asesinato múltiple. Cuando la acuse en firme y la arreste, voy a solicitar para usted cadena perpetua. Sin opción a libertad condicional ni a reducción de condena. Va a estar encerrada todos los días del resto de su vida y cualquier beneficio, por pequeño que sea, que se le conceda dependerá de lo que haga ahora. Aquí mismo, en esta habitación. Si me explica por qué lo hizo, por qué mató a Martina y a los demás, entonces la podré ayudar.

—¿Martina? —preguntó Mickery.

—No me tome el pelo. Quiero respuestas, no preguntas. Y si no me las empieza a dar en los próximos cinco minutos, lo que voy a hacer es arrestarla y acusarla de cinco asesinatos.

—No hará eso.

—¿Cómo dice?

—Usted no me va a arrestar. No me va a acusar. Y por eso mismo yo no le voy a contar nada.

Helen la miró fijamente. ¿Iba esta mujer en serio?

—No hay nadie más en nuestro punto de mira, Hannah. Usted es la principal sospechosa. Y sí, habrá una acusación. Esta vez no se va a librar.

—Supongo que no juega al póquer, inspectora, porque en ese caso se echaría un farol bastante mejor. Déjeme que la ayude.

Helen quería darle un puñetazo y Mickery era muy consciente de ello. Continuó hablando:

—Ahora mismo está buscando a un asesino en serie. No nos andemos con rodeos. Además, está

buscando a un espécimen muy raro de asesino en serie: una mujer. ¿Cuántas asesinas en serie puede mencionar? Aileen Wuornos, Rose West, Myra Hindley. No es una lista muy larga. Y por eso son famosas. Todo el mundo quiere a las asesinas en serie. Los periódicos de sucesos, los cineastas, la gente corriente; a todo el mundo le fascinan estas mujeres que matan una y otra vez. Pero esta en concreto... —hizo una pausa para crear más tensión—, esta se lleva el premio. ¿Por qué? Porque es muy inteligente, planificadora y al mismo tiempo escurridiza. ¿Cómo decide quién será su próxima víctima? ¿Y por qué? ¿Odia a las dos personas de la pareja que secuestra o solo a una de ellas? ¿Cómo puede saber quién sobrevivirá? ¿Le importa el resultado? ¿Y por qué esas personas? ¿Qué le han hecho? ¿Es la primera asesina en serie de la historia que se pirra por los supervivientes en vez de por los que ha matado? Es la excepción a la regla, es única. Y se va a convertir en un completo éxito.

Helen se quedó callada. Sabía que Mickery estaba intentando provocarla y no le iba a dar esa satisfacción. Mickery sonrió y continuó:

—Hay muchos finales posibles para esta historia tan extraordinaria. Pero el mejor (el que prefieren todos los reporteros y todos los lectores) es aquel en el que el tenaz policía acaba atrapando a la chica. Y entonces todos podremos divertirnos examinando la fotografía de la ficha policial y leyendo el especial de doce páginas lleno de detalles morbosos, opiniones de los «expertos» y una lascivia apenas disimulada.

Mickery se estaba entusiasmando con el tema.

—El final que nadie quiere (y usted menos que nadie) empieza con un error: el arresto de una conocida profesional, que resulta que es inocente. —Remarcó lo de «profesional»—. La consecuencia es que la historia llega al dominio público antes de que hayan atrapado a la asesina. Los periódicos se muestran indignados, el ciudadano medio está aterrorizado y de repente se encuentra con millones de ojos examinando detalladamente millones de caras, lo que provoca que la asesina se esconda mientras que su equipo se ve inundado por cientos de pistas falsas. La culpable ha desaparecido, usted se ha quedado en la estacada y yo consigo una indemnización millonaria con la que puedo comprarme el barco que siempre he deseado.

Se detuvo para crear más ambiente.

—Así que la pregunta que se tiene que hacer, inspectora —continuó—, es: ¿está absolutamente segura de que lo hice yo? ¿Y puede demostrarlo? Porque, si no puede, se dará cuenta del enorme error que está a punto de cometer y todavía está a tiempo de evitarlo. De hacer lo correcto. De dejarme marchar y seguir con la investigación. Soy inocente, Helen.

Su nombre nunca había sonado tanto como un «jódete». Era un buen discurso, no cabía duda. Y tocaba algunos puntos interesantes. ¿Podía Mickery estar tan desquiciada y al mismo tiempo ser tan convincente en sus argumentos? ¿Podría alguien que comprendía tan bien cómo se sentían otros ser una sociópata?

—¿Puedo irme? —Mickery no pudo evitar echarle sal a la herida.

Helen lo consideró durante un minuto y después dijo:

—No la voy a acusar formalmente de los temas que hemos discutido en esta habitación, por ahora; esos temas, no necesito recordárselo, son confidenciales, puesto que la investigación todavía está en marcha.

Mickery sonrió y recogió sus cosas.

—Pero no se detuvo cuando se lo ordenó un agente y creo que eso se merece una noche en la celda

como mínimo, ¿no le parece?

Y Helen se fue dejando a Mickery sin palabras, aunque solo fuera por una vez.

Un millón de preguntas rondaban por la cabeza de Helen. ¿Le estaba diciendo Mickery la verdad? A lo mejor Mickery no era la asesina, a lo mejor su obsesión por los asesinatos se debía a algo completamente diferente: el dinero. Mickery sabía que esta historia iba a causar sensación en el mundo entero y quizás intentaba desesperadamente utilizar lo que sabía del caso para adelantarse al resto.

Cuanto más pensaba Helen esa opción más sentido tenía. Seguro que ya estaría haciendo un relato documentado de los asesinatos, sumado al conocimiento psicológico de la mente criminal y a las pruebas que había conseguido de la investigación policial. La suerte de tener un vínculo con dos de las víctimas sería lo que le había llamado la atención, pero era una mujer ambiciosa y quería más. ¿Cuándo se habría acercado a Mark por primera vez? ¿Y por qué a él? ¿De dónde sacaba el aplomo para sobornar a un funcionario y que le diese todo lujo de detalles sobre una investigación abierta? Si se pudiera demostrar que su intento de soborno había dificultado la labor policial, entonces podría acabar con pena de cárcel. «Eso sería un consuelo», pensó Helen sombríamente.

Con Hannah pasando la noche en la comisaría, Helen tenía una oportunidad para actuar. Pero tendría que hacerlo siguiendo las reglas. Así que su primera visita fue a Whittaker. Cuando le resumió lo que había pasado, él se quedó escuchando con el ceño fruncido. Tenían que apartar a Mark de la investigación, por supuesto, pero ¿podrían hacerlo sin que nadie, ni siquiera él mismo, sospechara nada? No, por supuesto que no. Así que tendrían que suspenderle de empleo y sueldo y presentar cargos. Claro que él podría ir directamente a la prensa con su historia, ya fuera por venganza o por dinero. Pero Whittaker creía que un finiquito generoso, quizás incluso dejarle intacta la pensión y la antigüedad, podría aplacarle para que guardara silencio. Ya había dado resultado antes y Mark no procedía de una familia pudiente. Aunque a Helen le repateaba premiar así la traición de Mark, Whittaker era mucho más pragmático.

—¿Quieres que lo solucione? —le preguntó.

—No, lo haré yo.

—Lo normal es que sea el jefe quien sancione...

—Sí, ya lo sé y lo entiendo, pero necesito saber qué es lo que ha filtrado y a quién. Creo que es más fácil que me lo diga si manejo esta situación yo sola.

Whittaker la observó con atención.

—¿Ejerces alguna influencia especial sobre él?

—No, pero me respeta —se apresuró a contestar Helen—. Sabe que no me ando por las ramas y que si le ofrezco un trato será de buena fe.

Whittaker pareció tranquilizarse al oír eso. Así que Helen se fue. Nunca se había sentido tan contenta de abandonar ese despacho. Pero, claro, eso era lo fácil. Lo difícil sería hablar con Mark.

Helen se metió en el coche y cerró la puerta tras ella. Por un instante, los ruidos del mundo exterior quedaron amortiguados. Un momento de paz en un universo que insistía en ponerle

obstáculos en el camino. ¿Por qué había permitido que Mark se le acercara tanto? ¿Por qué le habría escogido como confidente cuando era obvio que estaba filtrando todos los detalles de su investigación? Hizo una mueca cuando recordó sus charlas en el bar, en la oficina, ensayando teorías, considerando sospechosos. Quién sabe, a lo mejor ya figuraba una caricatura de ella —la inspectora incompetente— en el libro de Mickery. Una asesina escurridiza perseguida por unos policías estúpidos.

Helen gimió dolorida y se dio cuenta de que se había clavado las uñas en la palma de las manos. Se había hecho sangre por su frustración y su ira. Se insultó a sí misma e intentó volver a concentrarse. No tenía tiempo de distraerse con lo que podría haber sido. No tenía sentido luchar en batallas imaginarias. Ya lo había hecho numerosas veces en el pasado. Había llegado la hora de estar tranquila y actuar con decisión. Había llegado la hora de hacerlo.

Lo primero que se sintió fue aliviado. Mark llevaba todo el día intentando hablar con Helen para contarle lo de Martina, pero no lo había conseguido. Y allí estaba ella, en la puerta de su casa. La alegría se convirtió en algo más —¿esperanza?, ¿emoción?—, porque ella había venido a él en vez de tener que acorralarla en la oficina. A lo mejor le gustaba ser misteriosa, darle una de cal y otra de arena, hacerse la difícil. Pero algo en su cara le dijo que ese no era el caso.

No dijo nada mientras él abría la puerta para que entrara. Así que no le quedaba más remedio que jugársela. Comprobar hasta qué punto iban mal las cosas. Acercó una silla y se sentó frente a ella. ¿Quién iba a realizar el primer movimiento?

—Puede que esta sea la última vez que nos encontremos de esta manera. Hemos llegado a ser más que amigos, así que nada de gritos, acusaciones ni mentiras que hagan que esto sea más difícil todavía.

Mientras hablaba, Helen observaba con atención a Mark para ver cómo reaccionaba.

—Nos has traicionado, Mark. No hay otra forma de decirlo. Nos has traicionado a mí, al equipo y al cuerpo de policía, que te ha convertido en lo que eres. Lo que es peor, has traicionado a los hombres y mujeres inocentes que han sido asesinados por esa...

—No entiendo...

—He hablado con Whittaker —le interrumpió Helen—, así que no tiene sentido seguir mintiendo. Vamos a iniciar los trámites que probablemente supongan tu expulsión del cuerpo de policía. Hemos vaciado tu mesa, no se te permitirá acceder a las áreas restringidas y me veré obligada a pedirte que me devuelvas la placa cuando acabemos esta conversación.

Mark la miró fijamente.

—Ya has presenciado cómo fue con otros, sabes lo horrible que puede llegar a ser. Pero puedes facilitarte las cosas, Mark. No creo que seas mala persona, no creo que estés corrupto por dentro y estoy segura de que hay razones (buenas razones) para que hayas hecho algo tan espantoso. Si estás dispuesto a contármelas y cooperas conmigo en lo que te pida, entonces podemos hacer un trato. No tienes por qué irte con lo puesto.

Un silencio y entonces:

—¿Por qué aquí?

La pregunta de Mark pilló a Helen por sorpresa. No era un rechazo apasionado, solo el movimiento de una pieza en el tablero. Lo había dicho con amargura, pero también con algo más. ¿Qué pretendía conseguir?

—¿Por qué has venido aquí a decirme... esto? —Escupió la última palabra. Un reto.

Helen le observó y contestó:

—Porque quería verlo con mis propios ojos antes de que se entere nadie más. Quiero que me cuentes por qué lo hiciste antes de que tengas que declararlo en un vídeo. Quiero que me lo digas.

Su voz se quebró por la emoción; la impresión de haber sido traicionada personalmente lo teñía

todo. Mark se quedó mirándola fijamente. Parecía confuso, como si ella estuviera hablando en otro idioma.

—¿Qué es lo que crees que he hecho, Helen? —Su tono era neutral, pero parecía burlarse de ella.

—No me hagas esto, Mark. Incluso ahora, tú vales más que eso.

—Dímelo. Dime lo que he hecho.

La expresión de Helen se endureció al tiempo que sentía que su enfado regresaba. ¿Por qué había permitido que ese cabrón orgulloso se le acercara?

—Le has pasado a Mickery la investigación. Nos has vendido. —Ahí estaba, por fin las cartas sobre la mesa—. Y quiero saber por qué.

—Que te den.

Helen sonrió, sin realmente saber por qué. Sintió brotar una oleada de ira en Mark, que se levantó como si se fuera a acercar a ella. Helen dio un respingo, pero él ya se había dado la vuelta y estaba paseando por el salón en silencio. Helen nunca había pensado que pudiera reaccionar con violencia o ser peligroso. ¿Hasta qué punto estaba trastornado? A lo mejor no le conocía en absoluto.

Cuando Mark abrió la boca era evidente que estaba intentando reprimir su furia.

—¿Qué te hace pensar que yo haría algo así?

—Porque no puede ser nadie más, Mark.

—Tú también tenías acceso, y Whittaker, Charlie, los técnicos...

—Cuando se descargó solo estabais Charlie y tú en la comisaría. Los técnicos estaban de huelga, Whittaker tenía el día libre y yo estaba investigando sobre el terreno.

—¿Así que tengo que ser yo? ¿Y qué pasa con Charlie? ¿Has pensado que a lo mejor puede...?

—No fue ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tiene una coartada. Y porque me ha mirado a los ojos y me ha dicho que no fue ella. ¿Por qué no has hecho tú lo mismo, Mark? En vez de esquivarme, ¿por qué no me has mirado a los ojos y me lo has dicho?

Una breve pausa y entonces:

—Porque no me habrías creído.

La tristeza que reflejaba su voz resultaba desoladora. Helen no podía explicarse a sí misma por qué quería levantarse y consolarlo; resistió ese impulso clavándose las uñas en la mano herida. El dolor recorrió su cuerpo, tranquilizándola.

Cuando alzó la vista, Mark se estaba sirviendo una generosa copa de vino.

—¿Y por qué coño no te habrías creído?

Él vació la copa de un trago y la volvió a posar con fuerza sobre la mesa frente a ella. Mientras la miraba fijamente, volvió a golpear la mesa con la copa. Otra vez y otra, hasta que el fuste de la copa se quebró y se rompió en mil pedazos. Tiró al suelo el fragmento que le quedaba y se pasó las manos ensangrentadas por el pelo. Su ira había llegado a su momento álgido y ahora parecía desvanecerse.

—¿Por qué no me has preguntado antes de hacer nada?

—Ya sabes la razón. Si se hubiera llegado a saber que te había dado un trato de favor por haber..., porque nos habíamos...

—Guardándote las espaldas, ¿eh?

—No es eso, y tú lo sabes.

—Verás, lo cierto es que durante mucho tiempo he estado pensando que había hecho algo mal. Que

te había ofendido. Que había cometido algún terrible error. Después me pregunté si era porque soy tu subordinado. Creía que te lo habías pensado dos veces. Pero no me lo llegaba a creer del todo, así que pensé que estabas chiflada. Una bella e impredecible chiflada. ¿Y sabes qué? Habría sido feliz con eso. Podría haberlo aceptado.

Se rio para sorpresa de Helen. Pero la risa fue breve y estaba llena de amargura. Estaba a punto de contestarle, pero él se adelantó:

—Pero nunca pensé que sería algo como esto. Esta es la razón de que hayas cortado conmigo. ¿Qué te hace estar tan segura, tan puñeteramente segura, de que arriesgaría mi trabajo, mi futuro, mi oportunidad de ser un buen padre, de..., mierda, de volver a enamorarme, todo por dinero?

—¿Quién ha dicho nada de dinero?

—No te hagas la tonta.

—En ningún momento he dicho que te pagaran.

Mark dejó escapar el aliento. Después bajó su mirada para contemplar su mano sangrienta.

—¿Te pagó, Mark?

Un largo silencio. Luego:

—Estás cometiendo un terrible error.

—¿Te pagó?

—Podría quedarme aquí sentado todo el día y toda la noche y explicarte que nunca he hablado con ella, que nunca me he encontrado con ella, que nunca me ha sobornado, que no he hecho ni una puñetera cosa mal, pero no tendría sentido, ¿verdad? El tren ya ha salido de la estación y no hay vuelta atrás. Y probablemente nunca sabré por qué me has hecho esto sin una sola prueba contra mí, si es consecuencia de ser policía, algo mental o... yo qué sé. Pero sí te voy a decir algo: no me voy a quedar aquí sentado, en mi propia casa, a aguantar que me interrogues sin tener un abogado presente. Has seguido las reglas. Por supuesto que has seguido todas las reglas. Así que ya habrás hablado con Whittaker y con Charlie y habrás mandado el impreso amarillo a Anticorrupción. Y yo también voy a seguir las reglas. No me vas a tratar como a un jodido... criminal. Me voy a sentar en una sala de interrogatorios con mi abogado y el representante del sindicato y voy a desmontar pieza por pieza todo el caso que piensas que tienes en mi contra, para que me exoneren y tú quedes como una puta gilipollas.

Empujó la silla con fuerza y se dirigió a la puerta para abrirla. Helen no tuvo más remedio que hacerle caso, ya estaba pisando un terreno peligroso solo con estar allí.

—¿Les puedo contar que hemos follado? —la atacó Mark—. ¿Sería eso una buena «descripción»? Puede que eso explique por qué estás arruinando mi carrera. Quizás no fui lo suficientemente bueno en la cama. A lo mejor creíste que te habías rebajado. Pensaste que pagarías las consecuencias. Bueno, pues parece que eso ya ha pasado.

Helen ya había llegado a la puerta. Solo quería irse de allí, pero Mark todavía no había terminado.

—Debería odiarte, ¿sabes? Pero no puedo. Solo me das pena.

Helen se apresuró a sortearle y bajó las escaleras. ¿Por qué le molestaba lo que había dicho de que le daba pena? Era un policía corrupto, una manzana podrida, ¿a quién le importaba una mierda lo que dijera? Eso fue lo que se dijo a sí misma para convencerse, pero no lo consiguió. En medio de toda su ira y su dolor, sabía que lo que había dicho Mark la había puesto nerviosa. Parecía tan indignado, tan ofendido, tan seguro de su inocencia... Todas las pruebas lo señalaban a él. No podía haberse equivocado tanto.

¿O sí?

Recuerdo ese día perfectamente. Todo lo que pasó después —la miseria, la violencia, la desolación— surgió aquel día. Las cosas habían estado mal antes, claro, pero eso ya me lo esperaba. Nunca me hubiera imaginado aquello.

Había una fiesta en casa —el cumpleaños de mi tío Jimmy—. Habían estado bebiendo todo el día —alguien había ganado dinero en las apuestas— y todos estaban más borrachos de lo habitual. Los vecinos ya habían venido a quejarse dos veces, nos habían insultado a gritos por el ruido que estaban haciendo, pero a mis padres no les importaba nada. Subieron el volumen: Enjoy yourself, de los Specials, a todo trapo. Estuvimos intentando gorronear algún cigarrillo o una lata de cerveza, pero nos echaron. Al final no hay nada más deprimente que un grupo de capullos borrachos bailando y meneándose, así que me fui a la cama. Mi madre ya se había quedado inconsciente para entonces y mi padre y sus «colegas» a menudo se aprovechaban de eso para gastarle bromas estúpidas. Una vez, cuando estaba dormida, se meó encima de ella —lo hicieron todos— y no me gustó verlo, así que lo mejor era irse de allí.

Al principio pensé que se había equivocado de habitación. Que estaba tan borracho que ya no sabía dónde tumbarse. Me enfadé, casi no había podido dormir nada. Con él tumbado a mi lado, lo más probable era que no volviera a conciliar el sueño. Pero no estaba dormido. Y tampoco le interesaba dormir.

Al principio no me moví. Estaba demasiado sorprendida. Su mano derecha me estaba agarrando una teta. Entonces intenté apartarle la mano, pero no pude. Apretó con más fuerza. Recuerdo que me dolió mientras seguía apretando. Me intenté librar de él. Pensé que quizás era una broma estúpida, pero creo que ya sabía que no lo era. Estaba colocándose encima de mí, aprisionándome en el camastro.

Creo que empecé a suplicar en ese momento, le rogué que parara, pero sus dedos ya me estaban subiendo el camisón, buscando la abertura. Sus manos eran ásperas y velludas y recuerdo que me retorció de dolor mientras me metía el puño. Todavía era virgen —solo tenía trece años—, no estaba hecha para alguien como él. Con su otra mano me empujó la cabeza contra la almohada. Cerré los ojos y quise morirme. Para que parara. Pero no se detuvo; siguió incansable, gruñendo todo el rato.

Al final se aburrió o se quedó sin fuerzas. Se limpió las manos en los vaqueros, salió de la cama y se fue hacia la puerta. Me giré para asegurarme de que se estaba yendo de verdad y solo entonces me di cuenta de que habíamos tenido público observándonos. Jimmy y un par de tíos más nos contemplaban sonriendo, estaban pasándose en grande. Mi padre se tropezó con ellos al salir. Jimmy le cedió el paso y después empezó a desabrocharse el cinturón.

Y me di cuenta de que le tocaba a él y que aquello no había hecho más que empezar.

Lo siento. No debería haberte hablado así. No lo decía en serio, no quería herirte y lo siento mucho.

Las palabras brotaron como un torrente y Jake aceptó sus disculpas con estilo, asintiendo para indicar que la perdonaba. Cuando ella había aparecido en su casa, se lo había pensado dos veces antes de dejarla entrar, pero había cedido después de dudar un momento. En teoría estaba muy bien decidir que vas a apartar a una persona de tu vida por completo, pero cuando está a la puerta pidiéndote ayuda es difícil rechazarla.

—¿Podemos volver a la normalidad?

No era una frase muy elaborada, pero sí sincera, y Jake pensó en ese instante que todo el mundo tenía su propia idea de lo que era «la normalidad», la definición de cada cual tan errada y extraña como la de todos los demás. Se había equivocado al juzgarla tan rápidamente, aunque los gritos y los insultos que le había dedicado a Jake hubieran sido totalmente inmerecidos. Era obvio que había sufrido mucho —no sabía cuándo ni por qué— y, si él la ayudaba a sentirse mejor, todo valía la pena. Su propia travesía hacia la vida que ahora mismo llevaba también había sido solitaria e impredecible. Sus padres no querían realmente tener hijos y Jake había ido pasando de mano en mano por innumerables abuelas y tías —cada una de ellas con tan poco interés por él como el resto— antes de terminar en el tiovivo de la acogida familiar. Lo había pasado mal, aunque sin grandes tragedias; pero es difícil no sentirte mal cuando piensas que nadie te quiere. Aprender a utilizar y controlar ese dolor había sido lo que le había salvado, una manera de dominar su ansiedad y expiar sus demonios, al mismo tiempo que conseguía excitar a otros y excitarse él mismo. Había intentado ser sumiso y después del miedo inicial había llegado a disfrutarlo, pero en el fondo de su corazón sabía que le gustaba tener el control. Sabía que su preferencia se debía a sus inseguridades, pero podía vivir con esa certeza. Él era el que mandaba y eso era lo que importaba en ese momento.

Había llegado a una posición en su vida en la que las cosas le iban bien. Y por eso sabía que la volvería a aceptar. Le había hecho daño, pero se arrepentía de ello. ¿Tendría a alguien más en su vida? Jake creía que no y por primera vez se dio cuenta de que ella le necesitaba. Rechazarla sería peligroso y cruel.

—Sí, podemos volver a lo de antes. Pero tengo una cita dentro de cinco minutos, así que...

Ella lo entendió y se fue, pero antes se acercó para darle un abrazo. Eso también rompía el protocolo, pero Jake se dejó hacer porque le gustó. La observó mientras se iba y le sorprendió darse cuenta de que se sentía aliviado. Ella le necesitaba, eso había quedado claro, pero se estaba empezando a dar cuenta de que era recíproco.

Hannah Mickery no había pasado una buena noche. Había estado antes en una celda, pero solo en visitas relacionadas con su profesión y siempre había sentido una ligera repugnancia. Había pasado la noche en la celda asustada. Y bueno, vale, no le había pasado nada. Pero había sido una noche larga y deprimente, con una drogadicta de diecisiete años como única compañía, una yonqui que se había meado encima en mitad de la noche. La orina se había acumulado en una esquina de la celda y había apestado el resto de la noche.

Solo quería llegar a casa, darse una ducha y dormir. Había logrado conservar la calma a pesar de todo lo que le había pasado, pero ahora se sentía hecha polvo y enfadada. Así que cuando Sandy, su abogado, llegó para recogerla, suspiró aliviada. Le besó para saludarle —algo que no había hecho antes— y le pidió que la llevara a casa. Pero Sandy le sugirió algo diferente:

—Hay alguien a quien tienes que conocer.

—Bueno, quienquiera que sea, que espere. Me voy a meter directamente en la cama.

—Es una oportunidad que solo se presentará una vez, Hannah. Creo que deberías aceptar mi consejo.

Hannah se detuvo y se dio la vuelta para mirar a Sandy de frente.

—Una hora de tu tiempo, eso es todo lo que te pido. Te he traído ropa de tu casa. Te puedes duchar en la mía si te das prisa. Hemos quedado dentro de menos de una hora. Confía en mí, Hannah, es lo que has estado esperando todo este tiempo.

Ya en casa de Sandy, el agua descendió por el cuerpo de Hannah revitalizándola. Debería haber sido relajante, pero Hannah estaba demasiado nerviosa para eso. Se le ocurrían un montón de preguntas, pero lo que dominaba su mente era una emoción casi infantil. Le había tocado la lotería. Sandy y ella lo habían conseguido.

Mientras se dirigían hacia allí, él le había resumido la propuesta. Era más generosa de lo que se podría haber esperado. Por supuesto, exigían mucho, pero se había preparado concienzudamente y tenía todo el material que necesitaba. Después de la prensa, firmarían con una editorial, lo que les llevaría a aparecer en televisión y quién sabe qué más. Se haría famosa, sería rica y a lo mejor hasta se trasladaría a Estados Unidos. Allí el índice de criminalidad era suficiente para mantenerla ocupada toda la vida.

No se había esperado que fuera una mujer. Y menos una tan glamurosa. Aunque no era más que una idea preconcebida que un periodista de sucesos tuviera que ser un hombre. Lo cierto es que parecía muy informada e impresionó a Hannah por su descaro y el trabajo de investigación que había realizado hasta ese momento. Lo importante era adelantarse a sus competidores. Llegaron a un trato rápidamente y los tres se dieron la mano para cerrarlo. En ese momento ella sacó una botella de champán que llevaba en el maletín, solo por si acaso. Hannah se volvió a maravillar ante su desparpajo.

Y era bueno. Provocaba un efecto casi instantáneo. Hannah aguantaba bien la bebida, así que debía

de ser la adrenalina corriendo por sus venas lo que estaba haciendo que se mareara. Al parecer, Sandy también se estaba sintiendo igual.

Helen estaba delante del escritorio de Whittaker como si fuera una colegiala a la que le van a echar una regañina. Sabía por qué la había llamado. Él sabía que ella lo sabía. Pero igualmente se tomó su tiempo mientras pasaba una a una las páginas del *Evening News* antes de doblarlo y colocarlo cuidadosamente en la mesa, dejando la portada a la vista.

¡SIN PISTAS!

El titular le estaba gritando. Helen había leído el artículo de Emilia Garanita a primera hora de la mañana y supo de inmediato que las consecuencias recorrerían toda la cadena de mando. Daba unos cuantos detalles acerca de Amy, Sam, Ben y Peter, y habían entrevistado a un par de clientes de Martina. Pero se centraba en que habían dejado en libertad a Mickery y que ya habían suspendido de su cargo a «un oficial veterano que trabajaba en la investigación». Pintaba mal la cosa. Helen supuso que a Whittaker ya le habrían echado la bronca y que por eso tenía la cara de enfado que le había visto al entrar en el despacho.

—La llamaré —se encontró diciendo Helen—. A ver si puedo conseguir que nos deje un poco en paz.

—Ya es un poco tarde para eso, ¿no crees? Además no será necesario. Ya la he llamado yo. Estará aquí dentro de cinco minutos.

Emilia entró en la habitación relamiéndose como un gato que hubiera conseguido un plato de leche. Se tomó su tiempo para escoger entre té o café, se puso a hablar de temas sin importancia y esas cosas. Había sido llamada, escogida, y estaba dispuesta a disfrutar cada segundo.

—¿Tiene algo que añadir, superintendente? ¿Todavía confía en el enfoque que le está dando a la investigación la inspectora Grace? ¿Ha habido alguna novedad?

—No estoy aquí para hablar del caso. Estoy aquí para hablar de usted —le respondió Whittaker con brusquedad.

—No le entiendo...

—Ya es hora de que renuncie. Sus teorías no ayudan y están distorsionadas, y quiero que lo deje. No más artículos hasta que haya algo real de lo que informar. ¿Me entiende?

Helen se sorprendió por la audacia con la que abordaba el tema; nada se iba a interponer entre Whittaker y su próximo ascenso.

—Espero que no esté intentando decirle a la prensa...

—Eso es precisamente lo que estoy haciendo. Y si fuera usted, me apresuraría a hacer lo que le han recomendado.

Emilia se quedó sin palabras por una vez, pero se recuperó rápidamente.

—Con el mayor de los respetos...

—¿Qué sabe usted de respeto? —gruñó Whittaker—. ¿Qué respeto le ha mostrado usted a la familia Anderson? Gritándoles a través de la puerta, llamándoles día y noche, acampando a la puerta

de su casa, rebuscando en su basura.

—Está exagerando. Tengo el deber...

—Ah, ¿sí? Tengo aquí apuntadas todas las veces que su Fiat rojo, matrícula BD-50-JKR, ha estado aparcado frente a la casa. Esto lo ha escrito el padre de Amy y ocupa dos páginas. La sitúa allí a medianoche, a las dos de la mañana, a las tres. Y sigue y sigue. Eso es acoso. Es una persecución. ¿Quiere que le recuerde lo que ocurrió en el caso Leveson? ¿Y el código de conducta que todos los periodistas, de ámbito nacional o regional —pronunció esa última palabra con verdadero desprecio—, juran que obedecerán?

Emilia no le pudo contestar a eso. Así que Whittaker continuó:

—Podría pedir una disculpa en primera página. Podría conseguir que la multaran. Joder, podría lograr que la despidieran si realmente me lo propusiera. Pero soy un buen hombre y me mostraré compasivo. Mantenga sus descabelladas teorías solo para usted o se encontrará sin trabajo en los periódicos locales y sin ningún sitio adonde ir. ¿Está claro?

Emilia se fue poco después, enfadada pero sin poder hacer nada. Helen estaba atónita, e impresionada.

—¿De verdad tenemos un registro de sus visitas? —preguntó.

—Por supuesto que no —fue la respuesta—. Ahora vuelve a trabajar y, por favor, Helen, haz algún puto progreso. Te he conseguido algo de tiempo. Aprovéchalo.

Y con esas palabras la despidió. Helen se quedó maravillada por su descaro y le asombró su lealtad hacia el equipo, y hacia ella. Pero mientras recorría el pasillo no pudo evitar pensar que ese ataque contra una periodista tan terca les iba a explotar en la cara. Emilia había sobrevivido a cosas peores y siempre había vuelto para pelear.

Charlie se dio cuenta del ambiente que había tan pronto como entró en la oficina. Cuando una investigación va a toda marcha, los despachos son lugares ruidosos y llenos de vida. Pero ese día estaban callados, tristes incluso, y no era difícil averiguar la razón. Habían vaciado el escritorio de Mark, limpio ya de fotos y objetos personales. Era como si no hubiera existido nunca.

Pero Mark había sido un miembro muy valioso del equipo y todo el mundo sentía su ausencia. Podía haber estado un poco jodido, ser vulnerable, pero formaba parte de su encanto, sobre todo entre las chicas. Ese aire de niño perdido. También era listo y divertido, y cuando se lo proponía era un buen policía. Ahora todo el mundo se estaba preguntando en silencio si el Mark que conocían era el verdadero. ¿Les habría vendido? ¿Todo el trabajo que habían hecho no había servido para nada? ¿Realmente necesitaba tanto el dinero como para traicionarles de esa manera? Charlie estaba preocupada —siempre le había caído bien Mark— y se propuso averiguar dónde habían guardado sus cosas. Siguió con su trabajo, pero la silla vacía estaba en su campo de visión.

Helen entró poco después de las nueve y todo el mundo se esforzó por comportarse normalmente, como si no hubiera ocurrido nada. Helen, como de costumbre, no perdió el tiempo y llamó a Charlie a su despacho para que la pusiera al tanto. Parecía nerviosa y estaba impaciente por escuchar las últimas noticias.

—Cuéntame lo de Martina.

—Bueno, cuando nació era un varón pero se operó en los últimos cinco años. Las cicatrices demuestran que no pudo ser antes.

—¿Se anunciaba como transexual?

—No. Se vendía como una chica a la que le gustaba la fiesta y sabía cómo hacértelo pasar bien. Una puta con la que te podías divertir, algo así.

—¿Por qué? Siempre se consigue más clientes anunciando que eres transexual. Es más exótico, más especial. ¿Por qué no lo decía?

—¿A lo mejor no le gustaba la gente que se veía atraída por eso?

—O quizás tenía algo que esconder.

La duda se quedó en el aire y después:

—¿Era de por aquí? —volvió a preguntar Helen.

—No parece. Las otras chicas han dicho que había empezado a trabajar hace un par de meses. Su página web lo confirma, tiene una dirección IP de hace ocho semanas.

—¿Y la dirección real?

Charlie negó con la cabeza.

—Por ahora nada. Era un poco misteriosa, no hablaba mucho con las demás.

—¿Habéis seguido el rastro de su dinero?

—Estamos hablando con los bancos, pero por ahora no hemos encontrado ninguna cuenta a su nombre.

Helen suspiró. No había nada fácil en este caso.

—Bueno, entonces el mejor rastro que podemos seguir son las clínicas. ¿Cuántas de por aquí realizan ese tipo de operaciones?

—Quince. Estamos hablando con ellas, pero se muestran un poco reacias a hablar de sus clientes.

—Bueno, pues consigue que no sean reacias. Cuéntales lo que le sucedió a Martina, enséñales las fotos. Necesitamos saber quién era. Quién era él.

Charlie no pudo contener una sonrisa amarga y Helen tampoco. A lo mejor se estaba engañando a sí misma, pero a Charlie le parecía que su relación con Helen estaba mejorando desde que la había interrogado. Charlie se había enfadado mucho a raíz de lo que le había hecho pasar —había puesto muy en entredicho su honestidad— e incluso había pensado en pedir el traslado. Pero todavía quería caerle bien a Helen, buscaba su respeto. Lo cierto era que la mayoría de las mujeres de la comisaría querían ser como ella. Era la inspectora más joven de la policía de Hampshire y su carrera había sido meteórica. No tenía marido ni familia, lo que le daba ventaja a ojos de la mayoría de las mujeres, pero sobre todo lo había hecho muy bien. Era un modelo a seguir para todas ellas.

Helen se dirigió al equipo:

—Brooks se encargará hoy de todo. Lo más importante, las clínicas. Sé que nos falta una persona y que todos tenéis preguntas. Cuando sea el momento adecuado, os contaré más. Pero por ahora necesito que os concentréis. Tenemos una asesina a la que atrapar.

Dicho eso, se marchó. Charlie empezó inmediatamente a asignarles tareas a Sanderson, McAndrew y el resto, quienes las aceptaron sin quejarse, a pesar de que muchos tenían el mismo rango que ella. Intentando parecer seria y profesional, Charlie fue al grano, pero por dentro estaba sonriendo. Era la primera vez que Helen Grace dejaba que otra persona cogiera el timón.

Al final había tenido que llamar a la policía; no es que quisiera, pero no tuvo más remedio. Al principio se había preocupado —Stephen no estaba en casa y los borrachos que estaban aporreando la puerta la estaban asustando—, pero cuando averiguó lo que realmente estaba pasando se sintió asqueada más que aterrada.

No había visto a Mark borracho desde hacía meses. Se había desenganchado, creía, se había recuperado. Pero ahora daba pena verle. Su ropa estaba sucia, llevaba tiempo sin lavarse el pelo y estaba farfullando. Patéticos insultos le salían de la boca mientras se lamentaba de su mala suerte y les contaba a todos los vecinos que Christina no había podido mantener las piernas cerradas, que Stephen era un consolador con patas. Los golpes en la puerta cada vez eran más fuertes —acabaría por despertar a Elsie si seguía—, así que Christina tenía que hacer algo.

Abrió un poco la puerta con la intención de tranquilizarle. Quería hablar con él, pero eso le enfureció todavía más. Qué derecho tenía a impedirle la entrada, le gritó. Cuando todo lo que quería hacer era ver a su hija. La hija que le había arrebatado. Christina intentó volver a cerrar la puerta, pero él consiguió meter el brazo, la apartó y quitó la cadena que le cerraba el paso.

La empujó a un lado y se dirigió a la habitación de Elsie. Christina cogió el teléfono y marcó el número de Emergencias. Había oído hablar de perturbados que mataban a sus hijos después de un divorcio. ¿Sería Mark capaz de hacer eso? Creía que no, pero tampoco se iba a arriesgar. Le contó a la operadora lo que estaba sucediendo, le dio su dirección y se apresuró a subir.

No sabía lo que se encontraría cuando entrara en la habitación y al final resultó peor de lo que se había imaginado. Elsie estaba de pie en su cama. Estaba temblando de miedo, lloraba aterrorizada sin poder controlarse. Y Mark estaba tirado en el suelo, su cuerpo se convulsionaba al ritmo de los sollozos. Lo que había empezado Christina lo había rematado Elsie. El horror reflejado en su cara había sido suficiente para que se le detuviera el corazón. La bebida le había derrotado, se había llevado todo lo bueno que había en él.

Era la viva imagen de un hombre roto que lo único que podía esperar era tener toda la vida para culparse y autocompadecerse. Y por primera vez en años, Christina sintió una emoción que siempre había conseguido reprimir.

Culpa.

Tenía que asegurarse. Ya había arruinado la carrera de Mark y probablemente algo más; las pruebas contra él eran sólidas, pero... Helen tenía sus dudas. Se había mostrado tan dolido, tan ultrajado, tan desafiante... No podía fingir tan bien, ¿verdad? Al principio Helen se había quedado atónita al darse cuenta de que había un topo en su equipo, pero después había pensado que, si esperaba, esa rata les conduciría directamente a la asesina. En vez de eso, les había llevado por la tangente, distrayéndoles de lo principal. Helen estuvo tentada de abandonar. De darse la vuelta y dirigirse a su despacho, pero ya era demasiado tarde para eso. Ya había puesto en marcha la ejecución del hombre condenado y existía un proceso que seguir. A pesar de todo, con el hacha ya en el aire, Helen tenía que estar segura.

Entonces, mientras revisaba los expedientes del personal encontró algo que le llamó la atención. Helen había estado en el laboratorio forense el día que se había producido la descarga ilegal del testimonio de Amy, Whittaker había pasado su día libre navegando por Poole y Charlie tenía una coartada, al menos para Helen. Esto dejaba a Mark y a los técnicos Peter Johnson, Simon Ashworth y Jeremy Laing. Los tres habían estado de huelga, así que no podía haber sido ninguno..., pero había algo raro en Simon Ashworth. Algo en lo que Helen no había reparado antes. Se había trasladado a Hampshire, gracias a un ascenso, desde la oficina central de Londres, donde había estado ayudando a programar la nueva base de datos. Había encajado bien, era un buen trabajador, pero al parecer le iban a trasladar de nuevo a Londres. Cuando solo llevaba cuatro meses allí. Era un movimiento extraño, sobre todo porque había firmado un contrato de un año de alquiler por su piso de Portsmouth. Algo tenía que haber pasado. Pero nada oficial. Algo encubierto que le hacía volver a Londres.

Helen había comenzado a husmear y sus sospechas se vieron reforzadas por el hecho de que Ashworth no estaba allí. Se encontraba de baja, aunque nadie sabía lo que le pasaba. Bueno, eso no era cierto. La gente sabía lo que le pasaba, lo que no sabían era si se podía calificar de enfermedad. A Helen le había costado un rato que Peter Johnson se lo contara —que le hablara de sus compañeros—, pero cuando lo hizo Helen descubrió que Simon Ashworth no era muy popular.

No había secundado la huelga. Helen se estremeció cuando se lo dijo. Ashworth no pertenecía a ningún sindicato, pero se daba por sentado que actuaría como su jefe y sus colegas y no iría a trabajar aquel día. Pero no había sido así. Era un chaval solitario, no muy sociable y a menudo causaba una mala impresión en la gente. No se le daba muy bien trabajar en equipo y a lo mejor esa había sido la razón por la que a Mickery le habría resultado muy fácil convencerle. Peter Johnson dejó claro que Simon no le caía bien, pero negó que él tuviera nada que ver con su traslado. Puede que el resto del equipo tampoco le hubiera dado una cálida bienvenida —lo normal con un novato—, pero no iba a decir nada más; temía que le acusaran de acoso laboral. El traslado había sido idea de Ashworth.

—Habrás que preguntárselo a él —concluyó Johnson.

Eso era exactamente lo que iba a hacer Helen. Pero primero tendría que encontrarle. Nadie le había visto desde hacía bastante tiempo.

Todo le sabía a vómito. A vómito y sangre reseca. Tenía la boca seca, le raspaba la garganta y la cabeza le dolía de una manera sorda y persistente. No había comido nada durante días y ya sentía las úlceras formarse en la boca de su estómago. Pero eso no le importaba, lo que realmente quería, lo que necesitaba de verdad, era agua. Estaba acostumbrada a beber un par de litros al día y se ponía un poco nerviosa cuando no consumía su dosis. Pensar en esas situaciones le parecía una broma amarga ahora que se estaba muriendo de sed de verdad. Nunca había pensado en esa expresión, pero ahora sabía lo que significaba, lo que se sentía. La desesperación se estaba abriendo paso, sabía que no había escapatoria posible.

Sandy estaba tumbado en el suelo, esperando quizás morirse mientras dormía. Una muerte pacífica para acabar con esa pesadilla. Algo de esperanza. Estaban atrapados. Y eso era todo lo que importaba. Los ojos de Mickery se desviaron hacia la izquierda y se fijaron en las moscas que revoloteaban sobre las heces amontonadas en una esquina. Antes no estaban, ¿cómo habían entrado? ¿Dónde estaba la grieta? Las muy putas podían salir y entrar si así lo deseaban.

Cuando por fin se había despertado, Mickery se había encontrado confusa, soñolienta. Estaba oscuro, no sabía qué hora era, quién era ni qué le había ocurrido. Se había llevado el gran susto de su vida cuando había oído moverse a Sandy. Hasta ese momento pensaba que estaba soñando, pero la angustia de Sandy la había traído de vuelta a la espantosa realidad.

Inmediatamente se pusieron a examinar los confines; golpearon las paredes, siguieron las juntas, y llegaron a la aterradora conclusión de que estaban en una especie de caja metálica gigante. ¿Un contenedor? Probablemente, pero ¿qué más daba? Era sólido, estaba cerrado y no había manera de salir de allí. Eso era todo lo que necesitaban saber. Poco después encontraron la pistola y el teléfono. En ese momento se derrumbaron todos los intentos de Hannah de no afrontar la situación.

—Nos ha atrapado, Sandy.

—No. No, no, no, no. Tiene que haber otra explicación. Tiene que haberla.

—Lee el mensaje del teléfono. *Nos ha atrapado.*

Sandy no quería mirar el teléfono. No iba a colaborar. Pero tampoco había mucho que decir. Estaba claro que no había una solución fácil: había que escoger entre morir de hambre o cometer un asesinato. Fue Mickery quien puso las cartas boca arriba y le transmitió las dos espantosas opciones. Sandy estaba resultando ser un cobarde, un débil, era incapaz de afrontar la situación. Pero Mickery le había obligado a ello.

Habían optado por actuar. La espera era insoportable. La desesperación, demasiado devastadora. Su vida se limitaba a una lenta tortura y había que hacer algo al respecto. Habían decidido echarlo a suertes; con moscas, que era lo único que había. Así que Mickery estaba de pie con los brazos extendidos en dirección a Sandy. En uno de los puños sostenía una mosca muerta. La otra mano estaba vacía. Si Sandy adivinaba dónde estaba la mosca, viviría. Si no, acabaría muerto.

Sandy dudó, deseaba que sus ojos pudieran atravesar la piel y adivinar dónde estaba la

recompensa que se escondía en las palmas de Mickery. ¿Derecha o izquierda? ¿La muerte o la vida?

—Venga, Sandy. Joder, vamos a acabar con esto de una vez.

La voz de Mickery estaba teñida de desesperación y de súplica. Pero Sandy no sentía pena por ella, no podía sentirla. Estaba paralizado, era incapaz de moverse.

—No puedo hacerlo.

—Hazlo ya, Sandy, o te juro por Dios que tomaré esta decisión por ti.

La voz de Mickery se había tornado violenta y sacó a Sandy de su parálisis. Rezando, estiró el brazo y tocó la mano izquierda de Mickery.

Un instante terrible. Lentamente, Mickery giró su puño y lo abrió, de manera que los dos pudieran ver el resultado.

Había sido un día de lo más extraño. El mejor y el peor de los días. Charlie se quedó en la cama intentando encajar las piezas.

Después de que Helen se fuera, el equipo se había puesto en marcha, animados por la energía de Charlie. Esta alentó a sus chicos para que fueran implacables con los directores de las clínicas que se mostraban evasivos, que se escondían tras la confidencialidad de sus clientes. El equipo había hecho bastantes progresos, habían tachado nombres de la lista, acotando los cirujanos del área de Hampshire que tenían suficiente experiencia como para haberse encargado de una cirugía de reasignación de género. Al final se habían encontrado en un callejón sin salida. Ya habían preguntado a todo el mundo, pero nadie reconocía a Martina ni habían conseguido ninguna pista de quién había sido cuando todavía era él.

Así que era el momento de ampliar la búsqueda. En el país había numerosas clínicas que hacían este tipo de operaciones, por lo que tendrían que ponerse en contacto con todas ellas. «Por favor, Dios, que Martina no se haya operado en el extranjero». Sería demasiado para los recursos de los que disponían y estaban desesperados por encontrar alguna pista, algo que les volviera a llevar por el buen camino. Charlie dejó a los chicos trabajando en ello. Estaba agotada y necesitaba un respiro. Mientras volvía a su casa su humor mejoró ante la perspectiva de pasar unos valiosos momentos con su novio y su gato, comer algo y, lo mejor de todo, aprovechar una noche de sueño reparador.

Obras en la carretera. Un desvío. Una molestia, pero nada más. Sin embargo, eso significaba que Charlie tendría que coger otro camino para llegar a su casa. Un camino que pasaba por delante del piso de Mark. Con una punzada de culpa repentina, se dio cuenta de que se había olvidado de él. Había estado tan concentrada en demostrarse a sí misma (y por supuesto a Helen) que podía liderar el equipo que lo único que había demostrado era ser una mala líder y una mala amiga: no había que olvidarse de los heridos aunque estuviera desesperada por ganar la batalla.

Regañándose a sí misma por su falta de sensibilidad, aparcó el coche y salió de él. ¿Era una buena idea? Probablemente no, pero quería poder dormir con la conciencia tranquila y la única manera de conseguirlo era hablar antes con Mark. Ninguna otra persona de la comisaría iba a hacerlo.

¿Qué era lo que se esperaba? ¿Que se lo tomara a bien? Estaba hecho un desastre, apestaba a sudor y a alcohol.

—¿La crees?

La brusquedad de la pregunta cogió a Charlie por sorpresa.

—¿A quién?

—A ella. ¿Piensas que he sido yo quien os ha vendido?

Se produjo un largo silencio. Estaban la respuesta oficial y la respuesta verdadera. Al final, ganó la segunda:

—No.

Mark suspiró como si hubiese estado conteniendo la respiración. Miró al suelo para esconder su

reacción.

—Gracias —masculló sin alzar la vista, pero su voz le traicionó, revelando lo que sentía.

Charlie se acercó a él de una manera instintiva. Se sentó a su lado y le pasó el brazo por encima.

Él se apoyó en ella, agradecido por su ayuda.

—Lo más triste es que llegué a pensar que me estaba enamorando de ella.

Vaya. Charlie no se habría imaginado eso ni en un millón de años.

—Pero ¿vosotros...?

Mark asintió.

—Y como soy un estúpido, creí que podría funcionar. Pero ahora esto...

—A lo mejor no podía elegir. A lo mejor realmente creía...

Charlie se detuvo. No había un final agradable para esa frase. Una acusación de soborno es lo peor que le puede pasar a un policía.

—Ya supongo lo que estarán diciendo de mí en la comisaría. Pero soy inocente, Charlie. No he hecho nada malo. Y quiero volver. De verdad que quiero volver. Así que..., si hay algo que puedas hacer..., algún modo de conseguir que ella cambie de opinión y que esto desaparezca...

Mark dejó de hablar. Charlie no sabía qué decirle. Los dos sabían que ya no había vuelta atrás. Aunque se le exculpara, ¿quién le iba a dar trabajo con esos antecedentes? En una época en la que nadie estaba contratando, no apostabas por desconocidos, especialmente si había algo oscuro en su pasado. ¿Qué podía decir Charlie que fuera al mismo tiempo tranquilizador y sincero?

—Esto se pasará, Mark. Sé que sobrevivirás.

No estaba segura de creerlo. Y pensaba que Mark tampoco se lo había tragado.

Prometió volver en breve y salió de la casa. Mark no se dio ni cuenta de que se iba, estaba otra vez sumido en sus preocupaciones.

Mientras volvía a casa, Charlie estaba llena de dudas. Mark no sería capaz de hacer una estupidez, ¿verdad? Pensaba que no, pero quién podía saberlo. Era obvio que estaba destrozado. Sin esposa ni familia, sin un trabajo al que acudir todos los días, con su tendencia a beber... Todos estos pensamientos se amontonaron en la mente de Charlie. Le dolía la cabeza y tenía el estómago revuelto. Le entraron náuseas, así que detuvo el coche en un área de descanso y abrió la puerta a tiempo para vomitar su comida en el asfalto. Una arcada, otra y se acabó.

Más tarde en casa, acurrucada junto a su novio, le entraron otro tipo de dudas. Con cuidado, se separó del abrazo de Steve, que ya estaba dormido, se dirigió de puntillas al baño y abrió la puerta del armarito. La esperanza se mezcló con la inquietud mientras abría una caja de cartón.

Cinco minutos después ya tenía la respuesta. Estaba embarazada. Lo habían estado intentando mucho tiempo, hasta que se había convertido en una obligación; pero ahí estaba: una pequeña cruz azul. Un segundo test le confirmó el mismo resultado. Las cosas pequeñas te pueden cambiar la vida. Steve continuó durmiendo mientras Charlie seguía sentada en el baño, atónita. Sus ojos se volvieron a llenar de lágrimas y no era la primera vez que lloraba a lo largo del día. Pero estas no eran lágrimas de tristeza, sino de alegría.

Durante un momento contempló su globo ocular. Después desapareció. Helen había conseguido encontrar el piso de Simon Ashworth en el centro de la ciudad y había llamado al timbre; se había controlado, porque lo que quería era golpear la puerta. Silencio, ninguna señal de movimiento. Así que volvió a llamar. Y otra vez. Se quedó quieta, escuchó. ¿Eso era el crujido de la tarima, un leve ruido de pasos? Entonces su ojo ocupó la mirilla. Helen estaba esperando que apareciera —deseándolo—, así que ella también tenía la vista puesta en la mirilla. Inmediatamente se asustó y desapareció. El ruido inconfundible de unas zapatillas alejándose hizo que Helen sonriera. Ya le había pillado, así que ¿por qué esconderse?

En una situación de este tipo, un policía puede escoger entre múltiples opciones. Puedes seguir el camino oficial, pedir un registro de la casa y todo eso, pero cuando trabajas en solitario esta opción casi siempre implica que la presa se escapa mientras estás ocupada rellenando solicitudes. Puedes optar por la paciencia y fingir que te vas cuando en realidad te quedas en la calle vigilando y esperas a que salga. Esto suele funcionar, porque el fugitivo está desesperado por abandonar el piso y a menudo sale en menos de una hora. Pero a Helen nunca se le había dado muy bien esperar. Por ese motivo, fue directa al despacho del conserje y le sorprendió en medio del almuerzo. Entonces le ordenó que le abriera la puerta del apartamento 21.

Habría estado en su derecho de pedir —de exigir— que le enseñara la orden de registro del piso, pero es curioso cómo el cerebro de la gente parece dejar de funcionar cuando ve una placa de policía. Temiendo una reprimenda o emocionada por el drama que se avecina, la gente suele obedecer. Y así sucedió, el aturullado conserje le abrió la puerta sin dudarlo ni un momento. Pareció decepcionado cuando Helen le cerró la puerta en la cara; una leve sonrisa de gratitud fue todo lo que obtuvo a cambio de sus molestias.

Ashworth se estaba preparando para irse. Las maletas estaban hechas, las llaves del coche preparadas..., estaba a punto de escapar. Pero se quedó inmóvil cuando Helen se acercó a él. Parecía asustado y comenzó a farfullar que lo que Helen estaba haciendo era ilegal, pero sin mucha convicción. Helen le enseñó la placa y le señaló una silla vacía. Después de una breve pausa, en la que Ashworth evaluó la situación, accedió a sentarse.

—¿Por qué lo has hecho, Simon?

A Helen nunca se le había dado bien andarse por las ramas, así que optó por un ataque frontal. Enumeró las acusaciones —descargar ilegalmente información confidencial y poner en peligro una investigación abierta para obtener un beneficio económico— bruscamente y con rapidez, para no darle tiempo a Ashworth de inventarse ninguna excusa. Para su sorpresa, se defendió:

—Yo no he podido ser.

—¿Por qué no?

—Porque todos los técnicos con acceso tenemos nuestro propio código personal. Es la única manera de entrar y salir, de ese modo siempre se puede saber cuándo hemos accedido al sistema y

qué hemos hecho.

—Seguro que hay alguna manera de saltárselo.

—Para nosotros no. Los técnicos vamos de un sitio a otro, a veces trabajamos con la policía, pero otras no. Se ideó ese sistema para no poner en peligro las investigaciones y porque rotamos a menudo. Si lo compruebas...

—Entonces ¿por qué mentiste? —contraatacó Helen. No había ido allí a que le soltaran un sermón.

—¿A qué te refieres con que mentí?

—Le pedí a todo el mundo que tenía acceso a la investigación que dijeran dónde habían estado aquel día y tú, igual que el resto de los técnicos, dijiste que habías estado en huelga. Pero no fue así. Tú acudiste a trabajar.

—Bueno, ¿y qué? No estaba de acuerdo con los motivos de la huelga, así que me pasé un rato. No estuve allí mucho tiempo y cuando me lo preguntaste pensé que era mejor mentir para que los otros no se enteraran.

—Pero no te salió bien, ¿no es cierto? ¿Quién se lo contó?

Por primera vez Ashworth pareció desconcertado. «Por fin estamos llegando a alguna parte», pensó Helen.

—No sé cómo se enteraron —masculló mirándose los zapatos.

—¿Eres ambicioso, Simon?

—Supongo.

—¿Supones? Eres muy joven para haber alcanzado este puesto, tienes buenas recomendaciones. Podrías ir ascendiendo. De hecho, te viniste a Hampshire por un ascenso, ¿no es así?

Ashworth asintió.

—Y a pesar de eso, cuando solo llevas cuatro meses en tu nuevo y flamante trabajo, te vuelves al anterior. A un trabajo que, si tenemos que creer lo que pusiste en tu solicitud, sentías que ya dominabas y te resultaba aburrido.

—Todos decimos cosas así en las entrevistas de trabajo. —Seguía mirando al suelo.

—¿Qué pasó?

Un silencio. Y después:

—Cambié de opinión. No he conseguido integrarme en Southampton, no tengo amigos con los que hablar y por eso..., cuando los chicos me dieron de lado por no pertenecer al sindicato, pensé que lo mejor era irme.

—Sin embargo, rellenaste la solicitud antes de que los demás se enteraran de que habías traicionado a la causa. Me lo han dejado muy claro. Fue tomando unas cervezas al salir del trabajo, el día 18, cuando te obligaron a admitir que no habías seguido la huelga. Y tú pediste volver a Londres el día 16.

—Debe de haber un error...

—Hay numerosos testigos de la conversación en el bar. No pueden estar mintiendo todos.

Un silencio todavía más largo.

—La verdad es..., la verdad es que esto no me gusta. No me gusta la gente ni me gusta el trabajo. Quiero irme de aquí.

—Qué curioso, Simon. Porque en el informe que nos entregaste cuando llevabas tres meses dijiste que estabas feliz. Que te encantaba tener más responsabilidad. Y te evaluaron con la nota máxima por el trabajo que estabas realizando, incluso se habló de un posible ascenso dentro de un año si seguías

así. Tengo aquí una copia de la valoración, por si quieres leerla.

Helen se la ofreció, pero Ashworth se quedó inmóvil. Parecía muy desgraciado. Eso hizo que Helen se sintiera feliz. Estaban empezando a aparecer grietas. Decidió dar el golpe de gracia.

—Ya has realizado el cursillo de la policía, Simon, así que no tengo que explicarte las consecuencias que podría tener sobre tu carrera admitir que has mentido a una inspectora que está investigando un caso de asesinato múltiple. O admitir que has filtrado material confidencial a cambio de dinero.

Ashworth seguía inmóvil, pero sus manos temblaban.

—Tu carrera estaría acabada. Enterrada. Y sé lo importante que es para ti. —Helen continuó con un tono de voz más dulce—: Sé que tienes mucho talento, Simon. Sé que puedes ascender. Pero, si me mientes, te destruiré. Nunca podrás recuperarte.

Los hombros de Ashworth empezaron a moverse. ¿Estaba llorando?

—¿Por qué me estás haciendo esto?

—Porque necesito saber la verdad. ¿Le pasaste la entrevista a Mickery? Y, si fuiste tú, ¿por qué lo hiciste? Solo te puedo ayudar si tú me ayudas.

Una pausa y entonces:

—Pensaba que lo sabías.

Su voz sonaba quebrada, ahogada.

—Me dijo que lo sabías.

—¿Quién te dijo eso?

—Whittaker.

Whittaker. Su nombre se quedó flotando en el aire, pero Helen no se lo podía creer.

—¿Qué fue lo que te dijo? ¿Qué era lo que se supone que yo sabía?

Ashworth negó con la cabeza, pero Helen no se iba a rendir tan fácilmente.

—Dímelo. Dímelo o te arresto por conspiración contra...

—Fue Whittaker quien descargó la entrevista.

—Pero tenía el día libre.

—Le vi. Fui a la oficina. No había nadie más, por la huelga. Pero Whittaker estaba allí. Él solo. Dijo que había estado revisando el material del caso y cuando lo comprobé más tarde vi que se había descargado la entrevista. No me pareció raro. Es el jefe, así que ¿por qué no? Pero cuando más tarde empezaste a preguntar a la gente, me di cuenta de que Whittaker había cometido un error. Que se había equivocado de día. Fui a verle. No quería que le echaran las culpas a otra persona por un simple error.

—Le estabas haciendo la pelota.

—Puede que un poco. A Whittaker le caía bien, confiaba en mí. Así que se lo mencioné; más vale ser prudentes, ya sabes. Bueno, pues no le pareció bien. En absoluto. Aseguró que me equivocaba, aunque yo sabía que no.

Se detuvo, temía decir más.

—Sigue. ¿Qué pasó después?

—Dijo que podía destruir mi carrera con una sola llamada de teléfono. Que no tenía ni idea de en lo que me estaba metiendo. Nosotros..., él decidió en ese momento que se me trasladaría de vuelta a Londres tan rápido como fuera posible. Supongo que fue él quien les contó a mis compañeros lo de la huelga. Para tener una razón que justificara mi marcha. Me dijo que tú lo sabías todo. Que había sido

idea tuya.

Un arrebató de ira brotó en Helen, pero logró contenerlo. Debía permanecer tranquila y concentrada. ¿Realmente estaba aquello sucediendo?

—¿Dijo que yo estaba involucrada?

—Sí, que tú estabas detrás de todo esto, así que no tenía sentido ir a contártelo.

—¿Qué hiciste después?

—Intenté continuar con mi trabajo, pero no podía, no con los demás en mi contra. Así que pedí la baja. Me he estado escondiendo desde entonces, esperando a que llegue el día de mi traslado...

Dejó de hablar cuando se dio cuenta de la gravedad de su situación. Por primera vez en todo el día, Helen se mostró tranquila.

—Esto no tiene por qué terminar mal, Simon. Si lo que me has contado es cierto, puedo conseguir que esto salga bien para ti. Puedes aceptar el traslado, aprender la lección y volver a empezar sin ninguna mancha en tu expediente. Puedes hacer todo lo que querías, puedes llegar hasta donde quieras llegar.

En la mirada de Ashworth la esperanza se mezclaba con la incredulidad.

—Pero necesito que hagas algo por mí. Tendrás que venir a mi casa. Y cuando lleguemos allí vas a escribir una declaración detallando todo lo que me acabas de contar. Después vas a esperar. No vas a coger el teléfono, no vas a llamar a nadie. No vas a mandar ningún correo ni mensajes de texto, ni te vas a meter en las redes sociales. Te vas a quedar quieto y callado, y el resto del universo no tiene por qué saber nada de lo que hemos hablado, por lo menos hasta que yo te avise. ¿Te parece bien?

Ashworth asintió. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que le mandara.

—Bien. Pues vámonos.

No había vuelta atrás. Ya habían hecho un trato. Les gustara o no, había llegado la hora de cumplirlo.

Cuando Mickery había abierto la mano izquierda, muy consciente de que estaba vacía, Sandy se había dejado caer al suelo y se había puesto a gemir. Mickery le había observado, un torbellino de emociones en su interior. Parte de euforia, parte de terror, pero sobre todo... alivio. Viviría.

Poco después Sandy empezó a suplicar. Dijo que no lo había hecho en serio, que era una locura, que tenían que permanecer juntos, que no deberían permitir que ella les venciera.

—¿Y qué habrías hecho si hubieras acertado? ¿Dirías lo mismo? —replicó Mickery.

Sandy se quedó callado, y eso lo dejó todo muy claro. Habría apretado el gatillo y se habría salvado. En el fondo, era un capullo egoísta.

—Por favor, Hannah. Tengo mujer y dos hijas. Lo sabes, las conoces. Por favor, no les hagas esto.

—No tenemos otra opción, Sandy.

—Por supuesto que sí. Siempre la hay.

—¿Morirnos de hambre? ¿Eso es lo que quieres?

—A lo mejor podemos salir. Podemos forzar la puerta...

—Por el amor de Dios, Sandy, no lo empeores. No hay salida. No hay manera de escapar. Esto es lo que hay. No tenemos otra opción.

En ese momento, él había empezado a lloriquear. Pero Mickery no sentía ninguna pena por él. Si Sandy hubiera ganado, ella ya estaría muerta, no le cabía ninguna duda. De repente una oleada de odio le recorrió el cuerpo, cómo se atrevía a suplicar una clemencia que él no habría estado dispuesto a concederle. Sandy intentó abrazarse a Hannah. Ella le empujó y Sandy cayó al suelo.

—Te lo suplico, Hannah, por favor, no lo hagas...

Pero Mickery ya había cogido la pistola. Nunca había disparado antes, nunca había deseado herir a nadie, pero permanecía tranquila y concentrada mientras se disponía a matar a alguien que una vez había considerado su amigo.

—Lo siento mucho, Sandy.

Y apretó el gatillo.

Clic.

La recámara vacía. Mierda. Sandy, que un momento antes había alzado los brazos en un inútil intento por protegerse del dolor, se quedó quieto. Se empezó a levantar.

Clic. Clic.

Dos recámaras vacías más, la pistola se debía de haber quedado encasquillada en algún momento. Sandy se estaba acercando.

Clic. Clic. Se abalanzó sobre ella y le quitó el arma de las manos. Mickery se cayó de espaldas y se golpeó la cabeza. Cuando alzó la vista, Sandy tenía la pistola en las manos. Esperaba ver el odio reflejado en su rostro, pero su expresión era más bien de incredulidad.

—Está vacía. No hay nada. —Le tiró el arma a Hannah.

¿Qué había dicho? Su cerebro no lo había asimilado todavía. Pero tenía razón, estaba vacía. No había ninguna bala dentro de la pistola.

Un ruido hizo que Mickery se sobresaltara. Pero solo era Sandy revolcándose por el suelo, lágrimas de júbilo le caían por las mejillas. Parecía estar loco. Loco de alegría. Qué broma tan jodidamente graciosa.

Mickery gritó. Un aullido de los que te rompen la garganta y te hielan la sangre. Largo y agonizante. Todo eso para nada. Les había engañado, les había obligado a comportarse como animales y después le había negado la victoria a Mickery. Esas no eran las reglas del juego. Se suponía que no iba a ser así. Tenía que vivir. Quería vivir.

Mickery se arrodilló, el cansancio se apoderaba de ella. Estaba rota, destrozada. Las carcajadas burlonas de Sandy eran el sonido de la muerte aproximándose.

Helen ya había regresado a su despacho cuando Charlie llegó a la mañana siguiente. Charlie se sintió levemente irritada —su papel como jefa de equipo no había durado más que un día—, pero inmediatamente percibió la agitación que reinaba en la oficina y su resentimiento se desvaneció. Había ocurrido algo.

Dos cosas de hecho. Una buena, una mala. Habían encontrado a «Martina»: una clínica de Essex tenía una descripción que coincidía. Pero habían perdido a Hannah Mickery. Su abogado, Sandy Morten, y ella llevaban desaparecidos varios días.

—¿Por qué no me habéis avisado? —preguntó Helen enfadada.

—Porque no lo sabíamos —contestó Charlie—. Denunciaron la desaparición de Morten hace unos días, pero nadie dijo nada de Mickery. Solo cuando nos pusimos a investigar los correos electrónicos de Morten nos dimos cuenta de que había quedado en reunirse con Mickery y una mujer llamada Katherine Constable. Decía que era periodista y que trabajaba para el *Sunday Sun*, pero les hemos llamado y no tienen empleado a nadie con ese nombre.

—¿Constable? Nos está tomando el pelo[1].

Helen estaba furiosa. Con ella misma y con la situación. Se había empeñado tanto en perseguir al topo, en seguir esa pista, que no había estado vigilando a Mickery. Si hubiera seguido tras ella, a lo mejor habría podido enfrentarse a la asesina.

Mandó a Charlie y al resto del equipo a casa de Morten. Probablemente era una exageración, pero ahí era donde «Katherine» se había citado con Mickery y con Morten y a lo mejor encontraban algún rastro, una pista, un testigo, algo. Mientras tanto, Helen se dirigió a Essex.

Le sentaba bien volver a la caza. También alejarse de Southampton, necesitaba tiempo para pensar. Ashworth se había quedado en casa de Helen, a salvo del peligro, y su declaración ya estaba escrita y firmada. Desde el interrogatorio, había comprobado algunas cosas. Antes no había dudado en ningún momento de la coartada de Whittaker y ahora se lo recriminaba a sí misma, porque, después de examinarla detenidamente, no tenía mucho sentido. Aunque las condiciones meteorológicas habían sido buenas para navegar aquel día —hacía buen tiempo y la mayoría de los barcos habían salido a dar un paseo—, algunas embarcaciones se habían quedado en puerto, entre ellas el barco de Whittaker, el *Green Pepper*, al que le dedicaba muchas atenciones.

Así que Whittaker le había mentado y un técnico le situaba en el lugar del crimen. Todavía más, Ashworth había acusado a Whittaker de acosarle laboralmente, coaccionarle y entorpecer una investigación. Todo ese tiempo Whittaker había estado protegiendo sus propios intereses. La reprimenda a Garanita tenía como objetivo impedir que escribiera la historia de la asesina en serie y no tenía nada que ver con proteger a Helen ni al equipo.

Era una situación explosiva y Helen debía manejarla con mucha cautela. El éxito de la investigación —sin mencionar el futuro de la carrera de Helen— dependía de que realizara el movimiento correcto.

La clínica Porterhouse, en Loughton, tenía un aspecto lujoso y profesional. El vestíbulo estaba immaculado, al igual que los empleados, y todo el lugar transmitía tranquilidad. La clínica realizaba todo tipo de cirugía, pero se había especializado en lo concerniente a la disforia de género. La terapia era el primer paso de una travesía que nueve de cada diez veces terminaba en cirugía y reasignación de género.

El equipo había mandado la información cuando todavía estaban buscando a Martina. El periodo de tiempo era lo suficientemente amplio para dar lugar al error, porque pensaban que se había operado entre tres y cinco años antes, así que había mucha gente a la que tener en cuenta. Pero, con todo, una reasignación de género tampoco es una operación muy común. Y como indicaban la altura, el grupo sanguíneo, el color de ojos y otros detalles sobre su historial médico, la probabilidad de que hubieran acertado era bastante alta. Con todo, Helen se sintió nerviosa mientras la llevaban al despacho del director de la clínica. Se estaba jugando mucho.

El director, un cirujano con unas manos sorprendentemente peludas, quería asegurarse de que la clínica no parecería relacionada con «el asesinato de esa prostituta», según sus palabras textuales, y Helen tuvo que esforzarse para que colaborara, pero, cuando le recordó que en un caso tan serio como ese era obligatorio cooperar con la policía, su actitud cambió.

—Creo que podremos servirles de ayuda —dijo sacando un informe—. Un hombre joven, en la veintena, acudió a nosotros hace cinco años. Estaba claro que lo había pasado mal, física y mentalmente. Le aconsejamos que siguiera una terapia para que afrontara su situación antes de someterse a una operación y también le sugerimos que redujera la lista de operaciones adicionales. Al final conseguimos que renunciara a un par de cosas, pero eso fue todo. Estaba muy convencido de que quería hacerse un cambio radical. Además de la reasignación de género, también se aumentó los glúteos, se tonificó los brazos y las piernas y se hizo la cirugía facial.

—¿Qué tipo de cirugía?

—Pómulos, labios, nariz, rellenos, un tratamiento para aclarar la piel...

—¿Cuánto le costó todo eso?

—Mucho.

—¿Tiene alguna idea de por qué se esforzó tanto para cambiar su apariencia?

—Se lo preguntamos, por supuesto. Siempre hablamos sobre todos los procedimientos para ver si son... necesarios. Pero no quiso decírnoslo. Y no podíamos obligarle.

Se había puesto a la defensiva, así que Helen decidió ir al grano. Señaló el informe:

—¿Puedo?

Se lo tendió. Tan pronto como leyó su nombre, a Helen se le formó un nudo en el estómago. La fotografía —joven, esperanzado, vivo— terminó de confirmarlo. Su pesadilla se hizo realidad.

Tenía que ver con ella. Todo el tiempo había tenido que ver con ella.

Estaba muerta. Tenía que estar muerta. No quedaba suficiente oxígeno para una mosca, así que menos para un ser humano. No tenía energía, ya no le quedaba vida en el cuerpo y apenas era consciente de lo que la rodeaba. La oscuridad la consumía. El calor era insoportable. No había aire.

Hannah intentó convencerse, pero sabía que no estaba muerta... todavía. La muerte supondría un descanso para esa espantosa tortura. Y no había alivio alguno, su sufrimiento no amainaba. La habían reducido a la categoría de un animal, revolcándose en su miseria y en sus heces.

¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había oído a Sandy? No podía recordarlo. Por Dios, si se moría todo apestaría. Las heces pudriéndose eran una cosa, pero ¿un cadáver? Si a Mickery le hubieran quedado lágrimas, se habría puesto a llorar. Pero se le habían acabado hacía tiempo. Era tan solo una cáscara. Así que se quedó tumbada esperando a que la muerte la reclamara.

Y de repente sucedió. Sin previo aviso, una luz cegadora quemó las retinas de Mickery. Gritó de dolor —como si la estuvieran enfocando con un láser— y se llevó las manos a la cara. Una ráfaga de aire frío y maravilloso le recorrió el cuerpo. Pero el alivio fue pasajero.

Alguien la estaba arrastrando. Le costó un poco identificar qué estaba ocurriendo, pero definitivamente estaba siendo arrastrada. Alguien la había agarrado con fuerza de los brazos y la estaba llevando hacia la luz. ¿La estaban rescatando? ¿Era la inspectora Grace?

Se dio un golpe contra algo metálico y gritó a causa del dolor. Las manos estaban debajo de ella, levantándola. De repente supo que eso no era ningún rescate, que la salvación no estaba ahí. La dejaron caer en un espacio pequeño y cerrado. Empezó a abrir los ojos mientras palpaba con las manos lo que tenía alrededor.

La luz todavía era demasiado brillante, pero se encontraba a la sombra de alguien, así que podía echar un vistazo sin quedarse ciega. Estaba en el maletero de un coche. Desamparada y metida en el maletero de un coche.

—Hola, Hannah. ¿Te sorprende verme?

La voz de Katherine, su secuestradora, la persona que les había torturado.

—Pues no te sorprendas. No soy una sádica, así que he decidido liberarte.

Mickery la miró, incapaz de asimilar lo que estaba diciendo.

—Pero necesito que antes hagas algo por mí.

Hannah esperó. Por muy en estado de shock emocional que estuviera, sabía que haría cualquier cosa que le pidiera Katherine. Deseaba vivir más de lo que había deseado nada antes.

Mientras el coche se ponía en marcha, Hannah sonrió. No sabía qué, pero algo había pasado. Se había librado del infierno. Merecía la pena pagar el precio, el que fuera, por eso.

No se le ocurrió preguntarse qué era lo que le había sucedido a Sandy. Por lo que a ella concernía, era como si no hubiese existido.

Dejaría algún día de reírse de ellos? Mickery y Morten eran la quinta pareja que secuestraba y la asesina todavía no había cometido ningún fallo. Sanderson, Grounds y McAndrew habían ido casa por casa esperando encontrar algún testigo. Whittaker les había proporcionado más oficiales de apoyo, pero no habían obtenido resultados. Charlie y Bridges habían pasado el día en casa de los Morten supervisando la escena del crimen, pero no habían conseguido encontrar ni una sola prueba forense. El trío había estado bebiendo champán: dos copas con restos de un sedante estaban en el suelo y el rastro de una tercera se podía ver sobre la mesa, pero esta copa y la botella de champán habían desaparecido. Charlie contestó por teléfono la llamada de un airado Whittaker y tuvo que reconocer que no tenía buenas noticias para darle.

Qué atrevimiento secuestrarlos en la propia casa de la víctima. La mujer de Sandy estaba en el extranjero visitando a unos parientes, pero aun así. ¿Acaso era imbatible? Empezaba a parecerlo. La casa de los Morten se había convertido en un sitio ruidoso y lleno de estrés: el circo de los forenses había comenzado y allí estaba su mujer —Sheila—, que se negaba a alojarse en casa de algún amigo porque indudablemente pensaba que su presencia, o por lo menos su negativa a marcharse, garantizaría de alguna manera el retorno de Sandy. No iba a servir de nada y Charlie lo sabía, pero no le podía decir eso, por supuesto. Sandy solo volvería en una bolsa para cadáveres o hecho una piltrafa, traumatizado. Todo ese ambiente resultaba muy opresivo y Charlie se apresuró a salir cuando le sobrevino otro ataque de náuseas.

Había conseguido ponerse a salvo de las miradas cuando vomitó. Un bonito recuerdo de su desayuno. Charlie se había sentido enferma todo el día, y no era solo por eso. Había algo alarmante en traer una nueva vida a este mundo tan sombrío. Steve y ella habían deseado tanto formar una familia..., pero ahora la asaltaban las dudas. ¿Qué derecho tenía a traer un niño *a este mundo*? Cuando había tanta violencia y tanta crueldad rodeándoles. Era un pensamiento muy deprimente e hizo que Charlie volviera a sentir arcadas.

Mientras se limpiaba, sonó su teléfono. Un sonido alegre, inapropiado. Se dio prisa en contestarlo.

—Charlene Brooks.

—Ayúdeme.

—¿Quién es?

Un largo silencio, una inhalación, como si quien llamaba estuviera reuniendo fuerzas para hablar, y entonces:

—Soy... Hannah Mickery.

Charlie se puso de pie. La voz se parecía. ¿Sería ella realmente?

—¿Dónde está, Hannah?

—Estoy en la calle Sutton, donde la cafetería de los bomberos. Por favor, venga rápido.

Y colgó.

Charlie se puso en marcha inmediatamente. Bridges, Sanderson y Grounds también iban de camino,

seguidos por el equipo de apoyo. Todo el mundo tenía claro que podía ser una trampa. Pero, embarazada o no, Charlie iba a ir. Cuando se acercaban a la calle Sutton, apagaron las luces y las sirenas y el equipo de apoyo rodeó la manzana para observar la situación discretamente.

Daba la impresión de que Mickery apenas podía mantenerse en pie. Tenía el pelo sucio, su abrigo rojo parecía burlarse de la palidez de su piel y estaba recostada sobre la pared. Charlie se quedó atónita ante su transformación. Se apresuró a acercarse, mirando a derecha e izquierda para detectar cualquier señal de peligro. Era raro, pero ahora que se encontraba frente a Mickery se sentía más vulnerable de lo que había esperado. Se le aparecieron imágenes del bebé creciendo dentro de su cuerpo y las espantó. Tenía que concentrarse.

Mickery se derrumbó en sus brazos. Charlie la sostuvo un momento y la examinó. Se encontraba en un estado lamentable. ¿Qué habría tenido que vivir para quedar reducida a ese estado?

Charlie llamó a una ambulancia y, mientras esperaban a que llegara, intentó sacarle todo lo que pudo a la aterrorizada psicóloga. Pero Mickery no quería hablar con ella. Era como si le hubieran dado instrucciones y estuviera decidida a seguirlas al pie de la letra. Mickery, que en otra ocasión había parecido tan arrogante, estaba muerta de miedo.

—Grace —dijo Mickery con la voz quebrada.

—¿Perdón?

—Solo hablaré con Helen Grace.

Y ese fue el final de la conversación.

Tenía el teléfono apagado, la puerta cerrada, estaba completamente a solas. El protocolo no permitía que la oficial al mando cortara toda comunicación con su equipo en un caso tan importante, pero Helen necesitaba estar a solas. Necesitaba pensar.

Había sacado su propio expediente de recursos humanos y estaba hojeando su historial, al mismo tiempo que consultaba en internet los archivos del *Southampton Evening News* y del *Frontline*, la publicación mensual de la policía de Hampshire. Estaba buscando el eslabón perdido, la prueba que demostrara de una vez por todas que la asesina la estaba buscando precisamente a ella.

Ya no le quedaba ninguna duda de que la asesina escogía a sus víctimas basándose en los éxitos policiales de Helen. Había rescatado a James Hawker (que después se convertiría en Ben Holland) de una muerte segura cuando derribó a su trastornado padre. La asesina, sin embargo, se había asegurado de que James/Ben no tuviera un final feliz. Helen había salvado a Anna y a Marie de una pandilla de potenciales pirómanos, pero la asesina también se había encargado de ellas. Martina se llamaba Matty Armstrong y trabajaba de chapero en Brighton cuando su vida había dado un vuelco. Había sido secuestrado, torturado y violado por un grupo de hombres que lo habían mantenido retenido en un sótano hasta que Helen y su compañero habían oído sus gritos por casualidad y habían echado la puerta abajo para rescatarle. Y otra vez la asesina había procurado que no sobreviviera. Mickery probablemente constituía un extra, una pequeña broma a costa de Helen —ya lo averiguarían—. Los que se quedaban fuera eran Amy y Sam. Ellos eran el eslabón perdido. ¿De qué manera estaban relacionados con Helen? ¿Qué habían hecho para llamar la atención de la asesina?

Helen había recibido menciones por los casos de James y Martina. Había una fotografía en la que aparecía ella recibiendo su certificado en un número del *Frontline* —accesible para cualquiera que tuviera un ordenador—. No había ningún elogio oficial por lo de Anna y Marie, pero la historia la había recogido el *Southampton Echo* y se citaba a Helen por su nombre. También era fácil de localizar en internet. Pero ¿dónde se encontraban Amy y Sam? Helen no recordaba ningún caso en su carrera en el que hubiese gente de su grupo de edad. No tenía sentido.

Helen había recibido otro par de menciones honoríficas, la más importante se debía a sus reflejos en un accidente de tráfico bastante grave. Pero eso había ocurrido hacía más de veinte años, antes de que Amy y Sam hubieran nacido. Frustrada, Helen hojeó los ejemplares del *Frontline* de ese año. Recordaba los detalles, pero los volvió a repasar. Cuando se dirigía a Thorpe Park, un conductor de autobús se había dormido al volante. El autobús había atravesado la mediana de una autopista cerca de Portsmouth y se había metido en dirección contraria. El conductor murió al instante, al igual que muchos de los conductores y pasajeros que se estrellaron contra el autobús. El choque provocó un incendio y muchos de los heridos habrían muerto de no ser por la valentía de un par de policías de tráfico que se acercaron al lugar del accidente. Una de esas policías era Helen. Llevaba en el cuerpo tres meses cuando sucedió. No le gustaba aquel trabajo y estaba deseosa de ascender, pero las reglas eran las reglas y tenía que cumplir con las rotaciones. Así que hizo lo que pudo. Vio algunas cosas

horribles, pero demostró su talento y su valentía ayudando a salvar a las víctimas del accidente. Junto con su compañera, Louise Tanner, logró sacar a muchos heridos de los vehículos accidentados mientras el fuego se seguía extendiendo. Poco después llegaron los bomberos y apagaron el fuego. Pero estaba claro que había sido la rápida reacción de Helen y de Louise lo que había salvado montones de vidas.

Helen y Louise fueron mencionadas en el *Frontline*, y los nombres de las víctimas se podían ver en el *Southampton Evening News* y en el *Echo*, pero no se nombraba a los supervivientes. La gente estaba más interesada en la tragedia de los que habían muerto. Helen se arrellanó en la silla. Otro callejón sin salida. ¿Eran Amy y Sam víctimas por casualidad? Quizás, pero la asesina había sido tan concienzuda buscando a los otros que lo más probable era que hubiera alguna conexión.

Helen se puso a hojear las hemerotecas de los periódicos nacionales, ya que muchos de los que habían muerto en el accidente eran turistas que habían llegado en el ferry a Portsmouth para empezar sus vacaciones. Miró lo que habían escrito el *Guardian*, *The Times*, el *Mail*, el *Express*, el *Sun*, el *Mirror*, el *Star*..., nada interesante.

Estaba a punto de abandonar cuando se dio cuenta de que todavía le quedaba uno. El *Today* era un periódico de segunda, pero se especializó en ese tipo de asuntos cuando lanzó una tirada nacional, así que decidió mirar lo que había publicado aquel aciago día.

Y ahí fue donde lo encontró. En las páginas que cubrían el accidente se veía la foto de una joven policía ayudando a una mujer. La foto debía de ser obra de algún curioso que después se la habría vendido al periódico, porque no llevaba la firma del fotógrafo. Por eso ningún otro periódico la había publicado y ese era el motivo de que fuera la primera vez que Helen veía esa fotografía.

Era una buena fotografía y a Helen le aclaró todo. Su cara se veía perfectamente y también la de la mujer a la que estaba ayudando. De repente todo cobraba sentido.

Helen pulsó el timbre y lo mantuvo apretado. Ya era tarde y no la iban a recibir muy bien, pero tenía que hacerlo. Diane Anderson, hostil al principio, le abrió la puerta a Helen cuando se dio cuenta de que no se iba a ir a ninguna parte. Ella —y toda la familia— ya habían sufrido bastante los cotilleos de los vecinos por la gente que entraba y salía a horas extrañas de su casa. No quería darles más motivos.

—Voy a llamar a Richard —dijo Diane mientras se encaminaba a las escaleras. No quería soportar otro interrogatorio en solitario.

—Antes de que lo haga, me gustaría que le echara un vistazo a esto.

Helen sacó una copia impresa de la fotografía del *Today* que había encontrado antes en la comisaría. Diane se detuvo, irritada, y volvió al salón para coger el folio que le tendía Helen. Nada más verlo, su enfado dio paso a la sorpresa.

—¿Reconoce a las personas que salen en la foto? —preguntó Helen, que no tenía tiempo que perder con preámbulos.

Diane se quedó callada. La sorpresa estaba dando paso a la ansiedad. Richard estaba en casa y podía bajar en cualquier momento.

—¿Y bien?

—Soy yo —masculló como respuesta.

—Así que usted y yo sí que nos habíamos conocido antes.

Diane asintió mirando al suelo.

—¿Lo sabía? Cuando vine aquí después de que Amy..., después de que Sam muriera, ¿era consciente de que ya nos habíamos visto?

—Al principio no. Había pasado mucho tiempo. Pero después... me sonaba..., no estaba segura.

—¿Por qué coño no dijo nada? —La ira de Helen se estaba haciendo más visible.

—¿Qué importa, por el amor de Dios? ¿Qué tiene que ver esto con nada?

—Importa porque la vincula con la policía... y conmigo en particular. ¿Por qué no dijo nada?

Diane negó con la cabeza, era evidente que no quería explicarlo.

—Necesito saberlo, Diane. Si me ayuda, le prometo que encontraremos a la asesina de Sam, pero si no...

Diane reprimió un sollozo y después miró hacia las escaleras. No había señales de Richard, todavía.

—Aquel día no estaba con Richard. Volvía de Salisbury con otra persona.

Helen empezó a comprenderlo todo.

—¿Su amante?

Diane asintió; las lágrimas ya estaban cayendo copiosamente.

—Había ido a verle porque..., porque estaba embarazada. Era suyo. Amy fue..., es suya. Quería que dejara a Richard y me fuera con él..., pero... tuvimos ese accidente en el camino de vuelta.

Murió. Al principio no podía salir, tenía los pies atrapados, pensé que iba a morir quemada, pero...

—Yo la saqué de allí.

Helen volvió a mirar la foto. Si te fijabas, se veía un abultamiento en su vientre. Helen había salvado la vida a Diane, pero lo más importante era que había salvado la vida de Amy. Esa idea la descompuso, la asesina resultaba que era todavía más retorcida de lo que pensaban.

—¿De qué va todo esto? ¿Por qué quiere saber lo que sucedió aquel día?

La pregunta del millón.

—No se lo puedo decir ahora mismo, Diane, pero estamos mucho más cerca que antes de averiguar por qué Amy fue secuestrada. Le contaré más en el momento en que lo sepa. Pero debo pedirle que por ahora no revele a nadie los detalles de esta conversación.

Diane asintió, no le suponía ningún problema callárselos.

—Cogeremos a la asesina de Sam —continuó explicando Helen— y Amy obtendrá la justicia que merece. Tiene mi palabra. En cuanto al resto, es problema suyo. No tengo ningún interés en destruir el matrimonio de nadie.

Diane la acompañó a la puerta. Helen sacó el teléfono nada más salir. Tenía varios mensajes de Charlie. Cuando consiguió hablar con ella, la pusieron al tanto de lo que estaba pasando con Mickery. El juego se estaba volviendo cada vez más extraño y Helen tenía la sensación de que todo estaba llegando a un final planificado. Se había encontrado con muy mala gente en todo el tiempo que llevaba trabajando para la policía y su cerebro empezó a repasarlos buscando desesperadamente quién podría estar detrás.

—Voy para allá, Charlie, pero antes necesito que hagas algo por mí.

—Dime, jefa.

—Necesito que localices a una tal Louise Tanner.

Hannah Mickery nunca se había mordido las uñas. Pero ahora había llegado casi hasta el hueso. Realmente resultaba irónico. Una gran parte de su trabajo había consistido en convertir a los que se tiraban del pelo y a los que se mordían las uñas en seres humanos racionales y tranquilos. Si la vieran ahora... Una idiota balbuceante, todo su autocontrol echado a perder por culpa de lo que había pasado.

¿Dónde estaba Grace? La espera se estaba convirtiendo en una tortura. Cuando había hecho el trato con la secuestradora, todo le había parecido muy sencillo. Haría lo que le habían dicho y después quedaría libre. Era curioso pensar que en los momentos después de cerrar el acuerdo se había imaginado una vida más allá del miedo y la angustia. Una vida en la que podría utilizar para bien su sufrimiento y en concreto su propia recuperación. Para ayudar a otros. Para ayudarse a sí misma.

Ahora todo eso le parecía una chorrada. Un capricho propio de una mente que no funcionaba bien. ¿Y si no le dejaban ver a Grace? ¿Y si no podía cumplir lo prometido? La tortura no se había acabado todavía.

De repente Grace entró en la habitación. Mickery se alegró, aunque estaba claro que a Grace le había sorprendido el aspecto de Hannah. Estaba intentando disimularlo, pero Mickery se sentía como un animal exótico y repulsivo al que contemplaban desde detrás del cristal de un terrario.

Helen, por su parte, estaba atónita. Mickery, quien en encuentros previos le había parecido una mujer muy serena, se parecía a una de las vagabundas con problemas mentales que hacían cola en los comedores de beneficencia. Mujeres sin hogar a las que la vida ha golpeado tan duramente que ya se han quedado totalmente trastornadas.

—No quiero que se quede aquí —soltó Mickery mirando de manera acusadora a Charlie.

—Brooks necesita estar porque el reglamento señala...

—No puede estar aquí. Por favor.

Había un tono de súplica en su voz y las lágrimas amenazaban con brotar. Todo su cuerpo parecía estar temblando. En cuanto Helen hizo un gesto, Charlie salió de la habitación.

—¿Qué te ha ocurrido, Hannah? ¿Puedes contármelo?

—Ya sabes lo que me ha pasado.

—Puedo adivinarlo, pero quiero que me lo cuentes con tus palabras.

Mickery negó con la cabeza y miró al suelo.

—No estás arrestada y no tengo intención de acusarte de nada que te hayan obligado a hacer. Si has matado a Sandy..., entonces dime dónde...

—Sandy no está muerto —la interrumpió Mickery— o por lo menos creo que no. Y yo no le he hecho nada.

—¿Y dónde está? A lo mejor podemos localizarle...

—No lo sé. Estábamos en un contenedor de metal, uno de los que se usan para transporte marítimo, creo. Pude oler el mar cuando me sacaron.

—¿Quién te sacó?

—Ella. Katherine.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Te sacó y te soltó a pesar de que Sandy seguía vivo?

Mickery asintió.

—La pistola no tenía balas. Su intención no era que muriéramos. Fue una puta broma.

Helen se reclinó en la silla, asimilando las novedades.

—¿Por qué, Hannah? ¿Por qué te dejó libre?

—Porque quería que te diera un mensaje.

—¿Un mensaje?

—Tenía que ponerme en contacto con Brooks, pero hablar contigo. Solo contigo.

—¿Y cuál es ese mensaje?

—Felicidades.

Helen esperó, pero Hannah no dijo nada más.

—¿Eso es todo?

Mickery asintió.

—Felicidades —volvió a decir.

No había ninguna forma de que no entregara el mensaje, pensó Helen.

—¿Qué significa? —La pregunta de Mickery estaba teñida de angustia. Como si la respuesta de Helen pudiera dar sentido a todo aquello por lo que había pasado.

—Significa que nos estamos acercando.

—¿Quién es?

Helen se calló. ¿Qué le podía decir?

—No estoy segura, Hannah. Todavía no.

Hannah resopló, la incredulidad se reflejaba claramente en su rostro.

—¿Y qué se supone que puedo hacer mientras seguís jugando a policías y ladrones?

—Te podemos ofrecer un lugar seguro y protección personal, si eso es lo que...

—No os molestéis.

—Lo digo en serio, Hannah, podemos cuidar...

—¿Crees que la podréis detener? No se dejará atrapar. Va a salir victoriosa. ¿No te das cuenta?

Los ojos de Mickery refulgían. Parecía completamente trastornada.

—Déjame que llame a un médico, Hannah. De verdad, creo...

—Espero que puedas dormir por las noches. —Mickery la agarró con fuerza del brazo—. No sé qué has hecho, pero espero que puedas dormir con la conciencia tranquila.

Helen salió de la sala de interrogatorios para ir a buscar al servicio médico de la comisaría; las palabras de Mickery todavía resonaban en sus oídos. Su acusación era tan profética como inquietante. Helen estaba tan concentrada pensando en ello que no se dio cuenta de que alguien la estaba llamando.

Whittaker. Debería haberlo supuesto. Helen se maldijo por no tener una estrategia preparada para una situación tan delicada.

—¿Cómo está? ¿Has conseguido que te contara algo?

Su voz era estrictamente profesional, pero Helen podía notar que estaba tenso. Era un buen

político y un buen actor, pero estaba inquieto. No tenía ni idea de en qué estado se encontraba Mickery ni de lo que andaba diciendo. Podía destruir su carrera con un par de frases.

—Está mal, señor. Pero está aguantando y coopera.

—Bien, bien. —No muy convincentemente, pensó Helen—. ¿Y el abogado? —continuó Whittaker—. ¿Está...?

—Todavía no estamos seguros. Por lo que parece, puede que esta vez haya dejado vivir a los dos.

Eso le desconcertó.

—Bueno, tenme al corriente. No vamos a poder mantener esto en secreto mucho más tiempo, así que...

Según decía esas palabras, se fue. ¿Y entonces? Helen sabía que no tenía mucho donde escoger. Era difícil encontrar un lugar discreto en la comisaría, algún sitio donde poder hablar libremente. Pero había uno, detrás de los cubos de basura de la cafetería. Así que se dirigió allí y llamó al departamento de Anticorrupción.

—Lo que os voy a contar no tiene que salir de esta habitación, ¿de acuerdo?

Helen había vuelto a la sala de interrogatorios. Charlie, Bridges, Grounds, Sanderson, McAndrew, todos ellos habían sido convocados a una reunión y escuchaban expectantes. Asintieron como respuesta a la pregunta de Helen y esperaron en silencio.

—Por ahora nuestra asesina ha secuestrado a cinco parejas. Todas ellas tienen alguna conexión conmigo.

El equipo reaccionó, pero nadie se habría atrevido a interrumpir a Helen cuando se encontraba en ese estado de ánimo, así que siguió hablando.

—Marie y Anna Storey. Ayudé a salvarlas de una pandilla. Ben Holland, nacido como James Hawker, estaba a punto de ser asesinado por su padre, en pleno ataque psicótico, cuando intervine. Martina, la prostituta, era de hecho Matty Armstrong, un chapero que fue secuestrado y violado a diario por una banda hasta que mi compañero y yo le rescatamos.

Un murmullo del equipo.

—Diane Anderson, que por aquel entonces estaba embarazada, estuvo en un accidente cerca de Portsmouth. Louise Tanner y yo éramos agentes de circulación y ayudé a salvarla a ella y a su bebé nonato, Amy. Diane no lo había contado antes porque ese día no iba en el coche con su marido..., pero ahora sí lo ha admitido.

—¿Y Mickery? —Alguien se había atrevido por fin a hacer una pregunta. McAndrew había sido el valiente.

—Mickery y Sandy han sido un extra. Una broma que nos ha gastado, a nosotros y a ellos. La asesina debió de pensar que no estábamos averiguando quién era todo lo rápido que quería, así que nos ha mandado un mensaje. Soltó a Mickery con la condición de que me buscara y me dijera lo siguiente: «Felicidades».

La palabra se quedó flotando en el aire. Nadie se atrevió a responder.

—Recibí menciones oficiales en todas las ocasiones que os acabo de relatar menos en una. Nuestra asesina ha buscado meticulosamente a gente a la que yo ayudé y se ha propuesto destruirla. No le importa mucho si son los que matan o los que mueren. De todos modos les ha arruinado la vida. Disfruta no sabiéndolo, eso añade un elemento sorpresa al espectáculo.

La pregunta obvia era «¿Quién es la asesina?», así que a Helen le impresionó la intervención de Charlie:

—¿Alguna vez has recibido otras menciones oficiales?

Otro murmullo del equipo y Helen contestó:

—Sí, una. Con una joven australiana llamada Stephanie Bines. Estaba trabajando como camarera en Southampton. Presenció un tiroteo cerca del puerto y testificó. Después intentaron asesinarla. La protegimos aquel día y la gente a la que arrestamos fue decisiva para meter a toda una banda de criminales en la cárcel. Ya he mandado a la policía a la última dirección que tenemos de ella, pero quiero que dos de vosotros os pongáis con este asunto ahora mismo. Tú no, Charlie.

Charlie se sentó mientras Helen nombraba a otros dos miembros del equipo. Después Helen fue a hablar con ella en un aparte.

—Quiero que hagas otra cosa por mí y quiero que lo hagas tan discretamente como te sea posible. ¿Me has entendido?

Charlie asintió.

—Louise Tanner estaba trabajando conmigo el día que rescatamos a Diane Anderson del accidente. —Helen dudó, ¿estaba actuando correctamente? Después continuó—: No..., después de eso no lo llevó muy bien. Nunca volvió a ser la misma y poco después desapareció por completo. Quiero que averigües todo lo que puedas acerca de dónde está y qué ha hecho últimamente, y que solo me lo cuentes a mí, ¿vale?

—Por supuesto, jefa. Me pongo a ello.

—Pero antes de que te vayas necesito contarte otra cosa. Vamos a tener una situación muy difícil por aquí en breve y voy a necesitar que me ayudes a controlarla.

—¿A qué te refieres?

—Mark es inocente. No fue él quien nos vendió.

Charlie la miró boquiabierto. Le había destrozado la vida ¿y se había equivocado?

—Sé quién nos traicionó. Y va a sacudir este lugar de arriba abajo. Te necesito a mi lado para que todo el mundo esté tranquilo y concentrado en lo que hay que hacer. La corrupción es un tema importante, pero tenemos que atrapar a una asesina. Suceda lo que suceda, quiero que sigamos hasta que el trabajo esté terminado. ¿Puedo confiar en ti?

—Al cien por cien.

Helen supo que era cierto. Este caso estaba resultando ser una pesadilla y lo peor estaba por llegar. Pero Charlie había demostrado su valía durante toda la investigación y Helen estaba satisfecha porque seguiría por allí cuando todo terminara.

Por eso se sentía mal, porque la estaba enviando detrás de un señuelo a propósito.

El látigo atravesó el aire y golpeó el cuerpo de la mujer al encontrar su objetivo. Ella se sacudió y arqueó el cuerpo saboreando el dolor, dejando que la recorriera. El inevitable escozor tomó el relevo y su cuerpo se empezó a relajar. Ya llevaba quince latigazos y estaba empezando a cansarse, pero dijo:

—Otra vez.

Jake obedeció, pero sabía que ya era hora de terminar la sesión. Lo había disfrutado —era casi como en los viejos tiempos— y, si eran listos, lo dejarían cuando todavía iba bien.

—Una más.

Jake levantó el látigo con alivio, dejándolo caer con un poco más de fuerza y velocidad de la acostumbrada. Ella gruñó, un gruñido feliz, de satisfacción. Jake se preguntó si habría cambiado. ¿Estaba empezando a excitarse sexualmente con el dolor que le causaba su castigo? La mayoría de las mujeres a las que trataba se masturbaban delante de él sin vergüenza alguna, llevadas al borde del orgasmo por los crueles y deliciosos latigazos que les administraba. ¿Se lo permitiría ella? ¿Podía él proporcionárselo?

Jake cada vez pasaba más tiempo pensando en ella. Siempre le había despertado curiosidad, pero después de la pelea y la reconciliación le resultaba muy difícil renunciar a comprender su mecanismo interno. ¿Por qué se odiaba tanto? En su mente había ensayado una docena de maneras de sacar el tema, pero al final la pregunta simplemente surgió, sorprendiendo a ambos:

—Antes de que te vayas, ¿hay algo de lo que quieras hablar?

Ella se detuvo y le examinó con extrañeza.

—Quiero decir..., ya sabes que todo lo que pasa aquí es privado, así que, si necesitas hablar, no tienes de qué preocuparte. Lo que se cuenta aquí no sale de esta habitación.

—¿Y de qué iba a querer hablar? —Tenía curiosidad, pero no se iba a comprometer.

—Pues de ti, supongo.

—¿Y por qué querría hacer eso?

—A lo mejor porque lo deseas. Porque te sientes cómoda aquí. A lo mejor este es el sitio ideal para que me digas cómo te sientes.

—¿Cómo me siento?

—Sí. Cómo te sientes cuando vienes. Y cómo te sientes cuando sales.

Le miró de un modo extraño, recogió sus cosas y dijo:

—Disculpa, no tengo tiempo para esto.

Y se dirigió a la puerta. Jake avanzó un paso bloqueándole la salida.

—Por favor, no me malinterpretes. No quiero cotillear y por supuesto no quiero hacerte daño. Solo quiero saber cómo te puedo ayudar.

—¿Ayudarme?

—Sí, ayudarte. Eres una persona fuerte y buena que tiene mucho que dar al mundo, pero te odias a

ti misma y eso carece de sentido. Así que, por favor, déjame ayudarte. No tienes motivos para tratarte así y, a lo mejor, si me contaras...

Dejó de hablar cuando se dio cuenta de la mirada de odio que le estaba dirigiendo. Era una mezcla de ira, resentimiento y decepción.

—Que te den, Jake.

Y tras decir esas palabras le apartó de su camino y se fue. Jake se dejó caer en la silla; había manejado muy mal la situación y ahora se enfrentaba a las consecuencias. Tenía la certeza de que no volvería a ver nunca a Helen Grace.

Todo el mundo tiene su propio límite. La línea que no se debe cruzar. Yo no era diferente. Si el estúpido cabrón hubiese sido un poco sensato, nada de esto habría pasado. Pero era imbécil y avaricioso, y por eso decidí matarle.

Yo ya estaba hecha un desastre para aquel entonces. Me había rendido, ya sabía que lo que me había tocado era que me hicieran daño y que después me tiraran a la basura. Ya me había resignado, después de todo eso también les pasaba al resto de chicas que conocía. Ninguna de ellas conseguía salir. Mira a mi madre: una jodida vergüenza de madre. Era su esclava, su saco de boxeo, pero lo peor de todo es que era su cómplice. Sabía lo que me estaba haciendo. Lo que Jimmy y el resto me seguían haciendo. Pero no hizo nada. Lo ignoró y siguió con su vida. Si él la hubiera echado de casa, lo más probable es que se hubiese muerto en la calle, nadie la habría acogido. Así que optó por el camino fácil. Lo cierto es que la odiaba más a ella que a él.

Por lo menos eso es lo que pensaba hasta aquel día. Cuando le vi entrar en nuestra habitación y vacilar. Normalmente entraba y se servía; le gustaba que el asunto fuera breve y violento. Pero aquel día se detuvo y, por primera vez, su mirada se dirigió a la litera de arriba.

Sabía lo que eso significaba, las ideas malvadas que se le estaban pasando por la cabeza. Extrañamente, se dio la vuelta y salió del cuarto. A lo mejor todavía no estaba preparado. Pero yo sabía que era solo una cuestión de tiempo. Y en ese instante me decidí.

Decidí en ese lugar y en ese momento que iba a matar a ese hijo de puta.

Y lo que es más, iba a disfrutar haciéndolo.

No es difícil. ¿Quieres que te enseñe cómo hacerlo?

Simon Ashworth tenía buena cara por primera vez desde hacía días. Al esconderse en la casa de Helen, se había convertido en una criatura nerviosa y permanentemente sobresaltada; comía poco y fumaba mucho. Pero ahora que Helen tenía trabajo para él —un trabajo de investigación policial de verdad— se había animado. Le encantaba demostrar sus conocimientos técnicos y Helen se lo había servido en bandeja.

Le había sorprendido que volviera al piso tan pronto. Había entrado y le había empezado a preguntar cosas, sin interesarse por cómo estaba ni contarle cómo iban con lo de Whittaker. Parecía nerviosa, distraída, y mientras le iba poniendo al día con los detalles de la investigación, pudo ver la razón. Lo fue asimilando, pero era bastante sobrecogedor. Aunque estaba claro que habían progresado algo. La inspectora Grace ya había averiguado cómo seleccionaba la asesina a las víctimas, ahora quería saber cómo actuaba. ¿Cómo había logrado conocer tan bien los movimientos de las víctimas como para poder llegar en el momento justo, ofrecerse a llevarlas y terminar secuestrándolas?

Algunos, como las reuniones semanales de Ben Holland, los podía adivinar fácilmente cualquiera que le observara. Y Marie y Anna nunca abandonaban el piso. Pero ¿qué pasaba con Amy? ¿Y con Martina? Sus idas y venidas eran impulsivas e impredecibles. ¿Cómo podía leerles la mente?

—Eso suponiendo que no lo hubieran escrito antes en redes sociales o algo así. La mejor manera de saberlo es piratear sus medios de comunicación —empezó a decir Simon.

Por una vez, Helen se había quedado callada y Simon disfrutó de su breve sensación de poder.

—Piratear un teléfono es difícil porque debes tenerlo en tus manos e introducirle un chip. Es posible, pero es arriesgado. Es mucho más fácil meterse en su cuenta de correo electrónico.

—¿Cómo?

—Lo primero es ir a su Facebook o una página similar que contenga información sobre ellos. Normalmente puedes conseguir su dirección de mail ahí mismo (Gmail, Hotmail, lo que sea) y mucha información acerca de su familia, su fecha de nacimiento, su lugar favorito para irse de vacaciones, etcétera. Después llamas al servicio de atención al cliente y les dices que no puedes entrar en tu correo electrónico porque se te ha olvidado la contraseña. Te hacen unas cuantas preguntas para asegurarse (el apellido de tu madre, el nombre de tu mascota, alguna fecha significativa, tu lugar favorito) y deberías poder contestar a la mayoría de las preguntas si has hecho bien tus deberes. Entonces te dicen la contraseña y te preguntan si quieres conservarla o cambiarla. Les dices que dejen la misma, de manera que el propietario del correo no se entera, lo que significa que ahora puedes acceder a todos sus e-mails desde tu propio ordenador. Es fácil.

—¿Y podríamos saber si han entrado en la cuenta de alguien desde algún otro sitio?

—Sí. La compañía puede decírtelo, si les convences para que lo hagan. Se muestran un poco reacios, pero si les dices que estás investigando un asesinato, colaborarán.

Helen le dio las gracias a Simon y volvió a la comisaría. Había demostrado que era imprescindible para la investigación de un modo que ni siquiera habría podido imaginar. Amy le había mandado un correo electrónico a su madre con todos los detalles acerca de cómo iban a volver a casa. ¿Lo habría leído la asesina? Asimismo, Martina había escrito a su hermana —la única persona de su vida anterior con la que se mantenía en contacto— preguntándole si podía hacerle una visita para salir de Southampton unos días. ¿Era así como la asesina había localizado a Matty? Y por eso «Cyn» las había secuestrado cuando lo hizo, porque temía que si Matty/Martina se iba a Londres la perdería.

Tenía más preguntas que respuestas, pero Helen finalmente presentía que se estaba acercando a la verdad.

Aléjate de mí.

Mickery había dicho esa frase en tono amenazador, pero Whittaker no le hizo caso y se acercó a ella.

—Si me pones un solo dedo encima, empezaré a gritar hasta que venga todo el mundo.

Había pasado la noche en los servicios médicos de la comisaría. Así podría descansar al tiempo que la vigilaban. El agente novato del turno de noche no había pensado nada raro cuando el superintendente de la policía le había dado permiso para que se fuese a fumar un cigarro. Solo le pareció que era un buen tipo. Whittaker sabía que tenía cinco minutos como mucho y quería aprovecharlos.

—Necesito saber qué vas a hacer.

—Lo digo en serio. No te acerques.

—Por el amor de Dios, Hannah, no te voy a hacer daño. Soy yo, Michael.

Intentó tocarla, consolarla, pero ella se apartó bruscamente.

—Esto es por tu culpa. Todo esto es por tu...

—No digas tonterías. Tú fuiste la que se acercó.

—¿Por qué no me encontraste?

Le sorprendió descubrir vulnerabilidad en su voz.

—Estaba en el infierno, Mike. ¿Por qué no me encontraste?

De repente se le pasó el enfado y se compadeció. Sintió un nudo en la garganta, una tristeza repentina. Había conocido a Hannah por primera vez después del tiroteo que acabó con su carrera como policía de calle. Ella era su psicóloga, le había curado y se habían enamorado. La había mantenido en secreto porque no quería que se supiera que estaba siguiendo una terapia, pero sus sentimientos hacia ella eran sinceros.

—Lo intentamos, Hannah, por Dios que lo intentamos. Hicimos todo lo que pudimos. Todos los agentes que pude mandar sin despertar sospe...

Hannah le miró.

—¿Sin tener que contarlo?

Lo dijo con amargura.

—Lo intenté, créeme. De verdad, de verdad que lo intenté. Pero no habías dejado ningún rastro. Ni tú ni Sandy. Habíais desaparecido de la faz de la tierra. No sé si la asesina es humana... o es un puñetero fantasma. Pero no pudimos dar con ella. Lo siento, lo siento mucho. Si hubiera podido cambiarme por ti, lo hubiese hecho, créeme.

—No digas eso. Ni te atrevas a decirlo.

—¿Qué quieres que diga?

La pregunta flotó en el aire. Whittaker sabía que solo le quedaban unos segundos; todo le invitaba a marcharse.

—Quiero que me digas que nunca sucedió. Querría no haberte conocido nunca. Querría no haberme enamorado de ti. Querría que no me hubieras contado lo de la asesina. Quiero que todo desaparezca. Ojalá no estuviese aquí. Ojalá no existiese.

Whittaker se quedó mirándola, se ahogaba en el torrente de su desesperación.

—Pero no te preocupes. No les voy a contar nada de ti. Me voy a quedar callada. Voy a hacer lo que se me ha ordenado y entonces quizás siga viviendo.

Se volvió a meter en la cama y dirigió la mirada hacia la pared.

—Gracias, Hannah.

Era de lo más inadecuado, pero se le acababa el tiempo, así que Whittaker salió de la habitación. Un momento después, el oficial encargado de vigilarla reapareció apestando a tabaco barato y Whittaker le dio una palmada en la espalda y se fue. De vuelta al despacho, Whittaker respiró hondo. El plan original había sido retirarse con todo ese dinero en el banco. Eso ya se había ido a la mierda, pero por lo menos se había salvado. Todo había ido mal, muy mal, pero él iba a estar bien. Había permanecido despierto toda la noche y estaba agotado, pero cuando el sol empezó a asomar Whittaker sintió una oleada de energía y optimismo.

Y entonces fue cuando llamaron a la puerta. Antes de que respondiera, Helen entró acompañada de dos oficiales de Anticorrupción.

Stephanie Bines no aparecía por ninguna parte. Los trabajadores itinerantes eran difíciles de localizar, especialmente aquellos que trabajaban en hostelería. Es una profesión promiscua, en la que la promesa de algo más de dinero hace que la gente se cambie todo el tiempo. Stephanie Bines había trabajado en la mayoría de los bares de Southampton. Era atractiva y divertida, pero también caprichosa y temperamental. Nadie la había visto en una temporada.

Después del juicio, había pensado en volver a casa, pero se había ido de Australia por un motivo y la idea de volver con el rabo entre las piernas —sin dinero y sin novio— no la convencía. Así que iba y volvía de Southampton a Portsmouth y seguía haciendo lo mismo que había hecho antes: trabajar, beber, follar y dormir. Era un trozo de madera a la deriva que había arribado a la costa.

No había nadie en su última dirección conocida. Sanderson había ido allí, pero era un alojamiento temporal, de esos que se alquilan por semanas, y no habían visto a Stephanie desde hacía mucho tiempo. El dueño, que desconfiaba de la policía y de lo que pudiera descubrir en esas habitaciones tan baratas, no estaba muy dispuesto a colaborar, así que les pidió una orden de registro antes de abrir la puerta de la habitación. Se apresuraron a solicitarla, pero iba a tardar algún tiempo. Así que siguieron buscando por las discotecas y los bares del centro, los hospitales, las compañías de taxis y todo lo que se les ocurrió. Pero no había ni rastro.

Había desaparecido.

Whittaker miró fijamente a Helen. Los dos permanecían callados mientras Anticorrupción detallaba las acusaciones que se le hacían, pero Helen sentía que él de todas maneras la estaba interrogando. La mirada de Whittaker se le clavaba en la cabeza como si quisiera leerle el pensamiento.

—Tengo que decir que esto me sorprende, Helen. Pensaba que tenías más sentido común.

El agente Lethbridge de Anticorrupción se detuvo, sorprendido por que le hubieran interrumpido.

—Creía que ya habíamos aclarado esto —continuó Whittaker— y ahora me lo encuentro otra vez en la mesa. No tengo que recordarte que hay una investigación en marcha a la que deberías estar prestando toda tu atención.

Helen se negó a apartar los ojos, se negó a sentirse intimidada. Lethbridge volvió a empezar, pero Whittaker siguió hablando, sin hacerle caso.

—Solo puedo suponer que esto tiene algo que ver con tu ambición. A lo mejor piensas que no estás ascendiendo tan rápido como deberías. A lo mejor crees que la promoción que te ofrecí, convirtiéndote en la inspectora más joven que jamás haya tenido esta comisaría, no fue una recompensa suficiente. Pues déjame que te diga algo: clavarles un puñal por la espalda a tus superiores no es una forma adecuada de ascender. Como estás a punto de descubrir.

No apartó la mirada de ella ni un solo instante. Helen fue la primera en ceder; una punzada de arrepentimiento, de culpa, aunque no tenía ni idea de por qué se sentía culpable. Eso era muy propio de Whittaker: recordarle lo que le debía y al mismo tiempo amenazarla de manera indirecta. Ponía mucho cuidado en no pasarse de la raya, y aun así intimidar y neutralizar a cualquiera que le atacara. Era cierto que Whittaker se había «fijado» en ella, la había escogido como una policía prometedor y la había ayudado a que fuera nombrada inspectora. Y ella le había traicionado. Pero lo que había hecho era tan terrible —no solo su relación con Mickery y haberle pasado información confidencial, sino haber echado las culpas a Mark y a Simon Ashworth— que en realidad no podía sentir más que desprecio por él.

Helen se alegró cuando el interrogatorio se acabó a los veinte minutos. Tendrían que volver a reunirse con el representante de la policía y con el abogado de Whittaker, y Helen estaría excluida del proceso a partir de entonces. Whittaker no había dicho nada importante y había negado todas las acusaciones. ¿Lo reconocería alguna vez?

Había demasiado humo para que no hubiera fuego en alguna parte. Charlie parecía inocente. Jurando por lo más sagrado, Mark también había sido muy convincente. Y Simon Ashworth había sido muy meticuloso al contar lo que había pasado. Todo apuntaba a que Whittaker era el culpable. Pero Helen sabía que los jefes muy pocas veces eran acusados públicamente. Y en este caso era todavía más improbable, dado que la investigación que se había visto perjudicada era tan extraordinaria. Los casos de corrupción se alargaban durante meses, tal vez años, y siempre a puerta cerrada. Podía apostar que al final le dejarían retirarse anticipadamente, sin recriminación ni ningún

castigo. Helen odiaba toda la política que rodeaba estos casos.

El proceso tardaría un tiempo, pero había dos cosas que ya estaban claras. Primero, que Helen sería la sustituta de Whittaker. Y segundo, que quería que Mark volviera a su equipo.

Helen respiró hondo y llamó a su puerta. Esto no iba a ser fácil, pero no tenía tiempo que perder. Charlie todavía estaba buscando a Louise Tanner, no había ninguna pista de Stephanie Bines y no se encontraban cerca de acabar con esta pesadilla. Necesitaba a los mejores a su lado.

—Venga, venga —masculló Helen mientras acercaba la oreja para ver si oía algo. Pasó un minuto. Después otro. Estaba a punto de darse por vencida e irse, cuando oyó que alguien trasteaba con la cerradura. Se abrió la puerta y allí estaba Mark. O por lo menos lo que quedaba de él.

Estaba hecho un desastre. Sin afeitarse, con los ojos rojos y tambaleándose. Un borracho sin nada —ni nadie— que le mandara parar. Llevaba puesto un chándal, pero no para hacer ejercicio. Se había rendido. Helen sintió una punzada de culpa. Se había ofrecido a salvar a Mark y le había conducido de vuelta a la botella. La miró con una mezcla de sorpresa y desprecio, así que Helen se apresuró a decir:

—Mark, hemos pasado por demasiadas cosas juntos para que no vaya al grano o te lo intente adornar, así que te lo voy a decir directamente. Sé que eres inocente de todas las cosas de las que te acusé. Sé que la he cagado a lo grande contigo. Y quiero que vuelvas a mi equipo ahora mismo. Si no tienes ganas o no te apetece estar en la misma oficina que yo, lo comprendo, pero aun así quiero encontrar una manera de que participes; eres un policía demasiado bueno como para no aprovecharlo. Me equivoqué. Pero ya he atrapado al culpable y quiero compensarte por ello.

Un silencio. Mark se había quedado boquiabierto. Entonces:

—¿Quién?

—Whittaker.

Mark silbó y después se rio. No se lo creía.

—No sabemos todavía si su relación con Mickery era de pareja o por dinero, pero estoy convencida de que fue él. Mintió sobre su coartada, obligó a otros agentes a mentir... Un desastre.

—¿Y quién le va a sustituir?

—Yo.

—Bueno, pues mi enhorabuena.

Hasta ese momento, había sido educado, pero los primeros signos de sarcasmo ya se podían detectar en su voz.

—Sé que estás enfadado, Mark. Sé que traicioné nuestra... amistad. No quería hacerte daño, pero actué así porque pensaba que era lo correcto. Solo que me equivoqué. Me equivoqué mucho. —Respiró hondo y continuó—: Pero las cosas han cambiado y te necesito de vuelta. Ahora sé que la asesina me odia a mí personalmente. Nos estamos acercando, Mark, pero necesito tu ayuda para poder resolverlo.

Resumió la situación: las víctimas, las menciones honoríficas. Mark lo fue asimilando todo, al principio de manera pasiva y después formulando preguntas, implicándose cada vez más en la narración. Helen pensó que su instinto natural se estaba despertando.

—¿Se lo has dicho al resto del equipo? Lo de que soy inocente —atacó Mark, quitándole la iniciativa a Helen.

—Charlie ya lo sabe y a los demás se lo diré esta tarde.

—Eso es lo mínimo que tiene que pasar para que empiece a reflexionar sobre todo lo que acabas de contarme.

—Por supuesto.

—Y quiero que te disculpes. Sé que no se te da muy bi...

—Lo siento, Mark. De verdad, de verdad que lo siento. No debería haber dudado de ti. Debería haber confiado en mi instinto. Pero no lo hice.

Mark se quedó mirándola, sorprendido por lo detallado de la disculpa.

—Sé que te he llevado a esta situación, pero quiero compensarte por ello. Recomponte y ayúdanos a atraparla. Por favor.

No se iba a comprometer a nada en ese momento. Helen lo sabía, aunque una parte de ella lo estaba esperando igualmente. Un perdón instantáneo siempre es lo que deseas, aunque no sea muy probable. Así que le dejó reflexionar y volvió al trabajo. ¿Era demasiado tarde para reparar el daño causado? Solo lo sabría cuando pasara el tiempo.

A Charlie Brooks no le gustaba el alcohol. Nunca le había gustado. Y los bares que abrían desde por la mañana no eran su hábitat natural. Pero estaba recorriéndolos, aventurándose en un mundo totalmente diferente al suyo, más oscuro. Hay algunos bares a los que vas para cortejar a tu posible amante. Hay otros en los que te subes a las mesas a cantar. Y hay otros a los que vas a beber hasta reventar. Todavía era pronto y el Anchor ya estaba lleno de jubilados, alcohólicos y aquellos que preferían estar allí a encontrarse solos.

A pesar de la prohibición de fumar, el olor a tabaco flotaba en el aire. Charlie se preguntó qué más pasarían por alto en ese sitio tan insalubre. El Ayuntamiento había intentado durante años cerrar los bares del puerto, pero la presión de las cerveceras era más fuerte y los bares que la vendían barata siempre tenían clientes.

La búsqueda estaba resultando desmoralizante. Había muchos antros habilitados para vender alcohol cerca del puerto de Southampton y Charlie tenía que visitarlos todos. En el momento en el que entraba en uno, todas las miradas se dirigían a ella y todos los oídos se agudizaban. A pesar de no arreglarse, era demasiado joven, demasiado atractiva para estar allí y los clientes se mostraban curiosos o, en algunos casos, a la defensiva. Nadie la recibía con los brazos abiertos y estaba empezando a perder el ánimo cuando finalmente consiguió un descanso.

Louise Tanner, o como se la conocía por esa zona, Louie, era clienta fija del Anchor. En algún momento se pasaría por allí. Todo lo que tenía que hacer era sentarse y esperar.

¿Era esto un avance? Era mejor que nada, así que Charlie se pidió una bebida y se sentó en una esquina al fondo. Desde ahí podía ver la entrada sin llamar demasiado la atención y era un buen sitio para vigilar.

Intentó imaginarse cómo sería Louise físicamente. Solo tenían una foto antigua de cuando entró en la policía y había pasado mucho tiempo. Por aquel entonces era una policía fornida, con el pelo rubio recogido en una coleta y una ligera separación entre los dientes frontales. No era muy atractiva, pero sí un personaje imponente. Su fuerza física había sido muy provechosa cuando Helen y ella tuvieron que rescatar a la gente, pero lo que sucedió después mostraba una falta de solidez mental. Nunca puedes decir cómo reaccionarás ante una experiencia traumática, pero donde Helen Grace había conseguido controlarse, o amortiguarlo, o lidiar con ello de alguna manera, Louise Tanner no lo había logrado. ¿Habían sido las brutales quemaduras de algunas de las víctimas más jóvenes? ¿Había sido el conductor aplastado entre el autobús y un bloque de cemento? ¿Había sido por el calor, el olor, el miedo o la oscuridad? Fuera lo que fuese, Louise se había esforzado por librarse de los efectos secundarios. Había asistido a terapia, había reducido su jornada y tenía todo el apoyo que le podían dar, pero al cabo de un año se dio de baja.

Los amigos y los colegas intentaron permanecer en contacto, pero Louise se empezó a mostrar cada vez más violenta y amargada. La gente decía que bebía demasiado, incluso se rumoreaba que se había convertido en una ratera de baja estofa. Y uno tras otro dejaron de hablarle, hasta que al final

no hubo nadie, ni siquiera su familia, que pudiera decir por dónde andaba. Su vida no podía haber sido peor reflejo de la de Helen, que había llegado a la cima de su profesión y ahora disfrutaba del salario y el estatus que suponía ser inspectora. Tanner, de algún modo, echaba la culpa a Helen de sus problemas, y de ahí las cartas con amenazas que de vez en cuando le enviaba a la comisaría de Southampton. Helen no le había hecho mucho caso, pero en aquel momento le resultaron muy útiles, porque el matasellos de Southampton mostraba que Tanner todavía vivía por aquella zona. Se la había visto de vez en cuando y Helen sospechaba que Louise no se apartaría mucho de lo que ya conocía. Y por eso Charlie se encontraba acunando un zumo de naranja rancio entre sus manos en la parte trasera de uno de los bares más asquerosos que jamás había visto.

El tiempo pasó lentamente. Charlie empezó a preguntarse si le habrían gastado una broma. ¿Habría avisado el dueño a Louise? A lo mejor se estaban riendo de la tonta de la policía que estaba ahí perdiendo el tiempo.

Pero entonces alguien entró. Una mujer con un anorak acolchado y unos pantalones de chándal que casi arrastraba. Estaba claro que era alguien conocido. Le echó un vistazo a su cara y vio mechones de pelo rubio. ¿Era Louise?

Se dirigió a la barra y se puso a bromear con el dueño. Un par de palabras como respuesta y se dio la vuelta para mirar a Charlie. Estaba claro que el dueño le había dicho algo y no cabía duda de que era Louise, que escudriñaba en la oscuridad de la taberna. Sus ojos se encontraron con los de Charlie, examinó brevemente la situación y después Louise Tanner se dio la vuelta y escapó.

Charlie se apresuró a ir tras ella. Louise le llevaba treinta metros de ventaja y estaba corriendo con ganas. Bajaba por las calles empedradas que se entrecruzaban, vestigios del barrio medieval, hacia la calle principal y los almacenes del puerto. Charlie redobló sus esfuerzos, aunque los pulmones le empezaban a doler. Louise no estaba en muy buena forma —corría de manera extraña, posiblemente como consecuencia de alguna lesión antigua—, pero a pesar de eso era sorprendentemente rápida, espoléada por la desesperación.

Charlie estaba a tan solo diez metros cuando Louise giró de repente hacia la derecha y se metió en el almacén 24, un depósito de cargamento procedente de Polonia donde los contenedores se apilaban hasta el techo. Charlie cambió de rumbo y se adentró en el almacén. Pero a Louise no se la veía por ningún lado.

Charlie maldijo en voz baja. Tenía que estar muy cerca, pero con todos esos caminos entre los contenedores y tantas esquinas en las que esconderse, ¿por dónde empezar? Se dirigió hacia la izquierda y después se detuvo. Escuchó atentamente. Sí, ahí estaba otra vez. Una tos ahogada. Louise era una fumadora empedernida y la carrera no podía haber mejorado su tos crónica. Rodeó el siguiente contenedor y se fue acercando poco a poco, guiada por el persistente carraspeo. Y ahí estaba, de espaldas, y Charlie podría atraparla si se acercaba un poco más.

A Charlie le quedaban diez metros cuando Louise se dio la vuelta, acorralada y salvaje. Y fue entonces cuando Charlie vio el cuchillo, una navaja pequeña pero afilada que Louise le lanzó. Charlie dio un paso atrás por puro instinto y se dio cuenta por primera vez del peligro que corrían ella y su bebé.

Louise se le estaba acercando. Charlie se apresuró a retirarse, retrocediendo al mismo tiempo que intentaba tranquilizarla:

—Solo quiero hablar contigo, Louise.

Pero la perseguida no dijo nada y se puso otra vez la capucha como para ocultar su identidad a la

que la estaba buscando. Más cerca, más cerca, los ojos de Charlie solo podían mirar a la navaja que se aproximaba.

¡Bam! Charlie se golpeó contra la pared metálica de un contenedor. Se giró y se dio cuenta demasiado tarde de que se había metido en un callejón sin salida. Solo tuvo tiempo para darse la vuelta y levantar los brazos en señal de rendición mientras Louise la agarraba del cuello y la empujaba hacia atrás. Con el cuchillo presionando la garganta de Charlie, Louise empezó a registrarla para ver si encontraba algo de valor. La furia se convirtió en asco cuando vio la placa de policía y el transmisor de radio. Los arrojó al suelo y escupió sobre ellos.

—¿Quién te envía? —gritó Louise.

—Estamos investigando...

—¿Quién te envía?

—Helen Grace..., la inspectora Grace.

Una pausa y Louise mostró una sonrisa desdentada.

—Bueno, pues le das un mensaje de mi parte.

—Claro.

Y Louise deslizó la navaja por el pecho de Charlie, muy cerca del cuello. La sangre empezó a brotar de la alargada herida, justo encima de sus pechos. Charlie entró en estado de shock antes de que la desagradable risa de Louise la trajera de vuelta al presente.

—¿No has tenido suficiente?

De repente se oyó una interferencia en el transmisor de radio de Charlie. Louise echó un vistazo alrededor, temerosa de que la interrumpieran, y Charlie dio un manotazo con el brazo izquierdo, logrando que a Louise se le cayera el cuchillo. Charlie intentó levantarse, pero el puño de Louise se le clavó en la garganta. Por un instante le pareció que le había aplastado la laringe. Se ahogaba, no podía respirar y tuvo que apoyarse en uno de los contenedores. Cuando consiguió alzar la vista, Louise ya estaba saliendo por la puerta y corriendo hacia la libertad. Charlie comenzó a perseguirla, pero se tuvo que parar de inmediato y vomitar. No podía dar un paso más.

Charlie avisó por radio para que le mandaran refuerzos y después caminó lentamente hacia la entrada del almacén. El estado de shock volvía a abrirse paso y necesitaba aire fresco. Respiró hondo, llenándose los pulmones con la brisa marina, y se empezó a encontrar mejor. Alzó los ojos y se sorprendió al ver ya a agentes de policía corriendo hacia ella. Detrás de ellos pudo ver un despliegue policial en los alrededores del almacén 1. Llevaba años sin usarse, o eso era lo que creían. Había pasado algo y mientras atendían a Charlie se lo fueron contando. Unos estudiantes que habían faltado a clase se habían encontrado esa misma mañana con un hombre de mediana edad que no estaba muerto, pero le faltaba poco; yacía comatoso en un contenedor de aguas residuales.

Habían encontrado a Sandy Morten.

El departamento de Libertad Provisional estaba situado en lo que había sido un colegio en la calle Southam. Sarah Miles, una antigua compañera de los tiempos de la academia de policía, trabajaba allí. Era a ella a quien Helen quería ver. Odiaba tener que engañar a una buena amiga, pero no tenía otra opción. No podía confiarle sus sospechas a nadie hasta estar absolutamente segura. Ya habría tiempo más tarde para dar todas las explicaciones que se necesitaran. Si existía un «más tarde», claro.

Había solicitado el expediente de Lee Jarrot, un delincuente en serie de quien Helen dijo que sospechaba que había violado los términos de la condicional. Era mentira y probablemente sería toda una jugarreta para Lee, puesto que Helen no tenía constancia de que hubiera hecho nada malo, pero esa fue la historia que contó. Mientras Sarah bajaba a por el expediente al archivo del sótano, Helen la siguió. No estaba permitido que nadie que no fuera del departamento estuviera allí, pero Helen solía acompañar a Sarah para poder charlar y ponerse al día. Estaban a medio camino de la letra J, caminando entre las hileras infinitas de expedientes, cuando Helen se dio cuenta de que se había dejado el móvil en el coche.

—He dicho que estaría disponible a cualquier hora, ¿te importa subirme el expediente?

Sarah puso los ojos en blanco, exasperada, y siguió andando. Era una mujer eficiente a la que no le gustaba perder el tiempo.

Lo que significaba que Helen tendría que moverse rápido. Volviendo sobre sus pasos, se desvió a la izquierda. Sus ojos recorrieron las estanterías, ¿dónde coño estaría la C? El taconeo de los pasos de Sarah había aminorado su ritmo. Debía de estar cerca del expediente de Jarrot.

La C. Ahí estaba. Más rápido, más rápido, Helen examinaba las carpetas. Casper, Cottrill, Crawley... Sarah ya estaba volviendo. Le quedaban solo unos segundos y... ¡al fin! En otras circunstancias habría dudado antes de tocarlo, incluso se habría sentido incómoda solo de pensarlo. Pero en ese momento Helen lo agarró y lo metió en su bolso.

Cuando Sarah llegó a la entrada, Helen la estaba esperando.

—Al final lo llevaba en el bolso. De verdad, un día de estos se me va a olvidar la cabeza.

Sarah Miles volvió a poner los ojos en blanco y empezaron a subir las escaleras. Helen suspiró aliviada.

La herida de Charlie resultó ser solo un rasguño, pero como estaba embarazada los médicos habían insistido en que se quedara más tiempo de lo normal para comprobar su estado. Por tanto, la mayoría del personal de la comisaría ya se había enterado de que estaba embarazada. Cuando entró en la oficina, la empezaron a felicitar, a preguntarle cómo se sentía, a sugerirle que se fuera a casa; pero Charlie estaba decidida a quedarse y seguir ayudando al equipo.

A la gente le impresionó su estoicismo, pero lo cierto es que el ataque de Tanner la había perturbado bastante. Solo podía pensar en su hijo, a quien había puesto en peligro de una manera tan gratuita. ¿Qué le habría podido decir a Steve si hubiera perdido el bebé que habían estado esperando tanto tiempo? Todo lo que le apetecía hacer era irse a casa, acurrucarse junto a Steve y llorar un rato. Pero Charlie sabía que el cuerpo de policía era un lugar de lo más misógino y que cualquier signo de fragilidad en una mujer —aunque estuviera justificado— sería aprovechado sin piedad por sus compañeros varones. Se la etiquetaría de débil y se la trataría del mismo modo. Y que Dios te ayudara si se te ocurría anteponer tus hijos al trabajo. Te descartarían en cuanto te clasificaran como una gallina clueca. Si querías ampliar la baja por maternidad o pedías una jornada reducida, directamente podías solicitar que te cambiaran de departamento. A nadie le caía bien la gente que solo estaba a media jornada en el campo de batalla.

No había lugar para el sentimentalismo, era todo o nada. Por eso todo el mundo respetaba a Helen Grace, porque nunca estaba fuera de servicio, nunca permitía que su vida personal interfiriera en su trabajo, era la policía perfecta. Se lo había puesto muy difícil al resto de las mujeres, había subido demasiado el nivel, pero las cosas eran como eran. Así que Charlie se quedó. Aunque estaba conmocionada, no iba a permitir que la gente la dejara de lado cuando se había esforzado tanto para estar allí.

Mark se tomó su tiempo y esperó a que la multitud se dispersara antes de acercarse a Charlie y darle un abrazo. Ella se dio cuenta de por qué se había contenido, todavía había gente que dudaba, a la que le costaría un tiempo volver a confiar en Mark, así que tampoco le haría ningún favor que estuviera el primero de la fila. «Que les den», pensó Charlie abrazando a Mark más tiempo del que era necesario. Quería mandar un mensaje al resto del equipo. A lo mejor a Mark se le pegaba algo de su buena fama y aceleraba su propia redención.

Pronto tendrían que callarse sus sospechas y tragarse sus palabras: Mickery iba a hablar. Por supuesto, se suponía que Charlie no estaba enterada de eso, pero las paredes tienen oídos y Mickery no había abandonado el servicio médico de la comisaría. Allí se sentía protegida y allí era donde había contestado a los interrogatorios de Anticorrupción. Charlie tenía bastantes amigos entre los guardias que se encargaban de vigilar a Mickery, y cada vez estaban más aburridos y con más ganas de cotillear. Le contaron lo que habían escuchado y lo que se rumoreaba era que Mickery había mantenido una relación de pareja con Whittaker después de que este hubiese utilizado sus servicios profesionales. ¿Todavía dormían juntos cuando la asesina comenzó a matar? ¿Y a quién se le ocurrió

la idea de enriquecerse a costa del caso? En realidad no importaba. Mark iba a ser absuelto, eso era lo importante.

La cuestión era cómo reaccionaría Mark cuando Helen entrara en la oficina. Si podían encontrar la forma de llevarse bien, entonces su resurgimiento estaba asegurado. Si no, tenían un problema.

Justo en ese momento entró Helen. No hizo ningún comentario acerca del regreso de Mark, pero sí reunió al equipo para repartir las tareas pendientes.

—Bueno, ya sabemos que Sandy Morten ha sufrido un infarto —empezó diciendo—. Mickery no le causó ningún daño, pero su cuerpo no pudo soportar esas condiciones. Está en la UCI luchando por sobrevivir, pero, aunque parezca increíble, ha tenido suerte. Si esos chicos no le hubiesen encontrado, tendríamos otro muerto entre manos. Los médicos creen que se recuperará. ¿Qué es lo que nos dice esto?

—Que no formaba parte del plan —contestó Bridges.

—Exacto. Dejó vivos a Mickery y a Morten. No se proponía matarlos. Era como una broma. Su manera de hacer que fuéramos más rápido.

Helen contempló a su equipo y se alegró al ver la mezcla de ira y resolución que flotaba en el ambiente. Los policías odian ser aguijoneados y conducidos como un rebaño.

—Así que es hora de cambiar la marcha, de anticiparnos a ella para variar. Nuestra prioridad es encontrar a Stephanie Bines. Tiene todas las papeletas para ser la siguiente víctima y no quiero que su muerte pese sobre nuestras conciencias. Charlie, ¿puedes encargarte tú? Utiliza todo lo que necesites, tenemos que encontrarla. Mark, quiero que te ocupes de localizar a Louise Tanner. Es peligrosa, me odia a mí en particular y ya ha intentado matar a una de los nuestros. Así que coge un par de agentes y encuéntrala, ¿vale?

Mark asintió, los ojos de todo el equipo sobre él. Helen pensó que lo estaba haciendo muy bien —directo, decidido, sin avergonzarse—. Estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano con sus compañeros, con su apariencia —bueno, todavía parecía que estaba hecho una mierda, pero por lo menos estaba sobrio y se había duchado— y con ella. Se lo agradecía mucho y estaba contenta de que hubiera confiado en ella una vez más.

El equipo cobró vida. Ahora que Helen era la jefa, los agentes estaban más resueltos que nunca a ganarse su aprobación y pensaban que la persona que lograra atrapar a la asesina sería la que reemplazara a Helen en el puesto de inspectora.

Helen se retiró a la privacidad del despacho de Whittaker. Aunque estaba suspendido de empleo y sueldo y no volvería jamás a la comisaría, todavía sentía que era *su despacho*. Así que Helen evitó sentarse en su silla y se quedó de pie, hojeando una vez más el expediente que había robado antes.

Cogió el teléfono, llamó a Servicios Sociales y pronto tuvo la dirección que necesitaba.

El resto del equipo estaba ocupado intentando localizar a Bines y a Tanner, así que Helen tenía unas cuantas horas de ventaja. Pero no iba a ser suficiente y tenía que ir bastante lejos, así que le dio al acelerador. En la M25 había el atasco habitual y cogió con alivio el desvío de la M11. En poco tiempo se encontró en la A11, en dirección a Norfolk.

Siguió las señales que le llevaban hasta Bury St. Edmunds, un terreno desconocido. Mientras se

concentraba en llegar a su destino, Helen se dio cuenta de que estaba nerviosa. Era un sitio donde no se sentía cómoda e ir hacia allí era como abrir la caja de Pandora.

La mansión era una casa bonita, con jardines bien cuidados, que daba a la costa. Técnicamente era una pensión, pero parecía mucho más agradable. Los lugareños se mantenían alejados, pero alguien que estuviera allí de paso tendría la impresión de que era un lugar cálido y acogedor.

Helen había llamado antes, así que la llevaron inmediatamente al despacho del director. Se identificó, le mostró la foto más reciente y soltó la historia que traía preparada como excusa. Sabía que no era muy probable, pero de todas formas se sintió desmoralizada cuando el director confirmó que no habían visto a Suzanne Cooke desde hacía más de un año. El director le contó que no había encajado muy bien, no parecía muy interesada en sus programas de rehabilitación. Por supuesto que habían avisado a los de la condicional cuando había desaparecido, pero con tantos recortes y traslados nunca consiguieron hablar con la misma persona más de dos veces y su caso nunca se siguió.

—Nos encantaría poder hacer más, pero no tenemos medios. Ya estamos al límite —concluyó el director.

—Lo entiendo, tiene que ser difícil. Cuénteme un poco más acerca de Suzanne. ¿A qué se dedicaba cuando estuvo aquí? ¿Tenía amigos? ¿Alguien a quien hiciera confidencias?

—No que yo sepa. La verdad es que nunca se integró. Era muy reservada. Lo que más le gustaba era hacer ejercicio. Es bastante atlética, musculada. Hacía pesas con frecuencia y cuando no estaba en el gimnasio ayudaba con la matanza. Decían que era más fuerte que alguno de los hombres.

—¿La matanza?

—En el bosque de Thetford. Está a un par de kilómetros y todos los años permitimos a algunos de nuestros residentes que ayuden en la época de caza si quieren. Por supuesto, está muy supervisado porque hay armas de fuego, pero a algunas personas les gusta; es un trabajo manual y pasas todo el día al aire libre.

—¿Y eso en qué consiste?

—En Thetford sobre todo hay venados. Se les caza por la mañana, en lo más remoto del bosque. No se puede llegar allí con el coche, así que hay que arrastrarlos hasta la carretera más cercana para que los recojan.

—¿Cómo?

—Con un arnés. Atas las patas del venado y lo amarras con una soga. La soga se engancha al arnés (un poco como un arnés de montaña) y te lo pones sobre los hombros. Entonces arrastras el venado detrás de ti. Mucho más fácil que intentar acarrearlo de otra forma.

Había encajado otra pieza del rompecabezas.

Charlie miraba fijamente la pantalla del ordenador, el estómago hecho un nudo debido a la tensión. El Skype estaba sonando y Charlie rogaba que alguien contestara. El destino de Stephanie Bines estaba en juego.

Había sido una búsqueda agotadora, pero Charlie no se había rendido. Acompañada de Bridges y Grounds, se había recorrido todos los bares, las cafeterías y las discotecas de Southampton y alrededores. La conversación siempre era la misma:

—Sí, conozco a Stephanie. Trabajó aquí hace un tiempo. Es muy popular, sobre todo entre los chicos.

—¿Y sabes dónde puede estar ahora?

—Ni idea. Un día, directamente no vino a trabajar.

Al principio esto había puesto muy nerviosa a Charlie. Cualquier alusión a una desaparición repentina habría conseguido el mismo resultado, pero poco a poco Charlie se había formado la imagen mental de una chica joven y nómada que no se sentía a gusto consigo misma, que no quería atarse a un lugar ni a una persona. Era una viajera que había echado el ancla en la costa sur, pero algo le decía a Charlie que era solo un puerto temporal. Así que había dejado de recorrer las calles y había vuelto a la comisaría para comprobar los vuelos intercontinentales. Las últimas personas que la habían visto en Southampton daban fechas de septiembre, así que empezó por ahí. Con la ayuda de los otros dos agentes empezó a llamar a Qantas, British Airways, Emirates, hasta que acertó con Singapore Airlines. El 16 de octubre, Stephanie Bines, un billete de ida a Melbourne. Otra comprobación reveló que Stephanie tenía una hermana que vivía en las afueras de Melbourne y parecía encontrarse allí, sana y salva.

Pero Charlie no quería confiarse y de ahí la llamada por Skype. La habilidad de la asesina para engañarles era tal que Charlie no iba a relajarse hasta que no hubiera visto a Stephanie con sus propios ojos.

Y ahí estaba. Más bronceada que antes, más rubia que antes, pero Stephanie al fin y al cabo. Una pequeña victoria para Charlie, Helen y el equipo. Por lo menos habían salvado a una. ¿Habría frustrado los planes de la asesina la repentina decisión de Stephanie de regresar a su casa?

Stephanie no necesitaba que la animaran para ponerse en marcha otra vez. Solamente había estado allí unas cuantas semanas y ya se sentía agobiada. Charlie tuvo que inventarse algo rápidamente, una historia relacionada con la banda de criminales que Stephanie había ayudado a atrapar. Se mostró tranquila, pero sugirió que sería mejor para Stephanie y su familia que se fueran a pasar unos días fuera —a Queensland, al desierto, a donde fuera— mientras la policía arreglaba ese asunto.

Charlie terminó la sesión de Skype con optimismo, a lo mejor la asesina no era tan infalible.

Mark llamó su atención con un gesto desde el otro lado de la oficina. Se acercó a él.

—Acaban de recibir una llamada en la central. Han visto a Tanner en la calle Spire, al lado del antiguo hospital infantil.

—¿Cuándo?

—Hace cinco minutos. Ha llamado una mujer que estaba paseando a su bebé. Le ha dado a Tanner unas monedas y casi le roba el monedero.

Se encaminaron al centro de la ciudad. ¿Era Tanner la asesina? Pronto lo sabrían. Charlie notó que se le aceleraba el pulso mientras Mark y ella se apresuraban a llegar. Estaba muy bien volver a trabajar juntos y estar a punto de concluir la caza.

Hay muchos momentos en la vida en los que debes decidir si te abres a la gente que tienes alrededor o prefieres encerrarte aún más en ti mismo. En el amor, en el trabajo, con tu familia, con tus amigos, hay momentos en los que debes decidir si estás preparado para revelar tu verdadero yo.

Helen siempre se había mostrado misteriosa de manera deliberada. Tenía una coraza que presentaba al mundo y eso era lo que la definía: era dura, resistente, incapaz de sentir dudas o arrepentimiento. Ella sabía que no había nada más lejos de la verdad, pero era impresionante cómo se lo creía la gente. Siempre dudamos de nosotros mismos con más frecuencia de lo que lo hacen los demás y la mayoría de sus compañeros de trabajo y sus amantes ocasionales parecían adorar la idea de una agente de policía estoica y muy comprometida con su trabajo a la que no era fácil impresionar ni asustar. Cuanto más tiempo fingía, más personas se creían la farsa y por eso tenía esa aura mística dentro del cuerpo de policía.

Helen sabía todo eso y se detuvo para respirar hondo antes de destruir la imagen que había creado de sí misma. Dejar que otros lo supieran era lo correcto e iba a salvar vidas, pero a Helen le costaba mucho sacar a relucir asuntos de su pasado que había enterrado tiempo atrás.

Bridges entró, rompiendo el trance en el que estaba sumida Helen. Llevaba los informes que le había pedido. Mientras iban pasando las páginas, reclusos en el despacho, Helen estaba volviendo a examinar todos los eslabones de la cadena, poniendo en duda todo hasta dos y tres veces. No había espacio para la incertidumbre.

De repente se le paró el corazón.

—Ve hacia atrás.

—¿A los efectos personales? ¿O...?

—El informe forense. El de la casa de Morten.

Cuando Sandy Morten había desaparecido, los forenses habían examinado su casa. Sabían que la secuestradora había estado allí, había bebido champán con Mickery y Morten, así que habían buscado a conciencia algún rastro de ella.

—Aquí no hay nada, jefa. Los forenses encontraron restos de ADN de Mickery, de Morten, de su esposa, los principales...

—La segunda página.

—Estas son las muestras incompletas, de las que hemos descartado la mayoría...

Helen le quitó la hoja de las manos y se quedó mirándola. Ya no había duda alguna. Sabía quién era la asesina y por qué estaba matando a la gente.

Tanner no estaba a la vista. Pero un bolso tirado en el suelo, cerca del clausurado hospital infantil, sugería que había estado hacía poco por allí y que a lo mejor había conseguido lo que andaba buscando. Estaban a punto de marcharse cuando oyeron algo que les hizo detenerse. Un sonido

metálico que provenía del interior del edificio abandonado, como si se hubiera caído algo.

Mark hizo una señal a Charlie. Instintivamente, los dos apagaron sus radios y sus teléfonos y empezaron a acercarse al edificio. Una de las tablas que tapaban las ventanas estaba suelta, podía ser un escondite perfecto para alguien que quisiera pasar inadvertido.

Charlie y Mark entraron en el hospital pasando por encima del alféizar podrido tan silenciosamente como les fue posible. Dentro solo había ruinas y silencio, la cáscara del concurrido lugar que había sido antes de que la construcción de un nuevo hospital sellara su destino. Charlie sacó la porra y se preparó para la acción. Le temblaba la mano, ¿estaba preparada? Demasiado tarde. Avanzaron con cautela, atentos en todo momento para no ser sorprendidos.

Un movimiento repentino. Tanner, con pantalón de chándal y sudadera con capucha, saliendo de su escondite y atravesando unas puertas batientes. Mark y Charlie empezaron a perseguirla, esforzándose por llegar al pasillo antes que ella. ¡Bam! Atravesaron la puerta, pero Tanner ya les llevaba veinte metros de ventaja.

Corrieron hacia las escaleras y al asomarse vieron que Tanner las subía de tres en tres. Ascendieron tras ella, Mark un poco más rápido, totalmente resuelto a atraparla. Arriba, arriba, arriba. Otro ruido de una puerta al cerrarse.

Para cuando acabaron estaban en la cuarta planta. ¿Se habría ido a la derecha o a la izquierda? Las puertas batientes de la izquierda todavía se estaban moviendo. Pues a la izquierda. Mark sujetó la puerta y entraron los dos.

Vacío. Pero había otras puertas al final —que no se movían— y cuatro habitaciones en el corredor. Podía estar en cualquiera de ellas. Si era así, estaba atrapada. Miraron en una, después en otra. En otra. Solo les quedaba una.

¡Bam! Sucedió tan rápido que al cerebro de Charlie no le dio tiempo a procesarlo. Una barra de metal golpeó en la nuca a Mark, que se derrumbó. Charlie blandió la porra y dio contra la barra que empuñaba Tanner. Volvió a enarbolarla mientras Tanner bloqueaba los golpes.

Excepto que no era Tanner. Le debería haber quedado claro por el modo en que había subido las escaleras. Y por la astucia que había demostrado al guiarles por el pasillo equivocado antes de aproximarse por detrás. No era Tanner, era la asesina y Charlie se encontraba frente a ella.

Era el momento de enfrentarse al enemigo. Ordenó a Bridges que reuniera al equipo. Helen marcó el número de teléfono de Charlie. Buzón de voz. Maldijo en voz alta y llamó a Mark. Otra vez buzón de voz. ¿A qué coño estaban jugando? Helen les dejó un mensaje y salió del despacho.

No le hacía mucha gracia empezar sin sus dos mejores oficiales, pero no tenía elección. Aunque no estuvieran ellos, el equipo se componía de unas veinte personas y podía confiar en McAndrew, Sanderson y Bridges para que lideraran el grupo con eficacia.

Helen quería poner todas las cartas sobre la mesa lo antes posible, así que fue al grano:

—La mujer que estamos buscando se llama Suzanne Cooke.

Pasaron de mano en mano las fotografías hasta que todo el mundo tuvo una copia.

—En la parte posterior encontraréis su historial delictivo. Condenada por matar a dos personas, ha estado veinticinco años en la cárcel. Se fugó cuando estaba en libertad condicional hace un año. Estaba en Norfolk, pero creo que ahora está en Hampshire y puede ser la responsable de los asesinatos.

Murmullos por toda la oficina. Helen se detuvo un instante y después continuó:

—Por cómo ha elegido a sus víctimas, creo que su objetivo soy yo. Stephanie Bines parece que está bien, pero quiero una cooperación total con la policía australiana para poder mantenerla a salvo. Es la última persona que aparece en la lista, pero tal como demuestra el secuestro de Mickery, Suzanne tiene mucha imaginación y es perfectamente capaz de desviarse del plan establecido. Así que quiero que se empleen todos los recursos disponibles. Yo me encargo de la prensa, quiero que todos vosotros redobléis vuestros esfuerzos para encontrarla. Bridges, informa a las patrullas, quiero que todo el mundo salga a la calle a preguntar si la han visto. Suzanne Cooke es nuestra sospechosa principal y quiero que todo el condado se ponga a buscarla. ¿Entendido?

—¿Por qué usted, jefa? —preguntó Bridges, que expresó en voz alta lo que todo el mundo estaba pensando—. ¿Por qué es usted el objetivo?

Helen dudó. La época de los secretos se había acabado, pero respiró hondo antes de responder:

—Porque es mi hermana.

Charlie se preparó para luchar hasta morir. Pero su adversaria no se movió, solo dejó caer la barra de metal. Chocó contra el suelo, el ruido hizo eco en el edificio abandonado. Charlie se quedó quieta, sospechando que le tendía una trampa. Pero lo único que hizo la asesina fue quitarse la capucha, dejando ver una cara tosca pero sugerente. Por un momento, Charlie creyó reconocerla. Pero la impresión se fue tan rápido como había venido. ¿Quién era esta mujer? Era alta y musculosa, pero tenía un rostro atractivo, aunque no llevara nada de maquillaje. Suponía que era para parecerse lo más posible a Tanner.

—No sé por qué nos has traído hasta aquí, pero todavía todo puede acabar bien. Date la vuelta y pon las manos en la pared.

—No voy a luchar contigo, Charlie. No es por eso por lo que estamos aquí.

Oír cómo la asesina pronunciaba su nombre fue bastante horrible. Pero lo peor estaba por llegar. Sonriendo, la asesina sacó una pistola del bolsillo y apuntó a Charlie.

—Ya sabes lo que puede hacer una de estas, ¿verdad? Si no me equivoco, tu formación fue con una Smith and Wesson, ¿no es cierto?

Charlie asintió sin saber por qué. Esa mujer tenía algo extraño. ¿Era su personalidad o el hecho de que lo supiera todo acerca de ella?

—Deja la porra en el suelo y quítate el cinturón del uniforme. Si vas a llevar a tu compañero escaleras abajo, querrás ir ligera.

La asesina le lanzó una especie de arnés y le hizo señas para que se lo pusiera. Charlie se quedó mirándola. No se podía mover.

—¡Ahora! —rugió la asesina y su expresión pasó de la amabilidad a la furia.

Charlie dejó caer la porra al suelo. Se habían metido ellos solos en la trampa. Probablemente era ella quien había llamado a la comisaría para avisarles de que había visto a Tanner. Y se lo habían creído. Enfrentarse a Tanner había sido malo, pero esto era algo mucho peor.

El equipo avasalló a Helen con sus preguntas —algunas motivadas por la curiosidad, otras por el enfado— y Helen aguantó el tipo contestando con tanta sinceridad y tranquilidad como le fue posible.

—¿Cuánto hace que lo sospecha?

—¿Cuánto hace que lo sabe?

—¿Qué es lo que quiere?

—¿Cree que la va a atacar directamente?

Pero todavía había detalles que Helen no conocía y las conjeturas no les iban a ayudar mucho. Así que después de media hora frenética, dio por terminada la discusión. Necesitaba que salieran a buscar a Suzanne.

Mientras recorría el pasillo para enfrentarse a la rueda de prensa, Helen se dio cuenta de que le temblaban las manos. Había enterrado su pasado durante tanto tiempo que sacarlo a la luz era reabrir una vieja herida. ¿Seguiría su equipo confiando en ella? ¿Creerían en ella? Helen rezó para que así fuera, tenía el presentimiento de que lo peor estaba por llegar.

Está la gente en peligro, inspectora? —Emilia Garanita se aseguró de ser la primera en preguntar. Con tantos periodistas de periódicos de tirada nacional, no iba a perder la oportunidad de hacer leña del árbol caído. Todavía recordaba con nitidez el ataque de Whittaker.

—No creemos que la gente en general esté en peligro, pero repetimos que no se acerquen a la sospechosa. Puede estar armada y su comportamiento es impredecible. Si alguien ve a Suzanne Cooke, debería llamar a la policía inmediatamente.

—¿Qué relación tiene con los recientes asesinatos de Southampton? —La certera pregunta del *Times*.

—Todavía estamos intentando determinar los hechos —contestó Helen, que se dio cuenta de que Emilia había alzado una ceja con cinismo al oírla—, pero creemos que ha estado involucrada directamente en la instigación de los asesinatos de Sam Fisher y Martina Robins.

Helen se había apuntado un tanto. Mencionar a Martina en la rueda de prensa había sido una decisión difícil. Si la prensa investigaba un poco y localizaba a Caroline, la partida se habría acabado. No habría forma de evitar que les acabara contando, con todo lujo de detalles, el verdadero papel diabólico de Suzanne en esas muertes.

—¿Es cierto que la han ascendido, inspectora? —preguntó de nuevo Garanita—. Se comenta que el superintendente Whittaker ha sido suspendido de empleo y sueldo y se enfrenta a una acusación de corrupción.

Llegados a ese punto, todo estalló, avasallando a Helen con preguntas y más preguntas. Fue un ataque constante, pero Helen no tenía más remedio que aguantarlo, por malvadas o provocadoras que fueran las preguntas. Necesitaba que la gente estuviera alerta, así que tenía que ganarse a la prensa. Era un trago amargo, pero la situación era crítica. Algunas veces tienes que acariciar la mano que te golpea.

El dolor le recorrió el cuerpo. Mark cerró los ojos mientras agonizaba y cayó al suelo. ¿Qué coño le había pasado? Se llevó la mano a la nuca de forma instintiva e hizo una mueca de dolor cuando rozó con los dedos la herida, de la que seguía brotando sangre. Le dolía mucho la cabeza, pero en realidad le dolía también todo lo demás; se sentía como si le hubieran dado una paliza intensa y brutal.

Fue recordando poco a poco. La persecución a Tanner, recorrer el hospital y después... un vacío desagradable. Se acordaba vagamente de la sensación de alarma, el presentimiento de que había alguien detrás de él. Hija de puta, Tanner le debía de haber atacado por la espalda y esas eran las consecuencias.

Miró a su alrededor. El lugar olía a antiséptico, pero también a cerrado. Intentó volver a levantar la cabeza acostumbrando los ojos a la oscuridad. Se encontraba en una especie de sala de calderas. ¿Estaba en el sótano del hospital? Y si era así, ¿cómo había llegado hasta allí?

—Mark.

Charlie. Gracias a Dios. Mark giró el cuello con cuidado, ignorando el dolor que acompañaba cada movimiento, y vio a Charlie acurrucada en una esquina. Tenía entre las manos una maltrecha linterna de acampada, que era la única fuente de luz.

Mientras Mark intentaba asimilar esa imagen tan extraña, su mente empezó a recibir señales de que algo iba mal.

—Nos ha atrapado, Mark.

—¿Tanner?

Pero Charlie solo sacudió la cabeza y la dejó caer entre las manos. Al final, masculló:

—Era una trampa. Es ella quien nos ha atrapado.

Mark se levantó de repente, examinando la habitación. Pero se había movido demasiado rápido, vio las estrellas y sintió que se desmayaba.

Cuando recobró la conciencia, tenía la cabeza en el regazo de Charlie y ella le estaba soplando en la cara. Tenía frío y calor, estaba sudando, y la garganta la sentía en carne viva. Se alegraba del consuelo que le suponían las manos de Charlie. Fue a agradecerse, pero se dio cuenta de que ella estaba llorando.

—Nos ha atrapado, Mark.

Había sido una ilusión. No había consuelo alguno.

La Glock se ajustaba muy bien a sus manos. Hacía bastante tiempo que Helen no empuñaba una pistola, pero tenerla en ese momento era tranquilizador y le hizo sentirse poderosa. Firmó la hoja y fue a coger la munición que necesitaba. En la solicitud de permiso, había escrito que era para su protección personal, dada la amenaza que pendía sobre ella. ¿Era cierto? ¿O había un motivo más siniestro para tener un arma en ese momento?

El protocolo dictaba que ya no podía trabajar en solitario debido al nivel de amenaza, pero ese no era un viaje que pudiera hacer acompañada, así que mintió y dijo que la requerían en la sede central para hacer un resumen de la situación. Su equipo la creyó sin problemas, pero no todo el mundo se lo tragó tan fácilmente: mientras Helen se dirigía al norte, pudo ver el Fiat rojo de Garanita tras ella. No abiertamente —Emilia no era una principiante—, pero sí de un modo lo bastante obvio. Helen se enfadó y pisó el acelerador. Atravesó una zona residencial a más del doble de lo permitido, retando a la periodista a perseguirla. Gracias a Dios, Emilia se dio cuenta de que no iba a conseguir nada saltándose la ley para perseguir a una policía, y abandonó la persecución. Ya fuera de su vista, Helen dio la vuelta y se dirigió hacia la circunvalación que la llevaría a Londres.

La lista de sitios en los que Helen había pasado la infancia era corta y, una vez que averiguó que Chatham Tower estaba pendiente de demolición, decidió ir allí primero. Vistos los procedimientos que solía seguir Suzanne, era el lugar perfecto. Tenía que significar algo. Era curioso que siguiera pensando en ella como Suzanne, como si le causara menos dolor que utilizar su verdadero nombre. Con todo, Helen se sentía muy a gusto con el nombre que había escogido para ella —Grace porque evocaba la redención y Helen por su abuela materna— y le parecería muy raro y desagradable que alguien la llamara por su antiguo nombre en aquel momento.

Helen se dio cuenta de que estaba yendo demasiado deprisa y dejó de acelerar. Debía intentar tranquilizarse. No tenía ni idea de cómo iba a acabar la partida, pero debía mantener sus facultades intactas si quería ganar.

Se dio cuenta de que durante mucho tiempo había permanecido en un estado de negación, rechazando repetidamente la idea de que su hermana pudiera estar involucrada en los asesinatos. No había vuelto a hablar con ella desde hacía veinticinco años y le iba bien así. Si no la veía, no tenía por qué pensar en ella. Pero cuando leyó el informe forense de la casa de Sandy Morten ya no lo pudo seguir negando. Los forenses habían encontrado ADN en una huella dactilar parcial. Habían conseguido sacar algo de ella y, como parecía ser compatible con el ADN de Helen, lo habían clasificado como una huella suya. Siempre hacían eso para evitar errores provocados por la dejadez de los policías en la escena del crimen. Pero había un problema. Helen nunca había estado en la casa de Sandy Morten. Nadie se había dado cuenta del error, pero Helen lo había visto muy claro y había confirmado su mayor temor.

Se encontraba en uno de los peores barrios de las afueras del sur de Londres. Chatham Tower apareció en el horizonte. Había sido diseñada como una utopía de los sesenta, pero ya estaba

pendiente de demolición. El sueño se había convertido en pesadilla. Arrow Security, la empresa que vigilaba el edificio, conocía con antelación que iba a ir, pero, aun así, Helen tuvo que esperar a que alguien llegara con las llaves. El malhumorado guardia de seguridad abrió el portón de madera mientras Helen le interrogaba acerca de posibles fallos de seguridad en las vallas que rodeaban a la torre en ruinas. Él insistió en que no había habido ninguno —los chavales estaban demasiado ocupados apuñalándose unos a otros en el centro comercial como para venir a ese lugar—, pero incluso así Helen rodeó todo el perímetro buscando algún hueco o brecha por la que se pudiera haber entrado. Tuvo que reconocer que todo estaba bien reforzado y se dirigieron al interior del edificio. ¿Podría alguien sortear la valla con una escalera? Era posible.

El ascensor no funcionaba, así que subieron a pie hasta el undécimo piso; Helen con energía, el guardia arrastrándose tras ella. Antes de que se diera cuenta, Helen se encontró frente a la puerta del piso 112. Se apoyó en la pared para recobrar fuerzas mientras el guardia abría la puerta de la casa. No le costó mucho. Estaba a punto de entrar cuando Helen le detuvo.

—Espere aquí.

El guardia de seguridad pareció sorprenderse, pero accedió sin poner pegas.

—Usted misma.

Sin decir nada más, Helen entró al piso y desapareció de la vista, siendo engullida por la oscuridad del interior.

Tenemos que conservar las fuerzas, Mark. Si lo conseguimos, si nos mantenemos unidos, entonces no podrá ganar.

Mark asintió.

—No va a derrotarnos. No voy a dejar que lo haga —continuó diciendo Charlie.

Mark se puso en pie, ayudado por Charlie, y ambos exploraron el lugar en el que se encontraban. Si seguían en el hospital, no había modo de que nadie les pudiera oír. El Ayuntamiento había estado intentando vender el edificio a los constructores durante años sin éxito. Estaba en un barrio olvidado, venido a menos.

Las paredes que les rodeaban eran de hormigón. No había ventanas y la puerta había sido reforzada hacía poco, algo que contrastaba con la dejadez del resto de la habitación. Intentaron quitar las bisagras, pero sin herramientas de ningún tipo era difícil conseguir nada. Con todo, era algo de lo que ocuparse. Si de alguna manera las pudieran aflojar, entonces...

Mark ignoró su dolor de cabeza y su fiebre para centrarse en las bisagras, mientras Charlie golpeaba la puerta con los puños. Lo hizo una y otra vez. Fuerte, más fuerte, chillando al mismo tiempo con toda su rabia, suplicando ayuda. Hacía tanto ruido que habría podido levantar a los muertos, pero ¿había alguien que la escuchara?

Estaban levantando grandes remolinos de polvo que empezaron a meterse por sus oídos, sus ojos, sus gargantas. La voz de Charlie se estaba quebrando, pero no cejó en su empeño. Siguieron adelante, animándose el uno al otro para no rendirse, pero después de una hora de esfuerzo inútil se dejaron caer al suelo, exhaustos.

Charlie se negaba a llorar. Estaban en medio de la peor pesadilla que se pudieran imaginar, pero tenían que mantener la esperanza. Eso era crucial si querían sobrevivir.

—¿Recuerdas a Andy Founding? —preguntó Charlie tan alegre como pudo, aunque su voz ronca desmentía el tono animado.

—Claro —contestó Mark, confuso.

—Al parecer ha puesto una demanda contra la policía de Hampshire. Ha dicho que había sufrido acoso sexual por parte de sus compañeras.

Mark se rio como respuesta. Andy Manoslargas, como se le conocía en otros círculos, era un sargento de Portsmouth cuya tendencia a mostrarse efusivo con las policías novatas era legendaria. Charlie continuó contándole la anécdota. Aunque le apetecía dormir y lo que quería era descansar, Mark respondió al ofrecimiento de Charlie, tan consciente como ella de que tenían que mantener la esperanza.

Mientras seguían intercambiando historias, ninguno de ellos mencionó la pistola que yacía en el suelo frente a ellos.

Estaba segura de que se levantarían y me detendrían, pero es impresionante lo que pueden hacer cuatro litros de sidra. Mi padre siempre había bebido bastante —cerveza, sidra, lo que fuera— y mi madre le seguía la corriente. Hacía que las palizas le resultaran más soportables y le evitaba tener que pensar. Si hubiera estado lo suficientemente sobria, habría visto la mierda de vida que llevaba y habría metido la cabeza en el horno. Desearía que lo hubiera hecho.

Había planeado ese momento tantas veces... En mis sueños, siempre utilizaba un cuchillo. Me gustaba la idea de las arterias cortadas, de la sangre salpicando las paredes, pero en la realidad no tuve la sangre fría necesaria. Me preocupaba hacerlo mal. No tener la suficiente fuerza, no acertar con las arterias. Cuando lo hiciera, tenía que hacerlo bien o estaba completamente segura de que acabaría muerta. El muy hijo de puta me mataría lentamente —a saber cómo lo haría—, así que tenía que hacerlo bien.

Había encontrado cinta americana en el despacho del conserje y cogí tres rollos. Al final solamente utilicé uno, pero estaba nerviosa y quería asegurarme de que no se me fuera a acabar. Primero me puse con él. Cogí una de sus muñecas y la rodeé con la cinta cuidadosamente. Parecía algo cariñoso, como si le estuviera vendando una herida. La pasé una y otra vez, y después le levanté el brazo y lo coloqué al lado del cabecero de hierro. Entonces envolví con la cinta el poste metálico, hasta que estuvo bien sujeto. Después hice lo mismo con el otro brazo.

El corazón me latía muy deprisa. Mi padre ya se estaba moviendo, incómodo, así que tuve que hacerlo rápido.

Conseguí atar el brazo izquierdo de mi madre sin ningún contratiempo, pero cuando me puse con el derecho se despertó. O por lo menos creo que lo hizo. Abrió los ojos y me miró fijamente. Me gusta pensar que vio lo que estaba sucediendo y accedió a ello. Que se mostró de acuerdo conmigo. Fuera como fuera, volvió a cerrar los ojos y ya no me dio ningún problema.

Ya estaban atados los dos, así que fui a la cocina. Ya no importaba que hiciera ruido. Era más una cuestión de rapidez. Cogí el rollo de plástico transparente con el que envolvíamos los alimentos y volví a la habitación. Lo había visto en una película y siempre me había preguntado cómo sería en el mundo real. Saqué una gran tira del plástico; después la reforcé con dos tiras más. Luego me subí a la cama, me senté a horcajadas sobre el torso de mi padre y le levanté la cabeza con cuidado. Se lo puse en la cara y después le rodeé la cabeza una y otra vez, hasta que sus ojos, nariz y boca estuvieron recubiertos por completo con el plástico adherente.

Entonces empezó a forcejear como un condenado. Abrió los ojos y me miró como si yo estuviese loca. Intentó gritar, intentó mover las manos. Tuve que sujetarme mientras su cuerpo se retorció, pero no iba a negarme mi merecida victoria. Apreté con más fuerza. Los ojos se le salían de las órbitas, tenía la cara amoratada. A su lado, mi madre se estaba empezando a mover, irritada pero soñolienta.

La pelea estaba llegando a su fin. Apreté más fuerte. Agarraba los bordes con tanta fuerza que

me dolieron las manos. Pero tenía que asegurarme de que no estaba fingiendo. Tenía que rematarle.

De repente se quedó quieto. Mi madre se había despertado y el desconcierto se reflejaba en sus ojos. Le sonreí y apreté el plástico contra su cara. Solo una tira esta vez. Suponía que no me iba a dar mucha guerra.

Todo se acabó muy rápido. Bajé de la cama y me di cuenta de que estaba empapada de sudor. Empecé a temblar. No me sentía feliz, lo que era bastante decepcionante; pensaba que ya lo estaría. Pero se había acabado. Eso era todo lo que importaba.

Estaba de pie en la habitación contemplando la miseria que la rodeaba. Los pósteres rasgados y los muebles de segunda mano que una vez hubo ahí habían desaparecido; ya solo quedaban los desperdicios de los vagabundos y los yonquis que habían pasado por allí desde que el edificio fue condenado.

Había tantos recuerdos en ese lugar... Buenos, malos, espantosos. Cada vez que evocaba la habitación, Helen recordaba el miedo, la confusión, el sentimiento de inutilidad que la invadía cada vez que se quedaba quieta y escuchaba cómo violaban a su hermana en la litera de abajo. Esos pensamientos empezaron a dar vueltas en la cabeza de Helen. Se había sentido tan indefensa, tan impotente durante tanto tiempo cuando era pequeña que era muy raro estar ahí de pie como la mujer adulta que era, una adulta con una pistola en la mano. Cómo le habría gustado tener al lado en aquella época a su versión ya crecida. Alguien que pudiera poner orden, detener el sufrimiento y repartir justicia. A lo mejor todo esto se podría haber evitado si alguien —quien fuera— hubiera escuchado sus gritos de socorro.

Habían arrastrado las literas hasta una esquina. Ya no quedaba nada más, solo un ajado póster de Britney Spears en el que alguien había dibujado con un rotulador. Helen cruzó la habitación y lo arrancó. Pasó la mano por la pared rugosa que había detrás y encontró lo que andaba buscando. «J. H.». Sus iniciales. Las había grabado en la pared con el compás que utilizaba para el colegio hacía muchos años. Era una señal de la angustia que había pasado en su niñez, quería que su huella sobreviviera, aunque ella no pudiera hacerlo.

Helen empezó a rememorar cosas siniestras y salió de la habitación. Examinó el otro dormitorio, la hedionda cocina y el mohoso salón. Pero ya tenía claro que ahí no había nada. Había estado segura de que averiguaría algo visitando ese sitio, pero iba a volver con las manos vacías.

Esta sería la última vez que lo viera. Se detuvo un instante para asimilarlo. Era curioso que no hubieran tenido ningún problema para alquilar la casa, incluso después de lo que sucedió aquella noche. Cuando eres pobre no te puedes permitir ser supersticioso. En una semana se vino a vivir una familia nueva. Y a lo largo de los años el tejido de esa casa se había roto y deshilachado, hasta que solo fue digno de los animales. Quizás ese era el final que se merecía.

Helen se alejó de la torre de pisos y el guardia de seguridad volvió a su taza de té, ya fría. Se quedó un momento en la moto preguntándose qué hacer a continuación. Seguir su instinto siempre le había resultado útil, pero esta vez le había fallado. Tendría que seguir otro camino. Seguir todas las pistas.

Encendió el teléfono y se preocupó al ver todas las llamadas perdidas. La preocupación dio paso al terror cuando escuchó el primero de los mensajes que le había dejado Bridges.

Mark y Charlie habían desaparecido.

Por un momento se sintió libre. Estaba en un centro comercial, corriendo hacia las escaleras mecánicas. Su madre estaba en el piso de arriba hablando con un guardia de seguridad, recordándole sus obligaciones. Nunca se había alegrado tanto de ver a su madre y corrió hacia ella. Mientras se acercaba, el guardia se giró hacia ella, pero no era capaz de hablar, solo se quedó mirándola mientras gemía, gemía y gemía...

Charlie se despertó sobresaltada, la siniestra realidad se cernía sobre ella. Mark estaba tumbado en el suelo a su lado, gimiendo, gimiendo, gimiendo... Charlie intentó controlar su súbita ira, no era culpa suya. La herida de la cabeza tenía mala pinta y no habían sido capaces de curarla. Al principio Charlie había usado su saliva y una manga para limpiarla, pero en ese momento le preocupó que lo que había hecho solo hubiera esparcido la suciedad. Mark no estaba en buen estado ni siquiera antes de que les secuestraran —demasiado alcohol, demasiadas noches sin dormir— y la pérdida de sangre le había debilitado aún más. Ahora una herida que mostraba los primeros síntomas de infección. Parecía que le estaba aumentando la fiebre. ¿Qué podía hacer ella si caía enfermo?

Charlie decidió dejar de pensar en eso y miró su reloj. ¿Cuánto tiempo había estado dormida? No lo suficiente. El tiempo pasa muy lentamente cuando no te queda esperanza. La primera mañana habían estado activos, incluso ilusionados, decididos a encontrar una salida. Habían acordado dormir por la noche y trabajar por el día. La segunda mañana habían utilizado la hebilla del cinturón de Mark para intentar aflojar las bisagras de la puerta. Pero se hacía muy duro seguir cuando tus esfuerzos no daban ningún resultado. Al final la hebilla se rompió, y la segunda tarde que pasaron encerrados la apatía y la angustia ya se estaban apoderando de ellos.

Charlie nunca se había sentido tan sucia, tan asquerosa, tan impotente. La pequeñez de su celda se había vuelto insoportable. Habían acordado defecar y (en su caso) vomitar en la esquina más alejada de la habitación y Charlie seguía la norma religiosamente, apresurándose a vaciar sus tripas en el suelo cuando le venían las náuseas del embarazo. Mark parecía estar demasiado débil como para hacerlo. Se había aliviado encima y el hedor llegó hasta la nariz de Charlie.

Inmediatamente le dieron arcadas y corrió hacia la esquina arrojando bilis por la boca. Su estómago se volvió a contraer una y otra vez, hasta detenerse. Ahora era la garganta lo que le dolía; tenía una sed brutal y devastadora. Charlie examinó la habitación buscando algún rastro de humedad mientras guiñaba los ojos intentando llorar para poder beberse sus propias lágrimas. Pero nada, ya había llorado todo lo que podía. Había per...

Un movimiento. Por el rabillo del ojo, pudo ver que algo se movía. Le daba miedo mirar —a saber qué se encontraba—, pero giró la cabeza muy lentamente. Y ahí estaba. Una rata gorda y lustrosa.

Había aparecido de la nada. Para Charlie fue un rayo de esperanza, un oasis en mitad del desierto. Comida. Ya se podía imaginar hincándole los dientes, arrancando la carne de los huesos para silenciar los quejidos de su hambriento estómago. Era tan grande que había comida para los dos.

Con cuidado. Poco a poco. Esta podía ser la diferencia entre la vida y la muerte. Charlie se quitó

la chaqueta; no era una red muy buena, pero tendría que valer.

Un paso adelante. La rata alzó la vista de repente, intentando escudriñar la oscuridad. Charlie se detuvo. Después de olisquear el terreno, la rata regresó a su mordisqueo, avariciosa.

Otro paso al frente. La rata no se movió.

Otro paso. Charlie ya estaba cerca.

Otro. Prácticamente estaba encima.

Charlie se puso en acción y la tapó con la chaqueta. La rata se revolvió con furia, mientras Charlie daba puñetazos al bulto que no dejaba de moverse. Finalmente se detuvo. ¿Lo había logrado? Le dio otro golpe para asegurarse y después abrió un poco la chaqueta para poder ver. La rata saltó en un intento desesperado por escapar. Charlie la intentó agarrar por la cola y estuvo a punto de conseguirlo, pero se le escurrió de entre las manos. Huyó por una grieta de la pared, de vuelta a la libertad.

Charlie se puso de pie con esfuerzo. Estaba tan desesperada que hasta le hacía gracia. El estómago exigía comida, la garganta le quemaba. Tenía que ingerir algo. Algo que la aliviara. Que la ayudara a resistir.

Se dio por vencida e hizo lo que había jurado no hacer. Se bajó las bragas, orinó en el cuenco que formaban sus manos y se lo bebió de un trago.

ErEran imaginaciones suyas o le estaban echando la culpa a ella? Charlie y Mark llevaban desaparecidos cuarenta y ocho horas y la preocupación del equipo se estaba transformando en angustia. Ahora que Helen capitaneaba la búsqueda de sus compañeros desaparecidos, empezó a ver miradas acusadoras por todas partes, como si hubieran tomado la decisión colectiva de que todo esto había pasado por ella.

El rastreo de los teléfonos había situado a Mark y a Charlie en la calle Spire. Eso coincidía con el aviso anónimo de que habían visto a Tanner en ese lugar. Pero después el rastro desaparecía. Habían apagado los teléfonos y las radios y no se habían puesto en contacto con ninguno de sus compañeros. Al principio el equipo había confiado en que el aviso fuera cierto y que de algún modo —en algún lado— Charlie y Mark seguían investigando el caso. Pero ya les había quedado claro a todos que la llamada había sido una farsa. No había habido un intento de atraco, a Mark y a Charlie les habían atraído deliberadamente. Parecía una trampa. Todo el mundo estaba pensando lo mismo, ¿los había secuestrado ella?

Partiendo de la calle Spire, investigaron todos los edificios, hablaron con los dueños de las tiendas y con los que caminaban por allí, y a la segunda inspección que hicieron en el hospital infantil descubrieron un tablón suelto en una de las ventanas. Había barro reciente en el alféizar, como si alguien hubiera pasado por allí hacía poco. Helen quería que los agentes entraran cuanto antes, pero sus jefes no le habían dejado hacerlo sin tener antes el equipo adecuado.

Le había costado mucho tiempo conseguir una unidad armada de apoyo, pero Helen había tirado de algunos hilos y se estaba dirigiendo con la unidad en ese mismo momento al antiguo hospital. Era un edificio grande, con múltiples salidas, y no quería que Suzanne se le escapara. Si estaba ahí, claro.

Entraron con tanta cautela y silencio como pudieron. La unidad armada fue por delante, mientras que Helen, Bridges y una docena de policías formaban la retaguardia. Era una búsqueda muy amplia, pero si se dispersaban podrían hacerlo más rápido, manteniéndose en contacto a través de la radio.

Helen estaba muy tensa. Sabía que tenía que intentar tranquilizarse, los nervios llevaban a tomar malas decisiones, especialmente con una pistola entre las manos. Era un día ventoso y la brisa silbando a través de los tablones de las ventanas le daba al lugar un aire sobrenatural, casi espectral. «Contrólate», se dijo a sí misma; no tenía que ver fantasmas donde no los había.

Pero era difícil relajarse cuando se estaba jugando tanto. Todo era por su culpa. No solo porque los asesinatos estaban inspirados en ella, sino porque le había rogado a Mark que volviera al trabajo. Si le hubiera dejado en paz, estaría hecho un desastre, pero a salvo. Había vuelto sin mostrar ira ni resentimiento. Porque creía en lo que hacía y porque —a pesar de todo— creía en ella. Y qué fruto tan amargo le había brindado su fe.

Subió las escaleras, rompiendo el protocolo al adentrarse en solitario. Miró en la primera habitación. Abandonada y olvidada, un sitio cubierto de polvo. Helen quitó el cierre de seguridad de su pistola. El instinto le decía que su hermana no iba a ser tan descuidada como para cruzarse en el

camino de la unidad armada. Era a Helen a la que estaba buscando. Alzó la pistola mientras se metía por el siguiente pasillo, convencida de que pronto se tendría que enfrentar a su némesis.

Un crujido en la radio. Era Bridges. Parecía emocionado, no preocupado. Había escuchado ruidos. Venían de la planta de abajo. Iba a ir a investigar. Helen se dio la vuelta y bajó corriendo las escaleras.

A Bridges, que ya se apresuraba por llegar, le sorprendió ver que Helen le adelantaba. Siempre se había sentido satisfecho con su velocidad, pero la inspectora estaba como poseída. Estaba intentando controlarse, pero Bridges podía ver que estaba a punto de explotar. Ahora se estaba apoderando de su descubrimiento, guiada por el miedo y la ira. Quería ser ella la que acabara con la pesadilla.

Cuando llegaron al final de las escaleras, vieron que el pasillo se dividía en cuatro. La radio volvió a hacer ruido y Bridges la apagó, urgido por la mirada de reproche de Helen. Prestaron atención.

Todo recto. El ruido venía del pasillo que tenían enfrente. Corrieron. La primera puerta estaba cerrada con llave, pero el sonido venía de más allá. Se volvieron a mover. Ahí estaba el ruido, repetitivo e insistente: bam, bam, bam. La habitación de al lado. La puerta estaba cerrada. Pero conseguirían entrar. Tenían que entrar.

Mientras Helen gritaba a través de la puerta esperando oír una respuesta, el agente fue a por una palanqueta. Regresó en menos de un minuto y trajo refuerzos con él. Con esfuerzo, logro encajarla entre el cerrojo y la puerta. De un lado a otro, de un lado a otro hasta que finalmente la puerta cedió con un chasquido. Helen y Bridges se apresuraron a entrar.

Se encontraron con una habitación vacía.

Una ventana rota, con las bisagras sueltas, batía insistentemente contra el marco de metal, movida por el viento.

Quería morir.

Para Mark la muerte sería una bendición en aquel momento, un alivio del dolor que le atenazaba el cuerpo. Había intentado luchar contra la fiebre, concentrarse en el presente, tratar de imaginarse un modo en el que Charlie y él pudieran escapar, pero eso hacía que la cabeza le doliera más de lo normal, así que se había dejado llevar por la apatía.

¿Cuánto tardas en morirte de hambre? Demasiado tiempo. Había perdido la noción del tiempo, pero estaba casi seguro de que ya llevaban en aquella prisión casi tres días enteros. El estómago le dolía constantemente, tenía la garganta en carne viva, apenas le quedaban energías para erguirse. Para pasar el rato intentó recordar cosas de su infancia, pero los recuerdos de la escuela se confundían con los versos de *El paraíso perdido*, el poema que había estudiado (y odiado aprender) en el instituto. Se sentía como si fuera un personaje de aquella oscura pesadilla, siendo torturado por el frío helador todas las noches y los sudores que le atenazaban cada uno de los días que no terminaban nunca. No había respiro.

Sabía que su fiebre estaba empeorando. Tenía ratos buenos y ratos malos. Momentos en los que estaba lúcido y podía conversar con Charlie y otros en los que sabía que estaba desvariando. ¿Perdería la cabeza en un momento dado? Apartó esa idea de la mente.

Se tocó la parte posterior de la cabeza para examinar la herida. El corte era profundo y sus dedos sucios lo agrandaron.

—Déjalo, Mark. —La voz de Charlie en la oscuridad. Después de tres días en el infierno, todavía le seguía cuidando—. Solo vas a conseguir que empeore.

Pero Mark no le hizo caso, porque algo se estaba moviendo entre sus dedos. Su herida estaba viva. Sacó los dedos y los miró. Gusanos. Tenía la herida llena de gusanos.

Se llevó la mano a la boca y se comió los gusanos. Le pareció que tenían un gusto extraño al bajarle por la garganta. Extraño pero bueno. Sacó unos cuantos más y se los metió en la boca también.

Charlie se estaba acercando. Se arrodilló junto a él. Mark se detuvo, por la amistad que se tenían y por cortesía. Con un esfuerzo, giró la cabeza, ofreciéndosela. Vacilando, Charlie sacó unos cuantos gusanos de la herida y los dejó caer en su boca. Los saboreó, dejando que se disolvieran en su lengua, y después cogió unos cuantos más.

Se acabaron muy pronto. Se había terminado el plato de gusanos. Sus estómagos rugían de hambre, las briznas que les habían dado solo habían servido para recordarles lo vacíos que estaban. Más. Más. Más. Sus estómagos querían más. *Necesitaban más.*

Pero no tenían nada más que darles.

Habían examinado cada centímetro de terreno en tres kilómetros a la redonda, pero no había rastro de Mark ni de Charlie. Lo que sí habían encontrado era sangre en un pasillo del cuarto piso del hospital. El análisis había confirmado que era de Mark. McAndrew estaba llorando y el resto del equipo también estaba desolado. Helen no se había dado cuenta hasta entonces de lo popular que era Mark. No era de extrañar que la odiaran.

Así que Mark y Charlie habían caído en una trampa en el hospital, les habían atacado y se los habían llevado a otra parte. No había cámaras de seguridad en las calles cercanas al antiguo hospital. Las que sí había en las calles principales habían recogido imágenes de muchas furgonetas Transit, pero ¿cuál era la suya? ¿Dónde les había llevado? Lo cierto es que había muchos edificios y almacenes abandonados en aquel barrio. Las patrullas ya los estaban investigando, ayudados por los perros policía que Helen había solicitado. Estaban entrevistando a todos los testigos potenciales, casa por casa. Inspeccionarían de arriba abajo la casa de cualquier persona que actuara de un modo sospechoso, la harían trizas de ser necesario. *Tenían que encontrarles.*

Helen estaba apostando todo a la posibilidad de que todavía se encontraran en un lugar cercano. Puede que Suzanne se hubiera ido a otra parte, pero ellos eran policías en activo, se lo habrían puesto más difícil que las otras víctimas. Seguro que no querría correr riesgos, jugaría en su terreno. Lo que necesitaban eran ojos y oídos —todos los posibles— cubriendo Southampton, Portsmouth y alrededores. Helen ya había pedido refuerzos policiales de los pueblos vecinos y la ayuda de los servicios voluntarios y había llamado a todos los de la comisaría que tenían el día libre. Pero no era suficiente.

Todavía podía hacer algo más. Emilia Garanita se había enterado de la operación de rescate fracasada en el hospital. Enfadada porque no la habían avisado con tiempo, había estado llamando a Helen, desesperada por saber qué había pasado y por qué había tanta actividad en ese barrio. ¿Estaban buscando a Suzanne? ¿O a más víctimas?

Era arriesgado, pero Helen no tenía elección. Estaban en el cuarto día de la búsqueda y no tenían nada. Así que cogió el teléfono y marcó el número.

A Emilia Garanita le encantaba su trabajo. El horario era largo, el salario era escaso y la mayoría de las personas importantes despreciaba a los periodistas del periódico local, pero nada de eso le importaba a Emilia. Se había hecho adicta a la adrenalina, a la imprevisibilidad y a la emoción, de las que su trabajo la proveía en grandes dosis.

Después estaba el poder. Por muy desdeñosos que se mostraran los políticos y los policías, lo cierto es que le tenían miedo a la prensa. Dependían mucho de la opinión del público para avanzar en su carrera, y eran los periodistas como Emilia los que le decían a la gente lo que tenía que pensar. Emilia sintió su poder al sentarse frente a Helen Grace. Era Emilia la que había escogido el sitio —no Grace— y era ella la que estaba manejando los hilos ahora. Grace necesitaba su ayuda, así que no habría más mentiras.

—Han desaparecido dos de nuestros agentes —empezó Grace sin rodeos—. Charlie Brooks y Mark Fuller. Creo que les conoces. Puede que hayan sido secuestrados y necesitamos tu ayuda (la ayuda de tus lectores) para poder encontrarlos.

A medida que Grace continuaba, Emilia sintió ese familiar cosquilleo. Esa era la otra cosa buena de ser periodista, que en cualquier momento una historia jugosa, un premio, te podía caer en el regazo. Esos eran los días para los que te esforzabas. Todas esas horas perdidas cubriendo casos en los juzgados —las peleas, los robos, el vandalismo— eran el precio a pagar por *una historia auténtica*. Y cuando te llegaba una, tenías que estar preparado. Esas eran las historias que te encumbraban.

Emilia no podía escribir más rápido, a pesar de que usaba la taquigrafía. Los giros del relato eran sorprendentes, ya podía ver la portada en su imaginación. Y adelantarse a los diarios nacionales en algo como esto era oro puro.

Emilia prometió que haría todo lo que pudiera y Grace se fue. La inspectora dijo que estaba satisfecha con su «charla», aunque parecía un poco enferma. No era una mujer que se sintiera cómoda pidiendo ayuda o que se conformara con el segundo puesto. «Qué poca generosidad», pensó Emilia.

Se fue directamente a la redacción. El nerviosismo de antes había desaparecido y se encontraba extrañamente tranquila. Sabía exactamente lo que iba a hacer.

A lo largo de su vida laboral, había utilizado el periodismo como arma para exponer, atacar o destruir a aquellos que se lo merecían.

Esta vez no iba a ser diferente.

Eran las seis y media de la mañana y el sol se negaba a salir. Una niebla espesa flotaba sobre Southampton, un ambiente apropiado para el humor de Helen. Cerró la puerta tras ella, subió a la moto y aceleró hasta llegar a la comisaría.

Habían pasado otras treinta y seis horas y seguían sin noticias. Bueno, eso no era cierto, sí que había «noticias», pero ninguna de ellas les había sido útil. Desde que había hablado con Emilia, Helen se lo había estado recriminando a sí misma, porque temía haber cometido un tremendo error. Lo cierto era que no había tenido mucha posibilidad de elección, tenían que informar a la prensa; pero solo había conseguido empeorar la situación. Había quedado con Emilia por la noche, así que la portada del día siguiente causó un gran impacto, pero no se recreó en los detalles. Lo que ofrecía hoy el *Evening News* era bastante diferente.

Un ejemplar del periódico estaba sobre la mesa de Helen cuando llegó. ¿Una acusación encubierta o alguien queriendo ayudar? Helen se saltó los chillones titulares y se fue a las páginas centrales. Era espantoso. Pura pornografía sádica. Con todo lujo de detalles, describían a los lectores las etapas de desnutrición y deshidratación, y especulaban con cuál de los dos aguantaría más tiempo y las posibles causas de su muerte. Para los lectores menos avisados, habían hecho un gráfico —un horario del descenso físico y mental— detallando cómo se sentirían Charlie y Mark el primer día. Y el segundo. El tercero. Cuarto. Quinto. Un signo de interrogación sobre el resto de días, pero solo podía significar una cosa.

Entre toda esa impudicia se encontraba el teléfono que la policía había habilitado para este caso, que era la excusa para publicar un reportaje tan minucioso. Había estado sonando sin cesar. La intriga que había generado esa historia tan extraordinaria lo merecía. La mayoría de las llamadas eran de gente que buscaba llamar la atención y Helen estaba furiosa.

Cuando se sentó a hablar con el novio de Charlie y los padres de Mark, no pudo ofrecerles mucho consuelo. Los sensacionalistas reportajes del *Evening News* les habían llenado de angustia y pagaron su enfado con Helen. Tenía que ser sincera con ellos respecto a las probabilidades de que sus seres queridos sobrevivieran y al mismo tiempo prometerles que haría todo lo posible para que pudieran volver a casa. Se encontraban en estado de shock y no podían asimilarlo, como si se hallaran dentro de una pesadilla de la que se fueran a despertar de un momento a otro.

Helen deseaba desesperadamente decirles algo, llevarles buenas noticias que les sacaran de su tristeza, pero no tenía sentido mentirles. Sabía que Mark y Charlie se mostrarían fuertes, pero nadie les había visto desde hacía una semana. A saber en qué estado se encontraban. O cuánto tiempo podrían aguantar. Después de todo, ellos también eran humanos.

El tiempo seguía pasando y cada minuto contaba.

Charlie intentó levantarse, pero al incorporarse se mareó. Se sentía aturdida, como borracha, y se cayó de culo. Giró la cabeza y le volvieron a dar arcadas. Pero no había nada que echar; no lo había desde hacía un par de días.

Se estaba muriendo de hambre. Era una frase que había utilizado tantas veces a lo tonto... y ahora estaba aprendiendo su verdadero significado. Ataques de diarrea, articulaciones doloridas, erupciones por todo el torso y la piel agrietada de las rodillas, los talones y los labios. Era como si se estuviera derritiendo, desintegrándose. En poco tiempo se convertiría en un esqueleto. Los gusanos se habían acabado hacía mucho. Probablemente Mark moriría antes de que volvieran.

Al otro lado de la habitación, Mark empezó a canturrear una canción infantil. Llevaba cantando nanas unos cuantos días; a lo mejor le recordaban a su madre o a su propia hija.

De todos modos, las palabras no eran las correctas y las melodías estaban todas mal. Solo estaba haciendo ruido, demostrándose a sí mismo que todavía estaba vivo. ¿A quién quería engañar?

Charlie examinó su prisión por enésima vez. Y las mismas cuatro paredes le devolvieron la mirada. El hedor ya era insoportable, seis días de heces, sudor y vómitos combinados en un apestoso cóctel. Y hacía muchísimo frío. Charlie había intentado abrigar a Mark, cuyos dientes castañeteaban por la fiebre, con el material de aislamiento de las calderas, pero le picaba, le molestaba y se rascó hasta que se lo quitó de encima.

Charlie había pensado en comérselo, pero sabía que no lo podría retener en el estómago y no le apetecía tener que vomitar sin necesidad. Así que se sentó y pensó en lo peor.

Apoyó la cabeza en la fría pared. Por un momento, su frescura la consoló. Esa sería su tumba. Nunca volvería a ver a Steve. Nunca volvería a ver a sus padres. Lo que era peor, nunca vería la cara de su bebé.

Ya no había salvación posible. Ya no estaba esperando que les rescataran. Todo lo que podían hacer era esperar a la muerte.

A no ser... Charlie apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos con determinación. Sabía que la pistola estaba cerca, pero no quería ni mirarla. Sería tan sencillo acercarse y cogerla... Mark no la podría detener, todo sería muy rápido.

Se mordió los labios. Cualquier cosa para distraerse. No lo haría. No podía hacerlo.

Pero de repente era en lo único en lo que podía pensar.

Iban a aniquilarla. Otros policías se habrían acobardado y habrían mandado a un pobre diablo a que aguantara el chaparrón. Pero Helen sabía que esta situación era su responsabilidad, así que no tuvo más remedio que dejarse sacrificar simbólicamente.

Con dos fotografías gigantes de Mark y Charlie a los lados, Helen se dirigió a la prensa pidiendo a cualquiera que viera algo sospechoso que se pusiera en contacto con la policía. El reportaje de Emilia había desencadenado una estampida. Todos los periódicos y revistas del Reino Unido estaban presentes en aquella habitación, además de periodistas del resto de Europa, Estados Unidos y otros países.

Ya no podían ocultarlo. Estaban buscando a una asesina en serie. Ese era el reconocimiento que Emilia Garanita había estado buscando y le siguió apretando las tuercas pidiendo su dimisión. Pidió que se investigara cómo había llevado Helen el caso desde el principio. El *Evening News* iba a sacar otro reportaje detallando las mentiras, las omisiones y las medias verdades que en su opinión habían caracterizado la búsqueda de la asesina hasta ese momento. Helen dejó que la atacaran; mientras lograra hacer público el mensaje, lo demás no tenía importancia.

Se había propuesto trabajar toda la noche para descargar su frustración, pero la preocupación de su equipo hizo que finalmente se marchara a casa; una o dos horas, como poco. Todos estaban trabajando mucho, pero a ella se le había agotado el combustible.

Helen se fue en moto a casa, respetando los límites de velocidad; se sentía frágil. Cuando llegó, se duchó y se cambió de ropa. Estar limpia era una sensación agradable y de repente sintió un brote de energía y, lo que era más ridículo aún, de esperanza.

Durante un instante, estuvo segura de que los iban a encontrar vivos y en buen estado.

Pero al contemplar por la ventana el paisaje nocturno su optimismo empezó a evaporarse. Habían buscado por todas partes y no habían encontrado nada. Mientras la policía de Hampshire desmenuzaba Southampton en busca de los dos oficiales desaparecidos, Helen se había puesto en contacto con la de Londres. A lo mejor su hermana había escogido el lugar por razones personales. Quizás un sitio «gracioso», para reírse de ella. Estaban los almacenes abandonados a los que solían ir para tirar piedras a las ventanas, el cementerio donde solían emborracharse, los colegios a los que no iban, los pasos subterráneos donde iban a ver a los chicos hacer acrobacias con el monopatín. Había pedido que investigaran todos esos sitios.

Pero nada. El mismo silencio aplastante. La misma frustración. Mark y Charlie estaban en algún sitio y no había nada que Helen pudiera hacer para ayudarles.

Duró diez minutos en su casa antes de volver corriendo a la comisaría. Tenía que haber una pista en alguna parte. Y Helen iba a encontrarla.

El bebé no paraba de llorar.

Charlie seguía imaginándose en su interior. De algún modo, sabía que era una niña. Y cuando la veía ya estaba formada y tenía personalidad, en vez de ser un puñado de células. Se imaginó al bebé llorando de hambre, angustiado porque su madre no le daba de comer. No se suponía que iba a ser así. ¿Su pequeño estómago también se estaría retorciendo de hambre, como el de Charlie? A lo mejor ni siquiera tenía estómago todavía, pensó, pero era una imagen que no se podía sacar de la cabeza. «Estoy matando de hambre a mi bebé. Estoy matando de hambre a mi hija».

Mark y Charlie se habían metido ellos solos en esa situación. Ellos tenían la culpa. Pero su bebé era inocente. Inocente y puro. ¿Por qué tenía que pagar por sus errores? Se enfadó consigo misma por ser tan estúpida. Por lo menos su furia no se había debilitado, al contrario que su inútil cuerpo.

Intentó contenerse. Intentó dormir. Pero la noche era larga. Y fría. Y silenciosa. Charlie intentó dormir, pero su bebé no dejaba de llorar.

Le exigía que cogiera la pistola.

El equipo se había reunido y se había repartido las obligaciones. Mientras que Bridges, Sanderson y el resto habían salido a continuar la búsqueda por las calles, Helen se había quedado en el despacho. Alguien debía coordinar una investigación tan enorme y además Helen tenía la sensación de que estaba pasando algo por alto y quería volver a revisarlo todo.

Había seguido todos los rastros, por mínimos que fueran. Se había puesto en contacto con todas las ciudades del sur del país y el personal administrativo de la policía estaba investigando una lista de edificios pendientes de ser derribados. Habían llamado a las autoridades portuarias y se estaba haciendo un listado de almacenes vacíos. Se estaban comprobando todas las viviendas de alquiler, pero solo tenían las más recientes y quién sabía si Suzanne no habría encontrado vivienda hacía tiempo.

La búsqueda lo abarcaba todo, pero Helen estaba convencida de que era inútil. Si Suzanne había escogido un sitio al azar, ¿cuáles eran las probabilidades de encontrarlo?

Helen estaba convencida de que tenía delante la respuesta, pero tenía miedo a equivocarse. Volvió a repasar los lugares de su infancia. Siempre había tomado como ejemplo a Marianne, que era la más fuerte de las dos, y la había seguido como si fuera su sombra. Si veías a Marianne, detrás veías a Jodie, o eso era lo que decían. Al cambiar de nombre, al cambiar de vida, Helen había intentado librarse de esa sombra, pero volvió a sumergirse en ella, rodeándose de oscuridad y de angustia.

Fue al repasar el informe de Arrow Security cuando Helen sintió el pinchazo de emoción que la solía llevar por el buen camino. En la época de la igualdad de géneros, que hubiese una mujer trabajando de guardia de seguridad no era tan raro. Pero ¿cuántas veías realmente? Y lo que era más importante, esta mujer solo llevaba trabajando para Arrow dos meses. Se encargaba de vigilar las propiedades de Croydon y Bromley, puesto que vivía cerca. Pero su currículum parecía incoherente — falsificado — y la dirección resultó ser falsa.

Helen envió la foto antigua de Marianne y una simulación de cómo sería con unos años más a Arrow Security y la empresa le respondió de inmediato. La mujer de la imagen podía ser su nueva empleada y respondía al nombre de Grace Shields.

Grace. Ya no había dudas. Pero ¿era un «jódete» o un «acércate»? Helen optó por lo segundo y se encontró camino una vez más de Chatham Tower. No estaba segura de si —o cuándo— su hermana quería que encontrara el vínculo, pero ya se había decidido. O Marianne estaba en Chatham Tower o allí estaban Mark y Charlie e iba a encontrarles.

Helen sintió un brote de esperanza según se dirigía hacia el norte. El final estaba cerca.

*E*staba lloviendo el día que me arrestaron.

No me había dado cuenta mientras me arrastraban hacia el coche de la policía, pero cuando me sentaron en la parte de atrás, como una criminal cualquiera, observé que las luces azules se reflejaban en los charcos de la calle.

No sentía nada. Los psicólogos dicen que probablemente me encontraba en estado de shock emocional tras los asesinatos, pero nunca me lo llegué a creer. Sí que estaba en estado de shock emocional, pero no por ese motivo. Habían intentado que hablara, pero no dije ni una palabra, no podía. Ya me estaba cerrando al mundo. Ese fue el principio del final para mí.

Alcé los ojos y la vi en la puerta. Estaba arropada con una manta y una trabajadora social le estaba hablando, pero ella se quedó mirando al frente, como si no pudiera creerse lo que estaba pasando. Pero estaba pasando y ella era la que había hecho que sucediera. Fue ella la que destrozó la familia, no yo.

Yo me quedé con la mala fama, a mí me condenaron, a mí me escupían e insultaban. Pero fue ella la que cometió el verdadero crimen y lo sabía muy bien.

Podía verlo en sus ojos mientras el coche se alejaba. Era una Judas; no, peor que Judas. Él solo había traicionado a su amigo. Ella traicionó a su hermana.

Hazlo ahora. Acaba con esto.

Mark se ordenó ponerse en movimiento, aprovechar las últimas reservas de fuerza para hacerlo. Aunque tenía fiebre, le dolía el cuerpo y no podía mover las piernas. Pero necesitaba hacerlo, toda su fuerza de voluntad concentrada en desplazarse.

Charlie yacía al otro lado de la habitación. Estaba llorando y gritando. ¿Estaría perdiendo la cabeza? Normalmente era tan tranquila, tan amable... Y ahora estaba llena de furia y violencia, una arpía en su viaje a la locura. A saber qué se le pasaba por la mente.

La pistola estaba entre los dos. Mark no podía quitarle los ojos de encima. Ahora que ya habían agotado todas las posibles vías de escape, la pistola era la única solución.

Se apoyó sobre los codos. Cedieron de inmediato y se cayó al suelo, golpeándose la barbilla contra el cemento. Furioso, lo volvió a intentar forzando todos los músculos de su cuerpo para conseguir erguirse. Le resultó más fácil cuando metió las rodillas debajo del pecho. Los pinchazos le recorrían el torso, las piernas, los brazos; su cuerpo se rebelaba, pero no iba a dejar que le ganara.

Miró otra vez la pistola. «Despacio, no hagas movimientos bruscos». Se desplazó hasta que consiguió sentarse de nuevo. El esfuerzo de incorporarse hizo que su cabeza palpitara y recordara otra imagen: Elsie poniéndole un trapo húmedo en la frente para aliviarle una resaca de Año Nuevo. Siempre había sido un ángel. Su angelito.

La pistola estaba a un metro y medio. ¿Podría hacerlo con rapidez? Una vez que se lanzara ya no habría marcha atrás. Un momento de indecisión y le fallarían las fuerzas. Un momento de más y su cuerpo no aguantaría. Ya había escogido un camino y no podía dejar que las dudas le retrasaran.

Se arrastró por el suelo ayudándose con las manos. El dolor era insoportable, pero consiguió no detenerse. Charlie le oyó y se dio la vuelta, pero ya era demasiado tarde: Mark había llegado a su objetivo. Cogió la pistola y quitó el seguro. Había llegado la hora de matar.

Estaba diluviando, pasaba por debajo de una tormenta y el agua caía sobre Helen mientras se aproximaba a la torre. Era como si al viento lo impulsara la misma furia que a ella.

La lluvia que caía sobre su casco le nublabla la visión, así que cuando Helen la vio le pareció un fantasma, una visión. Al principio pensó que era el guardia de seguridad de Arrow, pero se dio cuenta de que era una mujer. Se puso en tensión, frenó la moto y sacó el arma.

De repente se le cortó la respiración. Cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir deseando haberse equivocado. Pero no. Dejó caer la moto y corrió hacia la figura semidesnuda y empapada que tenía delante.

Charlie pasó a su lado como si no la reconociera. Helen la cogió del brazo para detenerla. Charlie se dio la vuelta e intentó morder a Helen, su mirada era la de una salvaje. Helen se la quitó de encima y le dio una bofetada. El golpe pareció desconcertar a Charlie, que cayó de rodillas. Confusa y desnuda, era la versión de pesadilla de la alegre policía que conocía Helen.

—¿Dónde? —La pregunta de Helen fue brusca.

Charlie no podía mirarla a la cara.

—Lo hizo él. No fui yo. Lo hizo para salvarme...

—¿Dónde? —rugió Helen.

Las lágrimas descendían por el rostro de Charlie. Alzó el brazo y señaló hacia Chatham Tower.

—En el sótano —dijo quebrándosele la voz.

Helen la dejó allí y se fue corriendo hacia la torre. Quitó el seguro de la pistola mientras entraba por la valla. No tenía tiempo de andarse con precauciones. Tenía que encontrar a Mark.

Borró de su mente la posibilidad de que ya estuviera muerto, seguro que podía salvarle. Tenía que hacerlo. En ese instante, Helen se dio cuenta de que sí *había sentido* algo por Mark. No era amor, pero sí algo bonito y cálido que podría haber prosperado. A lo mejor se habían encontrado por algún motivo. Quizás se suponía que tenían que salvarse el uno al otro y enmendar los errores del pasado.

Atravesó el vestíbulo y miró a todas partes. Abrió de una patada la puerta de al lado de los ascensores. Fue bajando, bajando, bajando, tres escalones cada vez.

Ya estaba en el sótano. Abrió la primera puerta..., un armario vacío. No, esa puerta no habría retenido a nadie, necesitaría... Entonces Helen la vio. Una puerta de metal con las bisagras arrancadas. Helen corrió por el pasillo y se adentró en la habitación.

Cuando lo vio se le aflojaron las rodillas y cayó al suelo. Había visto a Mark. Y ya había visto lo peor. Alzó los ojos lentamente, pero el segundo vistazo no lo mejoró. Mark yacía en un charco de su propia sangre. Mark estaba muerto, la pistola que le había matado firmemente agarrada. Helen se arrastró por el suelo sucio para acercarse y le cogió la cabeza entre las manos. Pero estaba frío e inmóvil.

Un ruido y Helen alzó la vista. ¿A quién estaba esperando? ¿A Charlie? ¿A Bridges? Era Marianne, tenía que ser ella.

—Hola, Jodie. —Sonrió mientras cerraba la puerta tras ella—. Cuánto tiempo.

No tenía una sensación de triunfo. Ni de felicidad. Ni siquiera de alivio. Charlie había sobrevivido. Iba a vivir. Su bebé iba a vivir. Pero la antigua Charlie estaba muerta y enterrada. No había forma de que volviera.

Estaba tumbada en la carretera, la lluvia caía sobre ella. Su cabeza no dejaba de dar vueltas. El shock emocional mezclado con el asco. Poco a poco el cansancio hizo mella. Cerró los ojos y abrió la boca. Un consuelo temporal, la vida fluyendo otra vez por ella y después la nada. Los ojos cerrados, su mente apagándose, se sentía como si estuviera bajo el agua, envuelta en una oscuridad que le resultaba reconfortante, pero que también la debilitaba.

De repente una voz. Una voz extraña, lejana y mecánica. Charlie intentó alejarse del abismo, pero la fatiga volvió a apoderarse de ella. Ahí estaba otra vez. La voz era insistente. Consiguió abrir un ojo, pero allí no había nadie.

—¿Dónde está? Conteste, por favor.

La urgencia de aquella voz se percibía cada vez con más claridad. Charlie abrió el otro ojo y consiguió levantar la cabeza del suelo.

El transmisor de radio de Helen tirado en el suelo al lado de su moto. Y la voz..., la voz era de Bridges. Estaba buscándola.

A lo mejor todavía no se había acabado todo. Quizás Charlie tenía una oportunidad para redimirse. Sabía que tenía que intentarlo. Se levantó y se cayó de rodillas. Le temblaba el cuerpo, le castañeteaban los dientes. Tenía la visión borrosa. Pero tenía que llegar hasta el transmisor de radio de algún modo.

Cómo has podido?

Marianne se rio. La pregunta de Jodie encerraba una deliciosa ironía. Era lo mismo que Marianne le había preguntado a ella hacía ya tantos años. Una amplia sonrisa se extendió por el rostro de Marianne. ¿Quién habría dicho que todo iba a terminar tan bien?

—Fue mucho más sencillo de lo que piensas. Los hombres fueron fáciles, ya sabes cómo se ponen por una cara bonita. Y las chicas, bueno, fueron muy... confiadas. Me gustaría decirte que me he esforzado, pero como puedes ver conseguí que otros hicieran el trabajo sucio.

Echó un vistazo al cuerpo de Mark.

—Por cierto, ¿has visto a Charlie? —dijo a continuación—. ¿Qué tal está? Ha salido corriendo cuando he abierto la puerta, así que no la he podido ver muy bien.

—La has destrozado...

—Ay, no me seas tan melodramática. Estará bien. Se recuperará, volverá con su novio, tendrá a su bebé. Bueno, que sea capaz de mirar a los ojos a su hijo es otra cuestión, pero ha ganado. Ha sobrevivido. Pensaba que lo iba a hacer ella, pero Mark se encargó de todo.

—¿Por qué no has venido directamente a por mí? —quiso saber Helen.

—Porque quería que sufrieras.

Ahí estaba: la cruda realidad, sin disfraces.

—Hice lo correcto. Lo volvería a hacer. —La voz de Helen se alzaba cada vez más a medida que se iba enfureciendo.

Por primera vez un destello de algo, ¿ira?, en la mirada de Marianne.

—Nunca te importó lo que yo sufriera, ¿verdad? —escupió como respuesta.

—Eso no es cierto.

—Ni siquiera es que quisieras que yo lo pasara mal. Es que no te importaba, que es peor.

—No, eso no era lo que quería...

—He estado encerrada ¡veinticinco años! Intentaron destrozarme en el correccional y después otra vez en la cárcel. Te escribí, así que no finjas que no sabes de lo que te hablo. La masificación, las palizas, los insultos. Te lo conté todo y te expliqué cómo se lo hice pagar. Le saqué un ojo a una zorra en la cárcel, ¿te acuerdas? Por supuesto que sí. Pero seguiste sin escribirme, sin venirme a ver. No me ayudaste en nada, porque preferías que me pudriera. Que me marchitara y me muriera. Tu propia hermana.

—Dejaste de ser mi hermana hace mucho tiempo.

—¿Por lo que les hice? Por lo menos yo me atreví a hacer algo, zorra ingrata.

El veneno estaba saliendo a la superficie.

—Te salvé. Tú eras la siguiente. Habrían destrozado a una niña como tú.

La verdad que encerraban las acusaciones de Marianne traspasó la barrera de Helen.

—Ya lo sé. Sé que creías que me estabas ayudando...

—Podríamos haber sido felices, tú y yo. Nos habríamos ido a algún sitio, habríamos vivido en la calle, nos habríamos buscado algo. Nunca nos habrían encontrado. Si nos hubiéramos quedado juntas, habríamos estado bien.

—¿De verdad crees eso, Marianne? Porque, si lo crees, estás más loca de lo que yo...

De repente Marianne atravesó la habitación y se acercó a Helen, los ojos llameantes de furia. Helen alzó la Glock y Marianne se detuvo. Estaba a tres pasos de ella.

Helen contempló la cara de su hermana. Tan familiar en su forma, tan extraña en su expresión. Como si existiera un monstruo dentro de ella y la estuviera devorando para poder salir.

—No me mires así —bufó Marianne—. No te atrevas a... juzgarme. Eres tú la que se enfrenta a una prueba, no yo.

—¿Porque hice lo correcto? Era lo único decente que se podía hacer. Mataste a nuestros padres, Marianne. Los asesinaste a sangre fría.

—¿Y los echaste de menos? Me refiero a después. ¿Echaste de menos a esos dos violadores?

Por un momento, Helen se quedó sin palabras. Nunca se lo había preguntado. Había estado tan ocupada con Marianne después de eso, tan inmersa en su peregrinación por las casas de acogida y los Servicios Sociales que nunca se había dado el lujo de plantearse ningún duelo.

—Bueno, dímelo —le exigió Marianne.

Un silencio y después:

—No.

Marianne sonrió. Una sonrisa triunfal.

—Pues ahí lo tienes. No eran nadie, eran menos que nadie. Y se merecían un final peor que el que tuvieron. Me porté bien con ellos. ¿O has olvidado lo que nos hacían?

Se arrancó la peluca rubia que llevaba puesta para dejar a la vista su calva. El pelo nunca le había vuelto a crecer en las zonas que su padre había sostenido contra la estufa, lo que le dejaba una extraña y fea calva en la coronilla.

—Estas solo son las cicatrices que puedes ver. Habría terminado matándonos. Así que hice lo que tenía que hacer. Deberías estar agradecida.

Helen observó a su hermana: la misma resistencia, el mismo desafío que había mostrado en el juicio que la condenó seguían presentes después de todos esos años. Había una parte de verdad en lo que decía, pero seguían pareciendo los delirios de una perturbada. Helen sintió la necesidad urgente de salir de aquella espantosa habitación y alejarse de tanto odio.

—¿Cómo acaba esto, Marianne?

Marianne sonrió, como si lo hubiera estado esperando, y dijo:

—Acaba tal como empezó. Con una elección.

Y todo empezó a encajar.

—Hiciste una elección hace muchos años —continuó Marianne—. Escogiste traicionar a tu hermana. La hermana que te ayudó. Que había matado por ti. Escogiste salvarte tú y echarme a los perros.

—Y todas tus víctimas podían escoger —concluyó Helen mientras el horrible sistema ideado por Marianne empezaba a quedar claro.

—Tú crees que todos son buenos, Jodie. Eres una de esas optimistas. Pero no lo son. Son ruines, egoístas y crueles. Ya me lo demostraste. Igual que el resto de gilipollas que secuestré. Al final, todos somos animales, nos sacamos los ojos los unos a los otros para sobrevivir.

Marianne avanzó un paso más y Helen rozó el gatillo de la pistola de forma instintiva. Marianne se detuvo y sonrió; después alzó una Smith and Wesson hasta situarla al mismo nivel que la de Helen.

—Y ahora tienes otra elección frente a ti, Helen. ¿Matar o ser matada?

Así que era eso. Helen y Marianne eran las dos últimas jugadoras de esa partida mortal.

Bridges dejó a Charlie donde estaba y corrió hacia el edificio. La patrulla armada estaba de camino con toda la parafernalia y las ambulancias también estaban llegando, pero no tenía tiempo que perder. Helen estaba allí con la asesina —Suzanne, Marianne, como coños se llamara— y no estaba seguro de las posibilidades que tenía de sobrevivir. Se trataba de un esquema diseñado para acabar siempre en un derramamiento de sangre.

Entró en el vestíbulo. Los ascensores no funcionaban, pero la puerta que daba a las escaleras del sótano estaba abierta, así que se dirigió hacia ella. Bajó las escaleras, recorrió el pasillo. No llevaba pistola, pero qué más daba. Cada segundo era crucial.

Y ahí estaba. Una puerta atrancada. La golpeó y pudo oír la voz de Helen diciéndole que se apartara. «Sí, hombre», pensó y buscó a su alrededor algo que le sirviera.

El pasillo estaba vacío, pero tras la puerta del fondo había un armario de productos de limpieza que todavía conservaba botellas medio llenas de lejía y desinfectante. Y, tirado en el suelo, había un extintor. Uno de los antiguos, pesado y contundente. Bridges lo levantó en sus brazos.

Recorrió el pasillo de vuelta hasta encontrarse frente a la puerta. Se detuvo, apretó los dientes y empezó a golpear el cerrojo con el extintor.

La puerta tembló con el impacto, un ruido metálico se escuchó en el pasillo, pero Marianne no pestañeó. Sus ojos estaban fijos en su hermana, su dedo acariciaba el gatillo.

Bam. Otro golpe contra el cerrojo. Quienquiera que estuviera al otro lado estaba dispuesto a llegar hasta el final. La puerta crujió ante las embestidas.

—Es la hora de tomar una decisión, Jodie. —Marianne sonrió mientras lo decía—. Abriré fuego en el momento en el que esa puerta se abra.

—No hagas esto, Marianne. No tiene por qué terminar así.

—Ya es demasiado tarde para ahuyentar a los perros. Va a abrir la puerta. Así que escoge.

La puerta estaba empezando a ceder. Bridges estaba haciendo progresos.

—No quiero tener que matarte, Marianne.

—Entonces ya has elegido. Qué pena, pensaba que aprovecharías la oportunidad.

La puerta volvió a temblar, solo quedaban unos segundos.

—Quiero ayudarte. Suelta la pistola.

—Tuviste tu oportunidad, Jodie. Y te lavaste las manos. Salvaste a toda esa gente. Salvaste a unos desconocidos, pero conmigo te lavaste las manos.

—¿Y piensas que no me he sentido culpable todo este tiempo? Mira lo que me has hecho. Lo que todavía me sigues haciendo.

Helen se quitó la camiseta para enseñarle las cicatrices de la espalda. Por un momento, Marianne se quedó callada, impresionada por lo que estaba viendo.

—La culpa me corroe cada segundo del día. Por supuesto que me siento culpable. Pero tenía trece años. Habías matado a dos personas. Asesinaste a mi padre y a mi madre en su propia cama, ¡por el amor de Dios! Mataste a nuestros padres. ¿Qué se suponía que tenía que hacer?

—Se suponía que me protegerías. Se suponía que me lo agradecerías.

—Nunca te pedí que los mataras. Nunca quise que los mataras. Nunca quise nada de esto. ¿Es que no lo ves? Todo esto te lo hiciste a ti misma.

—¿Crees eso? ¿De verdad que lo crees?

—Sí.

—Entonces no hay nada más de lo que hablar. Adiós, Jodie.

Justo entonces Bridges consiguió abrir la puerta y una bala salió disparada.

A través de la lluvia, Charlie distinguió dos figuras. Un hombre ayudando a una mujer a salir de la torre de pisos. Charlie nunca había sido muy religiosa, pero llevaba rezando los últimos diez minutos, esperando un milagro. Ahora sabía la respuesta.

Apartó al médico que la atendía y empezó a correr. Solo había conseguido avanzar diez metros antes de que le fallaran las piernas. Se cayó de rodillas en el barro. Se tapó los ojos para que no le entrara la lluvia y escudriñó en la oscuridad. ¿Bridges estaba ayudando a aquella mujer o la llevaba detenida?

De repente el sol salió y la niebla se aclaró por un instante.

Era Helen. Había sobrevivido. Los médicos corrían hacia ella, los policías la rodeaban. Pero apartó a todo el mundo. Charlie la llamó en voz alta, pero Helen siguió caminando, sin oírla.

La inspectora Helen Grace se separó de Bridges y caminó sola bajo la lluvia. Se había acabado. Estaba viva. Pero no había ganado. Su sufrimiento acababa de empezar. Porque, si algo sabía Marianne muy bien, era que no hay paz para aquellos que derraman la sangre de sus seres queridos. Ahora le tocaba a Helen vivir con ese peso a sus espaldas.

Notas

[1] *Constable*, además de ser un apellido, también significa «agente» de policía. (*N. de la T.*)

Sobre el autor

M. J. Arlidge ha trabajado en la televisión británica los últimos quince años, donde se ha especializado en la producción de series de calidad. Ha producido series dramáticas y policíacas de máxima audiencia como *Torn*, *The Little House* y *Undeniable*. Actualmente es guionista de *Silent Witness* y prepara un proyecto de serie de suspense para cadenas británicas y estadounidenses. *Tú te vas, tú te quedas* ha sido un gran éxito de ventas en Reino Unido, con más de 120.000 ejemplares vendidos en los primeros seis meses. Los derechos de traducción han sido comprados en otros veinte países.

Título original: *Eeny Meeny*

© 2014, M. J. Arlidge

Edición original publicada por Penguin Books, Ltd., Londres

© 2015, Amaya Basáñez, por la traducción

© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-8365-925-0

© Ilustraciones: Plainpictures / Kniel Synnatzschke y Wild Wonders

Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial